

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA

**Departamento de Sociología V
(Teoría Sociológica)**



**EL PERONISMO EN EL DISCURSO ACADÉMICO
1955 – 1966**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

María Teresita Bonet Mombrú

Bajo la dirección del doctor

Ramón Ramos Torre

Madrid, 2004

ISBN: 84-669-2632-1

Universidad Complutense de Madrid
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología
Departamento de Sociología V (Teoría Sociológica)

El Peronismo en el Discurso Académico: 1955-1966

María Teresita Bonet Mombrú

Tesis Doctoral

Dirigida por el

Dr. Ramón Ramos Torre

Mayo 2004

A mi padre,
a mi madre,
a mis hermanos.

Agradecimientos,

Agradezco a Ramón Ramos Torre por haberme estimulado siempre a arriesgarme en las formas menos seguras pero más profundas para pensar la vida histórica. Por haberme acompañado siempre, y porque sin su entera actitud para conmigo, comprometida, docente y paciente, nunca hubiera terminado esta tesis.

Al profesor Emilio Lamo de Espinosa por haberme advertido tantas veces que para hacer una tesis hay que ser un poco menos ingenuamente narcisista, pero sobre todo, por haberme ayudado a pensar en las posibilidades de esta investigación, todas las veces que se lo pedí.

Al profesor Fernando García Selgas por haberme dado la confianza que necesitaba cuando todo me parecía un gran imposible.

A mis compañeras de doctorado, Dora, Nelly y Eline. Haber estudiado juntas y discutido tantas veces nuestros motivos de tesis, aún entre los problemas del género y el peronismo, fue lo mejor de aquellos años.

A mis amigos en Madrid, Almudena y José Luis, Gloria y Javier, Jose y Anabel, por haberme ayudado tanto a volver, y por estar siempre conmigo, respetuosos de una tesis, y de una elección.

A mis amigos de La plata, Sonia y Pablo, Mariana y Hernán, Alberto y Soledad, Isabel, Andrea y Marcela, a la familia Zabaljáuregui de un pueblo que se llama Gonzáles Chaves, porque ellos son parte de la Argentina que sueña.

A mis tíos y primos argentinos en Irún, espero no haberme olvidado de ninguno de sus historiadores favoritos.

Al profesor José Villarruel, por haberme convocado a integrar una cátedra en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Buenos Aires, en la que conocí a Patricia Berrotarán, Hernán Camarero, Alejandro Schneider y Alejandro Falco. Las reuniones sobre la actividad de la enseñanza que terminaban siempre en los intelectuales, las tesis, el peronismo, la crisis, el país, fueron para mí la mejor escuela para no abandonar un proyecto. Al grupo de la revista *Taller*.

Al profesor Ricardo Sidicaro, por sus valiosas aportaciones en aquellas entrevistas sobre la formación del campo académico argentino entre 1955 y 1966, y por su estímulo, también.

Al profesor Carlos Di Croce, Director del Departamento de Ciencias del Hombre del Colegio Nacional de la Universidad Nacional de La Plata. Al Colegio Nacional.

Al Departamento de Cambio Social, a José Santiago, Camino Fernández Rodríguez, Ramón Ramos Torre y Carlos Prieto, cuya gestión solidaria a través de cartas, mensajes, avales, y trámites difíciles, hizo posible mi regreso.

Al Departamento de Teoría Sociológica. A Manuela Moreno Sánchez por su receptividad y afecto, y por su agradable compañía durante estos siete meses de

trabajo allí. A los becarios del Departamento por la calidez de su apoyo durante esas largas jornadas.

A mis compañeros del Colegio Mayor de Africa, a todos los integrantes del “conosur”, y de tantos otros lugares del mundo con los que he convivido durante estos últimos meses. A las uruguayas, Andrea, Natalia y Rosario. La solidaridad, la comprensión, esa manera tan especial de acortar las distancias, me hace pensar que el tango es porteño pero que pudo también haber nacido en Montevideo.

A la Beca MAE de la AECI que me ha ayudado a permanecer aquí este último tiempo.

Introducción.....	2
Razones para la elección de un tema	5
Explicación del procedimiento y de la estructura de la tesis	8
Capítulo 1. La narración histórica en la teoría de Paul Ricoeur. Fragmentos de un debate.	22
Tiempo y narración.....	23
Las paradojas del tiempo en el relato histórico.....	29
La imaginación en el discurso histórico	36
La condición irrenunciable de la narración en la historiografía.	43
Capítulo 2. La teoría de la obra histórica en Hayden White. Su estrategia narrativa.	64
El relato histórico. La estrategia narrativa.....	75
La teoría de la explicación por la trama.....	79
La teoría de la explicación por la argumentación formal	91
La teoría de la explicación por la implicación ideológica	97
Capítulo 3. Hacia la formación de una tradición historiográfica argentina: 1955 - 1966	106
Algunas hipótesis para explicar el período 1955 - 1966.....	119
Cambios en las interpretaciones del peronismo: Los intelectuales de izquierda entre 1955 y 1966.	128
La historiografía entre el campo académico y el campo político: 1955-1966.....	131
Capítulo 4. Reflexiones sobre la “personalidad colectiva argentina”. El peronismo en la obra de José Luis Romero.....	149
El drama de la democracia argentina en la metáfora de un discurso romántico	156
El peronismo como fascismo.....	165
Capítulo 5. Gino Germani. “Una lectura más sobre el problema de la “Integración”.	187
El problema de la integración, la tesis de la “disponibilidad” y de la “desviación” bajo una imagen metonímica.....	192
Totalitarismo. Irracionalidad/ racionalidad. Fragmentos de un debate.....	204
El surgimiento del peronismo en una trama trágica.	216
Capítulo 6. La Realidad Argentina en un modo trágico. Silvio Frondizi.	221
El peronismo dentro de las leyes que lo constituyen bajo un modo trágico	227
El peronismo en un modelo básico de análisis	232
La utopía de Frondizi.....	242

Capítulo 7. El peronismo en <i>Contorno</i>. Tulio Halperín Donghi: la ironía como relato.....	249
Tulio Halperín Donghi. La ironía como relato.	271
Un significado para su tono sombrío	279
Capítulo 8. Desde los márgenes. Hernández Arregui en la formación de la conciencia nacional.	285
La búsqueda del Ser nacional	287
Hacia una definición del peronismo. Imágenes en lucha. La Argentina de Arregui.	295
Nacionalismo y peronismo	301
El peronismo como epopeya de la revolución nacional	307
Socialismo y peronismo. Los 70 en un discurso.....	318
Conclusiones	327
Bibliografía citada	342

Introducción

Cuando decidí estudiar sociología como carrera de postgrado de una licenciatura en historia, de inmediato me enfrenté con una pregunta que hoy ya nadie me haría: ¿Por qué estudiar sociología habiendo realizado una primera formación en historia?

Mis respuestas convencían poco a quienes eran en ese momento mis interlocutores, porque lo que yo decía entonces era que necesitaba profundizar ciertos conceptos y analizar ciertas teorías que me permitieran entender mejor la historia de mi país. Me resultaba difícil explicarles a algunos sociólogos que la historia también había recorrido una larga tradición teórica que no era tan diferente de la que había recorrido la sociología y que por eso contaba con algunos recursos como para poder aproximarme a ella. En realidad la dificultad consistía en que para mí el modo de enfrentarse al campo histórico y de utilizar conceptos como el de “clase” o el de “experiencia histórica” en una historia de largo período como la que había hecho Edward Thompson, no era tan diferente de la que habían realizado Marx o Weber. Entonces, no podía ver sus diferencias.

Debí aprender a pensar a las sociedades contemporáneas sin tiempo ni lugar precisos. Cada vez que intentaba explicar un texto cualquiera de teoría sociológica contemporánea, buscaba casi con desesperación, una fecha, una “huella”, un “signo” que me permitiese amarrar la experiencia concreta que aquéllas teorías decían explicarme. Las encontré, y entonces comprendí que se trataba de dos formas

diferentes de organizar un discurso. Cincuenta años siguen siendo mucho tiempo para un historiador y muy poco para un sociólogo.

Descubrí que hacia los años sesenta había renacido entre los sociólogos una mayor sensibilidad por la herencia del pasado, con la que había surgido una identidad compleja e interdisciplinaria que se llamaba sociología histórica y, tenía la oportunidad de hacer un seminario.

Supe después que en Buenos Aires, en el Instituto Gino Germani, había un área de investigaciones dedicadas a la sociología histórica y que un grupo de historiadores había publicado un libro que en 1995 se llamó *Representaciones Inconclusas. Las clases, los actores y los discursos de la memoria*.

Había analizado los trabajos plenos de hipótesis de sociólogos que, como Miguel Murmis, Juan Carlos Portantiero (1971), Ricardo Sidicaro (1977 - 1981) y Juan Carlos Torre (1968 – 1989), explicaban los orígenes del peronismo. También de los historiadores que habían recurrido a la sociología histórica y habían tomado la teoría gramsciana para explicar el proceso de formación del Estado en la Argentina y que, además, se habían arriesgado a utilizar períodos mucho más amplios que los que hubiera tomado un historiador tradicional. (Ansaldi, Waldo, 1989). El trabajo de Emilio de Ipolla (1988) me había mostrado cómo bajo las categorías analíticas de “continuidad epistemológica y ruptura histórica”, era posible ordenar la variedad de textos que tenían como objeto el análisis del peronismo. Daniel James (1990) resolvía una dicotomía discursiva a través de la “estructura del sentimiento”. Una tesis doctoral contribuía con el descubrimiento de la “lógica social subyacente a la existencia de los debates de los intelectuales”, recorrido dentro del cual, el peronismo se constituía como “fenómeno social y cultural”, (Neiburg, 1997). Tuve siempre presente que *El orden conservador* de Natalio Botana (1973- 1996) era un modelo

de teoría política argentina. Yo quería hacer historia argentina contemporánea de esa manera. Y como yo, muchos de mi generación.

Pero fue en ese Seminario, “Introducción a la Sociología Histórica”, donde las ideas que sobre la teoría de la historia económica y social, tenía yo tan arraigadas, no sin ciertas resistencias, comenzaron a cambiar. Cuando el profesor Ramón Ramos Torre, refiriéndose al campo semántico de la historia dijo que concebía a ésta como “un discurso narrativo que, utilizando específicos instrumentos de indagación, tiene la pretensión de fijar lo relevante del acontecer humano en el pasado”, sentí que volvíamos al siglo XIX y entonces pregunté: ¿La historia no es la ciencia de las sociedades y sus cambios a través del tiempo? La pregunta me fue respondida con otra que sería mucho más significativa para mí: “¿Es menos conocimiento si decimos que es también un arte?”

A partir de entonces, *Una nación para el desierto argentino*, sería una metáfora con la que Halperin Donghi me diría mucho más de lo que antes había podido leer en él. Y mi trabajo de heurística se orientaría a encontrar en los textos sobre el peronismo aquella “vida” que José Villarruel me había sugerido en los escritores de la revista *Contorno*.

La Realidad Argentina (1955) de Silvio Frondizi - también por indicación suya -, se agregó después al conjunto de autores que iba descubriendo en el proceso de reconstrucción del campo académico de esos años en el que también se hallaba la presencia ineludible de José Luis Romero y de Gino Germani, dos padres fundadores.

De todos ellos, Juan José Hernández Arregui, por su relación con “la universidad peronista”, se me presentaba como el más difícil de elegir, pero sabía que había

escrito con posterioridad a 1955, una verdadera obra histórica, plena de significado para varias generaciones.

Entonces, la dificultad con la que me encontré para conseguir las primeras ediciones, me convenció de que a pesar que las discusiones académicas actuales sobre el peronismo continuaran en un debate de peso, esa forma de escribir historia era ya pasado. Pero ahora tenía la certeza de que en esas obras, convertidas para mí en discursos narrativos, podía encontrar algunos signos de un pasado presente todavía.

Razones para la elección de un tema

He intentado relatar cómo, desde el principio con pocas armas más que cierta intuición, dos grandes configuraciones me orientaron en la realización de este trabajo. La primera es el debate que dentro de las ciencias sociales y específicamente en lo concerniente al conocimiento histórico, ha vuelto a encender el retorno de la narración. La segunda, es otro debate que, inmerso dentro del primero, discurre en la historiografía sobre el peronismo como fenómeno esencial en la conformación de la identidad socio - política de la Argentina contemporánea.

Partiendo de la hipótesis sólidamente argumentada por Paul Ricoeur, que nos dice que toda experiencia temporal viva alcanza su sentido por medio de narraciones (Ricoeur, 1995), y que ese sentido no es único sino múltiple y que, además, operando sobre la multiplicidad va dando forma y entidad a las identidades individuales y colectivas, llegamos al segundo problema, el peronismo, constituido por un largo y denso proceso narrativo que alcanzó un momento de mayor madurez interpretativa entre los años 1955 y 1966.

Constituye precisamente este período comprendido por esos años, - ese momento de la historiografía sobre el peronismo -, el tema del que pretende ocuparse, “una vez más”, esta investigación.

Tratándose de un “fenómeno de naturaleza compleja” y de un proceso aún abierto para la historia reciente, su relevancia lleva consigo también su dificultad: la innumerable cantidad de interpretaciones que, desde diversos campos narrativos, han intentado captar su identidad que, informe y confusa, aún se halla aprisionada por la pasión contenida en la propia distancia de un enigma.

Desde sus orígenes, como experiencia concreta, el peronismo ha sido procesado a través de diversas narraciones que, en ese acto, han ido confiriéndole entidad como un hecho histórico conformado por su acontecer y, el conjunto de sus descripciones. Distinguido dentro de los populismos latinoamericanos, diferenciado por las interpretaciones que lo identificaron como bonapartismo, cuestionado crítica y desencantadamente mientras fue explicado bajo el signo de la revolución nacional; combatido, dentro y fuera de sí mismo cuando su característica propia de construcción popular de largo período lo incluyó dentro de las revoluciones sociales; simplificado como fascismo, exaltado como nacionalismo, segregado por autoritarismo, el peronismo aún continúa profundamente “mediado por múltiples narraciones”. (de Ipolla, 1988).

Las variaciones sobre el modo de conceptualizar a esta experiencia iban surgiendo bajo el ritmo que los cambios políticos introducían dentro del sistema estatal, y a medida que esto ocurría, el peronismo iba consolidándose como una identidad heterogénea, polisémica y, por ello, mortificante para el conjunto de los intelectuales. Así, una identidad dotada de una capacidad de interpelación constante al proceso

histórico - político, exigía en sus momentos más urgentes, (1955, 1966, 1970), ser desentrañada, escrutada, comprendida.

Hasta pocos años antes de la “Revolución Libertadora”, del golpe militar de 1955, el peronismo había sido en la historiografía académica, una forma de fascismo, una anomalía, una aberración que finalizaría una vez desaparecida la figura de su líder carismático. Así había sido convertido en acontecimiento de un pasado absoluto, cuya “causa ausente” era necesario olvidar llegada *la hora de la libertad*. (Halperin Dongui, 1960)

Pero hacia 1955, cuando esta interpretación de relato único que creía casi plenamente en su linealidad, - al “autoritarismo” anterior a 1955 le sucedía ahora la “libertad” -, comenzó su fragmentación dando origen a las formas múltiples con las que a partir de entonces empezó a ser interpretado el peronismo. La adhesión obrera a Perón y su continuidad posterior a la caída, estalló en las discusiones de los intelectuales implicados subjetivamente con “La Libertadora” y, a las preguntas “¿qué había sido lo ocurrido?”, “¿por qué había pasado de ese modo?” y “¿cómo había terminado todo?”, les sucedieron otras que se orientaron hacia su significado y su sentido más profundos. (White, 1998).

Con las preguntas, ¿qué es el peronismo? y, ¿por qué es todavía?, la crónica del suceso daba paso a un relato histórico que presentaba así un momento de avance en el orden del sentido del tiempo vivido. La obra histórica argentina debió entonces, tomar al peronismo como un contenido que se hallaba unido de modo indisoluble con acontecimientos, actores y narraciones originadas mucho antes de su experiencia, y sus efectos serían también de largo alcance.

Los esfuerzos por amarrar conceptualmente a “una nación”, “una clase”, “una personalidad colectiva argentina” (José Luis Romero), “un ser nacional” (Juan José

Hernández Arregui), así como un régimen, “un proceso transicional” (Gino Germani), “una crisis” o “una tentativa de revolución burguesa” (Silvio Frondizi), inventaron, casi a tientas, grandes metáforas con las que los historiadores creyeron encontrar el sentido de su historia.

Esas grandes metáforas, representaciones inmersas en determinadas formas de trama así como de argumentación y de posiciones ideológicas, constituyen la poética de la imaginación histórica. (White, 1998). Una aproximación a su somera deconstrucción es el propósito de esta investigación.

Explicación del procedimiento y de la estructura de la tesis

El debate sobre la especificidad del conocimiento histórico, las paradojas del tiempo con la que se enfrenta el historiador, el gran relato de la reflexión sobre la doble pertenencia de la historia al campo de la ciencia y al mundo del arte y, fundamentalmente el estatuto que actualmente permite identificar al relato histórico, son el contenido del primer capítulo de esta tesis al que he llamado, **La narración histórica en la teoría de Paul Ricoeur. Fragmentos de un debate.**

Apoyándome en esta enorme tradición, me introduciré después, en la poética de la obra histórica de la Argentina de la segunda mitad del siglo XX. Consciente de que se trata de una de las elecciones de análisis posible, prefiero poner el énfasis en la estructura narrativa que subyace al modo con el que cada historiador engarza sus conceptos en una historia.

De la literatura académica sobre el conocimiento histórico he escogido una particular historia de la historiografía que Paul Ricoeur realiza en *Tiempo y Narración I*, porque considero que en ella se encuentra uno de los trabajos más completos sobre los problemas de la historia como ciencia y como escritura figurativa de un pasado.

Pero es la teoría que, sobre el pensamiento histórico europeo del siglo XIX, ha sido sistematizada por Hayden White en su *Metahistoria*, la que me ha permitido indagar sobre la estructura profunda de las obras de historiadores y sociólogos argentinos relevantes entre 1955 y 1966.

Adelantándome al contenido del segundo capítulo, **La teoría de la obra histórica en Hayden White. Su estrategia narrativa**, recuerdo que al comenzar un intensivo seminario en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en octubre de 2000, como sólo contábamos con una semana para escuchar sus clases, Hayden White nos preguntó cual era el área en la que preferíamos profundizar durante esos días. Se refería al relato histórico, al relato de ficción y a la relación entre identidad y narración. Dentro del pequeño grupo había más historiadores que literatos y filósofos, razón por la cual fue elegida *Metahistoria*. Creo que algo desalentado dijo que escribir esa obra le había llevado diez años de su vida y que durante mucho tiempo no había podido volver a leerla.

Allí se había propuesto sistematizar una teoría que ordenara a las que estaban contenidas en el pensamiento histórico europeo del siglo XIX y para ello había creado una metodología precisa que le permitiría descubrir y captar “la estructura profunda de naturaleza poética” donde se hallaba la “imaginación histórica” de esas grandes obras. Lo había logrado: el sentido profundo del pensamiento histórico y la filosofía de la historia del siglo XIX - la conciencia histórica así concebida - quedó casi contenido en esas páginas que White escribió durante esos diez años.

Su recorrido metodológico, que es el que me permite a mí aproximarme al análisis de las obras históricas argentinas, comenzó con la identificación de tres niveles en los que se despliegan los grandes relatos y que, de un modo manifiesto, posibilitan el descubrimiento de sus dimensiones epistemológicas, estéticas y morales.

White llamó a estos niveles, explicación por argumentación formal, explicación por la trama y explicación por implicación ideológica. A partir de ellos ideó una tipificación con la que categorizó a los discursos según su forma de trama trágica, cómica, romántica o satírica. A cada forma de trama le correspondía una determinada manera de argumentación, - mecanicista, organicista, formista o contextualista -, y también un modo de implicación ideológica, radical, conservador, anarquista o liberal.

Hizo explícito que se trataba de una combinación posible y que él la había hallado cuando analizó el pensamiento histórico de Hegel, Michelet, Ranke, Tocqueville, Buckhardt, Marx, Nietzsche y Croce. Pero que la implicación de esos niveles podía variar de acuerdo con las “afinidades electivas” con las que otros pensadores establecían su propia combinación y, que estas afinidades no debían entenderse como *necesarias* sino que respondían al “efecto explicatorio” que el relato pretendía conseguir. White mostró de esa manera, cómo el esfuerzo por implicar un modo con otro, condicionaba a una “tensión dialéctica”, “la obra de todo historiador importante”. (White, 1992: 39-40).

Pero lo que hace más inteligible ese “sentido profundo” contenido en la narración poética, es la identificación del estilo historiográfico que White atribuyó a la combinación específica entre los niveles o “estrategias” de los historiadores y de los filósofos de la historia. Así llegó a explicarnos cómo el acto de elección de determinadas estrategias conceptuales con las cuales el historiador prefigura el campo histórico para dar cuenta de lo que “en realidad estaba sucediendo en él”, “es un acto esencialmente poético” y “puede adoptar una serie de formas, cuyos tipos pueden caracterizarse por los medios lingüísticos en que se presentan.” (White: 10). Esos medios lingüísticos que White tomó del lenguaje poético, metáfora, metonimia,

sinécdoque e ironía, constituyen la base o tropo dominante que, en “un nivel más profundo de conciencia”, “subyace e inspira” la obra histórica.

La claridad de su hipótesis así, como el reconocimiento de que se trata de una de las formas posibles de comprender la conciencia histórica de los pensadores de una época, quedó expresada en las siguientes frases:

“Sostengo que es posible entender a los maestros reconocidos del pensamiento histórico del siglo XIX, y establecer sus relaciones recíprocas en cuanto participantes en una tradición común de investigación, por la explicación de los diferentes modos tropológicos que subyacen e inspiran su trabajo. En suma, “opino” que el modo tropológico dominante y su correspondiente protocolo lingüístico forman la base irreductiblemente “metahistórica” de cualquier obra histórica. Y sostengo que ese elemento metahistórico en las obras de los principales historiadores del siglo XIX constituye la filosofía de la historia que sostiene implícitamente sus obras y sin la cual no podrían haber producido el tipo de obras que produjeron.” (White, 1992: 10-11).

Mostrando las posibilidades tropológicas con las que se había construido el discurso histórico del siglo XIX, nos dijo que esas posibilidades habían dado origen al estado irónico que caracterizó a la crisis del historicismo de fines de ese siglo. Y a la vez, que ese estado - ese tropo - había también caracterizado a partir de entonces, como modo dominante, al pensamiento académico. Una esperanza aparecería sobre el final de su prefacio:

“Quizá sea perceptible que este libro está escrito en el modo irónico. Pero la ironía que lo imbuye es una ironía conciente, y por lo tanto equivale a volver la conciencia irónica en contra de la propia ironía. Si logra establecer que el escepticismo y el pesimismo tan característicos del pensamiento histórico moderno tienen su origen en un marco mental irónico, y que ese marco mental a su vez “es sólo una” de las posturas que es posible adoptar en el registro histórico, habrá proporcionado alguna base para el rechazo de la ironía misma.” (White, 1992: 12).

He llamado al capítulo tercero, **Hacia la formación de una tradición historiográfica argentina: 1955 - 1966**, porque he tratado de presentar, a través de su contexto, a los historiadores argentinos que he escogido para este trabajo y, de explicitar las razones que me han llevado a su elección.

Puede parecer un motivo disruptor dentro del relato que intento elaborar, pero como no se trata de intelectuales que han interpretado al peronismo, sino de discursos historiográficos y, en algún caso, sociológicos de investigadores reconocidos en un ámbito académico imbricado con los cambios políticos, debo hacer referencia a la relación entre la universidad y sistema político estatal en los períodos anterior y posterior a la caída de Perón.

Para dar cuenta de las características de esa relación, en el primero de estos períodos signado por una recíproca relación de *exclusión y rechazo* entre la universidad y el gobierno, he debido introducir brevemente algunas aclaraciones que permiten situar al proceso histórico político de los años peronistas.

Del mismo modo para establecer las características de esa relación en los tiempos posteriores a 1955, “la universidad reformista”, he expuesto las principales hipótesis

introdutorias que se debaten en la explicación de un largo período signado por la presencia de un “estado débil” frente a las corporaciones: crisis de hegemonía, empate hegemónico (Murmis y Portantiero, 1971) , alianza y coincidencia transitoria de intereses (O’Donnel, 1977), resistencia obrera (James 1990), comportamiento del sindicalismo peronista (Torre, 1968- 89), etc.

Pero he centrado la atención en el surgimiento de una “vida cultural extra estatal” (Sigal, 1991: 50) que había comenzado durante los años del peronismo en el poder, incluso antes, y que había esbozado los lineamientos historiográficos y sociológicos que se esperaban de una “universidad reformista”. Así, en el Colegio Libre de Estudios Superiores y, en producciones académicas como las revistas *Imago Mundi*, *Centro* y *Contorno*, se habían destacado las labores de enseñanza e investigación de José Luis Romero y de Gino Germani.

Dentro de este capítulo, he dedicado un breve apartado a los intelectuales de izquierda, porque a ellos se debe la heterogeneidad de interpretaciones que a partir de 1955 percibieron, en la permanencia de la adhesión obrera a Perón y su persecución, un urgente motivo de reflexión. Así, la síntesis marxismo-nacionalismo se alejará de la interpretación que sobre el peronismo como fascismo hiciera el Partido Comunista tradicional y tendrá como referentes a Rodolfo Puigrós y a Eduardo Artesano. Desde el marxismo humanista Silvio Frondizi escribirá “La realidad Argentina”, y desde el trotskismo y el peronismo de John William Cooke, Jorge Abelardo Ramos y Juan José Hernández Arregui nos hablarán por primera vez de la izquierda nacional.

Como ha señalado Carlos Altamirano (2000), la caída de Perón y la evidencia del “pueblo peronista” se convirtieron en un llamado militante para sus intérpretes,

muchos de los cuales se vieron obligados a abandonar el amparo “aséptico” de la Academia así como los esquematismos de las izquierdas.

Pero es la historiografía sobre el peronismo entre 1955 y 1966 y, dentro de ella el análisis narrativo de la obra histórica, el tema del que se ocupa esta tesis. En razón de ello, en este capítulo también he presentado una biografía de cada uno de los historiadores, que nos permite ver no sólo la importancia de su desempeño como académicos y su controvertida relación con una universidad que frustraba sus esperanzas de renovación, sino también su actuación en un campo político y cultural, agente del complejo ideológico que daría origen a la “nueva izquierda” en los años setenta.

Se podrá objetar que las diferencias entre el pasado que narraron los historiadores y filósofos de la historia del siglo XIX, y el presente asentado sobre un pasado lejano que relataron los historiadores argentinos, constituye un obstáculo serio para mi propósito. Pero recordando a White, esta vez en el *Contenido de la forma*, vemos cómo aún en la crónica del anal medieval, en la que un testigo “que ve lo que sucede,” realiza un registro de hechos, ese mero registro es también la prefiguración de un campo que representa una particular visión de un mundo. Debo señalar no obstante, que esa pertenencia de los historiadores al siglo XX, me obliga a modificar, en parte, las posiciones ideológicas que White categorizó para los pensadores del siglo XIX. En su introducción nos advertía que no había podido incluir la ideología fascista porque se trataba de una ideología extemporánea respecto del pensamiento que él había analizado y, nos decía, en su réplica a la asociación de Manheim entre romanticismo y conservadurismo, que el anarquismo como implicación ideológica del romanticismo había derivado de algún modo en un fascismo. (White, 1992/ 1998: 33). En razón de ello, argumentaré sobre las posiciones ideológicas de cada relato en

los capítulos dedicados especialmente a cada historiador. Y al mismo tiempo mostraré cómo esas combinaciones “no necesarias”, rompen con una categorización rígida que White sólo construyó como un modelo arquetípico con el cual la variedad de discursos podría compararse.

Quizás podamos hablar de una conciencia histórica común en estos historiadores que pretendieron explicar la realidad histórica de la Argentina en un momento en el que había que abandonar las certezas y en el que preguntarse por el significado del peronismo era preguntarse por un proyecto de país. Pero lo que sí podemos decir es que para esa tarea, cada uno de ellos “prefiguró” un campo histórico con el que dotó de sentido al curso de la historia que relataron. Y que en ese acto de “naturaleza poética”, signado por la angustia de un momento que coincidía con el momento de sus vidas, cada uno debió someter su relato a una “tensión” particular que nos permite hoy, pensar sus metáforas. Después de ellas, el mundo político argentino, no sería nunca más “un cubo liso segmentado en dos partes: blanco y negro”. (Viñas, David, 1955: 53).

En el capítulo cuarto, **Reflexiones sobre la personalidad colectiva argentina. El peronismo en la obra de José Luis Romero**, he trabajado sobre el relato de un historiador que dedicó su investigación al Occidente antiguo y medieval como partes esenciales de un campo histórico que le permitió introducirse, más allá de la erudición, en el nivel profundo de las mentalidades.

Su relevancia como académico, docente e investigador y, su carrera acompañada por los cambios políticos y por su militancia dentro del Partido Socialista, es hoy, y ha sido siempre, indiscutible. Su preocupación por la construcción de una “historia social”, capaz de identificar y de encontrar “el sentido de la personalidad colectiva argentina”, y el compromiso con una historia del país que se le presentaba de manera

urgente, lo llevaron a escribir una historia de la Argentina entramada en una nueva periodización desde los tiempos coloniales hasta los desgarradores finales de los años setenta.

Con una trama romántica, Romero redujo esa *personalidad colectiva* a dos ideas contrapuestas que, en continuidad con la vieja antinomia civilización- barbarie, habían pugnado por imponerse la una sobre la otra a lo largo de esa historia así prefigurada. Dentro de ellas, el peronismo correspondería al mundo de las ideas *amorfas* que, por error de las ideas *claras, perfectas y distintas*, habían triunfado desde 1946. Su argumentación organicista, gobernada por el mundo de las ideas, se orientó a través de la metáfora romántica, al logro *del orden del caos del ser* (White, 1998: 147), como fin último o misión del historiador y del político, capaz de elevar a la acción la “esencialidad democrática de las masas.”

En el capítulo quinto, **Gino Germani. Una lectura más sobre el problema de la integración**, me propongo mostrar cómo el relato con el que Germani “engarzó” “los problemas nacionales”, fue construido según una lógica argumental mecanicista que lo llevó a explicar la crisis argentina de los años treinta como una crisis de “integración”. Y cómo por el camino de esa misma lógica concibió al peronismo como una “desviación” de una norma que, entendía, se había cumplido en la mayoría de las sociedades que observó.

Gino Germani había dedicado su esfuerzo a la tarea de “disciplinarización” de la sociología Argentina, y la sociología científica en la que pensaba y pretendía, no sólo era aquella capaz de utilizar un riguroso tratamiento de los datos poblacionales y estadísticos pertenecientes al campo de la morfología social sino también, capaz de analizar las inclinaciones políticas de los diferentes sectores que dentro de la sociedad se iban identificando. El propósito de Gino Germani era dotar a la

sociología argentina no sólo de un método adecuado cimentado en los clásicos como Durkheim y Weber sino, y también desde ellos, dotarla de dimensión histórica.

Por eso construyó un relato de largo período con el que, con predominio de estilo metonímico, intentó mostrar las razones por las cuales, de un modo atípico, las masas populares habían sido integradas “inicialmente” por un “totalitarismo”. En eso consistió, en el hilo de su trama, “la tragedia política argentina”. (Germani: 1956/1971: p.353).

Debo decir que su tesis de la “disponibilidad”, su mención a la irracionalidad de las masas y su explicación del surgimiento del peronismo por la adhesión a éste de “nuevos trabajadores”, generó entre los historiadores y los sociólogos argentinos desde 1970, un profundo debate historiográfico que este capítulo no puede eludir.

Dedico el sexto capítulo, **La Realidad Argentina en un modo trágico**, a Silvio Frondizi. Su obra, que había comenzado a aparecer antes de 1955 a través de folletos que entonces editaba *Praxis*, es una reflexión general sobre el Capitalismo y sobre el Socialismo. Dos volúmenes en los que tomó a estos grandes modelos para analizar la fracasada revolución burguesa que ha significado en su interpretación el Peronismo. Su modo de argumentación mecanicista, llena de contenido el modo metonímico con el que construyó un relato en el que el comportamiento de las clases, los partidos, los intelectuales, era parte de una evolución natural que correspondía al desarrollo de la experiencia de estos grandes sistemas.

Como Marx, Frondizi “aprehendía el campo histórico en el modo metonímico. Sus categorías de prefiguración eran las categorías de cisma, división y alienación” y por eso, como a Marx, “el proceso histórico le parecía un panorama de “pecado y sufrimiento...”” (White, 1998: 275), que, el historiador argentino, asumía con optimismo.

Su formación dentro del marxismo humanista lo llevó a rechazar de plano el análisis objetivista de la sociedad y a considerar dentro de ella el problema del individuo. Como para Marx y para Hegel, la sociedad era, para Frondizi, a la vez “el instrumento de la liberación del hombre de la naturaleza y la causa de la separación de los hombres entre sí”. (White, 1998: 276).

En razón de ello, el peronismo fue interpretado como un “bonapartismo” posibilitado por la emergencia de un breve período de interregno entre dos imperialismos. Pero finalmente, un “bonapartismo” que había permitido una aceleración del proceso de formación de la conciencia de la clase trabajadora. Por eso su trama trágica fue la forma elegida para mostrarnos la paradoja “de cómo la sociedad funciona en esa forma doble en la vida del hombre” y cómo esa condición debía y podía, con el tiempo, ser por él resuelta. (White, 1998: 276).

El capítulo séptimo, **El peronismo en Contorno. Tulio Halperin Dongui: la ironía como relato**, es el trabajo sobre un grupo de intelectuales que hacia los años cincuenta, se formó a partir de la edición de una Revista de la Facultad de Filosofía y Letras: *Contorno*.

Dentro del amplio espectro de conmociones que para los escritores de la época significaron tanto el triunfo como la caída del peronismo, *Contorno* pretendió construirse a sí mismo bajo el rechazo de posiciones rígidas y con el cuestionamiento a las figuras emblemáticas de un pasado valorado por sus maestros. Esta actitud no sólo se extendió hacia sus formas de interpretar el peronismo sino que nació del impacto de la primera derrota en las urnas en 1946 así como de la frustración de sus expectativas en 1958. Decía David Viñas:

“La derrota era lo único evidente en 1946. (...) No habíamos entendido. De eso se trataba. Habían nacido distintos. Qué duda podía haber. No existían ni matices ni pasos intermedios, algo más, un poco menos, apenas distintos.” (David Viñas, 1955.: 51)

En *Orden y Progreso* (1959), *Miedos, Complejos y Malentendidos* (1956) de Ismael Viñas, artículos, luego libros, descubrimos la mortificación del intelectual de clase media que puede separar por un lado la acción de Perón – *la farsa* – y, por otro las razones de la adhesión popular. Pero no puede comprender totalmente a esta última señalando que para hacerlo es necesario - en sus palabras- “darse vuelta como un guante que y esa es una tarea profunda y penosa”.

Como miembro de *Contorno* y mucho más vinculado al campo de análisis que brinda el vínculo entre Historia y Psicoanálisis he destacado también la interpretación de León Rozitchner en “Experiencia proletaria y experiencia burguesa” (1956).

Pero he dedicado un espacio más amplio a un artículo, “Del fascismo al peronismo” que la revista publicó en 1956 y, que años más tarde se compiló con otros en un libro. Me refiero a *Argentina en el Callejón* (1995) de Tulio Halperín Donghi.

Pretendo mostrar cómo en esa obra, el problema del peronismo como fascismo queda disuelto dentro del modo irónico que predomina en su relato, y cómo esa ironía expresa el sentido pesimista de una historia que así comienza a insinuarse hacia 1961, para consolidarse de ese modo en su *Larga agonía de la Argentina Peronista* (1994).

El relato de Halperín Donghi me presenta dificultades al momento de explicar cómo ha configurado el campo histórico, y por eso mismo es confusa la posibilidad de

categorizar su forma de tramar o de identificar una sola de ellas a lo largo de su libro, e incluso en otras interpretaciones suyas sobre el peronismo relativamente recientes. Por eso me atrevo a decir que es un relato nuevo que escapa de los grandes modelos, y que esto es razonable si se tiene en cuenta que Halperín fue discípulo de José Luis Romero y que, por lo tanto pertenecía ya a otra generación, la de los “Contornistas”. En su relato, confluyen tanto un modo de argumentación organicista, - fácilmente rebatible por su ambigüedad -, como uno mecanicista por su manera, apenas insinuada, de concebir el cambio social.

Lo mismo ocurre con la forma de su trama que, escrita en tono satírico, llega desde allí al final trágico, pero esa tragedia presenta una salida bien diferente de la que señalábamos en el relato de Silvio Frondizi o en Gino Germani, porque se halla signada por un sentido claramente pesimista. De ahí que su implicación ideológica resulte, de acuerdo con este tipo de análisis, también cambiante y ambivalente.

Lo que podemos afirmar es que se trata de una obra cercana a una filosofía de la historia y que, tal vez, en el modo de escurrirse de las categorías precisas, se encuentre la gran ironía con la que construyó su relato, su historia.

En el capítulo octavo, **Desde los márgenes. Hernández Arregui en “La formación de la conciencia nacional”**, pretendo descubrir el recorrido que realizó el historiador en su búsqueda del “Ser Nacional”.

Separado de sus cargos por “la libertadora”, sus argumentos en favor de una síntesis entre marxismo y nacionalismo, entre clase y nación, irán arraigándose desde los márgenes, en una universidad desencantada del cientificismo en 1958, en una clase media politizada bajo la renovación cultural de los años sesenta y la influencia de la Revolución Cubana, y en los sectores más radicalizados del movimiento sindical.

Argumentaré en este capítulo, cómo la búsqueda del ser nacional es el fin último que Arregui persigue a través de una explicación organicista con la que ha prefigurado el campo histórico compuesto por los conceptos de Patria, Nación, Nacionalismos, Clase, Comunidad, Cultura. Esa meta, regida por “la lucha y no por la concordia”, se alcanzaría con la liberación de la cultura popular -“iberoamericana”-, oscurecida por una diferenciada europeización de la élites. Es por eso que, en ese recorrido, Arregui polemiza, - tratando de batir uno a uno - , con los intelectuales que, en su construcción de linajes, pertenecieron a llamada “la cultura oligárquica”.

Pero el concepto de clase que pretende amalgamar con el de Nación, así como el de lucha, lo remiten al método marxista de explicación y a nosotros a la idea del cumplimiento mecanicista de determinadas leyes. De ahí, la contradicción en la que queda atrapado el nacionalismo marxista o el peronismo de izquierda de Arregui. Y por eso, tratándose de una ideología propiamente nacional o latinoamericana, su implicación ideológica escapa del arquetipo estructurado por White.

En ese acto de prefiguración, Arregui construyó una trama romántica, claramente identificable en su relato sobre el 17 de octubre y en el modo de alentar la confianza en el peronismo como una etapa necesaria en el proceso hacia la revolución social como metáfora de un futuro más libre.

Capítulo 1. La narración histórica en la teoría de Paul Ricoeur. Fragmentos de un debate.

La teoría de la historia que Hayden White ha sistematizado en su *Metahistoria*, se inscribe con impresión aguda dentro la gran historia de la historiografía que, desde mediados de la década del sesenta, asiste al renacimiento de una vanamente oscurecida historia como narración. Su concepción de la obra histórica como discurso narrativo, - teoría central con la que pretende sostenerse el recorrido de esta tesis -, y la elección de su tipología como estrategia de análisis de los discursos históricos, me remiten necesariamente a un largo e inconcluso debate, algunos de cuyos núcleos significativos desarrollaré en este capítulo.

El renacimiento de la historia como narración coincide con la crisis de dos grandes modelos explicativos de la realidad histórica, la Escuela Francesa de Annales y la Escuela Anglosajona de método nomológico - deductivo. Si bien no es fácil determinar qué es lo que sucede primero y qué en consecuencia, una nueva forma de fundamentar la dimensión epistemológica de la narración dentro del campo del conocimiento histórico se impone como motivo de reflexión entre los historiadores, y genera discusiones acerca de la esencia de su disciplina.

Una de las teorías que más contribuye a la discusión sobre el estatuto de lo histórico, es la de Paul Ricoeur. Su obra corresponde a un esfuerzo sistemático y sólidamente argumentado por demostrar que pertenece únicamente a los relatos la posibilidad de aprehensión y de significación de toda experiencia temporal. La hipótesis que, como punto de partida, supone que la experiencia “temporal viva” alcanza sentido por medio de narraciones demuestra la pertenencia del discurso histórico, así como todo proceso de escritura que tenga a la experiencia temporal por objeto, a la clase de los relatos, y por ende, sostiene que éste comparte con el discurso de ficción una

operación semejante de construcción narrativa, “mythos” aristotélico o, en la interpretación de Ricoeur, “puesta en intriga”o entramado.

La demostración de la pertenencia del discurso histórico a la clase de los relatos desvela un motivo de discusión encendida entre los historiadores porque, analizado como síntoma (Lozano, 1987: 11) , los enfrenta con un lenguaje nuevo que introduce a la fenomenología, y recupera a la filosofía de la historia para pensar sobre las paradojas que éstos deben resolver al construir sus interpretaciones acerca del pasado.(Chartier:258) Según Ricoeur, “ tales prácticas son familiares en la práctica histórica pero sigue sin haber una reflexión conceptual al respecto”. (1987:49) Así, la reflexión sobre la verdad de lo histórico debe recurrir, una vez más y de manera imperiosa, al tratamiento de un problema esencial: el tiempo.

Tres núcleos centrales en la teoría de Paul Ricoeur dan forma a la estructura de este capítulo: la relación entre tiempo y narración, el problema del tiempo en el relato histórico, y el debate sobre la doble pertenencia de la historiografía al campo de la ciencia y al mundo del arte.

Tiempo y narración

En los párrafos siguientes, Ricoeur expresa su primera hipótesis:

“Ya se trate de afirmar la identidad estructural entre la historiografía y el relato de ficción (...), ya de afirmar el parentesco profundo entre la exigencia de verdad de uno u otro modo narrativo (...), un presupuesto domina sobre todos los demás: lo que está últimamente en juego, tanto en la identidad estructural de la función narrativa como en la exigencia de verdad de

cualquier obra de este género, es el carácter temporal de la experiencia humana. El mundo desplegado por toda obra narrativa es siempre un mundo temporal.” **“...el tiempo se hace humano cuando se articula de modo narrativo, a su vez, la narración es significativa en la medida en que describe los rasgos de la experiencia temporal”.** (Ricoeur, P. 1995:39)

En esta primera idea, central en la teoría de Paul Ricoeur, la experiencia del tiempo vivido “confusa, informe y, en el límite muda”, alcanza un sentido que se hace inteligible sólo a través del relato de sí misma. A la vez, en relación recíproca, sólo en el acto de dar cuenta de una experiencia temporal viva, la narración adquiere significación.

Con estas ideas, Ricoeur rescata la condición irrenunciable de la narración frente a la amenaza pesimista del fin del acto de narrar que, con la caída de los grandes paradigmas narrativos o explicativos de la realidad, y como angustia del “mito roto”, expresa el sentimiento profundo de final, cisma, muerte o fin del deseo que embarga a la sociedad contemporánea.(Ricoeur. 1998:415)¹ A través de ese rescate, Ricoeur nos lleva a la idea - pertinente al recorrido de esta tesis - de que el sentido construido en las narraciones no es único sino múltiple y que, de ese modo múltiple, las narraciones van dando forma y entidad a las identidades individuales y colectivas en un proceso en el que profundiza su significado.

¹ En diálogo con Walter Benjamin, toma de éste la idea de que “ quizá nos hallamos al final de una era en la que ya no ha lugar para narrar porque los hombres ya no tienen experiencia que compartir”. Idea a la que Ricoeur responde con la esperanza de “ creer que nuevas formas narrativas están naciendo ya, y que éstas atestiguarán que la función narrativa puede metamorfosearse, pero no morir.” (Ricoeur. 1998:418-419).

Pero el largo recorrido que Ricoeur realiza sobre “las formas más destacadas de la actividad narrativa”, intenta responder a otra de sus grandes preguntas: “¿De qué manera la experiencia normal del tiempo de la acción y el sufrimiento cotidiano está remodelada a su paso por la criba de la narración?”(Ricoeur: 1987:41)

Con los términos configuración y refiguración , ambos representativos de una actividad de orden preconceptual o imaginativo, se refiere tanto “al viejo problema” de la representación de la acción o *muthos* aristotélico², como al de *mímesis* o, en su terminología y definición, refiguración, “potencia de revelación y de transformación ejercida por las configuraciones narrativas cuando se aplican a la acción y al sufrimiento reales” (Ricoeur. 1987:42). Esa remodelación de la experiencia cotidiana a través de la narración con su doble actividad de configuración y de refiguración o “poética”, es lo que hace complementarios a los relatos históricos con los de ficción, problema que se tratará sólo referencialmente en este trabajo, pero que conduce a Ricoeur al estudio de cómo esa *mímesis* “aplicada” en unos y otros modifica o transforma en una secuencia de sentido inteligible las paradojas temporales. Así, “el

² En razón de esta idea es que en *Tiempo y narración I* (1995), Ricoeur analiza *La Poética* de Aristóteles, y toma la teoría de la construcción de la trama trágica para dar sentido a esa actividad mediadora entre el tiempo fenomenológico y el cósmico, o entre la experiencia humana del tiempo y el tiempo eterno. A la vez, la trama trágica transforma en “concordancia a las discordancias” que estas oposiciones generan en la experiencia vivida. En el tiempo de los acontecimientos del mundo, la experiencia de los hechos recientes aparece plena de confusiones que sólo alcanzan claridad a través de su unidad en una trama. La bifurcación de situaciones producidas por acontecimientos no previstos y sin intención aparente, conducen a múltiples discursos, acciones simultáneas e inconexas que sin trama, quedan fuera de la imitación “esforzada y completa”, con la que Aristóteles identifica a la tragedia superior. Así, en la *mímesis* trágica como reflejo mediado por el distanciamiento propio de su construcción, “ el carácter de necesidad se aplica a acontecimientos que la trama hace contiguos. Los tiempos vacíos, o discordancias, no entran en cuenta.

tiempo se convierte en la piedra de toque del sentido de la mimesis” (Ricoeur.1987:42). Por eso, Ricoeur toma a la fenomenología como la tradición de pensamiento filosófico que “lleva el problema del tiempo a un punto extremo de aporía”(1987:43), a la historiografía como el estudio de la forma de narrar lo histórico, y por ende, el modo de refiguración histórica del tiempo, y a la crítica literaria para la reflexión sobre otra de las formas de “puesta en intriga” o relato de ficción. Según su hermenéutica, estas últimas, como resoluciones poéticas, consiguen aproximarse a resolver las aporías temporales que no se resuelven por el camino de la especulación. La tesis fundamental de Ricoeur corresponde, entonces, a la idea de que “la composición narrativa, tomada en toda su extensión, constituye una respuesta al carácter aporético de la especulación sobre el tiempo.” (Ricoeur. 1996:641)

En las primeras páginas que introducen *Tiempo y narración I*, Ricoeur expresa así su primera percepción: “Veo en las tramas que inventamos el medio privilegiado por el que reconfiguramos nuestra experiencia temporal, confusa, informe y, en el límite muda.”(Ricoeur. 1995:39)

Abre, entonces, su teoría sobre la relación entre la narración y las paradojas del tiempo con las meditaciones de San Agustín. La primera aporía que frente, a la pregunta sobre el ser del tiempo, resulta de la antítesis de una “tensión y distensión del alma”, consiste en que es obra del lenguaje, del verbo, la percepción de un “antes, un durante y un después”. (Ricoeur. 1995: 44) Y por ende, así como es el lenguaje el que da entidad al tiempo, también es el lenguaje el que al mismo tiempo expresa su no ser, porque así como hablamos de las cosas pasadas, las presentes y las que vendrán, decimos también que el pasado ya no es, el futuro no es todavía y el presente no permanece.

Nace de este modo la concepción del tiempo de la conciencia de San Agustín que, bajo un estado espiritual de mortificación, resuelve la primera aporía a través de la idea del triple presente o segunda paradoja: presente del pasado, presente del futuro y presente del presente. Pero ese presente triple que encuentra en la espera, en el recuerdo y en la expectación, su propia medida, nace de una distensión o extensión del alma y resulta del choque del razonamiento agustiniano con la idea del tiempo externo, “que nos envuelve y nos domina”, de Aristóteles. Así, “la *distentio animi* es la posibilidad misma de la medida del tiempo” y, en consecuencia, la refutación a la tesis cosmológica, “aunque mal entablada”, constituye un eslabón indispensable en la argumentación de San Agustín. (1996:644)

Las conclusiones a las que Ricoeur llega después del largo recorrido sobre la fenomenología como hermenéutica de la experiencia del tiempo, ampliamente desarrollada en su libro tercero, le permiten señalar el fracaso de la teoría agustiniana, y sobre todo afirmar que éste consiste en “no haber logrado sustituir la concepción cosmológica del tiempo por la psicológica, pese al irrecusable progreso que representa esta psicología respecto de cualquier cosmológica del tiempo”. (Ricoeur. 1996:643)

El fracaso de la teoría que, paradójicamente, aporta la convicción acabada de que el tiempo tiene medida, consiste en que no permite ver cuál es la medida “fija” para medir lo que aumenta y lo que disminuye en la percepción psicológica del triple presente. Pero sobre todo, ese fracaso consiste en la debilidad de los argumentos para refutar la idea del tiempo cosmológico o externo pasando por alto la idea aristotélica del tiempo precisamente, como “algo del movimiento”. De ahí entonces que esa debilidad deje abiertos los dos accesos al problema del tiempo, “ por el lado del espíritu y por el del mundo” y, por ende, en lo que ahora nos interesa,

“La aporía de la narratividad, a la que responde de diversas maneras la operación narrativa, consiste precisamente en la dificultad que hay en mantener a un tiempo los dos extremos de la cadena. El tiempo del alma y el tiempo del mundo”. (Ricoeur. 1996:646)

El recorrido de Ricoeur continúa hacia lo que considera “el fallo de la fenomenología como el anverso de su éxito”(1987:48), o “el fondo del callejón sin salida”(1996:646), a través de las aporías que respecto de la experiencia del tiempo, ésta va abriendo cada vez más profundamente en el interior de la conciencia. Así, y siguiendo su idea de fallo de la fenomenología, el tiempo como “un vivido puro” de Husserl se estrella contra el “arrecife kantiano del tiempo invisible”, y la fenomenología hermenéutica “del ser en el tiempo”, del tiempo encarnado en la vida humana, se revela incapaz de “engendrar aquello que excluye”, el tiempo vulgar. Pero dice claramente,

“Compréndaseme bien: este fallo de la fonomenología es para mí precisamente el anverso de su éxito; es el precio cada vez más elevado que hay que pagar por la interiorización cada vez más radical de la conciencia íntima del tiempo; tiempo del movimiento en Aristóteles, tiempo objetivo con Kant, tiempo vulgar con Heidegger, todas las ciencias designan, entre etapas diferentes del saber, el reconocimiento de este otro del tiempo vivido que la fenomenología más aguzada no alcanza nunca.”(Ricoeur. 1987:48)

Y finalmente,

“¿He de añadir que el saber inmemorial siempre conoció este fracaso?(...)”

“Siempre ha cantado la brevedad de la vida humana en comparación con la inmensidad del tiempo.” (Ricoeur. 1987:48)

Una metáfora entonces, da sentido y “remodela” esa naturaleza de orden inconcluso, o “idea rota del tiempo” que consiste en la duración insignificante de nuestras vidas, y al mismo tiempo la única “de donde sale toda cuestión importante”.(Ricoeur. 1987:48)

Las paradojas del tiempo en el relato histórico

Siguiendo la hipótesis de Ricoeur, “entre el tiempo vivido y el tiempo universal”, el tiempo histórico amparado por una “refiguración”, se convierte en un tercer tiempo. El tiempo histórico como tercera opción abierta por el choque de las aporías de la fenomenología, adquiere la forma de puente y la función de una mediación entre el tiempo fenomenológico y aquel que la fenomenología no logra constituir, tiempo del mundo, tiempo objetivo o tiempo ordinario.(Ricoeur. 1996:783)

En la argumentación de Ricoeur, convencionalmente los historiadores como práctica común utilizan “conectores” entre los dos tiempos. Esos “conectores” como el calendario, la memoria intergeneracional y los relatos que resultan del trabajo sobre las huellas, son formas de refiguración que intentan resolver la aporía entre el tiempo eterno, “sin presente, formado por una sucesión orientada de instantes cualesquiera, y

un tiempo con presente que permite determinar el antes como pasado y el después como futuro.”(Ricoeur: 1987: 49)

Así, los calendarios o primeros “puentes”son modos institucionalizados de periodización del tiempo histórico, y adquieren diversas formas de acuerdo a las convenciones culturales de las diferentes civilizaciones. Ricoeur hace referencia a la relación entre el tiempo del calendario y el tiempo mítico o cósmico que hasta la aparición de la escritura, y por ende aún en algunas culturas actuales que carecen de ella, era/es el modo predominante para fijar los ciclos agrícolas y los acontecimientos significativos, cuyo recordatorio se expresa a través de los ritos. La persistencia de ese tiempo mítico, incluso en muchos actos rituales popularmente enraizados de las sociedades civilizadas actuales, consiste en ese tiempo sin presente o sucesión de instantes que el calendario convencional de alguna manera y en parte puede incluir. (Ricoeur. 1996: 786)

Convencionalmente, en el conjunto de las civilizaciones existe consenso por lo menos en lo que respecta al origen de la agricultura, a la invención de la escritura, y al nacimiento de Cristo, o de Buda, como acontecimientos fundadores que permiten ordenar los sucesos de acuerdo a un antes y a un después. Así, el tiempo calendario se instituye como gran paradigma de ordenación que permite datar a todo acontecimiento notable, asignándole un lugar en la relación de distancia o proximidad respecto del eje temporal establecido. Pero también opera como paradigma que permite incluir a todos los datos posibles, y en este sentido “reinscribe el tiempo vivido como destino privado o como destino común en el tiempo cósmico. Esta reinscripción es la primera réplica de la práctica histórica a la aporía principal que saca a luz la fenomenología del tiempo.”(Ricoeur. 1987:50)

Las generaciones son también consideradas como conectadores porque constituyen mediaciones entre el tiempo de los predecesores, los contemporáneos y los sucesores. Con su flujo constante de nacimiento y ocaso, dan continuidad al pasado, al presente y al futuro. Es precisamente ese flujo constante el que genera momentos de coexistencia entre varias de ellas, y por lo tanto impide precisar con exactitud cuál es el lapso adecuado para poder determinar, sólo con un criterio biológico, el paso de una generación a otra. Por eso Ricoeur se remite a Dilthey y a Mannheim, y considera con ellos que no sólo los cambios biológicos que separan y unen a los hombres bajo diferentes etapas de juventud, madurez y envejecimiento bastan para precisar el período de tiempo que identifica a una generación, sino que es necesario introducir aspectos cualitativos en ese tiempo social. Toma del primero el concepto de generación “como fenómeno intermedio entre el tiempo exterior del calendario y el tiempo interior de la vida psíquica”. Pero sobre todo enfatiza la relación que Dilthey establece entre dos modos de hacer referencia al concepto: la pertenencia y la sucesión. Pertenecen entonces, a la misma generación, los contemporáneos que han estado “expuestos a las mismas influencias y marcados por los mismos acontecimientos”, (Ricoeur.1996:793), y es esa pertenencia común entre los contemporáneos la que, a través de una sucesión de influencias recibidas y ejercidas, construye el flujo temporal de la experiencia. En ese flujo, “una cadena de recuerdos individuales y colectivos”, hace de soporte de ese “dialéctico”³ encuentro entre

³ Esta noción dialéctica de la sucesión entre las generaciones pertenece a la explicación de Mannheim respecto de los cambios traumáticos que a veces suceden debido “al cuestionamiento de los jóvenes a las certezas adquiridas por los ancianos en sus años jóvenes.”(Ricoeur. 1996.795).

contemporáneos y no contemporáneos, o del “dialéctico” encuentro entre el presente y el pasado.

El problema que la idea de generación como “conectador” pone de manifiesto es que ese sentimiento de pertenencia no es percibido del mismo modo por la totalidad de los contemporáneos. De lo que resulta una cadena de recuerdos rota o fragmentada, que Mannheim explica a partir del criterio sociológico de disposición prerreflexiva, o propensión a obrar, sentir o pensar de cierta manera, que diferencia a los contemporáneos de acuerdo con las diferentes influencias recibidas.

Pero lo que a Ricoeur le interesa en el sentido de su hipótesis es la significancia del tiempo anónimo. Ese tiempo anónimo, idea que toma de Alfred Shutz, es el tiempo que existe por encima de las vivencias privadas que los antepasados no pueden transmitir. El relato histórico media con dificultades entre ese tiempo anónimo y público, heredado generacionalmente, y el tiempo como vivencia, construido entre el yo y el tú, cotidiana e interpersonalmente. El conectador del tiempo intergeneracional resulta ser, entonces, el relato de la memoria privada o cotidiana, que es transmitida por una generación y retenida por la memoria de la generación que le sucede. Así, “la memoria del antepasado se halla en intersección parcial con la memoria de sus descendientes, y esa intersección se produce en un presente común que puede presentar todos los grados, desde la intimidad del nosotros hasta el anonimato del reportaje”(Ricoeur. 1996:799)

En una escala progresiva, la historia se constituiría por una cadena de memorias que, según Ricoeur, tiende cada vez más a ocultar la experiencia íntima, - opaca también para sus contemporáneos -, en el anonimato del documento o del registro común, pero que se ve cada vez más interpelada por la necesidad del recuerdo interpersonal o de la significación íntima de la experiencia del tiempo cotidiano o, en el sentido del

discurso de Ricoeur, por la necesidad ancestral de “cantar” “el sufrimiento cotidiano”.(Ricoeur. 1996:799)

Con las siguientes expresiones Ricoeur da paso al tercero de los puentes o representación simbólica de la copresencia de los diferentes tiempos: la huella,

“Los antepasados y los sucesores son “otros”, cargados de un simbolismo opaco, cuya figura viene a ocupar el lugar de Otro, completamente distinto de los mortales. Dan testimonio de ello, por una parte, la representación de los muertos, no ya sólo como ausentes de la historia, sino como aquellos que atormentan con sus sombras el presente histórico”.(Ricoeur. 1996:801)

Esas sombras que atormentan son todos los vestigios del pasado que señalan en el presente la evidencia de algo de lo ocurrido, pero no todo lo que realmente ocurrió. Dentro de la variedad de vestigios que, en su paso, los hombres, los animales u otros fenómenos naturales dejan, el documento escrito es el que posibilita el origen de la actividad “científica” del historiador, o el que sostiene su pretensión de verdad. Toda la discusión epistemológica acerca de la validez de la prueba documental concluye de algún modo consensuando que, sin un historiador que sepa interrogar al vestigio con sentido, el documento pierde significación. Incluso, “los testigos a su pesar”, o “testimonios involuntarios” que sorprenden al historiador en su búsqueda, de los que habla Marc Bolch, sólo lo son porque hay un sentido en la operación heurística del investigador. No significa que el suceso del que el vestigio puede dar cuenta no haya existido, sino que carece de significación histórica.

La “ingenuidad” de la escuela histórica positivista construida sobre la convicción de que la totalidad de los vestigios hablan por sí mismos, queda de este modo rebatida,

pero también, según Ricoeur, de ese modo queda agotada la discusión epistemológica, académica, de los historiadores. (Ricoeur. 1996:804)

Sin embargo, la cada vez más inabarcable ampliación del archivo como acervo institucionalizado de pruebas documentales, desde las más primitivas hasta las más sofisticadas formas de conservación informática, sigue siendo un recurso indispensable al que el historiador continúa recurriendo para mostrar la validez de sus observaciones sobre el pasado. Ante esta nueva paradoja en la actividad del historiador entre lo que cree y lo que hace, Ricoeur pregunta y responde a la vez,

“¿es necesario, pues, renunciar a ver en la historiografía contemporánea, con sus bancos de datos, su tratamiento informático, su constitución de series, según el modelo de la historia serial, una ampliación de la memoria colectiva? Significaría romper con las nociones de huella y de testimonio del pasado. La noción de memoria colectiva debe ser considerada una noción difícil, desprovista de toda evidencia propia; análogamente su rechazo anunciaría en plazo fijo, el suicidio de la historia.” Concluye, entonces, que, “ la historia ha sido siempre una crítica de la narración social y, en este sentido, una rectificación de la memoria común. Todas las revoluciones documentales se inscriben en esta trayectoria.”(...) “Si, pues, ni la revolución documental, ni la crítica ideológica del documento alcanzan de modo radical la función que el documento posee de informar sobre el pasado y de ensanchar la base de la memoria colectiva, **la fuente de autoridad del documento, como instrumento de esa memoria, es la significancia vinculada a la huella**”. (Ricoeur. 1996:806)

Precisamente la significancia de la huella consiste para Ricoeur, en que ella persiste como vestigio que “refiere a dos registros temporales”. Ese doble registro se encuentra signado por la marca presente que ha sido dejada en el pasado. La marca “estática”, como evidencia de un tiempo que envuelve y que está siempre ahí, es evidencia presente del acto de haber pasado por ahí, y a la vez evidencia de que ese acto es ya pasado: “Por una parte, la huella es visible aquí y ahora, como vestigio, como marca. Por otra, hay huella porque antes un hombre ha pasado por ahí; una cosa ha actuado. En el uso mismo de la lengua, el vestigio, la marca indican el pasado del paso, la anterioridad de la holladura, del surco, sin mostrar, sin revelar, lo que ha pasado por allí”.(Ricoeur. 1996:807.)

La paradoja consiste entonces, en que “el paso ya no es pero la huella permanece”. Seguir esa huella que no es simplemente pasado, sino el testigo presente del pasado, es desvelar el “signo” de una causa ausente. Es iniciar una búsqueda para construir una historia que, orientada por “el conocimiento por huellas”, dé significancia a un acto pasado que ya ha terminado. Seguir una huella es seguir la fascinación del enigma del vestigio, “operar la mediación entre el ya no del transcurso y el todavía de la marca”. (Ricoeur. 1987:51)

La operación de mediación entre esa aporética del tiempo o enigma consiste en una resolución poética que, con heterogéneas pretensiones de verdad, consiguen los discursos históricos y los discursos de ficción.

La imaginación en el discurso histórico

Una pregunta difícil pero inevitable a la vez plantea el delicado problema que introduce la historiografía en el pensamiento histórico: ¿Qué queremos decir cuando decimos que algo ha sucedido realmente?

La noción de significancia de la huella enfrenta al historiador con las paradojas temporales que su relato debe resolver. Es entonces cuando su imaginación interviene de modo imprescindible y activamente. Y es esta intervención la que incluye a la historia en la clase de los relatos compartiendo con los discursos de ficción un modo de construcción poética, tema central de la teoría de Ricoeur.

Señalamos al principio que Ricoeur denomina refiguración la resolución poética que lucha por la mediación entre dos nociones solapadas del tiempo, y precisamos la definición del concepto. Ese término que vale tanto para el discurso histórico como para el de ficción, se abre en dos cuando Ricoeur establece las diferencias entre uno y otro. Así, “representancia” y “significancia” conciben de un modo dicotómico los objetivos propios de cada modo narrativo. Representancia entonces, es la función ejercida por el relato histórico respecto al pasado “real”, y significancia la función que “reviste el relato de ficción cuando la lectura pone en relación el mundo del texto y el mundo del lector”.(1996:837)

Pero, la pregunta ineludible sobre la realidad del pasado lleva a los historiadores, y no a los novelistas, de manera insustituible a la prueba documental. Así, la pregunta sobre la realidad confusa del pasado separa otra vez al discurso histórico y al discurso de ficción, porque la irrecusable pregunta que atormenta al historiador, perseguido siempre por un sentimiento de deuda con el pasado, no actúa de esa manera con la pretensión de verdad del novelista. Sometido “a lo que un día fue”(1996:838), el historiador busca obstinadamente saldar su deuda con recursos

que le confirman la evidencia de un pasado cada vez más esquivo. Por eso, si el historiador tiene una deuda con el pasado, el pasado es absolutamente ingrato con él. Ricoeur resuelve la dramática paradoja de la deuda con el pasado y de su conocimiento indirecto recurriendo a la dialéctica de Platón, y situando al pasado en el lugar de los grandes géneros lo Mismo, lo Otro y lo Análogo : “No pretendo que la idea de pasado se construya mediante la conexión de estos tres grandes géneros, sólo sostengo que decimos algo sensato sobre el pasado pensándolo sucesivamente bajo el signo de lo Mismo, de lo Otro, de lo Análogo.”(Ricoeur, 1996:840)

Bajo el signo de lo Mismo, la operación histórica supera “el aguijón de la distancia temporal” con una desdistanciación del historiador y con una identificación de su presente con lo que antes fue. El pasado es concebido no como lo Otro antitético, sino como Mismo, en un proceso de deconstrucción de una cadena de acontecimientos en el que el historiador “repiensa” lo ya pensado. Ricoeur, se remite aquí a las reflexiones de Collingwood y a su *Idea sobre la historia*: “toda historia es la reeefectuación del pensamiento pasado en el propio espíritu del historiador”.(Ricoeur. 1996:842) Pero esa reeefectuación no indica un método, una intuición, y tampoco una actitud de empatía porque “repensar no es revivir.” La actividad del repensar del historiador consiste en un proceso que abarca al momento crítico sobre los documentos y a la cadena de acontecimientos ya pensados, ya escritos. Pero, lo más significativo de Collingwood para Ricoeur es que en ese proceso de crítica interviene ya, de modo activo, la imaginación del historiador. “Collingwood, no duda en hablar de la imaginación “a priori” para significar que el historiador es el juez de sus fuentes y no a la inversa”. (Ricoeur.1996: 843)

Siguiendo este razonamiento, que ubica al historiador como “juez de sus fuentes”, la operación de imaginación histórica, o reeefectuación, hace converger a los discursos

históricos con los de ficción, que vuelven a separarse al considerar sus diferentes exigencias o variaciones imaginativas. El historiador debe construir “una imagen de las cosas tal como fueron en realidad”, y debe dar a esa imagen un sentido coherente. No tiene ese deber el novelista, aunque podamos afirmar que fuera de su actividad de imaginación, así como fuera de la reefectuación del historiador, el pasado no sobrevive.

Lo pertinente ahora es que a la idea del pasado concebido como lo Mismo no sólo se le plantea el problema de la identidad⁴, sino que, además, se ve invalidada cuando permite concluir que “el historiador no conoce en absoluto al pasado sino su propio pensamiento sobre el pasado”. “La historia sólo tiene sentido si el historiador sabe que reefectúa un acto que no es el suyo” (Ricoeur.1996: 846).

Por eso Ricoeur reflexiona sobre una ontología negativa del pasado. Si no puede ser pensado como lo Mismo, ¿puede, entonces, el pasado, pensarse como lo Otro? Si bajo el signo de lo Mismo es necesario un proceso de desdiciencia y de identificación del historiador con el pasado, bajo el signo de lo Otro se hace necesario restituir el sentido de la distancia temporal, la distancia entre el pasado y el presente. “La historia tiende, entonces, a alejar masivamente el pasado del presente”.(1996:847)

En esta etapa de su argumentación, Ricoeur se remite a los historiadores que, sin llegar a la afirmación de que el pasado es un Otro, han reflexionado sobre la posibilidad de concebir su otredad. Así, la idea de la individualidad del hecho

⁴ Ricoeur trabaja sobre la tesis de la identidad en el sentido de que ninguna conciencia es transparente ante sí misma, y por lo tanto esa opacidad se hace extensible al acto de reefectuación del pasado como lo Mismo. (1996:846)

histórico, como hecho irreplicable, de Paul Veyne, separa al presente de un pasado absoluto, “el acontecimiento es caracterizado de modo bastante poco temporal por su individualidad”.(Ricoeur. 1996: 850)

La individuación introduce entonces a la “diferencia” para operar sobre la reconstrucción del pasado. La actividad del historiador se convierte en una operación de análisis de las diferencias entre los acontecimientos del pasado respecto de los del presente. De ello se deduce que, aún si la historia fuese un “inventario de las diferencias” que separan “al otro de hoy del otro del pasado”, no podría sustituir al relato del historiador que con justicia insiste en poner en evidencia la copresencia del pasado y del presente.

Finalmente, Ricoeur explica cómo Michel de Certeau desenmascara la falsa idea de que el historiador puede actuar absolutamente despojado de su tradición socio-cultural y operar así, científicamente, sobre el pasado considerado como lo otro. Porque, en realidad, lo que con esa operación de distanciamiento “científica” pretende es erigirse en árbitro del sentido de la historia. Así, la “diferencia” o individuación tomada por De Certeau no es utilizada para separar el presente del pasado a través del distanciamiento científico del historiador, sino como “huida” de toda aprehensión modelizante que oculta la riqueza del acontecimiento, pieza fundamental de la historia en tanto discurso narrativo. (Ricoeur. 1996:853)

Ricoeur introduce ya una tercera sugerencia que propone concebir al pasado “bajo el signo de lo análogo”, entendiendo por lo análogo, “una semejanza entre relaciones más que entre términos simples” (Ricoeur 1996:854). La metáfora “del decir como qué fueron las cosas” (Ricoeur. 1987:55), es la asimilación integrativa de lo Mismo y lo Otro, de la identidad y la diferencia. Es hablar de lo que un día fue como si fuera lo que es hoy.

Ricoeur se pregunta si la tropología puede resolver el momento crítico al que llegaron los otros dos modos de concebir al pasado, y considera que en ese estadio se encuentra la teoría de los tropos de Hayden White.

Después de explicar el sentido de la actividad de prefiguración o poética del historiador según la teoría de White, y de exponer brevemente su tipología de los tropos lingüísticos que desarrollamos en el capítulo siguiente, Ricoeur señala precisamente,

“Quisiera decir ahora, en pocas palabras, cómo me sitúo yo mismo respecto de los análisis sutiles y a menudo oscuros de Hayden White. No dudo en decir que constituyen, a mi parecer, una contribución decisiva a la noción de representancia (...) con la que intento expresar la relación del relato histórico con el pasado real. Al proporcionar el apoyo de los recursos tropológicos al nexo entre una trama y un curso de acontecimientos, estos análisis confieren una preciosa credibilidad a nuestra sugerencia según la cual la relación respecto a la realidad del pasado debe pasar sucesivamente por la rejilla de lo Mismo, de lo Otro y de lo Análogo. El análisis tropológico es la explicación buscada de lo Análogo.” (Ricoeur. 1996:859)

Como veremos en el capítulo siguiente, White no está preocupado por la realidad del pasado de la que no duda, sino por el contenido de verdad de su forma de representación, y por el sentido profundo de los discursos históricos que, inmerso en el estructura profunda de la narración, se encuentra representado por un tropo lingüístico que a la vez sanciona o domina toda su despliegue narrativo. La búsqueda de esa metáfora en los discursos históricos, para White, permite conocer las utopías,

los sueños o la conciencia histórica de ese pasado ausente que no se encuentra sino en la narración. Ese es para él el valor o el sentido de la metáfora o de la poética histórica. Y en ese sentido podemos ver su similitud con la metáfora del pasado como lo Análogo que sugiere Ricoeur. Pero sus objetivos son diferentes. Continúa Ricoeur,

“Reconozco de buen grado que, aislando del contexto de los otros dos grandes géneros lo Mismo y lo Otro - (...) el recurso a la tropología corre el riesgo de borrar la frontera entre la ficción y la historia”. “El propio White es consciente de este peligro”.(Ricoeur. 1996:860)⁵

Por eso agrega, rescatando un propósito de White que lo acerca a su propia teoría, “No podemos conocer lo efectivo más que contrastándolo o comparándolo con lo imaginable”.(White en Ricoeur. 1996:860)

Lo imaginable en la argumentación de Ricoeur corresponde a ese acercamiento con el pasado a través de la asimilación analógica o metáfora con la que el historiador refigura el pasado. La metáfora es la que lo lleva a afirmar la idea de “referencia cruzada”, o de complementariedad entre el relato histórico y el relato de ficción a través de la cual cada uno toma algo prestado del otro para poder operar sobre las paradojas de la experiencia temporal.

Hemos visto cuáles son los puntos de encuentro y de distanciamiento entre uno y otro a partir de la operación del relato histórico. Ricoeur finaliza la argumentación de

⁵ Veremos en el capítulo siguiente la argumentación de White respecto de la relación entre historia y ficción.

su hipótesis, presentando ahora los mismos motivos de confluencia y disimetría desde el relato de ficción. Así, la imaginación en el texto de ficción “ apunta a un mundo posible, un mundo en el que podríamos vivir para desplegar en él nuestras potencialidades en tanto que seres en el mundo”.(Ricoeur. 1987:57) Por eso ese mundo del texto, “es ya una mirada indirecta hacia lo real”. Podríamos decir ahora con White que, sólo conocemos lo efectivo contrastándolo con lo imaginable. Pero Ricoeur enfatiza el lugar del lector como aquel en el que “la experiencia ficticia del tiempo que surge del texto converge con el mundo real del “actuar y del sufrir”. Es en ese encuentro donde la obra literaria completa su significación.

“En esta intersección entre el mundo ficticio, ya desorbitado en comparación con la obra literaria, y el mundo real de la acción, también éste mediatizado por toda suerte de estructuras simbólicas, es donde tiene lugar el proceso que Gadamer describe como fusión de los horizontes.”(Ricoeur. 1987.59)

La “disimetría” aumenta cuando Ricoeur señala el momento en el que el texto de ficción abandona o se libera de la referencia histórica, y explica cómo ese abandono se produce cuando la función de la representancia de descubre reveladora y transformadora a la vez: “Reveladora en el sentido de que saca a luz rasgos disimulados pero ya dibujados en el corazón de nuestra praxis pasional; transformadora en el sentido de que una vida así vista no sería una vida cambiada sino otra vida.” (Ricoeur. 1987:58)

Si el relato de ficción y el relato histórico se descubren como complementarios es por esa posibilidad que ambos comparten de mediar entre el “tiempo mortal y el tiempo cósmico”. Pero lo que más los separa, aún dentro de esa complementariedad es que

mientras el segundo recurre a conexiones institucionalizadas que se construyen ineludiblemente gracias a la referencia documental, el primero lo hace a través de infinitas variaciones imaginarias para las cuales necesita imprescindiblemente liberarse de la atadura de esa misma referencia. “Lo imaginario, aquí, *potencia* la experiencia temporal común, nos libera del yugo de la deuda para con los hombres de otros tiempos” (Ricoeur. 1987:60) y nos permite así, entrar en la experiencia de la eternidad, como experiencia de todo “aquello que hubiera podido tener lugar”. (Ricoeur. 1987:63) Así, en su intercambio, “referencia cruzada entre los dos relatos”, cada uno toma algo que identifica al otro, pero no la totalidad de lo que a cada uno continúa haciendo singular. Por eso el discurso de ficción es “cuasi histórico” en su pretensión de historización y en ese sentido responde a la exigencia del contar las cosas del pasado con una secuencia temporal que muestre a éstas como si realmente hubieran sucedido. Y también por eso, sus ataduras son más sutiles o interiores que las de la historia. Se expresan a través del sentimiento angustioso de la creación artística, que le exige “dar de la manera más perfecta la visión del mundo que anima a la voz narrativa”. (Ricoeur. 1987:63) Entonces, ¿cual de los dos relatos es más insolvente para con la misma deuda? (Ricoeur: 1987:63)

Volviendo sobre la propia teoría de Paul Ricoeur, podemos decir que si el novelista padece la atadura con el pasado como una exigencia artística, el historiador padece las dos.

La condición irrenunciable de la narración en la historiografía.

Durante las primeras décadas del siglo XX, dos escuelas dedicadas al pensamiento sobre el conocimiento histórico reaccionaron contra el estilo descriptivo de la

historiografía predominante en el siglo XIX, cuya concepción de la historia consistía en que la descripción fiel de los sucesos del pasado bastaba para legitimar la veracidad del historiador. El realismo de estos historiadores perseguía el propósito de mostrar cómo de esa forma el historiador era capaz de abordar su objeto distanciado de su propia tradición cultural. La Escuela francesa de Annales y la Escuela inglesa de método nomológico deductivo nacieron guiadas por una misma pretensión que, por un camino epistemológico opuesto, condujo a la historia al campo de las ciencias sociales. Conducidas por este afán, ambas escuelas a pesar de sus diferencias, tuvieron en común tanto su rechazo a la filosofía de la historia como la negación del carácter narrativo de la historia.

Ricoeur, apoyándose en una reconstrucción historiográfica que incluye a todos los historiadores tanto de Annales como a los representantes del método nomológico deductivo, se propone mostrar cómo ese enorme esfuerzo del pensamiento histórico no consigue ocultar a la narración como actividad esencial en la operación histórica, o mejor dicho, el carácter esencialmente narrativo de la historia.

La convergencia en los resultados de ambas escuelas, como síntesis de argumentaciones diferentes, sorprende a Ricoeur: “En la historiografía francesa, el eclipse de la narración procede principalmente del desplazamiento del objeto de la historia: ya no es el individuo agente sino el hecho social en su totalidad. En el positivismo lógico, el eclipse de la narración procede más bien de la ruptura epistemológica entre la explicación histórica y la narrativa”. (Ricoeur, 1995: 170)

Fundamentalmente, para Ricoeur, el problema epistemológico que a partir de estas escuelas lleva “al eclipse de la narración” gira en torno de la noción confusa del acontecimiento histórico. Por eso comienza “su alegato a favor de la narración”(Ricoeur. 1995:209), con sus críticas al uso común del concepto, y en el

curso de sus reflexiones examina las aportaciones que la escuela de Annales hace a la teoría de la historia. Así, la escuela francesa, en su rechazo de la historia como “narración de acontecimientos”, es “la piedra de toque” de todo el debate discursivo posterior.

En sus críticas de las “evidencias engañosas” del sentido común acerca de la noción de acontecimiento, Ricoeur despeja una a una las paradojas que aún oprimen al relato histórico. En razón de ello, la primera de esas evidencias consiste en concebir al “acontecimiento histórico como lo que realmente se ha producido en el pasado.” La segunda, en considerar al acontecimiento sólo como las cosas “asignables” a agentes humanos, producidas y padecidas por los hombres. Y finalmente, la evidencia del pasado percibido como un otro absoluto ya desarrollado en el apartado anterior. (Ricoeur, 1995: 171)

Además de estas consideraciones comúnmente aceptadas sobre la noción de acontecimiento, Ricoeur observa un nivel epistemológico, también común, en el que se considera la singularidad o irrepitibilidad como condición esencial del suceso en oposición a la idea de la existencia de leyes generales para la explicación de la acción humana pasada. Así, sólo la contingencia es vista como una amenaza a estas formas de concebir el transcurso de la historia.

En su largo recorrido, Ricoeur toma de Aron y de Marrou, herederos de la filosofía de la historia de Dilthey, Simmel y Weber, sus reflexiones sobre el objeto de la historia que, anteriores a la Escuela de Annales, fueron el inicio de su propio argumento contra las nociones comunes del acontecimiento. En apretada síntesis, ambos historiadores cuestionaron el objeto de la historia como pasado absoluto e introdujeron la reflexión sobre la participación indispensable de la comprensión del historiador en la significación de los acontecimientos pasados.

Según Ricoeur “la disolución del objeto” que comienza con estos historiadores cuestiona la objetividad de la causalidad histórica así como la probabilidad retrospectiva. El acontecimiento comienza a emerger entonces como “hecho” de un modo diferente a la vieja idea de los realistas del siglo XIX. Así, ““la probabilidad que nace del carácter parcial de los análisis históricos y de las relaciones causales está en nuestra mente y no en las cosas””. (Aron en Ricoeur, 1995: 173)

Pero según Ricoeur, ni Aron primero ni Marrou después, descartaron la idea de la historia como saber o ciencia. Cuestionaron la idea positivista “del pasado en sí” que podía encontrarse ahí, tal cual había sido en los documentos, y con ello hablaron de cómo la historia asistía a la disolución de un objeto sobre el que era necesario volver a pensar. En todo caso, se preguntaron de qué ciencia se trataba la historia. (Ricoeur, 1995: 175)

La incorporación de la comprensión a la verdad se constituyó en “el centro mismo de la filosofía crítica”.

En 1929, Marc Bloch y Lucien Febvre, creadores de la escuela de Annales de Historia Económica y Social, se propusieron transformar al estudio de los hombres en el tiempo en una ciencia o, en el estudio científicamente elaborado de las actividades y de las diversas creaciones de los hombres de otros tiempos.

El documento como testigo por sí mismo de un acontecer tal cual había sido, y su exposición como resultado de una búsqueda obstinada para el conocimiento de un pasado absolutamente verdadero, comenzó a ser relativizado en esta escuela, cuando Marc Bloch retomó la idea de la historia como “conocimiento por huellas” de Francois Simiand. Esas huellas que contenían ya una paradoja del tiempo histórico, en el análisis de Marc Bloch, sólo serían capaces de ofrecer conocimiento por las “relaciones entre los testigos,” dentro de los cuales también se encontraba el

documento escrito: las narraciones. Como un testigo más entre tantos otros, la narración se identificó así con el documento escrito.

Pero Ricoeur, consecuente con su teoría, destaca que la verdadera aportación de Marc Bloch corresponde al haber advertido que “la explicación histórica consiste, esencialmente en la constitución de cadenas de fenómenos semejantes y en la elaboración de sus interacciones” (Ricoeur, 1995:178) En esa cadena de fenómenos semejantes, Ricoeur encuentra la presencia oculta de la narración.

Según Joseph Fontana (1982) la pretensión de los historiadores de Annales había surgido en el seno de la crisis de las ciencias humanas cuya ruptura del marco de especialización, desafiaba la razón de ser de la historia como una ciencia explicativa del comportamiento social universal. Por eso consideraron a cada sociedad como una unidad en la que se confundían sin jerarquización lo económico, lo social, lo político y para ello propusieron su apertura hacia otras disciplinas, hecho que los condujo hacia cierta hibridación metodológica así como a la omisión de una teoría explicativa. El peso del contexto se impone en 1941, cuando Febvre elimina la palabra “económica” de la Revista y declara la preeminencia de la historia social. La historia es sin más la ciencia de lo social, y lo social entendido como totalidad se anticipa así a las mentalidades, a las que historiador puede acceder a través de “utillajes mentales”: “...el individuo es devuelto a su época, sea quien fuere no puede sustraerse a las determinaciones que gobiernan las formas de pensar y de actuar de sus contemporáneos.” (Chartier. R, 1992: 22)

Pero es en Fernand Braudel, - director de la Revista a partir de 1958 -, y en el manifiesto de la Escuela de Annales, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, donde Ricoeur descubre la presencia oculta de la más brillante narrativa.

Como es sabido, Braudel, introduce la idea de la larga, y la muy larga duración, para la comprensión de la dinámica histórica. Introduce también, tomando prestado de otras disciplinas, las construcciones mentales de estructura, coyuntura, ciclos, crisis, para explicar el movimiento del tiempo histórico y disolver así la pretensión egocéntrica del acontecimiento en la historia de los positivistas franceses.

Ricoeur, comienza entonces por despejar todos los componentes de un tipo de relato que en su crítica a la historia de acontecimientos políticos - de batallas y de reyes -, había desestimado a la narración, y pone al desnudo las sutiles contradicciones que se exponen a continuación: Si para Braudel el acontecimiento visto como las cosas que suceden no es el resultado de las acciones de agentes identificables; si el individuo no es el creador esencial de los cambios históricos y si los cambios más significativos, porque son efímeros y episódicos, “no son padecidos por los hombres”, la historia de los acontecimientos no puede ser sino sólo una historia descriptiva. Episódica, de corto alcance, événementielle. Esa historia “engañosa” y “caprichosa” se escribe al calor de los acontecimientos de “tiempo breve”, llenos de humanidad, pero también de una conciencia vacua. El acontecimiento “con un relato precipitado, dramático, de corto aliento”, es para Fernand Braudel, el hecho individual que no puede comprenderse sin su relación con un tiempo intermedio creado por las estructuras, las tendencias, los grupos y las instituciones que, economistas y sociólogos ofrecen al historiador.

Entonces, los héroes individuales dan paso a los héroes colectivos. La clase, los grupos, la ciudad, el campesinado, *el mundo mediterráneo*, se constituyen como sujetos capaces de mostrar cómo las condiciones económicas son una parte importante - pero sólo eso - dentro del fenómeno humano comprendido en su

totalidad. Así, la historia política se desvía hacia la historia social y con ella la acción individual se diluye dentro de pesadas estructuras.

Pero “enterrada aún más profundamente reinaba una historia casi inmóvil, la del hombre en sus relaciones con el medio que le rodea.” “Anónima, profunda y silenciosa”, esta historia, hace a los hombres más que éstos a aquélla.””(Ricoeur. 1995: 182) Es la historia del tiempo geográfico, la de la roca, la de las civilizaciones, la de la obstinada constancia de la muy larga duración frente al “frenesí” del acontecimiento.

Ricoeur destaca con insistencia las metáforas con las que Braudel transmite sus ideas sobre el movimiento del tiempo, - velocidad, lentitud, relación entre el tiempo corto y la larga duración -, allí hay una narración poética que se resiste a autodenominarse como tal. Así, el tiempo corto es “una agitación superficial, las olas que las mareas levantan con su poderoso movimiento - una historia de oscilaciones breves, rápidas, nerviosas.” Una historia ciega, “de un mundo ciego, despreocupado de historias de profundidad, de sus aguas vivas sobre las que se desliza nuestra barca como los barcos más ebrios.”(Braudel en Ricoeur. 1995: 183)

También, con recursos melancólicos como el “engaño”, el “sortilegio”, el “capricho” o los “resplandores opacos”, o “el tiempo corto de nuestras ilusiones”, Ricoeur interpreta la idea del presente desgarrador contenida en el prefacio a *Escritos sobre la historia* de Braudel.

En estas metáforas encuentra la actitud modesta de quien no cree ya en la posibilidad de que los hombres, al menos los grandes hombres, hagan la historia. Pero, además, la preeminencia de un tiempo, una historia, una vida, como un *durar* que casi sin cambiar consigue equilibrio en relación con el cambio breve. Así, en esta “especie de estabilidad en el cambio”, el historiador se mantiene siempre en guardia frente a la

amenaza de los modelos sociológicos de intemporalidad o de sincronía porque - y esto es lo central -, “más significativos aún que las estructuras profundas de la vida son sus puntos de ruptura, su brusco o lento deterioro por presiones contradictorias...” (Ricoeur. 1995:185)

Tal vez su original creación sobre del uso de los tiempos múltiples haya sido un alegato en defensa de una historia amenazada por la atemporalidad de los modelos matemáticos, sociológicos, antropológicos. La multiplicidad del tiempo es lo que la historia tiene para dar a los sociólogos según las palabras del propio Braudel en la *Historia y las Ciencias Sociales*. Impulsado por la defensa de una disciplina relegada a un lugar secundario en las investigaciones norteamericanas durante la Guerra Fría, ofrece la duración social, “esos tiempos múltiples y contradictorios de la vida de los hombres que no son únicamente la sustancia del pasado sino también la materia de la vida social actual.”(Braudel. 1982) Pero sobre todo, preso de la pesada carga de la historia del hecho irrepitible, deprecia al acontecimiento que, paradójicamente en su narración, es una parte esencial del tiempo múltiple.

Cuenta Jacques Rancière, no sólo cómo la historia amante de lo fáctico, de la estadística o de las cifras, no pudo entender nunca la metáfora de “un desierto conquistador entrando más de una vez en el Mediterráneo” (Rancière, Jacques, 1992: 11), sino también que su creador, Braudel, había recurrido a solapar la mención de un acontecimiento necesario dentro de su relato, por el temor de incurrir una vez más en la historia de batallas y de reyes.

En el capítulo sobre “El rey muerto”, Rancière nos cuenta por qué Braudel nos explica el salto en un relato que debió resolverse con la muerte de Felipe II: “No hemos citado en su justo lugar un acontecimiento no obstante sensacional que dio vuelta por el mar y por el mundo: la muerte de Felipe II, el 13 de septiembre de

1598.” La noticia de una muerte que daba vueltas al mundo era también la noticia del desplazamiento desde el Mediterráneo hacia el Atlántico. Era, a la vez, según Rancière, el cambio de una ciencia y de su inserción en el mundo político. La historia de reyes daba entonces lugar a la historia de masas.

El historiador pudo omitir llanamente el hecho o destacarlo sólo diciendo que de “eso” no hablaría en profundidad, pero Braudel había optado por un tercer lugar. Había apelado a la ficción del encuentro entre el rey y el historiador y había desplazado el momento de ese hecho casi al finalizar su libro y antes de llegar a sus conclusiones. Rancière dice entonces que Braudel nos habla así del nacimiento de una “nueva historia” y de la muerte de otra tan conmocionante como la muerte del propio rey: “desplazar al acontecimiento, colocarlo al final, en el borde del blanco que separa el libro de su conclusión, es transformarlo en su propia metáfora”. (Rancière, 1992:20)

Pero es Ricoeur quien con una “lectura paciente” del Mediterráneo intenta llegar a la intencionalidad histórica implícita en las tramas temporales de Braudel. El Mediterráneo es el espejo en el que puede ver una identidad entre el acontecimiento histórico y el “acontecimiento enmarcado por la trama”. En la teoría de la pluralidad del tiempo social Ricoeur halla una “contribución importante para la teoría del tiempo narrativo” que se inicia con una primera pregunta acerca de qué había sido lo que le había permitido pensar a Braudel en una “historia casi inmóvil”, otra “lentamente acompasada” y otra “de dimensión individual”. Ricoeur encuentra así, un principio de unidad para explicarnos cómo el acontecimiento “se hace” histórico cuando es entramado.

Sin negar la distinción de los tiempos escalonados de Braudel, descubre en las transiciones, en la relación entre estructura y acontecimiento, ese principio de

unidad. Las “estructuras de transición” son las que confieren coherencia a esta relación en términos de una historia conformada por tiempos múltiples y engarzados en una trama: “por estructura de transición entiendo todos los procedimientos de análisis y de exposición que hacen que la obra deba leerse de adelante hacia atrás y de atrás hacia adelante.” (Ricoeur. 1995: 338)

La teoría de los tiempos múltiples aparece claramente bajo la imagen de planos simultáneos en la interpretación que, sobre el *Mediterráneo*, realiza Ricoeur. De este modo una primera parte con predominio de lo geográfico se une, por medio de una transicional puesta en los fenómenos de la civilización de larga duración, a una tercera que, con el reinado de Felipe II, muestra el tercer plano centrado en lo episódico. Un mar interior inundado por la presencia humana y por su “hormigqueo de acontecimientos”, sus acciones de exploración, de navegación, de dominio, se une a otra por el pasaje por una geopolítica que Braudel construye en su segundo libro. Una estructura transicional en la que las “zonas marítimas” se convierten en “zonas políticas” y en la que el Mediterráneo se extiende hacia el sur al ritmo del desarrollo del comercio, desgarrado por dos imperios, por dos historias, la de los españoles y la de los turcos.

El predominio de lo físico - geográfico de la primera parte, se desplaza hacia lo humano cuando “los pueblos del mar” avanzan sobre “las aguas” para unir las regiones mediterráneas en una historia de caminos, mercados, comercio y finanzas. Dice entonces, Ricoeur, “es el empuje de los Estados unido al capitalismo y no este último, el que hace que la larga historia de las economías se entregue continuamente a lo episódico”, al comercio de la pimienta, a la crisis del trigo, a la invasión del Mediterráneo por los navíos del Atlántico, y también a la política de los imperios, la guerra, América y las civilizaciones: “El drama del mediterráneo en el siglo XVI, es

ante todo, un drama de crecimiento político, de entrada en acción de los colosos.”(Braudel en Ricoeur. 1995: 342)

Junto con los imperios y las sociedades que persisten en un relato amenazado por el tiempo corto de los colosos y sus batallas, también se descubre en este segundo plano a la historia de las civilizaciones. Esos “espacios trabajados” por los hombres y por la historia son a la vez móviles y permanentes. Múltiples y conflictivas, mortales pero sólidas, constituyen “una de las realidades profundas de la historia de las que los acontecimientos son testigos” (Ricoeur.1995: 345) Por encima del desgarró de Granada, ¿no se impuso una férrea hispanidad?; Por debajo del martirio judío, ¿no estaba latente la recesión del mundo occidental? Pese a todo, “¿no floreció el siglo de oro español por encima del más grande desmoronamiento secular?” (Ricoeur.1995: 345).

La totalidad no es posible en el relato del historiador que en este segundo plano nos deja una historia de lo esencial y que, con la coronación de su obra, reconoce la necesidad de lo episódico en la estructuración de una narración. El peso de los acontecimientos importantes tal como fueron sentidos por sus hombres se impone como causa y también como efecto: “pero el arte de Braudel consiste en estructurar su historia de los acontecimientos - y su historia no es parca en fechas, batallas y tratados - no sólo dividiéndolos en períodos, como hacen todos los historiadores, sino también enraizándolos de nuevo en las estructuras y las coyunturas...” Así la muerte de Felipe II es la historia de la España abandonando al Mediterráneo, “es la noche de un largo reino que había parecido interminable a sus adversarios.” (en Ricoeur.1995: 347).

La historia en tres planos es en sí misma una cuasi trama dividida en subtramas o una trama nueva que Braudel crea entre las coyunturas y las estructuras, entre los tiempos

múltiples y heterogéneos. Lo narrativo no está sólo en el relato de las coyunturas políticas o económicas, ni en la narración de los acontecimientos de su tercer plano. No hay en Braudel una sola narración o una sola trama. No es su obra una novela capaz de integrarlas a todas. Son subtramas que contribuyen con la narración de una intriga principal: “el ocaso del Mediterráneo como héroe colectivo en la escena de la historia mundial.” (Ricoeur. 1995: 349)

Una peripecia cuya contingencia hubiera podido ser el avance de la fuerza del imperio español hacia el Atlántico y cuya trama resuelve, disolviéndola, en la coherencia de un relato que finaliza con una muerte quizá poco importante para sus contemporáneos pero de enormes efectos en sus sucesores. Por eso Ricoeur vuelve al acontecimiento. Esencial en sus diferencias con la Escuela Francesa, ni explosivo, ni breve, el acontecimiento es aquí “una variable de la trama” que hace distinguibles una estructura de otra, marcando los cambios con sus diferentes ritmos. Así se alejan el relato histórico y el sociológico. Varían sus modos de pensar la estructura como forma de organización de una narración. Para el historiador “el acontecimiento informa constantemente a las estructuras desde adentro”. Las llena de contenido, de vida, de humanidad, de acción y por ende de discontinuidad. La discordancia - de los cambios de las estructuras – “crea acontecimiento cuando los diferentes ritmos de la vida dejan de coincidir.”(Ricoeur.1995: 353)

Ricoeur concluye de este modo su teoría sobre la tramas de Braudel y vuelve así sobre el carácter esencialmente narrativo de la historia:

“El descubrimiento de la larga duración puede expresar el olvido del tiempo humano, que requiere siempre de la marca presente.” (...) “si el acontecimiento de corto alcance dificulta la toma de conciencia del tiempo

que no hacemos, la larga duración puede también encubrir el tiempo que somos.” (...) “Esa desastrosa consecuencia sólo puede eludirse si se preserva la analogía entre el tiempo de los individuos y el de las civilizaciones: analogía del crecimiento y de la decadencia, de la creación y de la muerte, analogía del destino”. (Ricoeur, 1995: 363)

A continuación Ricoeur explica cómo el “eclipse de la narración” es también ocasionado por la teoría del positivismo lógico o la Escuela inglesa de método nomológico deductivo, y cómo las revisiones internas sobre el propio modelo a partir del problema de la comprensión, abren el camino para la emergencia de las tesis narrativistas.

Si bien el problema de la narración no es lo que preocupa a los teóricos de la historia en los años cuarenta o cincuenta, ocupados más bien en demostrar que la comprensión no es una condición necesaria para la explicación histórica, tanto los historiadores de esta escuela analítica como los de la historiografía francesa identifican a la historia del acontecimiento o hecho irrepetible con toda narrativa histórica. La narración entendida de ese modo es considerada algo muy pobre si se pretende demostrar que la historia es verdaderamente una ciencia.

Ricoeur nos muestra cómo una epistemología de la historia que parte de la noción del acontecimiento físico para explicar al humano, y que por lo tanto deduce la realidad de los hechos del pasado, así como su previsibilidad a partir del cumplimiento de una ley, lleva al límite de la “explosión” a su propio argumento. El azar, la experiencia cotidiana y, en otro orden, las variaciones en el tiempo que por ínfimas que sean indican la irrepetibilidad del acontecimiento así como su inabarcabilidad, dividen

internamente a los historiadores del “modelo nomológico” y abren, sin querer, las puertas a sus críticos.

Lo que ahora nos interesa es que “el ataque contra la comprensión en los partidarios del modelo nomológico tiene el mismo resultado, si no la misma problemática, que el ataque contra el acontecimiento en los historiadores de la larga duración: el eclipse de la narración.” (Ricoeur, 195)

En primer lugar, de la relación entre acontecimiento y ley surge de la noción del acontecimiento histórico como semejante a cualquier otro, físico, natural, etc. Esta noción despoja entonces al primero de “su estatuto narrativo” y “lo coloca dentro del marco de la oposición entre lo particular y lo universal.” Así, sobre la base del cumplimiento de determinadas condiciones predominantes en acontecimientos anteriores, se pueden observar ciertas regularidades susceptibles de ser elevadas a categoría de hipótesis y luego de ley. Dado que en el camino puede fallar la observación empírica de las condiciones previas o la universalidad de la ley, tres conceptos “recubiertos” entre sí, refuerzan al modelo en cuestión: la ley, la causa y la explicación por medio de razones.

El modelo prescriptivo deja afuera la singularidad del acontecimiento porque concibe a éste como perteneciente a “un tipo específico” de sucesos y, en consecuencia rechaza su condición de irrepitibilidad.

Con el debilitamiento del método nomológico de la explicación que, como se ha visto, considera sólo el “carácter episódico de la narración y no el configurador”, desde la filosofía analítica como “teoría de las descripciones”, comienza a insinuarse hacia 1965 la comprensión narrativa como condición necesaria para la explicación histórica.

Esta teoría, a la que Ricoeur presenta a partir de las reflexiones sobre las frases narrativas de Arthur Danto, parte de la idea de que las descripciones expresan un modo de pensar el mundo, y ese modo se caracteriza por el empleo de frases compuestas “por verbos en tiempo pasado”, - a diferencia del presente de los empiristas -, y “enunciados irreductiblemente narrativos.” El sentido de la historia se halla así representado por la composición de “un cuadro conjunto del pasado al futuro”, un modo de encadenar configuraciones del pasado hacia el porvenir.

Danto, en el análisis de Ricoeur, descarta la idea de un pasado estático y determinado, “parado en el ser”, y de ese modo ofrece a la historia la posibilidad de pensar en un futuro abierto. El pasado estático pasa a ser pensado como un receptáculo de acontecimientos, cuya descripción sólo añade uno a otro y a otro que, en orden acumulativo, no modifica en nada al anterior. Sólo un cronista ideal como testigo absoluto podría describir una historia completa de ese pasado totalmente terminado, y por lo tanto las historias así construidas serían sólo aproximaciones más o menos distantes de la que, como “testigo perfecto” (Lozano, 1987), hubiera alcanzado ese cronista ideal.

Pero lo que destaca Ricoeur de la teoría de Danto, pertinente a la argumentación de su hipótesis, es la idea de que la significación de los acontecimientos entramados en una narración depende del modo con el que son empleados los tiempos verbales en sus frases. Ricoeur explica los tres tiempos verbales que Danto identifica en una misma frase a partir de que la significación de un hecho pasado se da en relación con otro acontecimiento separado de aquel por una relativa distancia temporal. Los tres tiempos que integra la frase, corresponden al del acontecimiento que se describe, el del acontecimiento desde el que se describe al primero, y al tiempo al que pertenece el narrador.

De modo que un acontecimiento se convierte en causa de otro sólo a partir de estas construcciones narrativas que reúnen varios tiempos en una sola frase. Un acontecimiento posterior confiere categoría de causa a uno anterior y este pasaje se realiza desde otro momento temporal: el del narrador.

En este caso la teoría analítica persigue la idea o sentido de un futuro o de una historia abierta, sin posibilidad de predicción posible, porque “no hay historia del presente en un sentido estrictamente narrativo.” (Ricoeur. 1995:248) No podríamos anticipar a los historiadores todo lo que hoy ocurre y tendrá significación después.

Ese futuro abierto se expresa también en la idea siguiente: “una frase narrativa es una de las descripciones posibles de una acción en función de acontecimientos desconocidos por los agentes, pero conocidos por el historiador.” Y además, “como las descripciones que se hacen de los acontecimientos, se pueden cambiar en función de lo que sabemos de los acontecimientos ulteriores”, “no se puede articular una descripción definitiva de un acontecimiento pasado.” (Ricoeur. 1995: 243).

Las tesis narrativistas de los historiadores anglosajones como Danto, (Ricoeur.1995: 262), reactualizaron el debate que antes iniciara Annales respecto de la narración histórica como descripción de lo episódico. A partir de aquí, dentro de posiciones enfrentadas, hubo historiadores que argumentaron en favor de la pertenencia completa de la historia al campo narrativo, y quienes amparados por la tradición del positivismo lógico y por la innegable influencia de la historia social, rechazaron de plano la comprensión narrativa.

Dentro de esta dicotomía, algunas teorías fueron más integradoras que otras. Así, Danto no reduce la realización de un texto histórico a una sucesión de frases narrativas y tampoco sostiene que la teoría de la historia debe limitarse a la teoría narrativa. No obstante, frente a las tesis que las separan radicalmente muestra

analíticamente cómo explicación es a la vez descripción: “ya una simple narración hace más que relacionar acontecimientos dentro de su orden de aparición”. (Ricoeur. 1995: 249)

A continuación, Ricoeur dedica el último apartado de su fecunda historia de la historiografía del siglo XX “a la explicación por medio de la trama”, y dentro de esta categoría incluye, destacando las diferencias, sus reflexiones sobre las teorías narrativistas de Hayden White y de Paul Veyne.

Para Paul Veyne, no hay historia de lo episódico separada de lo no episódico porque la historia es trama y la trama pertenece al mundo de lo probable: “una trama se hace con lo que se sabe; es, por naturaleza, un conocimiento mutilado”.(en Ricoeur. 1995. 283)

Pero son las aportaciones de Paul Ricoeur a la teoría de White, que es la que orienta el sentido de esta tesis, las que centran ahora nuestra atención.

Hemos hecho ya mención a la forma con la que Ricoeur vincula la teoría de los tropos de White con sus ideas acerca de la relación análoga entre el presente y el pasado. Sobre todo, al modo con el que manifiesta la posibilidad que ella abre para considerar la homologación entre el discurso histórico y el discurso de ficción.

Para Ricoeur, la fuerza de los análisis de White descansa en la lucidez con la que éste explicita sus presupuestos. Pero a partir de ellos, se introduce de lleno en la teoría de la imaginación histórica, en la concepción de la obra histórica, y en la estrategia narrativa específica que White construye acerca de la composición del discurso histórico.

Nada de lo que afirma respecto de la teoría de White es definitivo, y ello se demuestra por las modificaciones que sobre sus cuestionamientos, se observan en sus diferentes obras, o variaciones sobre su hipótesis fundamental. Así, sus

cuestionamientos parten de un presupuesto importante que ubica a White dentro de los teóricos de las tesis narrativistas pero situado en una posición más bien inclinada hacia la idea de que la historia es sólo una invención de la trama. Ese presupuesto consiste en considerar la pertenencia de la concepción de la obra histórica o “estructura verbal”, de White, al mundo de la ficción. Y en ese sentido, señala que “el primer presupuesto de la poética del discurso histórico es que ficción e historia pertenecen a la misma clase”.(White en Ricoeur. 1995:269)

Siguiendo el sentido de esta interpretación sobre White, en primer lugar Ricoeur considera que la “poética de la imaginación histórica” es una trasgresión de la prohibición de la teoría aristotélica que excluye a la historia de la problemática del “mythos”o representación de la acción.(Ricoeur. 1995:270) En este sentido, señala tomando a Aristóteles que “la historia es episódica: porque relata lo acontecido realmente; pues lo real a diferencia de lo que el poeta concibe, y que ilustra la *peripeteia*, implica una contingencia que escapa al dominio del poeta. En último término, el poeta puede alejarse de lo real y elevarse a lo posible y verosímil por ser el autor de su trama. Por lo tanto, la traslación de la historia al círculo de la poética no es un acto inocente y no puede carecer de consecuencias respecto de la contingencia real”. (Ricoeur. 1995:271)

Así, Ricoeur interpreta que la separación entre trama (plot) e story o “historia narrada”(Ricoeur. 1995:272), es un intento de White de salir de la prohibición aristotélica pagando el precio de esa concesión. (Ricoeur. 1995:272) Veremos después los argumentos que modifican esta primera interpretación.

El segundo de los cuestionamientos de Ricoeur a la teoría de White estrechamente vinculado con la separación de White entre trama o primer relato, consiste textualmente en que“la construcción de la trama conserva un efecto explicativo

distinto de la historia narrada, en el sentido de que explica no los acontecimientos de la historia narrada, sino esa misma historia, al identificar la clase a la que pertenece. El hilo de la historia narrada permite identificar una configuración única; la invención de la trama invita a reconocer una clase tradicional de configuraciones.”(Ricoeur. 1995:274) Estas afirmaciones refieren a dos núcleos importantes. En principio vuelven sobre una omisión central ya sugerida : la imposibilidad de separación que White establece claramente entre forma y contenido. El tipo de trama, para White, explica “por su forma” el significado del sentido del curso de los acontecimientos contenido en la totalidad del discurso histórico. Ampliaremos estas observaciones en el segundo capítulo.

La misma cita, también, hace referencia a que White elude o no destaca apropiadamente la consideración de la tradición histórico- cultural compartida entre el historiador y un público, como condición ineludible en el efecto que el primero pretende lograr al elegir determinada trama. Así, otros párrafos aclaran que: “...el historiador, como escritor, se dirige a un público capaz de reconocer las formas tradicionales del arte de narrar. Las estructuras no son, pues, reglas inertes”(…) “Son las formas de una herencia cultural”.(Ricoeur.1995: 280)

En otro orden, Ricoeur hace explícito que es consciente del perjuicio que ocasiona a la obra de White al separar sus análisis formales - trama, argumento - de su teoría de los tropos lingüísticos a la que considera más débil.⁶ (Ricoeur. 1995:272) Y en este

⁶ Como veremos en el capítulo siguiente, esta separación es central porque elude la explicación de White acerca de la imposibilidad de separar forma y contenido, tanto en lo que respecta a la forma de la trama como al tropo que domina la estructura profunda de todo el discurso. Y es justamente esa imposibilidad de separación la que identifica al relato histórico con el de ficción.

sentido señala que en la teoría de White, el estilo pasa a un segundo plano porque surge de una combinación posible y flexible de los diferentes modos de explicación: trama, argumento e ideología.(Ricoeur. 1995:277) Sin embargo, con White veremos que el estilo se halla dominada por un tropo lingüístico que el historiador usa precriticamente y que, contenido en la estructura narrativa profunda, domina el sentido de todo su discurso.

Finalmente, en *La memoria, la historia, el olvido*(2003), Paul Ricoeur retoma la teoría de la imaginación histórica y vuelve sobre sus argumentos acerca de la obra Hayden White, ahora considerada como “la principal contribución a la exploración de los recursos propiamente retóricos de la representación histórica”(Ricoeur.2003: 333)

En esta obra Ricoeur introduce algunos cierres importantes a aspectos abiertos y confusos que, según su interpretación, presenta la teoría contenida en su *Metahistoria*. El primero de ellos consiste en que: “no se trata de una contribución a la epistemología del conocimiento histórico, sino de una poética que tiene como tema la imaginación, más precisamente la imaginación histórica”.(Ricoeur. 2003:333) De ello se desprende que, como “es en las estructuras del lenguaje donde esta imaginación es aprehendida, el relato histórico y el de ficción pertenecen a una sola y misma clase, la de las “ficciones verbales”. (Ricoeur. 2003:333)

Respecto de las críticas a la rigidez de la tipología de White como si se tratara de ecalonarlas o yuxtaponerlas, Ricoeur señala bien que “ la construcción de la trama es recobrada a través de una serie ordenada de tipologías que dan a la empresa el aspecto de una taxonomía bien ordenada”. Pero, dice fundamentalmente, “ nunca debe perderse de vista que esa estructura actúa en el plano profundo de la imaginación”(Ricoeur. 2003:334), y por lo tanto su significado debe interpretarse no

sólo por lo que de ella se manifiesta, sino por lo que representa su poética o imaginación contenida en esas formas manifiestas, (trama, argumento e ideología) Así, “ las cuatro tipologías (...) y las composiciones que resultan de su asociación deben considerarse como las matrices de combinaciones posibles en el plano de la imaginación histórica efectiva”(Ricoeur. 20003:334)

Respecto de la separación entre story y trama, Ricoeur explica y concluye que la tipología de la trama que corona o preside a las otras dos tipologías, “conciene a la percepción estética, y “es la dimensión story de la trama”. Fundamentalmente y en consecuencia, ella no sólo es el relato lineal o secuencial de los sucesos, porque también “tiene un efecto explicativo” que cumple con lo que el historiador pretende lograr mediante la forma de trama elegida. Ricoeur agrega entonces que, “la retórica entra así en la competición con la epistemología de la historia.”(Ricoeur. 2003:334)

Esta dimensión del relato histórico, la retórica, que no corresponde sólo a la trama sino también a la capacidad persuasiva de su argumentación, (Ricoeur. 20003:335), introduce de nuevo un motivo de reflexión sobre la epistemología de la historia implícita en la teoría de White.

La reflexión abierta, en este caso, sobre el carácter de la narración histórica y “sobre la poética de la imaginación histórica” confirma la tesis de Ricoeur sobre la condición irrenunciable de la narración. Ya se trate de discursos históricos o de discursos de ficción, sólo a través de los relatos la experiencia temporal “informe, confusa, y en el límite muda”, alcanza su significación y su sentido.

Capítulo 2. La teoría de la obra histórica en Hayden White. Su estrategia narrativa.

En las primeras líneas de su “Introducción a la poética de la historia” Hyden White definía su obra y expresaba uno de sus principales propósitos: “Este libro es una *historia* de la conciencia histórica en la Europa del siglo XIX, pero también se propone contribuir a la actual discusión sobre el problema del conocimiento histórico. Como tal, representa a la vez un relato del desarrollo del pensamiento histórico de un período específico de su evolución y una teoría de la estructura de ese modo de pensamiento que se “llama histórico.””(White. 1991:13).

Una teoría específica de la conciencia histórica y una posición definida sobre el estatuto de lo histórico remiten necesariamente a su debate epistemológico. En razón de ello, en este trabajo me referiré inicialmente a los argumentos que desarrollados para la explicación de su teoría, permiten comprender en qué medida Hayden White ha contribuido al problema del conocimiento histórico.

Pero el tema central del que se ocupa este capítulo y que sostiene metodológicamente a esta tesis es su concepción de la obra histórica o relato histórico, y fundamentalmente la estrategia narrativa o modelo arquetípico que, derivado de la teoría de las tramas y de la teoría de los tropos lingüísticos, permite captar la estructura profunda como verdadero sentido del discurso de lo histórico.

Señalaba en la Introducción que el trabajo de White en su *Metahistoria* estuvo orientado por la búsqueda de una teoría que sistematizara a las que estaban contenidas en el pensamiento europeo de los filósofos y los historiadores del siglo XIX. La concepción de la obra histórica que resultó de su teoría contenía ya en su definición una clara posición respecto de la discusión epistemológica, estética y moral que aún discurre en relación con el campo semántico de la historia: “Considero

la obra histórica como lo que más visible es: una estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa.”(White, 1998: 9) En otra parte de su libro agregaba, “estructura verbal en forma de discurso de prosa narrativa que dice ser un modelo, o imagen, de estructuras de procesos pasados con el fin de explicar lo que fueron representándolos.” (White, 1998:14)

El seguimiento del recorrido de su libro permite observar que ese modo de concebir la historia como un discurso narrativo del pasado tuvo su origen en la búsqueda de la conciencia histórica que, como espíritu común de época, presentaban las obras de los pensadores del siglo XIX. White identificó esa conciencia con la “imaginación histórica”, o con la estructura profunda que, contenida “entre la metáfora y la ironía”, subyacía a un relato construido con la pretensión de captar lo real. (White, 1998:55)

Sobre esa estructura profunda y como imagen del pasado, los historiadores y filósofos de la historia habían construido un discurso con la intención de explicar lo que realmente había sucedido en él.

Según su análisis, la cultura europea del siglo XIX había mostrado “en todas partes una furia por una comprensión realista del mundo”, y en algunas formas con las que esa cultura se manifestaba se trataba “de algo más que una simple aplicación del método científico a los datos de la historia, la sociedad y la naturaleza. Pues, a pesar de su orientación en general “cientificista”, las aspiraciones realistas de los pensadores y artistas del siglo XIX estaban informadas por una conciencia de que cualquier esfuerzo por comprender el mundo histórico presentaba problemas especiales, dificultades que no se presentaban en el esfuerzo humano por comprender el mundo de los procesos puramente físicos.” (White, 1998:55)

Las diversas formas que en el siglo XIX habían adoptado los “movimientos culturales y las ideologías - positivismo, idealismo, naturalismo, realismo literario,

simbolismo, vitalismo, anarquismo, liberalismo”-, habían reaccionado frente a la ironía que, como expresión profunda - tropológica - del fracaso de la idea de progreso, había unido espiritualmente a la conciencia histórica de la Ilustración. Las concepciones realistas que se habían sustentado en la búsqueda de la captación histórica de lo real, hallaron el motivo de esa búsqueda precisamente en el rechazo que los filósofos de la Ilustración hicieron de la historia como “invención fabulosa” de principios del siglo XVIII. “Ser realista significaba ver las cosas en forma clara, como realmente eran, y también extraer de esa comprensión clara de la realidad las conclusiones apropiadas para vivir una vida posible con base en ellas.” (White, 1998:56).

Pero como “la afirmación de representar una posición realista sobre cualquier asunto - en todas las épocas -, comportaba la defensa de esa posición en dos terrenos por lo menos, epistemológico y ético”, (...) “la mayoría de las disputas teóricas e ideológicas que se desarrollaron en Europa entre la Revolución Francesa y la Primera Guerra Mundial, fueron disputas acerca de qué grupo podía afirmar su derecho a determinar en qué podía consistir una representación “realista” de la realidad social”. (White, 1998:56) Y, como lo que resultaba ser “la realidad de un hombre podía ser la utopía de otro...”, “más fácil” que definir lo que era real para cada época es definir, por su opuesto, lo que ella consideró como utópico, irreal o irracional. (White, 1998:56)

Así, desde el punto de vista de White, el realismo de los pensadores del siglo XIX se hacía más comprensible a partir de sus críticas sobre la ironía y el escepticismo que habían caracterizado a la imaginación de sus predecesores, los pensadores de la Ilustración. Esas críticas no estaban dirigidas a favor de la idea optimista de progreso sino a la idea de que ese optimismo no había encontrado todavía su justificación en

las obras históricas. Y algunos de estos pensadores como Tocqueville incluso creían que esa justificación no habría de hallarse nunca.

La utopía entendida como deseo ideal se encontraba contenida en la estructura profunda, poética y lingüística, del relato histórico. Y fue esa referencia al relato histórico, consecuente con un deseo de captación de lo real pero con base esencialmente poética, su contribución al problema del conocimiento histórico. Su teoría resultaba esencialmente de una identificación entre la “historia propiamente dicha y la filosofía de la historia” que tanta desconfianza había ocasionado en las primeras décadas del siglo XX, a los historiadores modernos de la Escuela de Annales y de la historiografía inglesa de método nomológico deductivo.

Entre las conclusiones generales del capítulo introductorio de *Metahistoria* White hace explícito que “la mejor base para elegir una perspectiva de la historia es estética y moral antes que epistemológica” y en consecuencia, “la exigencia de cientifización de la historia no representa más que la afirmación de una preferencia por una modalidad específica de conceptualización histórica, cuya base es moral o bien estética, pero cuya justificación epistemológica está por establecerse” (White, 1998:11).

Claramente esa alusión al estado precientífico de la historia, o a su condición de discurso, tiene relación con “el acto poético” en el que el historiador escoge en “un nivel profundo de conciencia” estrategias conceptuales por medio de las cuales explica o representa sus datos”. Y fundamentalmente en ese acto esencialmente poético “prefigura” el campo histórico y lo constituye como un dominio sobre el cual aplicar las teorías específicas que utilizará para explicar “ lo que en realidad estaba sucediendo en él”. (White, 1998:10) Por eso las historias, para White, no son sólo la combinación de datos de conjuntos de acontecimientos que supuestamente

ocurrieron explicados por conceptos teóricos y representados por una estructura narrativa. Ellas tienen, además, “un contenido estructural profundo que es en general de naturaleza poética, y lingüística de manera específica, y que sirve como paradigma “precríticamente” aceptado de lo que debe ser una interpretación de especie ““ histórica””. (White, 1998: 9).

Ese contenido estructural profundo permite identificar la presencia de “un relato completo”o propiamente histórico y responde al acto de prefiguración en el que el historiador combina diferentes “niveles” de conceptualización. Esos niveles inmersos en la obra comienzan por un momento más primitivo de exploración y de ordenación de los elementos del campo histórico, para llegar a los momentos de mayor complejidad que de un modo manifiesto - trama, argumento y posición ideológica -, representan un contenido más profundo, verdadero sentido expresado en lenguaje figurativo: los tropos lingüísticos.

En síntesis, White señala una vez más:

“A través del desvelamiento de la base lingüística sobre la cual se constituyó determinada idea de la historia, he intentado establecer la naturaleza ineluctablemente poética de la obra histórica y especificar el elemento prefigurativo de cualquier relato histórico, que tácitamente “sanciona” sus conceptos teóricos” (White,1998:10).

Para concluir esta primera parte del capítulo, tres núcleos de conflicto aparecen en torno a la dimensión cognitiva de la historia cuando se pretende entrar analíticamente en la teoría de White: la historia como discurso figurativo, la idea de pasado implícita en la operación histórica, y el problema de la identificación entre la naturaleza del

relato histórico y del relato de ficción. En estos tres núcleos que se implican entre sí y que forman la base de su teoría se apoya la naturaleza profunda y compleja de su contribución al conocimiento histórico cuya síntesis intentaré exponer.

En primer lugar, su método formalista lo lleva a afirmar que la historia es una estructura verbal o discurso, y además y fundamentalmente, como los discursos con pretensión de captar la verdad del pasado son múltiples, sus diferencias no se deben a su mayor o menor cercanía con la verdad sino a la forma con la que han sido prefigurados. Es esto último lo que a White le ha interesado descubrir sin implicarse con la decisión de afirmar cuál es realmente verdadero: “Siempre me ha interesado cómo puede usarse el lenguaje figurativo para crear imágenes de objetos que ya no son perceptibles y dotarlos de un aura de un tipo de “realidad” y hacerlos en cierto modo disponibles para las técnicas de explicación e interpretación elegidas por un determinado historiador para su explicación” (White, 1998:47).

Esta posición de algún modo pluralista y que puede ser vista como un exceso de relativismo sobre la verdad del pasado, no excluye la pretensión de verdad de la historia y tampoco la pugna ideológica por la pretensión de esa verdad. Por el contrario afirma de modo rotundo que cada historiador va en busca de ese pasado con la intención de contar la verdad, pero enfatiza en que cada uno de ellos al enfrentarse con el campo histórico lo constituye como un dominio a través de la prefiguración tropológica que elige para contarlo, y es esa elección la que “sanciona” o determina la explicación conceptual de los hechos así como su ideología, y no lo opuesto.

En el prefacio a *El Texto histórico como artefacto literario* (2003), White escribió una magnífica y enfática defensa de todo aquello que había sido puesto en tela de juicio respecto de su teoría desde *Metahistoria*, y debió remitirse a su intención

original una vez más. En ese texto al que llamó “ Hecho y figuración en el discurso histórico” partió nuevamente del significado de la palabra historia para llegar a lo que había querido decir cuando propuso su propia definición:“la historia es, según mi forma de ver, una construcción, más precisamente un producto del discurso y la discursivización”.(White, 1998:43) Lo que había querido decir fue que esa discursivización no era otra cosa que el producto de la agencia del historiador cuando narrativiza y que esta creación de naturaleza estética es además, por extensión, moral. Por eso sostuvo que los debates historiográficos son, y han sido siempre, debates que tienen su origen en el lenguaje que se utiliza para explicar las operaciones históricas y que en algunos casos son cuestionados cuando éste escapa del paradigma hegemónico establecido, y que por lo tanto en *Metahistoria* había sólo propuesto un lenguaje diferente que ponía la preeminencia en lo poético antes que en lo conceptual. Pero, además, que en la tendencia de los historiadores a identificar el lenguaje poético con una imprecisa noción de “estilo” y a resistirse a incorporar un lenguaje nuevo que aparentemente identificaba a la historia como una forma de arte, radicaba uno de los motivos principales de sus críticas.(White, 1998: 50). Volvería entonces en ese prefacio a señalar una vez más su intención original en un intento de fijar su posición tanto por fuera del antirealismo como del excesivo relativismo: “Bajo mi punto de vista, la objetividad, el contar la verdad y la agudeza son desempeñadas más adecuadamente en aquellas disciplinas blandas tales como la historiografía, por su franca y abierta admisión de la agencia en la creación de las cosas que son estudiadas. Esta es la razón de que haya subrayado el aspecto literario de la imaginación histórica” (White, 1998: 44)

En segundo lugar, la idea de pasado o de acontecimiento del pasado situado por fuera del discurso se observa claramente cuando White desarrolla en *Metahistoria* el

procedimiento que el historiador escoge al construir su obra histórica. El historiador va en busca de ese pasado o del campo histórico y a partir de lo que en él encuentra - acontecimientos que supuestamente ocurrieron -, *inventa* la construcción de su historia. Pero esa invención no incluye a ese pasado hallado en una fase primitiva de la exploración dentro de la categoría de discurso. En otras palabras, White no niega la existencia de acontecimientos como la Revolución Francesa o el Holocausto y sí admite la objetividad de la información de los datos del pasado. En este sentido, no presenta una posición “antirealista”, no se introduce en reflexiones metafísicas sobre la existencia o no de ese pasado y tampoco en las paradojas del tiempo con las que se enfrenta el historiador. Lo que pretende mostrar es que el relato histórico es “una forma impuesta al pasado” pero no es el pasado mismo. (Tozzi, 2003:15).

En este sentido, en el mismo prefacio esgrimía: “No argumento que ciertos tipos de acontecimientos, personas, procesos, grupos, instituciones, etc., que vagamente corresponden a los términos usados por los historiadores para referirse a ellos y describirlos, no existieron en el pasado.” (White, 2003: 51) Y continuaba después de modo más claro: “ Yo sé que el “Imperio Romano”, “el papado”, “ el Renacimiento”, “ el feudalismo”, “ el tercer estado”, “ los puritanos”, “ Oliver Cromwell”, “ Napoleón”, “Ben Franklin”, “ La Revolución Francesa”- o al menos entidades a las que estos términos refieren - preexistieron a cualquier interés por ellos de algún historiador. Pero una cosa es creer que una entidad alguna vez existió y otra completamente distinta constituirla como un posible objeto de un tipo específico de conocimiento.” En razón de ello precisaba: “...distingo un acontecimiento (como un acontecer que sucede en un espacio y en un tiempo materiales) y un hecho (un

enunciado acerca de un acontecimiento en la forma de una predicación).⁷ Los acontecimientos ocurren y son atestiguados más o menos adecuadamente por los registros documentales y los rastros monumentales; los hechos son contruidos conceptualmente en el pensamiento y / o figurativamente en la imaginación y tienen una existencia sólo en el pensamiento, el lenguaje o el discurso.” (White, 2003:53) Pero esto no significa que los acontecimientos sólo tengan una existencia lingüística. (White, 2003:53). Significa que en la actividad de imaginación el historiador narrativiza, y en ese proceso de narrativización, en el que también interviene de modo complementario la explicación conceptual del suceso, “dota de facticidad al acontecimiento” así como de significación. “Creo, - señala -, que esto se ha dado siempre en el caso de los grandes historiadores narrativos – desde Heródoto y Tucídides pasando por Livio y Tácito hasta Ranke, Michelet, Tocqueville y Burckhardt.” (White, 2003: 54)

En relación con ello, la forma elegida hasta ahora para dar significación a los acontecimientos y para hacerlos inteligibles es la narrativa para la cual los historiadores - e incluso el contar cotidiano - escogen un estilo determinado por el que “debe entenderse la forma en que Michel Foucault habló de él: cierto modo constante del uso del lenguaje por el cual tanto se representa al mundo, como se lo dota de significado.” (White, 2003:48).

Por último, la identificación del relato histórico con el de ficción se desprende en parte del desarrollo de la argumentación anterior, pero incluiré aquí algunas afirmaciones precisas que White expresa en “Teoría literaria y escrito histórico”

⁷ El hecho como construcción es para White semejante a lo que “Danto llamó acontecimiento bajo una descripción.”(White:55).

(2003), con las que explicita los motivos que lo llevaron a rechazar la distinción entre uno y otro.

En primer lugar, señala una idea - a la que nunca ha renunciado - que consiste en que “nuestra experiencia de la historia es indisociable de nuestro discurso acerca de ella; que ese discurso debe ser escrito antes que pueda ser considerado como historia; y que tal experiencia, por tanto, puede ser tan variada como los diferentes tipos de discurso con los que nos encontramos en la historia del escrito mismo” (White, 2003:142). En párrafos siguientes agrega que “la narrativa ha sido siempre, y continúa siendo, el modo predominante de escribir historia” (White, 2003:144).

A continuación White explica de la siguiente manera el proceso de narrativización en que consiste ese modo de escribir la experiencia de la historia: en una primera etapa el historiador obtiene información del pasado real de cuya existencia no duda, pero agrega a ese pasado algo más, que no es nueva información sino interpretación. Las interpretaciones, desde las más simples crónicas hasta las más complejas filosofías de la historia “tienen en común su procesamiento en un modo narrativo de representación fundamental para la comprensión de sus referentes como fenómenos distintivamente históricos.”(White, 2003:145). Fundamentalmente, en ese proceso de narrativización el historiador utiliza estrategias figurativas y tropos lingüísticos que son de uso específico de los “escritores literarios o imaginativos”, y, además, esas estrategias permiten que el relato pueda ser leído como una estructura simbólica. Admite y reafirma, entonces, que la obra histórica como estructura verbal responde a una operación de ficción semejante a la de los escritos literarios y aclara que por ficción entiende “fabricación” que, en su sentido moderno, significa “constructo hipotético o consideración del “como si” de una realidad que ya no está presente para la percepción, y que por lo tanto sólo puede ser imaginada.” (White, 2003:55)

Por eso para White la moderna teoría literaria aporta de un modo directo concepciones de comprensión de los recursos poéticos y retóricos que como aspectos literarios aparecen en los escritos históricos. Cuando esto ocurre y se los despoja de la concepción de estilo como mera forma ornamental, se descubre que el contenido del discurso y el discurso mismo presentan diferenciaciones muy sutiles. White dice también aquí, refiriéndose a las diferencias que respecto de la noción de estilo del siglo XIX existen hoy: “ahora es posible reconocer que en el discurso realista e igualmente en el imaginario, el lenguaje es tanto una forma como un contenido y que el contenido lingüístico debe ser considerado como uno más” dentro de todos los que forman el discurso histórico completo. (White, 2003:146). Pero fundamentalmente esta concepción “del contenido de la forma” matiza la distinción entre discursos reales e imaginarios y estimula la indagación de la realidad oculta que la forma del discurso histórico contiene en su prosa. (White, 2003:147). En razón de ello precisa que “el discurso literario puede diferir del discurso histórico en virtud de sus referentes primarios, que son considerados acontecimientos imaginarios más que reales, pero los tipos de discurso son semejantes y no diferentes, ya que en ambos se maneja el lenguaje de tal modo que cualquier distinción clara entre forma discursiva y contenido interpretativo resulta imposible.” (White, 2003:151)

White no se detiene aquí sino que avanza también en consideraciones que no sólo homologan un relato con otro a partir de uso del lenguaje figurativo o tropológico, sino también en las aportaciones que uno y otro realizan respecto de la verdad del pasado. En ese sentido la información a la que hacíamos referencia antes puede ser también motivo de indagación de un escritor de ficción que tenga una pretensión de contar la verdad semejante a la de un historiador. White considera que a esa operación de ficción, que también postula manifiestamente pretensiones de verdad

para sus representaciones de la realidad social casi tan firmes como las de una construcción histórica, pertenece la novela moderna. (White, 2003:55). Y en ese sentido pregunta reflexivamente: “¿Son las novelas menos verdaderas por ser ficcionales? ¿Son menos ficcionales por ser históricas?”(White, 2003:165).

En conclusión, en el lenguaje poético White encuentra la manera más aprehensible no sólo para captar sino también para transmitir a un público en general la experiencia emotiva de la vida de los hombres en el transcurso de la historia.⁸ (White, 2003:164).

A la poética de la obra histórica y a la estructura profunda donde se encuentra su imaginación corresponde el contenido principal de este capítulo que es el que pretende dar sentido a esta tesis.

El relato histórico. La estrategia narrativa.

Guiado por el desvelamiento de la naturaleza poética de la obra histórica White distingue en ella diferentes “niveles de conceptualización.”: Crónica, relato o “cuento”, modo de tramar, modo de argumentar y modo de implicación ideológica. La obra histórica en su totalidad conformada por la copresencia de todos estos niveles, representa “un intento de mediar” entre lo que White llama “el campo histórico, el registro histórico sin pulir, otras narraciones y un público.” (White, 1998:16).

⁸ Toma también del realismo figurativo los recursos teóricos para tratar bajo un tipo de ficción, - el cumplimiento de la causalidad figurativa - acontecimientos traumáticos por su impacto emocional y proximidad temporal, como el Holocausto, por ejemplo, o la guerra, el hambre y la pobreza contemporáneas. Véase “El acontecimiento modernista” en: “El texto como artefacto literario.”

Entiende por campo histórico el objeto, el recorte del pasado o el recorte temporal, los datos y los acontecimientos con los que el historiador intenta representar una historia. Por registro histórico en bruto, el conjunto de datos que dispersos y sin conexión alguna, aparecen de modo caótico en la primera etapa en la que el historiador se enfrenta con su campo. Dos momentos iniciales en los que hay registro pero todavía no ordenación porque es con la crónica cuando la ordenación de los elementos del campo histórico comienza de manera específica como orden temporal en el que los acontecimientos ocurrieron.

Crónica y relato, “elementos primitivos en la narración”, son en su explicación las formas de representar de un modo comprensible para un público “los procesos de selección y ordenación” de los datos del primer registro histórico. Como partes iniciales de una invención, sus diferencias se presentan cuando los elementos del campo dispuestos en la crónica, sin principio y final definidos, son ordenados de acuerdo con un proceso que permite discernir entre principio, medio y fin. En ese transcurso, el historiador ha llegado a la realización de un primer relato. Recién entonces algunos elementos de la crónica ahora caracterizados como sucesos de un relato se transforman en motivos inaugurales, motivos finales y motivos de transición y se integran, así transformados, en una secuencia temporal como si ésta fuera un “espectáculo”.

Con la sencillez de esta diferencia White se refiere al proceso de la operación de ficción del historiador. Su trabajo no es hallar y “revelar los relatos ocultos en las crónicas”, sino “convertir “ bajo una “jerarquía de significación” los hechos de la crónica en motivos de relato.

De ese modo, el seguimiento de las preguntas: “¿Qué pasó después?” “¿Cómo sucedió eso?” “¿Por qué las cosas sucedieron así y no de otro modo?” “¿Cómo

terminó todo?”, en un proceso de anticipación y respuesta convierten en una historia seguible el curso de una narrativa.

En “El contenido de la forma” (1987- 1992) White precisa después la idea de que el acto de invención está presente en la operación del historiador desde el anal medieval al discurso histórico propiamente dicho. Y, además, distingue a través de su significado implícito las diferencias entre las formas primitivas de reconstrucción histórica. En los primeros el mero y exasperante registro de listas de fechas acompañadas por sus correspondientes acontecimientos, la ausencia de registro o el silencio de algunos de estos últimos remite a un interés - tal vez “perezoso” - por dejar constancia en la memoria de todos los sucesos importantes que en ese tiempo iban ocurriendo. Pero el modo elegido por el autor del Anal de Saint Gall para fijar ese testimonio, una lista ordenada cronológicamente en un sucesivo antes y después, año tras año sin principio ni fin, revela o intenta revelar la armonía de un mundo en el que sólo la escasez como acontecimiento ausente o “signo”, “es la norma de la existencia” y la felicidad la satisfacción de la necesidad. En ese mundo, la amenaza de hambruna o de catástrofe es el único signo de “la inminente amenaza de la muerte”. En palabras de White: “la presencia incluso de años en blanco, nos permite percibir, a modo de contraste, en qué medida la narración busca el efecto de haber llenado todos los huecos, de crear una imagen de continuidad, coherencia y sentido en lugar de las fantasías de vacuidad, necesidad y frustración de deseos que inundan nuestras pesadillas relativas al poder destructor del tiempo.” (White, 1992: 28)

No es aún una crónica con la que tiene en común el orden de una cronología, pero no su nivel de conceptualización para la ordenación de los acontecimientos a partir una autoridad que “sirve como principio organizador del significado de un discurso.”(White, 1992:31) En la crónica hay un tema central, “la vida de un

individuo, de una región o de una institución” aunque carezca de una “jerarquía de significación” dentro de los motivos propios de un relato.

Y no es aún relato porque el analista carece de la capacidad lingüística para sustituir esa lista de acontecimientos en significados dentro un discurso temporalmente completo. Y, fundamentalmente, porque no hay conciencia de un “centro social” que guíe su ordenación en un sentido ético o moral de acuerdo con un orden “político - social” o Estado que “dé contenido a la prosa del relato y al mismo tiempo la engendre” (White, 1992:28): “La narratividad, bien ficticia y real, presupone la existencia de un sistema legal contra o a favor del cual pudieran producirse los agentes típicos de un relato narrativo”. (White, 1992:28)

En consecuencia, hay relato cuando hay conciencia, - “cuando más históricamente consciente de sí mismo es el escritor” -, de una legalidad u orden moral o social que es necesario tratar como autoridad que como tal suscita tensiones y conflictos en el conjunto de las relaciones humanas. El impulso narrativo de ordenar esas tensiones significa también como “moraleja”, “un impulso a moralizar la realidad.” (White, 1992:29).⁹

⁹ En “Metahistoria” la diferencia entre relato o primer relato como lo hemos llamado aquí y trama, aparecen con mayor claridad que en “El contenido de la forma” donde resulta difícil distinguir el relato como forma primitiva de construcción del relato completo o propiamente histórico en el que es fundamental la presencia de la trama. Lo que sí aparece con mayor claridad es que White al hablar de relato como forma primitiva se está refiriendo a lo que se entendía - y se desestimaba - por narración en el siglo XIX, es decir “a un cuento que fuera tan exacto en sus detalles como obvio en su significado” y no a una trama que es la que precisamente da el significado al relato. (Metahistoria 145). Ricoeur (1985) ya ha señalado críticamente esta primera separación entre relato y trama en la teoría de White. Y lo ha interpretado como un intento de éste por salir de la transgresión de la teoría de Aristóteles en la que según su opinión White había caído con sus argumentos en favor en la poética de la historia.

Por eso White identifica en *Metahistoria* otro tipo de preguntas que, orientadas a un sentido más profundo de los hechos del primer relato, apelan a la estructura del “relato completo”: “¿Qué significa todo eso?” y “¿Cuál es el sentido de todo eso?”. Esas preguntas exigen, además, “un juicio sinóptico” de la relación de ese relato con otros que hubieran podido surgir de la misma crónica y definen la presencia del relato histórico completo.

La obra histórica resulta así una estructura verbal en forma de discurso, capaz de dar respuesta a las preguntas de significado y de sentido a través de los niveles que White llama explicación por la trama, explicación por argumentación y explicación por implicación ideológica.

La teoría de la explicación por la trama.

El historiador al enfrentarse con el “verdadero caos de sucesos” que constituye el campo histórico y con el orden sin jerarquía de significación de la crónica, “incluye algunos acontecimientos y excluye otros, acentúa algunos y subordina a otros”, y en ese proceso de inclusión, exclusión, acentuación y subordinación, construye un relato “de un tipo particular”, “trama un relato”.

Esa trama que puede adquirir diferentes modos arquetípicos explica el significado que el proceso de los hechos tiene para el historiador en relación con la concepción del pasado que resulta de su cosmovisión presente y que por lo tanto tiene también un sentido.

Siguiendo la línea de investigación de Northrop Frye, White identifica cuatro modos específicos de trama: romance, tragedia, comedia y sátira. Al hacer esta elección White es consciente que se expone a las críticas de la literatura, razón por la cual

explica que el modelo que Frye utiliza para las fábulas y los mitos, si bien puede resultar insuficiente para categorizar las tramas de las grandes obras literarias, no guarda la misma relación con las obras históricas para las cuales el historiador utiliza nociones muy simples de Tragedia de Romance o de Comedia. Y agrega: “Los relatos históricos tienden a caer en las categorías elaboradas por Frye precisamente porque el historiador se inclina a resistir a caer en la construcción de las complejas peripecias que son las herramientas del oficio del novelista y del dramaturgo” (White, 1998: 19). No se refiere en este caso a los filósofos de la historia sino a historiadores que como Tocqueville, Ranke o Michelet, han tramado sus relatos en forma de tragedia, comedia o romance.

Pero tanto unos como otros, para explicar el significado de la historia que querían contar, eligieron un modo “entre los diversos tipos de estructura de trama” de alguna forma reconocido por su tradición cultural. (White, 1978-2003: 156). Esa elección que, al modo de White, es un acto que realiza todo historiador, se encuentra de algún modo limitada por cierta convención pero “es relativamente libre”. No hay una lógica establecida que se imponga por fuera del historiador para la elección de su trama más que el compartir con otros hombres de su tiempo el modo de “contemplar” ciertos acontecimientos. En ese sentido pregunta: “¿Hay acontecimientos intrínsecamente trágicos o eso depende de la perspectiva desde la que se contemplan?”(White, 1978-2003:156) La respuesta a su pregunta está dada por su propia teoría sobre la ausencia de significación de los acontecimientos sin trama y sobre la elección de ésta como acto poético. Claramente otros teóricos de la historia como narración (Ricoeur, 1985:280) enfatizan la herencia cultural que, como construcción histórica, permite al historiador hacer inteligible un texto a partir de una trama cuya forma es culturalmente compartida con un público.

Pero lo que a White le interesa es que en ese acto relativamente libre los grandes historiadores o “maestros” del siglo XIX, Michelet, Ranke, Tocqueville y Burckhardt, eligieron un modo de tramar romántico, cómico, trágico y satírico y que con esa forma elegida dieron significado a la historia que relataron, y que a través de la lectura de sus signos es posible aún hoy percibir las huellas del esquivo y omnipresente pasado ausente, agente de las interpretaciones del sentido de la historia que lo sucedieron. Por eso el efecto de sentido que a White le interesa es el que la conciencia histórica de una época, expresada en “el espíritu” que anima a la obra histórica, provoca en la conciencia histórica de una época posterior.

Distingue a estos historiadores dentro de un siglo en el que “sugerir que el historiador tramaba sus historias hubiera resultado ofensivo a la mayoría”. Un siglo en el que “no se entendía que la elección de un modo de tramar reflejaba un compromiso con una filosofía de la historia, y que esto era lo que había señalado Hegel en su estudio de la historia como forma de arte literario”. (White, 1998:145). “Los cuatro maestros” del siglo XIX habían sabido dar una respuesta diferente a los problemas entre la identidad de la historia y la filosofía de la historia. Todos ellos pensaron que había que dirigirse al pasado sin prejuicios para poder explicarlo con la descripción más fiel posible a como éste había sido “realmente”, pero todos ellos “practicaron el arte de la construcción por la trama”, se implicaron ideológicamente con alguno de los modos arquetípicos, y eligieron un tropo lingüístico con el que

expresaron el sentido de su “particular relato”. En ello consistió su filosofía de la historia.¹⁰

Habiendo hecho estas aclaraciones, intentaré explicar en qué consiste la relación entre la forma y el significado en la construcción de las tramas según el modelo arquetípico.

Construir una historia en trama romántica, como Michelet, significa en el análisis de White, construir, bajo la utilización tropológica de la metáfora, el relato de un “drama de autoidentificación simbolizado por la trascendencia del héroe del mundo de la experiencia, su victoria sobre éste y su liberación final de ese mundo.”(White, 1998: 20). Escribir una trama romántica es construir en forma de secuencia, la aventura de un héroe como búsqueda tenaz “de alguna especie de edad de oro imaginativa en el tiempo y en el espacio”, que como un “sueño en el que se cumplen los deseos” (Frye, 1991: 246), se alcanza con esa liberación final.

White identifica en los historiadores románticos la concepción del campo histórico como un “caos del ser” dividido o desorganizado en partículas individuales o en mundos contrapuestos que el historiador, como observador y al mismo tiempo agente, tiene la meta o “misión” de ordenar. Historiadores como Carlyle habían reaccionado contra el escepticismo de los primeros románticos - Constant y Novalis - en los que el héroe después de su victoria contemplaba irónicamente su fracaso final: “su imaginación, ociosa ahora y solitaria, se vuelve sobre sí misma” y “se encuentra

¹⁰ White aclara además que “con excepción de Tocqueville, ninguno de estos historiadores llevó la argumentación explicativa formal al primer plano de la narración” y que por eso es necesario extraer estos principios de la línea narrativa de sus historias, y que en consecuencia “el peso del efecto explicativo recae sobre el modo de tramar”. (White, 1998:146).

solo sobre una tierra que puede tragárselo” (White, 1998:147). Pero el romanticismo de Carlyle consistía en que creía profundamente en la fuerza de la voluntad humana para superar la fuerza de la historia o del destino.

Para estas historias en romance el héroe es un hombre “superior en grado a los demás hombres y al propio medio ambiente”. Un héroe identificado como un hombre que, capaz de “acciones maravillosas”, puede “suspender ligeramente las leyes ordinarias de la naturaleza”. (Frye, 1991: 54). La tarea del historiador consiste, entonces, en “dar a la vida humana una conciencia de su naturaleza potencialmente heroica”. (White, 1998:150)

En Michelet como historiador que no se reconocía a sí mismo como romántico, encuentra White una forma “responsable” para escapar, como Carlyle, de la ironía de sus predecesores. Michelet para dar sentido a sus relatos había utilizado una metáfora que expresaba una identidad esencial dentro de las múltiples cosas que habitaban el campo histórico, y la lucha del historiador consistía para él “en una fusión simbólica de las diferentes entidades que lo ocupaban” (White, 1998:153), o en la búsqueda por alcanzar la unidad del todo. Para Michelet “el historiador debía escribir sus historias de tal modo de promover la realización de la unidad que todo está luchando por alcanzar.” (White, 1998:153). Y a la vez todo lo que aparecía en la historia debía ser visto como amenaza o, por el contrario, impulso de esa meta a lograr.

Según White Michelet era un dualista. También para él había sólo dos categorías en las que se dividía el campo histórico, y en ese dualismo existía “meramente un intercambio entre las fuerzas del vicio y de la virtud - tiranía y justicia, odio, amor, con ocasionales momentos de armonía, como el primer año de la Revolución Francesa”. (White, 1998:153) Esto le permitió, -a pesar de su leve caída en la ironía-,

“sostener su fe en que la unidad final del hombre con el hombre, con la naturaleza y con Dios, es posible.” (White, 1998:153).

Su trama, como puede verse en los pasajes posteriores a la Toma de la Bastilla,¹¹ es la trama del triunfo del mundo justo sobre el autoritarismo del injusto, “el surgimiento de la luz de la oscuridad”. Es la trama del triunfo de la libertad del pueblo como héroe protagonista sobre su antagonista, la opresión aristocrática. Su elemento esencial es la búsqueda en un “viaje peligroso” que finaliza cuando el héroe vencedor de todos los obstáculos, libra un “combate decisivo” para el logro de su consagración. (Frye, 1991:246) Es, finalmente, la trama de un drama de redención” (White, 1998:155).

Las historias construidas en trama trágica, pueden remitir a significados diversos que, en relación con la salida o el escape de la opresión humana, expresan sus sentidos más profundos. De acuerdo con ello, White deconstruye el relato de la filosofía de la historia de Hegel¹², y explica cómo una construcción narrativa sostenida por una metonimia o imagen trágica, presenta un pasaje por la ironía, que finalmente resuelve en forma de Comedia. Pero la obra histórica de trama trágica que White analiza en su *Metahistoria*, pertenece a Tocqueville. Aquí su caída en la ironía es otra de las salidas posibles de la opresión humana entre las fuerzas contrapuestas del deseo y del destino. Pero en general, según White, la trama trágica, siempre “sugiere la posibilidad de una liberación al menos parcial de la condición de la Caída y un

¹¹ Véanse las citas del relato que White toma de Michelet en esta tesis cuando se lo compara con el relato sobre el “El 17 de octubre de 1945” de Juan José Hernández Arregui.

¹² Hegel en su filosofía de la historia identificaba a las narraciones históricas de “tipo más elevado” con las tramas características de las tragedias literarias.

escape siquiera provisional del estado dividido en que los hombres se encuentran en este mundo.” (White, 1998:20).

El estado dividido en la Tragedia es el que representa el héroe trágico que “se encuentra a medio camino entre lo divino y lo humano” (Frye, 1991: 272). El héroe como mediador entre ese mundo externo y “omnipotente”, y el mundo “ pequeño” de lo humano, al ejecutar una acción o consumación de un deseo que excede sus posibilidades viola sin saberlo una ley moral o divina yendo así al encuentro definitivo de su destino.

En este sentido, señalaba Hegel que las realidades históricas poéticamente representadas como verdades de tragedias eran “los dramas reales de vidas vividas por individuos y pueblos en momentos y lugares específicos”. (Hegel, en White, 1998:100). La asociación entre la acción dramática y la acción histórica se debía a que la primera “no está limitada a la simple e imperturbada ejecución de un propósito definido, sino que depende enteramente de condiciones de colisión, pasiones y caracteres humanos, y por lo tanto lleva a acciones y reacciones, que a su vez piden alguna resolución del conflicto y la perturbación.” (Hegel, en White, 1998:101).

Así, la Tragedia representa la culminación de una acción que se presenta de un modo paradójico para un agente “que ve desplegado ante sí un mundo que es a la vez un medio y un impedimento para la realización de su propósito”. En la vida histórica el conflicto se percibe cuando el mundo, ya conformado social y materialmente, se impone a una “conciencia individuada de un ser preocupado por realizar sus propios objetivos, satisfacer sus propias necesidades y gratificar sus deseos.” (White, 1998:102). Pero lo más significativo es que en la trama trágica de las historias, como en la Tragedia propiamente dicha, una vez despertado “el agon” trágico “la vida

común o la personalidad en busca de su propia autoconfianza causa el conflicto mismo.” (White, 1998:102).

Señalaba antes que la resolución del conflicto trágico puede presentar diferentes alternativas posibles. White toma en su análisis la salida posible que Hegel eligió en su filosofía de la historia y que después de una leve caída en la ironía, consistió en la adopción de una forma cómica como un modo “de afirmación de los derechos y necesidades de la vida” frente a la idea de su inevitable destrucción en el tiempo.

Pero también toma la trama de Tocqueville para mostrar precisamente cómo es la trama trágica de una obra histórica y a la vez otra alternativa de salida posible del conflicto. La trama de Tocqueville, dispuesta en un segundo plano en relación con su argumentación explicativa, es desplegada más claramente por White a partir de la descripción de los años del Antiguo Régimen Francés y de los acontecimientos posteriores a la Revolución Francesa. Según White el Antiguo Régimen había sido “un ensayo de conservación” en el que “el propósito de Tocqueville no era volver a Europa a una época anterior ni detenerla en el presente, sino hacer del futuro democrático un futuro más libre y más humano. El problema para la interpretación consiste en que ese futuro era concebido en términos principalmente aristocráticos. (White, 1998:212).

Pero la idea más importante que aparece en este relato trágico tiene que ver con una narración que muestra los años anteriores a la revolución más prósperos que los años posteriores. Esto no significa que el antiguo régimen no fuera caótico, sino que la situación objetiva del pueblo francés había sido mejor en los años anteriores a la Revolución de lo que fue por muchas décadas después de ella. (White, 1998:215) Esa prosperidad objetiva según la trama de Tocqueville había dado origen a la paradoja de una situación en la que esa misma confianza en la prosperidad había causado la

destrucción del régimen que la había engendrado. Lo que esta trama sugiere según White “es una concepción de las leyes del cambio social similar a la que se encuentra en la tragedia griega, las leyes por las cuales aquellos cuya situación en la vida está mejorando deben esperar la llegada de alguna calamidad, generalmente producto de la excesiva extensión de sus propias capacidades limitadas de entender el mundo o de verlo y verse a sí mismos en forma realista.” (White, 1998:216).

En la búsqueda de un modo de resolución del conflicto, Tocqueville fue cayendo poco a poco en una resignación irónica porque el futuro para él presentaba modestas “posibilidades de reconciliación del hombre con el hombre en la sociedad”. Según Tocqueville en el análisis de White, “las fuerzas en juego en la historia, que hacen de ella un terreno de irreductible conflicto, no son conciliables, ni en la sociedad ni en el propio corazón del hombre. El hombre está siempre, en el extremo de los dos abismos: uno consiste es ese orden social sin el cual no puede ser un hombre, el otro consiste en esa naturaleza demoníaca dentro de él que le impide llegar a ser plenamente humano.” (White, 1998:193).

Pero aún con un pensamiento irónico y más bien por una razón moral, Tocqueville creyó en el significado de la historia y esperó de su relato un efecto que permitiera pensar en un futuro más libre por el que los hombres debían actuar de la mejor manera posible y con todas sus fuerzas dentro de las “miseras” posibilidades que las mismas fuerzas históricas le ofrecían.

Fue la concepción de ese futuro como una continuación sólo diferente del pasado y del presente lo que lo distanció de la ironía pesimista de la Ilustración así como de los conservadores que habían exaltado su pintura del antiguo régimen como una pintura de gloria, y lo incluyó por lo mismo dentro de los cánones del pensamiento liberal. (White, 1998:204).

En esencia, lo que Tocqueville sugería era que el “agon trágico revela, una y otra vez, que el secreto de la historia no es otra cosa que el eterno conflicto del hombre consigo mismo, y el regreso a sí mismo.” (White, 1998:193)

En sus explicaciones generales e introductorias que tomamos aquí a modo de conclusión, White cierra del siguiente modo el efecto que las tramas de las historias trágicas producen en un público que contempla: “la caída del protagonista y la conmoción del mundo en que habita que ocurren al final de la obra trágica no son vistas como totalmente amenazantes para quienes sobreviven a la prueba agónica. Para los espectadores de la contienda ha habido una ganancia de conciencia. Y se considera que esa ganancia consiste en la epifanía de la ley que gobierna la existencia humana, provocada por los esfuerzos del protagonista contra el mundo.” (White, 1998:20). Las reconciliaciones que ocurren al final de la tragedia son más bien resignaciones de los hombres a las condiciones en las que pueden trabajar en el mundo. Y para finalizar, señala: “de esas condiciones, a su vez, se afirma que son inalterables y eternas, con la implicación de que el hombre no puede cambiarlas, sino que debe trabajar dentro de ellas. Ellas establecen los límites de lo que se puede pretender y lo que se puede legítimamente proponer en la búsqueda de seguridad y salud en el mundo.” (White, 1998:20).

Se ha sugerido ya que la Comedia representa otra posibilidad de liberar al hombre de esos “dos abismos” entre los que se encuentra dividido. En ella la salida o escape es la esperanza en un triunfo provisional de la fuerza del hombre a través de una reconciliación entre su mundo y el mundo social o entre éste y el natural. (White, 1998:20).

El final es “una ocasión festiva” como acontecimiento transformado por el escritor para sugerir la idea de una reconciliación del hombre con su mundo y con su

sociedad. La ocasión festiva revela que los elementos “al parecer inalterablemente opuestos son, a la larga, armonizables entre sí, unificados, acordes consigo mismos y con los otros.” (White, 1998:20). Como ha señalado Northrop Frye (1991:216) “el movimiento de la comedia es, por lo común, el movimiento que va desde una sociedad a otra.” La nueva sociedad se cristaliza en torno a un héroe que ha vencido los obstáculos para el logro de sus deseos, “los derechos y necesidades humanas”. En esa solución final, los elementos perturbadores como necesidades individuales, se integran “en un estado de cosas conveniente y deseable” por el que la trama cómica impone “un acto de comunión con un público”. (Frye, 1991:217).

White toma el realismo histórico de Ranke para explicar el significado de una trama histórica en forma de Comedia. Construye un relato del recorrido que Ranke había seguido al enfrentarse al campo histórico y da cuenta de cómo una personalidad romántica de origen había encontrado más fantasía e imaginación en la realidad histórica de la Edad Media que en sus narraciones literarias. Por eso el propósito del historiador había sido describir los hechos tal cual habían ocurrido y, sin sujeción al arte o a la ciencia, se dedicó a la tarea de representar los que los documentos le ofrecían seguro de que en ellos se encontraba la verdad de la historia. (White, 1998:166)

Lo que un romántico hubiera narrado enfáticamente como un proceso de aumento cada vez mayor hacia el logro de la liberación con sus momentos de caída como etapas de depresión, Ranke lo había hecho bajo la “metáfora sancionante” de un modo organicista como momentos necesarios que quedarían subsumidos una vez que la meta final se cumpliera. Esa meta final era la integración de las comunidades o pueblos individuales bajo las instituciones que como la Iglesia y el Estado conducirían a sus creadores, los individuos y los pueblos, hacia un destino más

beneficioso en el que abandonarían su estado natural. Por eso el momento de conflicto es presentado en esta trama como un momento de oportunidad para que la lucha entre las fuerzas opuestas quede disuelta bajo una unidad más amplia y armónica: “la nación”. La trama de su historia entre la Edad Media y la Restauración engarza el “movimiento ternario de la Comedia, partiendo de una condición de aparente paz, pasando por la revelación del conflicto hasta la resolución del mismo con el establecimiento de un orden social genuinamente pacífico.” (White, 1998:178)

En la obra histórica de Burckhardt deconstruye White un tipo de narrativa que representa al realismo histórico como una sátira. En esas historias sancionadas por la ironía, “el elemento tema predomina sobre el elemento trama” porque no hay una “historia en desarrollo” que sugiera una evolución progresiva, en un sentido artístico, hacia la esperanza o hacia la acción.” Para Burckhardt, “las verdades que la historia enseña son verdades melancólicas.” El modo lingüístico que refleja una duda en la capacidad de aprehensión del mundo del lenguaje mismo, es la expresión “de una conciencia desdichada”. (White, 1998:229)

White toma de las observaciones de Frye sobre la literatura irónica la idea de disolución de lo heroico como significado de las tramas trágica, romántica y cómica también construidas sobre un elemento irónico. Pero en su nivel más extremo la construcción irónica representa “el ocaso de la época de los héroes y de la capacidad de creer en el heroísmo”; (White, 1998:230) “El residuo no heroico de la tragedia” que como tal destaca el aspecto “humano, demasiado humano” de lo que antes pudo verse como heroico. (White, 1998:230).

Para Burckhardt, según White, “la virtud resulta generalmente traicionada, el talento pervertido y el poder puesto al servicio de la causa más vil.” (White, 1998:231) El pesimismo es para él la base de la conciencia histórica. Su trama sobre el

Renacimiento sin principio ni fin como resolución de un drama en el que todo está dispuesto como una transición, “es la trama de un interludio, un entreacto entre dos grandes períodos de opresión”, “un intervalo en el que el juego libre” de la cultura se había encontrado sólo e inexorablemente entre dos tiranías: la religión medieval y el Estado moderno. (White, 1998:244).

El tema que predomina sobre la trama es “un drama de desgarramiento, “un drama dominado por el temor de que finalmente el hombre sea prisionero del mundo antes que su amo, y por el reconocimiento de que, en último análisis, la conciencia y la voluntad humanas son siempre inadecuadas para la tarea de derrotar definitivamente a la fuerza oscura de la muerte, que es el enemigo irreconciliable del hombre.” (White, 1998:20)

La sátira en la evolución de un estilo artístico “señala la convicción de que el mundo ha envejecido”. (White, 1998:20). Y el envejecimiento del mundo aparece junto a su tema melancólico esencial, la “impotencia absoluta del soñador”, (Frye, 1991:300) que en la conciencia de su propia inadecuación como imagen de la realidad pinta de gris lo gris. (White, 1998: 20).

La teoría de la explicación por la argumentación formal

White distingue en el relato histórico completo un tipo de coherencia formal que contribuye con el significado de los hechos en el proceso de desarrollo de la narración. El historiador alcanza esa coherencia formal a través de una operación explicativa o discursiva que realiza invocando principios argumentales como presuntas “leyes sociales” y desarrollando un tipo de razonamiento nomológico deductivo para explicar lo que ocurre en el relato. Este razonamiento o deducción

lógica semejante a un silogismo parte de una ley universal de relaciones causales o premisa cuyo cumplimiento se observa de un modo aproximativamente regular en la mayoría de las sociedades históricas, y llega a las condiciones mínimas en las que esa ley puede aplicarse.

Los ejemplos que White toma para este nivel de conceptualización del discurso son la dinámica dialéctica de la relación estructura - superestructura en Marx y la teoría de las fases de expansión y depresión que explican el funcionamiento de los ciclos económicos. Pero como las generalizaciones a las que ese tipo de explicaciones conduce no afectan el cumplimiento de las premisas, para White estas operaciones corresponden a una actividad “protocientífica” del historiador y llega a esa conclusión, no a partir de una clasificación objetivista de las ciencias, sino a partir del modo en que se establecen las convenciones dentro de las comunidades científicas. Para él, el carácter protocientífico de la historiografía puede deberse a que no ha habido aún un debate que haya sido cerrado por un consenso establecido sobre cuáles son las leyes de causalidad social para explicar los sucesos y qué forma debe tener una explicación científica. (White, 1998:23). A partir de ese razonamiento, “la historia permanece en estado de anarquía conceptual”. (White, 1998:24)

Como hemos visto, la explicación por la trama también puede resultar de la aplicación de determinadas leyes al comportamiento social, pero White distingue una operación en la que el historiador trabaja con los fenómenos históricos de su relato como lo hace un “científico” con otro tipo de fenómenos. Por eso distingue claramente el proceso de construcción de la trama en la que se engarzan los elementos o hechos de un relato, de otro proceso por el cual desde una matriz se desprende lógicamente la explicación causal de estos hechos. Dice textualmente: “

En suma por el momento estoy aceptando por su valor declarado, la afirmación del historiador de estar haciendo a la vez arte y ciencia, y la distinción que se establece habitualmente entre las operaciones de investigación del historiador por un lado y su operación narrativa por otro.” (White, 1998:23).

Las disputas acerca de qué modo de argumentación del discurso como operación de investigación del historiador debe ser admitido, son disputas acerca de cómo debe ser conceptualizada la naturaleza de la realidad histórica. Y como hasta el momento los historiadores han llegado sólo a soluciones alternativas White, siguiendo el análisis de Stephen Pepper, toma cuatro formas arquetípicas que éste puede adoptar “ como visiones del mundo” o “lenguaje filosófico” en las obras históricas: formista, organicista, mecanicista y contextualista.

Estos son los modos de argumentación que White halla al desplegar los niveles de conceptualización inmersos en la obra histórica del siglo XIX, y los concibe como un modelo posible de transferir aproximativamente a la obra histórica en general.

En síntesis, un historiador argumenta sobre lo que considera como la verdad del acontecer de modo “formista” cuando intenta “identificar las características exclusivas de los objetos que habitan el campo histórico”, es decir, “la clase y atributos genéricos y específicos” que lo constituyen como un objeto particular. (White, 1998:24).

Los principios que rigen su operación de explicación corresponden a la búsqueda de similitud y de diferencia de los elementos que aparecen en el campo para llegar a la “unicidad” de los objetos del mismo “o a la variedad de los tipos de fenómenos” que éste presenta. (White, 1998:25). White halla este modo de argumentación central en la explicación de los relatos de los historiadores románticos cuya operación más “dispersiva” que “integrativa” los ha llevado a generalizaciones demasiado amplias y

por lo tanto débiles frente a la refutación de los datos empíricos. Pero la “vacuidad” de sus generalizaciones se halla compensada por la riqueza de la descripción de la vida de los agentes representados en sus narraciones. (White, 1998:26).

El modo de argumentación organicista como “hipótesis organicista del mundo” tiende a integrar gradualmente las particularidades individuales en una entidad mayor. A través de un compromiso con el paradigma de la relación microcosmo - macrocosmo, el historiador concibe a las entidades individuales “como componentes de procesos que se resumen en una totalidad mayor que, o cualitativamente diferente, de la suma de sus partes.” (White, 1998:26).

Este modo de argumentación también puede encontrarse en historiadores y filósofos idealistas en los que, como Hegel, su relato aparece guiado por un proceso - en este caso no integrativo - hacia la consecución de una meta final. Ese telos que en Ranke como historiador tipo aparece sin precisión porque lo que le interesa es el modo en el que las metas individuales como el “folk” o la “cultura” o la “nación”, se convierten en “estructuras integrativas” cuyo “final” no podía ser sino percibido por un tipo de visión religiosa, es sin embargo una característica importante de ese modo de argumentación.

Por último, las estrategias organicistas construyen sus explicaciones conducidas no por leyes causales sino por “ideas” y “principios”, y esas ideas o principios “son vistos como imagen o prefiguración del fin al que tiende el proceso en conjunto”. (White, 1998:27). Fundamentalmente, este final no opera como una restricción de la libertad humana, sino, por el contrario, como su garantía.

La teoría mecanicista de explicación corresponde a un modo de pensar la experiencia concreta de la historia como el resultado de agencias que habitan un campo extrahistórico o que se sitúan por fuera del escenario donde se desarrollan los hechos

de la narración. “Los objetos que se piensa habitan el campo histórico son contruidos como existiendo en la modalidad de relaciones parte a parte, cuyas configuraciones específicas son determinadas por las leyes que se presume gobiernan sus interacciones.” (White, 1998:27).

Los historiadores mecanicistas como Tocqueville o Marx estaban más preocupados por encontrar la evidencia de esas leyes y por escribir una historia que fuera capaz de mostrar sus efectos, que por narrar la experiencia particular de los sucesos que ofrecen a éstas su contenido específico y que, además, pueden amenazar la coherencia formal de su relato.¹³ Pero lo distintivo es que en estas formas de argumentación las entidades individuales sirven como partes de una entidad mayor, como la clase a la que pertenecen, y éstas a otra entidad aún mayor: la ley. En ese sentido la característica esencial de esta explicación formal es integrativa, pero el modo de ceñir la experiencia de toda historia a un comportamiento predeterminado, puede conducir a este tipo de argumentaciones hacia una forma reductiva del conocimiento.

El contextualismo como explicación sincrónica del acontecer histórico agota la descripción de todos los elementos que forman el campo histórico de un período y un espacio bien definidos, y sus relaciones entre ellos. La pregunta acerca de qué fue lo ocurrido es respondida por la especificación de las interacciones funcionales de los agentes que se encuentran en el campo histórico identificado. Y la causa o el por qué del suceso puede derivarse de estas relaciones o de las relaciones que se establecen con objetos que habitan otros campos contiguos.

¹³ No en caso de Marx o Tocqueville en los que la precisión conceptual se halla acompañada por una gran erudición de datos empíricos.

La narración de un historiador contextualista presenta una forma semejante a un espectáculo en el que es posible observar la variedad de elementos que se hallan presentes en el contexto elegido para narrar la historia. El historiador que lucha por una integración relativa de estos elementos, opera aislando alguno de éstos y recogiendo sus “hilos” de relaciones con otros “hacia fuera” del campo, hacia atrás en búsqueda de su origen, y hacia adelante en búsqueda de su efecto o de su agencia. La idea es “vincular los sucesos en una cadena de caracterizaciones provisionales y restringidas de provincias finitas de acontecer “manifiestamente significativo” (White, 1998:29). Pero esa cadena o relación no implica la necesidad de una narración que dé cuenta de una evolución o de un fluir constante. La imagen del movimiento de las olas es clara para comprender las fases más y menos significativas que los sucesos siguen en el curso de una narrativa. Por eso la narración del contextualista presenta una solución ambigua al problema de la construcción de un proceso narrativo. Y la salida de esa ambigüedad como solución significaría inclinarse por una imagen mecanicista o contextualista para explicar la finalidad de la historia. Por todo ello, este modo de explicación resulta así el modo propio de la trama satírica que White analiza en la obra de Burckhardt.

Por lo general los modos formista y contextualista han sido mejor considerados por ciertas convenciones de la historiografía que consideran más cercano a la verdad a aquel más pleno de datos empíricos. El mecanicismo y el organicismo han sido cuestionados por considerárseles abstracciones demasiado elevadas sobre la experiencia concreta de la historia. Pero White vuelve aquí otra vez a señalar que esto tiene su origen en el estado precientífico de la historia en el sentido de la falta de una reflexión acabada sobre el problema. Y afirma que por esta razón tanto el mecanicismo como el organicismo fueron en realidad relativizados

epistemológicamente por su implicación ideológica. Pero también que por su parte los radicales afirmaron que el rechazo de la explicación por medio de las leyes mecanicistas se debía a las posibilidades que ésta abría para desvelar el comportamiento de las clases dominantes en la perpetuación del dominio del poder, y porque ofrecía al mismo tiempo las claves del comportamiento que llevarían a la destrucción de ese privilegio. Con lo cual las razones que motivaron a los historiadores a rechazar las leyes y a privilegiar las individualidades, son también ideológicas. Finaliza White: “En realidad parece haber un componente ideológico irreductible en toda descripción histórica de la realidad.”(White, 1998:32). Ese componente es inseparable de la necesidad de comprensión del presente de todo historiador. Por eso “el compromiso con determinada forma particular de conocimiento predetermina los tipos de generalizaciones que se puede hacer sobre el mundo presente, los tipos de conocimiento que se puede tener de él, y por lo tanto los tipos de proyecto que se puede legítimamente concebir para cambiar ese presente o para mantenerlo indefinidamente en su forma presente.” (White, 1998:32).

La teoría de la explicación por la implicación ideológica

Señalábamos antes que los intentos por narrar la realidad son impulsos a moralizarla y que esos impulsos dentro de la narrativa de un relato completo nacen cuando una autoridad centralizada como el Estado Moderno le sirve como motivo de orden de significación de los acontecimientos. La implicación ideológica del relato histórico responde a una posición ética que el historiador asume cuando al interpretar el pasado gravita de modo irrefutable en el presente y en ese sentido crea agencia, ideología. Con el término ideología White quiere decir “ un conjunto de

prescripciones para tomar posición en el mundo presente de la praxis social y actuar sobre él”. (White, 1998:32). A partir de allí, siguiendo el análisis de Manheim postula cuatro posiciones ideológicas básicas con las que es posible clasificar las grandes obras históricas: anarquismo, conservadurismo, radicalismo y liberalismo.

Según su síntesis más bien operativa como estrategia de análisis de un discurso y no como aportación para el esclarecimiento de ideologías tan complejas históricamente, esas cuatro posiciones ideológicas se diferencian entre sí de acuerdo con cuatro diferentes actitudes que los discursos presentan respecto de la posibilidad de reducir el estudio de la historia a una ciencia, de las concepciones de la dirección que pueden tomar los cambios y los medios para lograrlos respecto del statu quo presente y, de las orientaciones temporales hacia el pasado, presente o futuro como repositorio de un paradigma de la forma ideal de sociedad. (White, 1998:34).

Según White en general tanto los radicales como los liberales sostienen la creencia en la posibilidad de abordar los estudios históricos de modo científico, pero mientras los primeros argumentan su científicidad en la existencia de leyes estructurales explicativas del comportamiento histórico - social, los segundos lo hacen de acuerdo con el desenvolvimiento necesario de una tendencia general. Conservadores y anarquistas abordan el campo histórico de un modo más intuitivo; los primeros intuitivamente integran sus objetos en una ordenación organicista y los segundos se “inclinan por las “técnicas de empatía” que se utilizan para explicar las relaciones en las narraciones románticas.

La argumentación organicista acerca del comportamiento social semejante al comportamiento de los fenómenos naturales se implica con una ideología conservadora al concebir los cambios sociales como si fueran adecuaciones necesarias dentro de un orden naturalmente estable. Los liberales piensan los

cambios como ajustes o “afinaciones” dentro de un “mecanismo”, pero comparten con los primeros la idea del cambio dentro partes particulares de una totalidad y no dentro de las relaciones estructurales. Radicales y anarquistas conciben al cambio social como una transformación en las relaciones estructurales y difieren en la forma de esa transformación o sociedad nueva.

La utopía conservadora es la evolución progresiva de las estructuras institucionales actuales; la utopía liberal un futuro lejano e impreciso en el que la sociedad actual alcanzará cierto grado de perfeccionamiento, tesis que desalienta todo esfuerzo por la consecución de un cambio inminente como utopía y praxis de los radicales. Los anarquistas idealizan un momento histórico pasado de “inocencia natural - humana” y lo proyectan hacia un “plano intemporal”. La utopía para ellos es también una forma de lucha en la que los hombres trabajan sobre su conciencia para ir alcanzando esa comunidad humanizada o sociedad ideal.

Hemos anticipado en la explicación de los niveles de conceptualización anteriores el modo con el que White ha identificado una combinación precisa o “estilo historiográfico”, que entre ellos aparece bajo la operación de deconstrucción de las obras históricas guiada por su estrategia narrativa.

Resulta difícil despejar un nivel de explicación del otro en el conjunto del relato, por eso cuando explicamos el análisis de la trama de Tocqueville, de Ranke y de Burckhardt así como su modo de argumentación, nos vimos obligados a hacer referencia al sentido de la historia que se hallaba implícito en su concepción del cambio social y en su modelo de sociedad ideal. En este sentido, la implicación ideológica o posición ética del historiador puede derivar tanto del modo de su argumentación como del significado de sus tramas. White aclara que un historiador puede explicar mediante una ley la relación de los acontecimientos tramados en

forma trágica o por el contrario hallar sentido trágico en la secuencia de sucesos que ha elaborado para la explicación de una ley. De modo que las implicaciones morales deben ser extraídas de la relación entre la trama de la narración y la forma de la argumentación “ofrecida como explicación”. (White, 1998:37). Textualmente: “Un conjunto de sucesos que ha sido tramado como tragedia puede ser explicado “científicamente” (o realistamente) apelando a leyes estrictas de determinación causal o a presuntas leyes de la libertad humana. En el primer caso la implicación es que los hombres están sometidos a un destino ineluctable en virtud de su participación en la historia, mientras que en el segundo la implicación es que pueden obrar de tal manera que puedan controlar, o por lo menos, afectar, sus destinos.” La implicación ideológica del discurso es necesariamente conservadora o radical en cada caso. Pero fundamentalmente para White no es necesario que estas implicaciones aparezcan de modo estricto como derivaciones de la trama o de la argumentación, sino que pueden ser identificables también por “el tono o la actitud que presentan en la resolución de un drama y la epifanía de la ley que manifiesta.” (White, 1998:37). De ahí que Tocqueville haya tramado una historia en forma de tragedia, la haya argumentado en forma mecanicista pero y por derivación se haya implicado con una ideología de “punto de vista liberal con tono conservador”. (White, 1998:211). Y Marx¹⁴, haya utilizado una estrategia de explicación mecanicista para sancionar “un relato trágico de la historia de tono heroico y militante.” (White, 1998:37).

¹⁴ Dentro de la historiografía argentina sobre el peronismo se observará este modo la representación en “La Realidad Argentina” (1956) de Silvio Frondizi.

Existen entonces variaciones. La adecuación entre cada una de estas estructuras que despliega el análisis del discurso no funciona como en un mecanismo programado. En el caso de la obra de Ranke, donde los conflictos aparentemente trágicos que aparecían en el campo histórico fueron resueltos a través de una trama cómica, y a través de una explicación organicista, como señala White: “El tono de voz es acomodaticio, la actitud es optimista, y las implicaciones ideológicas son conservadoras, en la medida en que se puede concluir, de una historia así interpretada, que vivimos en el mejor de los mundos posibles”. Y en el caso de la obra de Burckhardt el modo satírico “que es el modo de ficción de la ironía” y que alcanza un efecto escéptico semejante al “sálvese quien pueda”, al escapar de la coherencia formal de las otras tramas¹⁵, presenta una implicación conservadora por su tono y actitud pesimistas. Pero si la misma estructura de trama hubiera sido presentada en un tono o actitud optimistas se hubiera implicado entonces, con una ideología liberal.

En razón de todo esto White distingue estas estructuras manifiestas en un relato de otra que, como nivel más profundo de la obra, representa el acto poético precrítico de prefiguración que el historiador realiza en un momento de nivel profundo de su conciencia: el lenguaje figurativo de los tropos lingüísticos. En este nivel, las preguntas sobre el significado de lo que aconteció en el pasado dan lugar a las preguntas de sentido con el que el historiador completa su relato y logra su coherencia formal.

¹⁵ Como se verá dentro de la obra histórica de la Argentina del siglo XX en el discurso de Tulio Halperín Donghi.

Define **al estilo historiográfico** que convierte en un “tipo de relato particular” a la obra histórica de un escritor, como una combinación “flexible” entre los diferentes modos de explicación. Esa combinación no necesariamente resulta de las “afinidades electivas” de cada historiador que, en razón del efecto explicativo que pretende conseguir, construye su discurso bajo a una relación de “tensión dialéctica” entre estas afinidades. (White, 1998:39).

Si bien existe la posibilidad de un juego flexible entre estas afinidades, en la explicación de White, este juego no puede ser indiscriminado: “Por ejemplo, una trama cómica no es compatible con una argumentación mecanicista, igual que una ideología radical no es compatible con una trama satírica” (White, 1998:39). Pero existen ciertas homologías entre las estructuras del discurso que pueden elevarse a una tipología arquetípica con la que la obra histórica en general puede aproximarse o distanciarse.

La tipología que White crea a partir del análisis de la obra histórica del siglo XIX extensible al análisis de la obra histórica en general y en este caso particular al de la historiografía de la Argentina Contemporánea, consiste en una adecuación entre modo de tramar romántico - modo de argumentación formista - modo de implicación ideológica anarquista ; entre modo trágico, mecanicista y radical, modo cómico organicista y conservador, y finalmente, modo satírico, contextualista y liberal.

Pero fundamentalmente agrega que en el juego flexible que el historiador realiza dominado por la tensión que le exige su propia combinación de estructuras del discurso, crea como “imagen gobernante” o “visión coherente” del sentido del relato, el tropo lingüístico que sanciona la totalidad de su trama, su argumentación y su ideología. Esto es lo que propone **su teoría de los tropos lingüísticos.**

La concepción tropológica del discurso que White toma de Jakobson, Lévi Strauss y Sigmund Freud, como lenguaje artístico, mítico y onírico, se sustenta en la certeza de que “los contenidos de la experiencia que se resisten a la descripción en prosa clara y racional pueden ser captados en forma prefigurativa y preparados para la aprehensión consciente.” (White, 1998:41). Así, “una figura implica precisamente una sustitución irracional (o al menos inesperada) como la ironía de las “pasiones frías” (White, 1998:43), y precisamente por eso es capaz de proporcionar un sentido que escapa a los moldes tradicionales binarios (metáfora romántica y metonimia mecanicista), con los que se categoriza generalmente a los relatos.

Textualmente, “al identificar el modo (o los modos) del discurso dominante, se penetra en ese nivel de la conciencia en que un mundo de experiencia es constituido antes de ser analizado.” (White, 1998:43).

Siguiendo a Kenneth Burke, White distingue cuatro tipos principales de imágenes que “permiten especificar diferentes estilos de pensamiento” “más o menos ocultos” en las representaciones de la realidad, y que corresponden a los “cuatro tropos maestros” del lenguaje poético: metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía.

En este sentido, la metáfora o transferencia procede por medio de la analogía para la representación de determinados fenómenos de la realidad. La imagen “mi amor una rosa” (White, 1998:44) es la representación de un objeto por otro cuyas cualidades permiten que sea percibido como un símil. El primer término refiere a un individuo particular y el segundo es una figura o símbolo de cómo es percibido ese individuo como ser amado. Por eso la metáfora es representativa y como condensación de imágenes sólo se comprende en el lenguaje figurativo con la cual ha sido construida.

En la metonimia o “cambio de nombre”, el todo de una cosa es sustituido por una de sus partes, así en la expresión “cincuenta velas” en vez de “cincuenta barcos”, reduce

el objeto que se quiere representar a una de sus partes. La relación no es de objeto a objeto como en la metáfora sino de parte a parte, y en esa relación no se sugiere como en la sinécdoque que el “barco” posee cualidades comunes con las “velas”, sino que el todo “barco” es identificado con una de sus partes sin la cual no podría funcionar. Los fenómenos son aprehendidos metonímicamente cuando esa relación funciona como la reducción causa - efecto, imagen de la expresión “el rugido del trueno”, y también puede expresarse como una relación agente - acto como en la frase “el trueno ruge”. Pero esencialmente, por estas reducciones propias de las argumentaciones mecanicistas, “como lo han señalado Vico, Hegel y Nietzsche, el mundo de los fenómenos se puebla de una muchedumbre de agentes y agencias que supuestamente existen detrás de él.” (White, 1998:45).

Con la sinécdoque como imagen “integrativa” propia de las argumentaciones organicistas, el todo es sustituido por una parte que simboliza una cualidad que le es inherente. La relación que se establece es entre parte y todo como en la expresión “es todo corazón”, en la que el término corazón debe ser entendido como designación convencional de una cualidad que es la característica esencial del individuo al que se hace referencia. (White, 1998:45).

A estos tropos que White caracteriza como ingenuos se opone la ironía. Tropo dominante de un relato que “intenta dar forma a las ambigüedades veleidosas de la experiencia no idealizada” (Frye, 1991:293), la ironía es la figura de “la metáfora absurda destinada a inspirar segundos pensamientos.” (White, 1998:46). La duda como aporía o figura retórica del lenguaje es el mecanismo favorito del estilo irónico. “Su objeto consiste en afirmar en forma tácita la negativa de lo afirmado positivamente en el nivel literal, o lo contrario.” (White, 1998:46). Su técnica es la “de decir menos y significar lo más posible” a través de una afirmación indirecta.

(Frye, 1991:62). Por eso, su interpretación depende del tono con el que es expresada tal afirmación ambigua.

El relato irónico es desapasionado, la ironía “aísla de la situación trágica el sentido de arbitrariedad” (Frye:1991:64), nadie es víctima, inocente o culpable y por lo tanto no existe ninguna ilusión de redención. Así, “señala la potencial futilidad de toda caracterización lingüística de la realidad tanto como el absurdo de las creencias que parodia”. (White, 1998: 47).

Para finalizar este segundo capítulo, expongo en forma de sinopsis el cuadro de correspondencias que White utiliza como modelo arquetípico de las categorías del discurso histórico, con el fin de facilitar la comprensión de su estrategia:

Modo de tramar	Modo de argumentación	Modo de implicación ideológica	Tropo lingüístico dominante
Romántico	Formista	Anarquista	Metáfora
Trágico	Mecanicista	Radical	Metonimia
Cómico	Organicista	Conservador	Sinécdote
Satírico	Contextualista	Liberal	Ironía

Capítulo 3. Hacia la formación de una tradición historiográfica argentina: 1955-1966

Intentar poner límites precisos en el tiempo a las variaciones que se producen en la relación entre el campo político y el campo intelectual y, dentro de éste al que atañe específicamente a la Universidad, remite necesariamente a la periodización de la historia política en un sentido más amplio.

Sin detenernos en la inextinguible especulación que el término intelectuales suscita entre los estudiosos de la palabra, pero aún así considerándolos como “agentes de circulación de nociones comunes que conciernen el orden social” (Bourricard, F., en Sigal. 1991: 19), podemos afirmar que, en la historia Argentina, el quehacer institucionalizado de las Ciencias Humanas y Sociales estuvo siempre estrechamente vinculado a los cambios que se producían en el sistema político estatal.

El debate acerca de la relación directa entre Historia y Política, dentro del campo de la teoría de la historia, es el que nos permite comprender algunas razones de este vínculo complejo. Pero en lo que respecta estrictamente a la Historia Argentina, *Una Nación para el desierto argentino* (1982) aporta claridad cuando con Tulio Halperín Donghi entendemos cómo una Nación que actúa como tal y así se fija en una representación antes de construirse a sí misma, comienza su proceso de identificación a partir de definiciones surgidas de intelectuales convocados siempre que la proyección del país se volvía imprescindible.

Respecto de la Universidad - ámbito de desarrollo y pertenencia de un grupo particular de intelectuales -, la “lógica propia” adquirida en los años inmediatamente posteriores a la Reforma de 1918, en general a lo largo del siglo, se encuentra sujeta a la historia política del país. De este modo, cada uno de sus períodos está signado

por rótulos que, extraídos de esta última, hablan de “la universidad peronista: 1946-1955, la universidad reformista 1955- 1966, la universidad peronista, segunda versión, después de 1973, la universidad del proceso entre 1976 y 1983, y luego, la universidad democrática.”(Sigal. 1992: 61)

La caracterización de la primera de las etapas requiere necesariamente de una aclaración introductoria acerca de las formas que predominantemente se han utilizado para periodizar al peronismo. Cuando mencionamos su etapa de surgimiento y ascenso, nos referimos a 1943, año de la Revolución del G.O.U (Grupo de Oficiales Unidos al que pertenecía el entonces Coronel Juan D. Perón), frente al último de los presidentes de la restauración conservadora, el General Ramón Castillo. Entre 1943 y 1946, en apretada síntesis, Perón va escalando posiciones dentro del espacio de poder estatal desde el Departamento de Trabajo, el Ministerio de Guerra y la Vicepresidencia de la Nación. Al tiempo va diferenciándose y autonomizándose del juego de presión que sobre él ejercieran los actores económicos predominantes - Sociedad Rural y Unión Industrial Argentina -, así como de los factores de poder - Iglesia y Ejército -, que en ese año vieron en él al líder necesario para detener el avance de fuerzas más radicales manifestadas en la capacidad de organización y movilización combativa que el movimiento obrero había alcanzado decididamente a partir 1935.

Pero hacia 1945, cuando la ampliación del proceso de sustitución de importaciones ya es un hecho que conforma tanto a los industriales medianos como a los grandes, estrechamente vinculados al capital privado extranjero, su política obrerista atenta al pleno empleo y, en escalada desde el Estatuto del Peón Rural en 1944, comenzará a generar distanciamientos y temores en los últimos de ellos. Como se explicitará más

adelante, Juan Carlos Torre (1995:10) ha dejado claro cómo entonces estas fuerzas ya no temían al comunismo tanto como al propio Perón, ávido “aprendiz de brujo.”

Después, el 17 de octubre de 1945 confirmará tanto la adhesión política obrera a Perón como su poder autónomo y, las elecciones de 1946 posibilitarán su acceso a la presidencia de la Nación.

Los años 1946 y 1952 son los límites que se recortan para diferenciar su primera presidencia de la segunda. Una discutida reforma constitucional posibilitó el desempeño de esta última que, iniciada en 1952, fue interrumpida por el golpe militar de 1955. Ambas aparecen sesgadas por un cambio dentro de las agencias estatales que, aunque hoy sabemos de su incipiente origen en la década del treinta y más aún antes durante los años veinte (Sidicaro. 1994), fueron legitimados por dos planes quinquenales. El Estado se ampliaba y los mecanismos de gestión se reproducían con rapidez.

El tema central de este período se descubre en la historiografía reciente, en el nivel de autonomía de un Estado que así se distingue de los períodos anteriores no sin reconocer sus lazos de continuidad con el pasado reciente.

Cuando nos referimos al peronismo clásico, lo hacemos teniendo en cuenta esa primera experiencia que entre 1946 y 1949 se materializó en los hechos con una decidida política de nacionalizaciones tanto de los servicios públicos como de la banca, así como del control estatal de los mecanismos de intercambio internacionales. Acompañada, desde 1944, por una acción legislativa que de modo constante legalizaba los derechos de los trabajadores, esta gestión pretendía hacer realidad los principios de independencia económica, soberanía política y justicia social, tan caros a los instrumentos de cohesión con los que el Estado penetraba la Sociedad.

Por otra parte, el vínculo entre la mediana - pequeña industria y la clase obrera se solidificaba a medida que el estado garantizaba la armonía entre sectores cuyos beneficios y pérdidas no eran naturalmente recíprocos. Ejercitada en, y concientizada por, la necesidad de interpelación, la clase obrera manifestará más de una vez su protesta contra los patrones y no contra el propio Perón. (Doyon, L.1988:224. Little,W. 1988: 313)

La crisis de posguerra, la gran sequía del año 1951, la interpelación del movimiento obrero y la contrafuerza ejercida por el intento de golpe militar del General Menéndez en ese año, así como la reacción de la Sociedad Rural y de la burguesía urbana, promovieron un cambio en la política estatal que, convocando a la Confederación General Económica, sancionando una nueva ley de radicación de capitales extranjeros, y reuniendo el famoso Congreso de la Productividad en 1954, producirá profundas grietas en la ya gravemente resquebrajada alianza inicial.

Respecto de las Ciencias Sociales tanto la Historiografía como la Sociología, convertida en actividad autónoma en los años inmediatamente posteriores a la caída del primer peronismo (1955), fueron consolidándose con las actividades, producciones e ideas de intelectuales que constituyeron linajes o tradiciones diferenciadas a partir de sus reflexiones promovidas por la reiterada pregunta acerca de la identidad de su nación. La preocupación por una definición que permitiera captar su sentido regresa con la crisis de 1930. Por ello tanto del significado de la nación en crisis, como de su procesamiento en las interpretaciones, es necesario partir para comprender el proceso peronista posterior. Como ha señalado Silvia Sigal (1991:27), “la pregunta de Sarmiento, ¿Somos una Nación?”, vuelve hacia 1930 y separa aguas con nitidez entre los historiadores.

Así, la línea Mayo - Caseros, identificada con la construcción de una nación “moderna” bajo los parámetros de la civilización del occidente europeo, se oponía en las letras a aquella penetrada por los valores culturales del hispanismo católico, en síntesis, por el recuerdo nostálgico y al mismo tiempo selectivo de los tiempos coloniales.

Los primeros habían alcanzado cierta estabilidad en su empeño por la construcción ideológica de una nación a la que aspiraban libre de ideas asociadas con políticas autoritarias en los años posteriores a la reforma universitaria de 1918 y, en la defensa de sus ideales habían centrado su actividad política en la Universidad. Los segundos serán los elegidos por la Universidad de los años peronistas.

La década de 1930 y sus anticipos de la gran crisis en los años 20, alterará las relaciones entre el gobierno y los sectores económicos predominantes de cara al cambio de modalidad que, en la inserción del mercado internacional, deberá adoptar una Argentina sumida ahora en el período de entreguerras¹⁶. La relación Centro - periferia será modificada y la Argentina quedará atrapada en el comercio triangular entre EEUU e Inglaterra.

¹⁶ Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero (1971), y Ricardo Sidicaro (1994), presentan hipótesis claras respecto de los cambios que la coyuntura internacional produjo hacia el interior de la clase dominante, y explican cómo y por qué la coincidencia entre sus sectores predominantes y el gobierno conservador, si bien se sostuvo en los primeros años de la década del treinta (1933), presentará su fractura hacia 1940. Es esta última la principal hipótesis de Sidicaro, matriz de la explicación acerca de las dificultades de la autonomía de un Estado, que hubiera podido iniciar una salida alternativa más arriesgada que una industrialización por sustitución de importaciones funcional al modelo agroexportador.

Al respecto¹⁷, el debate entre los intelectuales es por demás elocuente, pero fundamentalmente la renovación de la histórica confrontación entre proteccionistas y librecambistas frente a una coyuntura internacional favorable a la industrialización así como a la búsqueda de nuevos mercados capaces de romper el comercio bilateral con Londres, llevará implícitas imágenes opuestas de la nación que se pretende.

Liberales, nacionalistas intransigentes o proteccionistas que abogan por una “Argentina potencia” desarrollada sobre la base de la industria militar y energética, y nacionalistas atentos al deterioro y al empobrecimiento social, asimismo empeñados en la tarea de valorizar “lo nativo” unido a “lo hispánico” como “símbolos” de una autonomía o de una identidad que es urgente desentrañar, instalan dentro de la literatura una polémica que se expresa también en las posiciones que unos y otros irán ganando, al ritmo de los cambios políticos, dentro de los centros de decisión.

En el caso específico del período peronista, en 1943, muchos de los nacionalistas del primer orden (Sigal, 1991:46) que pusieron sus esperanzas en el diseño de un Estado y de una Universidad que devolviese a la Iglesia el patrimonio de la educación perdida hacia 1880 con la ley 1420 de educación común, y la custodia del orden social al sector del Ejército del que surgió el propio General Perón, no alcanzaron las posiciones deseadas; Aunque sí lo hicieran muchos otros que, como Gustavo Martínez Zuviría, Héctor Llambías, Bonifacio del Carril, ocuparon los ministerios del Justicia e Instrucción Pública así como secretarías del ministerio del interior, y que eran aún más próximos al conservadurismo tradicional y a la Iglesia Católica.

¹⁷ Véanse, Villanueva, Javier (1965, 1972, 1981), Fodor, J. y O'Connell. A. (1973), Murmis, Miguel y Portantiero, Juan C. (1971), Skupch, Rodolfo, P. (1988), Villarruel, José C. (1994), entre otros.

Aquellos nacionalistas “más militantes”, más esperanzados en “un César popular y católico” - como los caracterizara Silvia Sigal -, no fueron convocados entonces por Perón y, tampoco lo fue un grupo de nacionalistas de cuño antiimperialista que nucleados en FORJA (Fuerza Orientadora Radical de la Joven Argentina), había adherido al peronismo en sus orígenes.

Silvia Sigal afirma que Manuel Ugarte, defensor de un proteccionismo social y nacionalista en los debates previos, fue nombrado embajador en México y que, Arturo Jauretche, cuya polémica pluma fustigó a quienes construyeran, en su interpretación, una “intelligentzia civilizada” y por lo tanto “antinacional”, fue presidente del Banco de la Provincia de Buenos Aires. Dos lugares lejanos para la construcción de cierta agencia ideológica o intelectual. (Sigal, 1991:46)

Sigal también da cuenta de las desavenencias entre Raúl Scagalabrini Ortiz y el gobierno. El autor de *Política Británica en el Río de La Plata* y de la *Historia de los Ferrocarriles Argentinos* (1955) será dueño de la escritura más querellante contra las políticas refundadoras del viejo pacto con Londres en esos años. No obstante será también uno de los primeros en acercarse, tal vez con tono romántico, a la comprensión de la actitud popular frente al peronismo. Así, el 17 de octubre será metaforizado como “el subsuelo de una patria sublevada” (1996), quizá como algo largamente esperado por estos intelectuales que en ello habían centrado sus más hondas predicciones.¹⁸

¹⁸ Juan José Hernández Arregui en *La formación de la conciencia nacional*, Buenos Aires, Plus ultra, 1973:123, ha interpretado “El hombre que está solo y espera”, como la metáfora de un momento reparador: el peronismo. Un análisis de ello se encuentra en el último capítulo de esta tesis.

En lo que respecta a la relación peronismo - universidad, mejor dicho, gobierno - universidad en los tiempos peronistas, es posible afirmar que ésta se sustentaba en la división de un capital simbólico en parte compartido en los tiempos previos cuando la Reforma Universitaria materializaba el triunfo de la ampliación democrático - participativa, (1916 – 1930).

Pero la relación es tan compleja y ambivalente como lo es el proceso peronista en su totalidad. Si atendemos a las interpretaciones que identificaban al Estado peronista por una de sus partes, sin duda con fuertes componentes autoritarios incluso manifiestamente contenidos en su discurso oficial, su vínculo con la Universidad es un vínculo signado por una forma de exclusión y de intromisión violenta. Pero el problema que se descubre en las fuentes es más profundo. La pretensión de la emergencia de una “cultura popular”, “nacional”, “auténtica”, que el peronismo representaba, - de la cual se apropiaba -, y que proponía también como labor a construir y transmitir desde las Instituciones, resultaba agravante en su forma y en su contenido para la tradición universitaria de esos años. En este sentido la rivalidad política puede ser percibida como la expresión más visible de una rivalidad cultural y social, representada en la recíprocamente irritante consigna peronista, “alpargatas sí, libros no”. Precisamente, como se verá más adelante, la naturaleza compleja de esa oposición cultural y social, será el motivo de reflexión de algunos intelectuales agentes en los cambios que se irán produciendo en la tradición universitaria a partir de la caída de Perón.

No obstante Alberto Ciria (1983:265) y Silvia Sigal (1991:47) apelan al texto de la Ley 13.031, de educación superior de 1947, para sugerir cómo si bien el peronismo no proponía explícitamente una actitud de sujeción política o de adhesión ideológica, sí ejercía un claro silenciamiento de la actividad política sobre los profesores

pertenecientes al campo de la oposición o más cercanos a ideologías liberales y de izquierdas. Los mecanismos de control y las drásticas limitaciones de libertad de cátedra se manifestaban en el peso de las “interdicciones” sobre la libre expresión de los intelectuales no peronistas. La citada Ley custodiaba la asepsia de la actividad académica bajo la advertencia de suspensiones, cesantías, exoneraciones o expulsiones.

Según estos especialistas de historia intelectual, el peronismo carecía de un plan propio respecto de la producción académica y su antiacademicismo podría deberse a la tradición liberal que nucleó a la mayoría de los intelectuales opositores a los símbolos autoritarios, nacionalistas- católicos que una parte del movimiento representaba.

Puede entonces decirse que la experiencia del peronismo en la Universidad fue vivida por estos intelectuales más como un espacio invadido por la compulsión, solapadamente impuesta, hacia actos de reverencia y de adhesión, que como un allanamiento explícito de sus libertades. Si embargo, las acciones materialmente represivas del gobierno peronista en relación con los profesores en actividad académica se muestran en los testimonios consultados hasta el presente de manera bastante contundente¹⁹.

Silvia Sigal señala que la defensa de la Reforma Universitaria de 1918, transgredida en los hechos por la intromisión del peronismo en la universidad, fue un principio ordenador de las conductas a seguir a partir del triunfo del peronismo en el poder.

¹⁹ En el análisis de Silvia Sigal, las formas de alejamiento van desde la expulsión al autoexilio. Y F. Neiburg (1995:257) afirma que " *en el año 1946, y solamente en la UBA, fueron excluidos 1.250 profesores, 825 de los cuales renunciaron y 423 fueron echados.*"

Pero destaca que, a pesar de no presentar claros signos de sometimiento de la universidad respecto del gobierno, este sí excluía toda posibilidad de oposición política abierta que, no obstante podía sortearse con algunos signos de lealtad.²⁰

En síntesis, la irrupción ideológica del peronismo en la Universidad, significó una ofensa para los principios sustentados - y apropiados - por quienes conformaban esa tradición liberal, confluencia de retazos de variadas ideologías que alcanzaban a recomponerse como una identidad lograda tanto por la defensa de la Reforma de 1918 como por su posicionamiento - ahora sí - antiperonista. Peronismo-antiperonismo dos opuestos que teñirán, a partir de aquí, todo análisis posible bajo signos recíprocos de “exclusión y rechazo”. Por todo ello, “...durante la década peronista, se mantiene y diversifica una vida intelectual extra estatal, a menudo sobre la base de instituciones preexistentes. Fuera del Estado y contra **ese Estado que excluye a quienes lo rechazan**, el campo cultural refuerza identidades surgidas en la sociedad. Desde entonces la relación entre valores culturales y orientaciones ideológico-políticas se hizo tan estrecha como durable.” (Sigal, 1991: 50)

A esa vida intelectual extra estatal pertenecían socialistas como el historiador José Luis Romero, y “liberales” como el sociólogo Gino Germani, quienes, junto a otros, construyeron por fuera de la universidad un campo cultural marginal y muy limitado en sus espacios de expresión pero con fuerte incidencia entre los estudiantes que en

²⁰ Sigal señala, por ejemplo, la "*firma en las iniciativas como el doctorado Honoris Causa, para Perón, la presencia en actos públicos o la observación de duelo por la muerte de Eva Perón, etc*". (1991:48).

1955 - el golpe contra Perón - centrarán sus expectativas en el retorno de la autonomía universitaria que concebían perdida durante los años peronistas.

Así, el Colegio Libre de Estudios Superiores, fundado en 1930, se constituirá en el sitio del más activo acervo político cultural de la oposición en esos tiempos. Nutrido con la actividad de muchos profesores que habían debido abandonar la Universidad estatal, organizó cursos de sociología, historia social y metodología. Su propósito fue desarrollar tareas de enseñanza y de producción científica de acuerdo con los cambios que en estas disciplinas se operaban en el contexto internacional.²¹

Producciones literarias, historiográficas y sociológicas universitarias, como las revistas *Centro*, *Verbum* y *Contorno*, nacieron de la iniciativa de profesores y estudiantes de ese centro aunque la tercera, *Contorno*, sólo alcanzó a editar un número antes de 1955.

Imago Mundi, creada por José Luis Romero, antes del surgimiento de *Contorno* era, en palabras de Halperín Dongui, "una revista de historia de la cultura en la que por primera vez la historiografía argentina ofrecía una imagen de conjunto de sí misma más allá de la historia nacional e hispanoamericana." (Halperin Dongui.1982:195).

Ahora bien, ¿cual fue la historiografía preferida por el Estado peronista?

Tulio Halperín Donghi, en su trabajo sobre la historiografía argentina (1994), sintetiza el paso de una historia liberal, estrechamente comprometida con el Estado que dio curso al desarrollo de la argentina agroganadera exportadora a otra que,

²¹Su actividad pudo desenvolverse con cierta autonomía hasta que en 1952, como señala el propio Gino Germani, los cursos que se dictaban en su sede de Buenos Aires fueron suprimidos por el gobierno. (Sigal, 1991:50).

invirtiendo sus valores bajo las mismas estrategias, será la elegida por el gobierno peronista. Así, el revisionismo histórico, como corriente originaria de finales del S.XIX, revisará el pasado sobre las fuentes de “la otra historia” y convertirá en héroes a quienes antes fueran tiranos.

No todos los historiadores revisionistas, así como los que fueron denominados liberales, pueden ser identificados dentro de cada grupo por propósitos comunes. Tampoco por el mismo modo de rechazar o reverenciar la erudición de las fuentes. Pero tal vez tuvieran una misma actitud frente a un pasado que era necesario revisar para encontrar en él las claves de comprensión y de legitimación de un presente cambiante. El pasado se redefinía al ritmo de la confrontación política. Y en ello consistía la pretensión historiográfica de los historiadores de la época.

Si la prosa de Halperin Dongui se trama sobre la gran ironía²² que es su tono dominante en el año 1956 - se retomará mas adelante en otro capítulo el análisis de *Argentina en el Callejón* - , la misma insinúa una explicación “mecanicista” al indicar que lo que faltó tanto a unos como a otros fue la utilización de la estructura

²² La sátira de la influencia del revisionismo sobre los jóvenes de la época, - *una juventud amiga del escándalo* -, es en parte el modo con que representó Halperín Dongui al peronismo en los años 56/57. Sin embargo, aunque confusa y acaso errónea, esa influencia, “esa pluma de poesía incompleta”, ese lazo firme con la mala herencia del subjetivismo romántico, fue no obstante la historiografía que motivó no a pocos en el conocimiento del pasado, la búsqueda de una posición fundada para un presente urgente. Por ese camino, pobre ideológicamente para Halperín, gran parte de una generación llegó finalmente a formarse con la lectura de sus propias obras.

económica como variable capaz de proporcionar claridad a los cambios políticos que se imponían a la Argentina de entreguerras.

Después, la Nueva Escuela Histórica se apropiará de la renovación historiográfica exaltando las virtudes de una pretendida objetividad, que Halperín Dongui niega cuando, con su estilo docto que nos recuerda a su maestro José Luis Romero, pregunta: “¿Será necesario recordar de nuevo, cómo el hecho desnudo no es algo que el historiador encuentra en su camino, que es algo que él debe construir; que su objetividad está dada también ella in interiore homine, que es el fruto de un riguroso proceso intelectual?” Y luego, volviendo a la ironía: “la objetividad de los hechos incansablemente almacenados por la Nueva Escuela se obtenía de otro modo: mutilándolos de algunos de sus elementos esenciales, para los cuales no disponían al parecer esos historiadores de instrumentos de captación adecuados.” (Halperín Donghi. 1994:21))

Para Halperín Dongui no hubo una historiografía peronista. Pero además, “la dictadura” tomó del revisionismo y de algunos historiadores de la Nueva Escuela los recursos necesarios para encontrar en el pasado la justificación de su actuación en el presente. Y dice entonces, significativamente: "No, la dictadura no abrió la crisis que atraviesan los estudios historiográficos en la Argentina. Ya antes de ella la imagen que los argentinos se trazaban del pasado nacional era confusa y contradictoria; ya antes de ella se habían acostumbrado los argentinos a no esperar aclaraciones al respecto por parte de los historiadores." (Halperín Donghi. 1994:18). La razón de su escepticismo consiste en que para Halperín, el siglo XX no podía llamarse el siglo de la historia para una historiografía Argentina demasiado celosa del subjetivismo romántico y, como tal, incapaz de dar respuestas verdaderas a los interrogantes que la experiencia histórica concreta de la Argentina demandaba. Pero también reconocía

que muchos historiadores no estaban dispuestos ya a continuar con el acatamiento a esa herencia histórica, de ahí el título de su ensayo, “La historiografía en la hora de la libertad”. Una forma de ponerle un nombre al controvertido 1955.

Algunas hipótesis para explicar el período 1955 - 1966

La caída de Perón en setiembre de 1955, consecuencia del golpe militar dirigido por el General Lonardi, fue el efecto de la acción opositora de las fuerzas de la marina, la aeronáutica y algunos grupos del ejército. Un ampliamente publicitado conflicto con la Iglesia Católica había aglutinado a los sectores de la oposición (Caimari, L.1994), y radicales, socialistas, comunistas, alentados por la expectativa del retorno de ideas de principios libertarios, movilizaron sus acciones de apoyo a la llamada Revolución Libertadora.

El debate sobre septiembre del 55 se ha esforzado en encontrar sus razones en varios núcleos de discusión que aún perduran: el temor del ejército frente a un movimiento obrero que había alcanzado demasiada importancia como factor de poder, cuyo proceso de constitución como sujeto político se encontraba en una de las etapas de mayor crecimiento y, cuya fuerza traspasaba los límites señalados por una dirigencia sindical finalmente verticalizada por la cooptación estatal (Torre, J.C. 1989:547); El temor, en síntesis, - incluso del propio Perón - a la amenaza de una interpelación que exigiera una mayor radicalización al Estado populista.

Por otro lado, la crisis internacional que imponía un cambio en las relaciones con el capital norteamericano y la decisión inconclusa de Perón de introducir a la California Oil, así como de lograr su apoyo financiero para la instalación de otras empresas mixtas, ocasionaron, además de un punto de conflicto interno, un problema político

exaltado por algunos partidos de la oposición. Así, la Unión Cívica Radical y el Partido Comunista, cuestionaron el giro “antinacionalista” del gobierno. En general, los partidos políticos acusaron al peronismo de no haber impulsado una verdadera industria de base en tiempos en los que la economía presentaba excedentes favorables para un desarrollo sustentable, y apelaron a la reiterada crítica a un bienestar efímero y vicioso que tenía poco que ver con el crecimiento autónomo. Pero también, la identificación con una variante del fascismo a un régimen que controlaba la prensa, los medios de comunicación en general; el uso de la radio y de la plaza pública como espacios compartidos entre Perón y el *Pueblo*, la manipulación del material educativo y la compulsión a la afiliación obligatoria. En síntesis, la implementación de la política de “amigo-enemigo”, la apelación desde el discurso peronista a verdaderas antinomias compuestas por “el nosotros y los otros”, “nosotros y los contras”, el pueblo peronista y la oligarquía”. Antinomias que representaban un desequilibrio de clases, y hacían emerger un resquemor latente en la clase media, en la pequeña burguesía, en la burguesía, frente a un escenario público ahora “invadido” por sectores hasta entonces excluidos de la participación política y de la distribución económico-cultural.

Finalmente, y remitiéndonos a los estudios de historia económica más recientes, la crisis de 1951 había sido superada por el plan de emergencia económica que el peronismo había materializado en los años inmediatamente posteriores, la inflación había cedido y el agro comenzaba a recuperarse. Por ello, no pocos señalan las razones meramente políticas - liberar al país de la “segunda tiranía” (Gerchunoff, P. y Llach, L.1998: 233) - de un golpe que iniciaba así un proceso hacia una “modernización desarrollista” sin trabas ni contradicciones notorias.

La caída de Perón da comienzo a un largo período que, como en todas las historias, presenta dificultades para señalar cortes temporales precisos. Las dificultades consisten en que no hay acuerdos respecto de cuándo podemos hablar de un cambio que justifique el límite y, además, si ese cambio - límite, puede ser de índole política, social o económica, y en cada uno de los casos su ubicación temporal es diferente. Por eso hemos acotado aquí un período que presenta características particulares respecto de la producción historiográfica académica, cuyos límites se hallan determinados por la iniciación de “la universidad reformista” en 1955, y por la irrupción violenta del Estado militar en la universidad de 1966.

En general, esta etapa ha sido identificada por la historia política como un período en el que se sucedieron dictaduras militares con algunos momentos breves de gobiernos de derecho, sin el consenso necesario para su continuidad. En este sentido, tanto las presidencias de Arturo Frondizi (1958-1962), como las de Arturo Illia (1963-1966), representantes de la Unión Cívica Radical Intransigente y a la Unión Cívica Radical del Pueblo respectivamente, fueron interrumpidas por golpes militares que invadieron un Estado conducido por una clase dirigente carente de hegemonía.

Sobre la debilidad de un Estado invadido por la Sociedad ha reflexionado arduamente la historiografía de los ochenta y los noventa tratando de encontrar allí razones capaces de explicar la fragilidad de la democracia de la Argentina, y cuyas principales hipótesis que exponemos a continuación nos permiten comprender, aproximándonos a lo que ocurrió después de la experiencia peronista, por qué y cómo fueron cambiando las interpretaciones historiográficas sobre el proceso, y por qué corresponde ese período al momento en que éstas alcanzan mayor madurez interpretativa..

Juan Carlos Portantiero (1989) caracteriza al período que se extiende hasta 1976 - aquí un corte temporal diferente -, como una etapa de empate hegemónico en el que ni la burguesía industrial urbana o gran burguesía vinculada al capital internacional, ni la burguesía rural logran imponerse la una sobre la otra, llegando a un empate que les proporciona un predominio pendular en su injerencia sobre el control estatal.

Guillermo O'Donnell (1977) utiliza conceptualmente el sistema de alianzas entre estos sectores de clase cuya acción de presión sobre el Estado hará marchar la economía a través de recurrentes ciclos de recesión y de expansión. La pendularidad de estos ciclos será interpretada como una consecuencia de la coincidencia de intereses entre ambos sectores. Así, frente a la crisis en la balanza de pagos de 1960 y la recesión de las exportaciones del agro por una mayor demanda de productos alimenticios, se agilizará el mercado interno. Si bien en esta fase del ciclo, los industriales crecen, su temor a la quiebra o a la cesación de pagos, los impulsará a apoyar los reclamos del campo y los condicionamientos de Fondo Monetario Internacional en favor de un cambio en la política económica. Se dará lugar entonces a un nuevo ciclo de expansión, de recuperación en la balanza comercial y de recesión para el mercado interno. En este juego de presión caerá Frondizi y, en 1966, por la profundización del siguiente ciclo y por una renovación del mismo juego, caerá entonces Illia.

Por su parte, Marcelo Cavarozzi en *Autoritarismo y Democracia 1955-1966* (1997), destaca la aportación de la hipótesis de O' Donnell, pero señala también cómo no es posible separar los análisis económicos de los políticos y sociales. Concretamente explicita los condicionamientos que la acción social impuso al libre desarrollo de las políticas estatales para dar cuenta de que los cambios no están en modo alguno preestablecidos y que la acción de la sociedad genera también modificaciones en los

sistemas de poder estatal. Unos años antes, Portantiero (1989:p.333) señalaba la importancia de una sociedad que invadía a un estado en crisis. En este sentido destacaba la injerencia de la interpelación del movimiento social de protesta generalizada de 1969 - “el Cordobazo y el Rosariazo”- sobre la continuidad del proyecto de la “Revolución Argentina”. A ese clima de protesta generalizada, fruto de la conformación de un nuevo campo cultural identificado por su pertenencia “al campo del pueblo”, se debe la caída del General Onganía y el llamado a elecciones de uno de sus sucesores, el General Lanusse, en 1972. (Torti, C. 1999).

Otra manera de caracterizar a este período complejo es a través del análisis del comportamiento del sindicalismo en esos años. Juan Carlos Torre se propuso explicar en relación con categorías estructurales - mercado laboral equilibrado y cohesión política de la clase obrera - el creciente protagonismo del sindicalismo desde la década del 50. El gremio se había constituido en algo más que una representación para la obtención o recuperación de ventajas materiales ya adquiridas. También se había constituido en un instrumento de cohesión política que cada vez se hizo más consciente de su fortaleza como factor de poder y que por eso logró obstruir en parte las desventajas laborales que el modelo desarrollista necesitaba. El sindicalismo se hacía fuerte frente a la debilidad de los gobiernos de democracia restringida jalonados por golpes militares (1958 - 1963). Pero también, el sindicalismo peronista a medida que triunfaba con sus cuadros medios - 1957 - y malograba así la intervención militar, se replegaba políticamente hacia una lucha que tenía como único objeto el retorno del peronismo al poder. (Torre, Juan Carlos, en: Camarero, Hernán. 2000: 41- 42)

Marcelo Cavarozzi señalará que ese protagonismo despejado analíticamente por Torre, será la irrevocable consecuencia de la proscripción del peronismo que de este

modo se constituía como una fuerza desestabilizadora y que por eso la clase obrera con aspiraciones más amplias o más radicales, quedó atrapada bajo el liderazgo del sindicalismo peronista. (en Camarero, 2000: 42)

Daniel James, (en Camarero Hernán.2000:43), enfatiza en el crecimiento de la fuerza de la clase obrera para obstruir el libre curso de proyecto desarrollista en su conjunto, mucho más logrado entre 1953-1955 y 1955-1958 que en el período frondizista (1958-1962).

Pero el relato que se inscribe dentro del área de la historia social y que de este modo permite superar el sello estructuralista es el que Daniel James construye en *Resistencia e Integración* (1990, Primera Parte). Allí narra cómo para desentrañar el vínculo particular que se estableciera entre Perón y la clase obrera e intentar comprender el por qué de la naturaleza compleja del peronismo, es necesario remitirse tanto a la relación entre la dirigencia sindical y la clase trabajadora, como al concepto de “experiencia histórica”²³.

En primer lugar, busca en la retórica del discurso peronista elementos que den cuenta de esa sensibilidad compartida con la que redefine una particular relación entre líder y Pueblo. Por eso, deja claro que reiterar las antinomias de un análisis que exalta, o bien la fuerza motora de una clase que crea una nueva historia, o bien la acción sobrevalorada de un líder sea visto como demagogo o como conductor social, no

²³ La obra de James se inscribe dentro de la tradición de la historiografía británica de posguerra. La influencia de esta historia social y por ende de esta nueva forma de historiar la clase obrera, se advierte en el uso del concepto de experiencia en relación con el de clase y el de conciencia bajo la variante temporal e histórica recreada por Edward P. Thompson. Sin duda esta es la mayor aportación de la obra de James que sale de esta forma del determinismo más althusseriano que antes había caracterizado otras obras estructuralistas. (Camarero,H. 2000).

permite responder a las preguntas acerca de por qué el peronismo persistió aún después de la caída de uno de sus principales actores.

Su conclusión acerca del debate historiográfico entre viejos y nuevos trabajadores²⁴, no sólo lo abre nuevamente, sino que además nos permite utilizar otros recursos para pensar las motivaciones de ese vínculo complejo: La clase obrera no llegó totalmente formada al peronismo y si bien es cierto que en parte fue formada por éste, también es cierto que ella lo constituyó en parte a él.

El núcleo de su trabajo es la resistencia obrera frente al proceso de modernización y a las dictaduras del período 1955-1956 (General Lonardi), 1956-1958 (General Aramburu) así como a la etapa de Frondizi entre 1958-1962. En él recorre los niveles de organización y las formas de resistencia que la clase trabajadora alcanzó después de Perón.

A partir de 1955, el gobierno de Lonardi se caracteriza por la recuperación de la vieja consigna “ni vencedores ni vencidos” como promesa de una acción moderada en favor de un peronismo sin Perón, y también por su disposición a respetar la organización peronista de la CGT, así como las conquistas sociales logradas en el período anterior. La presión ejercida por dirigentes socialistas contra el predominio peronista en la dirigencia sindical así, como la emprendida por otro de los factores de poder, el ala menos nacionalista del ejército - y desde luego más antiperonista - , darán paso al golpe de estado que llevará al gobierno a la fórmula Aramburu- Rojas.

Ya había nacido embrionaria y espontáneamente la resistencia. La experiencia cotidiana en las fábricas unificaba en situación tanto a trabajadores peronistas como a comunistas en los más duros tiempos de la dictadura de Aramburu. Unos y otros

compartirían esos años de proscripción política y de racionalización económica durante la decidida inserción del capital norteamericano en los recursos clave de la economía desarrollista. La resistencia por ende, alcanzará formas de alta combatividad entre 1956 y 1959. Su acción contra las privatizaciones de la empresa estatal del petróleo (1958) y del Frigorífico Lisandro de la Torre (1959), así como contra las derogaciones de las leyes sociales y contra las persecuciones y el encarcelamiento de trabajadores, mucho más violentas desde 1956, consolidará en la práctica una militancia que también tendrá su correlato en un diferenciado discurso ideológico.

James, se pregunta por qué los trabajadores peronistas, habiendo experimentado en su práctica cotidiana un proceso que cada vez acentuaba más sus signos de dominación económica a través de la racionalización y el aumento de la productividad, no alcanzaron a construir un contra discurso sino sólo fragmentos de otro teñido con contenidos más radicales: contra el capital, participación de los obreros en las ganancias, por un mercado común latinoamericano, etc. ¿Cómo era la sociedad en la que pensaban y por la cual luchaban por encima de las reivindicaciones inmediatas? O, volviendo a una pregunta inicial, ¿Por qué la solución a los problemas sociales en 1945 había adquirido precisamente la forma de peronismo y no otra?, en realidad, ¿qué significaba aún el peronismo para los trabajadores?

Indudablemente, las respuestas deben buscarse en más razones que la que nos ofrece el hecho contundente de la ambigüedad del Perón del exilio así como la promesa de su retorno como única alternativa para recuperar la experiencia de 1945. Perón

²⁴ Se desarrolla en esta tesis en el capítulo quinto dedicado a Gino Germani.

incitaba a la conciliación y a la revolución según lo indicasen los acontecimientos políticos de la Argentina del momento. Imposible entrar con detalles en esta complejidad y al mismo tiempo imposible eludirla pero, podemos decir que esa ambigüedad era parte de una estrategia política que el mismo Perón estaba sosteniendo en su propia pelea con el ejército y con el aparato sindical que, burocratizado y autonomizado de su tutela, seguía los pasos del “pegar y negociar” del metalúrgico Vandor.

Tampoco están ausentes de este corrimiento del peronismo y del discurso de Perón hacia ciertas formas de izquierda, las influencias que desde Cuba ejercía el ex diputado, mentor del peronismo de izquierda e interlocutor clandestino entre Perón y las bases de trabajadores, John William Cooke.

Pero James se introduce en la estructura compleja de un discurso y en ese camino retoma el concepto de “estructura del sentimiento” que en *Marxismo y Literatura*” desplegara Raymond Williams (1980). Así y en síntesis, ese sentimiento de afección primaria, siempre en latencia, tensionaba la capacidad de resistencia de la clase obrera al desarrollismo - así como la lucha de clases -, por el recuerdo nostálgico de la alianza inicial con la burguesía industrial en aquella experiencia del 45.

La tensión descubierta por James se manifestaba a partir de 1955 tanto cuando la experiencia exigía un cambio en la ideología formal del peronismo como cuando ésta era interpelada por la práctica cotidiana. Si en el 45, obreros e industriales nacionales habían logrado una relativa armonía por la mediación del Estado, en 1958 no sólo ese Estado carecía de la autonomía anterior sino que también la burguesía urbana, se mostraba más homogénea en su comportamiento como clase. Por eso James (1990:136-137), introduce esta tensión como variable de identificación y de explicación de la ambigüedad de la ideología de los trabajadores peronistas.

En razón de ello, se puede explicar por qué la mayoría de los trabajadores continuaban siendo peronistas y depositando ciertas esperanzas en un presidente - Frondizi - que había prometido su autonomía y el respeto de sus derechos a cambio del apoyo político que Perón²⁵ desde el exilio le había prestado antes de las elecciones de 1958. Pero que en los hechos estaba empeñado en un desarrollismo trasnacionalizado que implicaba cumplir con las exigencias de los actores mundiales de la economía, mientras se privatizaba la explotación y comercialización petrolera y, se aplicaba el Plan Connintes para el encarcelamiento de gran parte de la dirigencia sindical peronista ubicada por fuera de los mecanismos de poder.

A grandes rasgos hemos explicitado algunas las hipótesis que intentan explicar formalmente la experiencia conflictiva de la historia argentina en el período inmediatamente posterior a la caída de Perón. Estas principales hipótesis que, desde luego, no son las únicas, permiten comprender por qué las variaciones en las interpretaciones del peronismo comenzaron en los años próximos a 1955.

Cambios en las interpretaciones del peronismo: Los intelectuales de izquierda entre 1955 y 1966.

En general, como se ha señalado en páginas anteriores, durante los años peronistas, el conjunto de los intelectuales que no pertenecían a ese movimiento y que en algunos casos integraban el campo de la oposición, interpretaron al peronismo como una más de las experiencias fascistas. La discusión acerca del concepto de populismo

²⁵ 800.000 votos en blanco de trabajadores que no acataron la decisión de Perón son significativos para comprender la tensión interna del movimiento obrero.

apareció más tarde, pero entonces todo sistema que tuviese resonancias de ese carácter era percibido con una gran carga de desconfianza, hostilidad o aversión. No había discusión acerca de la experiencia de un régimen que sólo había sido obra de la demagogia de un líder carismático, portavoz de un pueblo carente de autonomía, y artífice de la inspiración de una derecha dispuesta a distorsionar el proceso de crecimiento político que los obreros estaban alcanzando.

Pero inmediatamente después de la caída de Perón y bajo la observación de una adhesión obrera que se mantenía intacta, surgieron numerosas interpretaciones que provocaron profundas interferencias en el modelo interpretativo anterior. Ricardo Sidicaro (1999) ha expresado que al día siguiente del 55 estalló también la discusión acerca de la naturaleza del peronismo. Y además, de esa discusión nacieron diferentes variaciones que, a lo largo de los años irán formando vertientes de pensamiento diversas y capaces de confluir en ese complejo revolucionario de protesta generalizada autoidentificado por su pertenencia al *campo popular* en los años 70.

Respecto del conjunto de intelectuales de izquierda, su heterogeneidad ideológica comenzó a constituirse de ese modo ya con el ascenso del peronismo al poder. Así, el triunfo del peronismo en 1946, obligó a la izquierda a reflexionar internamente (Altamirano, 2000. 13-14). Para el Partido Socialista - liberal había llegado “la lección de la hora” y bajo esta metáfora, José Luis Romero convocaba a sus dirigentes a “descender” para dar orientación al error de las masas “amorfas”. Dentro de esta interpretación, el peronismo era en su totalidad el fruto efímero de la demagogia, el aventurerismo y, en palabras de Ghioldi, la victoria “del mal totalitario.”

Para el Partido Comunista el impacto llegó algo más tarde y la posibilidad de comenzar a pensar de otro modo un fenómeno novedoso, llevó a algunos de sus intelectuales a separarse de la interpretación nazifascista, tras la consigna de *ligarse a las masas sin ceder la iniciativa a quien era su líder*. (Altamirano, C. 2000: 20)

De esa escisión surgirá una vertiente ideológica que, proponiendo la síntesis marxismo- nacionalismo tendrá, como referente teórico a Rodolfo Puigrós, y se expresará desde 1947 a través de *Clase Obrera*. El combate con el PC tradicional no lo será por los supuestos que a ambos grupos sostienen, el marxismo-leninismo incluso el stalinismo, “sino por el título de verdaderos comunistas.” (Altamirano, C. 2000: 23). Lo cierto es que ya “Clase Obrera”, a través de E. Artesano, anticipa en 1953 la interpretación para la cual el peronismo será una etapa en la revolución nacional burguesa que, expresándose en lucha contra el imperialismo dará origen a la revolución socialista. Justificados con esta esperanza serán asumidos los rasgos autoritarios del peronismo tan rígidamente estigmatizados por la izquierda tradicional.

A partir de aquí, el revisionismo teórico junto a una nueva generación de “jóvenes sin maestros, la generación hija del peronismo” intentará separar la acción demagógica de las decisiones políticas de la masa. La revista *Contorno* (1953-1959), nucleará en torno de los hermanos Viñas a quienes, aún con serias diferencias, intentarán una tarea de comprensión del comportamiento popular. José Aricó hará lo suyo a través de *Pasado y Presente* y Silvio Frondizi instalándose en la profundidad del marxismo humanista rechazará de modo brillante el análisis objetivista de la sociedad y, aún anunciando el fracaso de la pretendida revolución democrático-burguesa, resaltará el salto cualitativo que el *bonapartismo* produjo en la conciencia de las masas populares.

Reconociendo la herencia del revisionismo argentino, rechazando el sentido de pertenencia a una nueva generación y situándose en un lugar marginal respecto de la izquierda tradicional - hecho que el autor destaca -, la interpretación trotskista de Jorge Abelardo Ramos, el intento de síntesis de pueblo-clase de Juan José Hernández Arregui y sus esperanzas en las posibilidades revolucionarias del nacionalismo popular, entrarán de modo irrevocable en la clase media, en el movimiento sindical y en la universidad hacia 1962.

Definitivamente, los jóvenes de clase media, hijos de estos nuevos maestros, habrán de dar un paso adelante en la formación de una conciencia que se hará práctica en el compromiso.

La culpa de los intelectuales de clase media se percibe en Ismael Viñas que, en réplica quizá a sus maestros, señalará agudamente que es necesario *darse vuelta como un guante* antes de citar a Marx. Jauretche ironizará sobre la *intelligentsia*, Cortázar recreará en una sola metáfora la invasión a la clase media, Rozenmacher, contará poéticamente el desprecio y el temor de una clase frente al desamparo y la irreverencia devenida en poder de la otra, la del *Cabecita Negra*. (1992) Nada como la escritura poética será capaz de expresar esta diferencia.

La historiografía entre el campo académico y el campo político: 1955-1966

1955 significó la esperanza de una Universidad abierta, autónoma y renovadora. Quienes durante el peronismo se habían refugiado en el Colegio Libre de Estudios Superiores, en la Universidad de Montevideo, en la Universidad de Tucumán o,

habían centrado sus actividades en el trabajo editorial, volvían ahora a la academia y con ellos la esperanza en la recuperación de la Reforma de 1918.

Como hemos explicado, en el año 1955 la política estatal argentina apeló a diversas prácticas tendentes a la desperonización. Modernización y desarrollo venían de la mano de la desperonización de la sociedad en su conjunto, y en esta tarea la universidad no estuvo ausente. Para algunos de sus académicos, el peronismo fue algo ya terminado con la caída de Perón pero para otros, un fenómeno novedoso sobre cuya reflexión era posible encausar los cambios hacia una sociedad “moderna”. Jorge R. Jorrot y Ruth Sautu (en Camarero, Hernán.2000: 34) aclaran que esta última era la percepción de gran parte de la comunidad científica latinoamericana. Así, "el clima académico-intelectual registraba un cierto consenso de ideas en torno a la necesidad de un modelo de desarrollo económico y equidad social generado a partir de una intensificación de la sustitución de importaciones más complejas, el cambio tecnológico endógeno y la activa participación del Estado." (Camarero, Hernán. 2000:34)

Como se puede derivar del relato del proceso político posterior a 1955, si bien existió en los académicos de entonces una clara pretensión de constituir un campo académico autónomo de las decisiones políticas estatales, esta pretensión no fue correspondida con los hechos. Lo que se observa claramente es que, en esos años, tanto el discurso académico como el intelectual están conformando ya un fuerte campo político-ideológico fuera de la universidad, aunque muy vinculado a ella.

En este sentido, el ámbito académico, a través de José Luis Romero, Gino Germani y Silvio Frondizi, pero por encima de éste otros espacios de debate y formación tales como Praxis, producen textos que muestran significativas variaciones en su forma de describir, conceptualizar e interpretar al peronismo. De este modo una filosofía de la

historia argentina (José Luis Romero) junto a una explicación sociológica (Gino Germani), y a una interpretación marxista - humanista (Silvio Frondizi), conforman esencialmente, vertientes de pensamiento heterogéneas cuya confluencia contribuye significativamente, con la formación intelectual política e ideológica de la generación protagonista del movimiento político - social de los 70. En estas vertientes de pensamiento, las interpretaciones del peronismo como representaciones de la realidad argentina en su conjunto son claves de análisis.

Si bien las interpretaciones acerca del peronismo que han sido tomadas en este trabajo, han ejercido y continúan ejerciendo una enorme influencia en la tradición ideológica que comienza a formarse a partir de ellas, y que en conjunto se da en llamar *nueva izquierda*, no todos los discursos que alcanzan este rango fueron producidos por académicos sino también por otros intelectuales que, como se ha señalado en el apartado anterior, operaron ideológicamente desde otros ámbitos de producción de conocimiento.

Pero debido a la magnitud de la producción narrativa que, en general, ha tomado al peronismo como objeto, necesariamente en esta investigación ha sido parcializado el campo histórico, acotándolo sólo a la interpretación académica, historiográfica y sociológica del proceso peronista en su conjunto, enraizada también, con firmeza, en el ámbito político.

Los datos biográficos que a continuación se presentan, pretenden justificar las razones que motivaron la elección de los escritores argentinos.

En primer lugar se destaca la obra de **José Luis Romero**. Académico desplazado de la universidad hacia 1946, momento del ascenso del peronismo al poder y decano - interventor, docente e investigador de la Facultad de Filosofía y Letras a partir de 1955. Historiador destacado y medievalista erudito, nunca dejó de escribir sobre la

historia política de argentina y en ello consistió su lado militante. Durante los años peronistas se desempeñó en la docencia universitaria de Uruguay. Una beca Guggenheim en premio a sus reconocidas investigaciones sobre la Historia Medieval y a su ya publicada *El ciclo de la revolución contemporánea* (1948), le permitieron sortear las dificultades económicas de una carrera signada por las desavenencias ocasionadas desde su afiliación al Partido Socialista en 1945.

Sobre la actuación dentro de la vida política universitaria de Romero dice uno de sus discípulos, Halperín: “La caída del peronismo iba a abrir para Romero una carrera pública que iba a ejercer desde entonces sobre él un atractivo tan poderoso como intermitente, en parte porque la contrarrestaba con eficacia finalmente devastadora su más antigua y profunda vocación de estudioso: si la idea de una carrera pública lo seducía, nunca puso en ella la obsesiva concentración que se requiere para llevarla adelante con pleno éxito. Pero la oscilación entre la actividad pública (en la Universidad o en la escena política) y el retorno a esa vocación más antigua que iba a establecerse entre Romero y ese nuevo tiempo argentino cuyo temple cultural había sin embargo contribuido como pocos a definir”. (Halperín Donghi. 1982:192).

Su breve gestión en la Universidad puso fin a esa oscilación. El conflicto “libre o laica” desatado por la decisión del presidente Frondizi de restar la capacidad indelegable del Estado respecto de la educación o, mejor dicho de estimular y conceder otras facultades a la iniciativa privada y además religiosa en materia universitaria, motivó su alejamiento en 1957.

Por eso, la oportunidad para una universidad libre y para la defensa de la educación pública en 1955 no fue la esperada. Tampoco entonces encontró en ella Romero el espacio para crear una historia más cercana a la de las mentalidades, y tampoco

halló en su entorno la posibilidad de iniciar, al menos embrionariamente, una disciplina cercana a la historia invisible de Fernad Braudel.

La influencia de la Revolución Cubana iba encontrar un activo espacio en una Universidad ahora invadida por una convocatoria al compromiso que generaba agudas discordias en el *deber ser* de los intelectuales. En ella, dice Halperín, “Romero iba a esforzarse por mantener paz en esa guerra que era todavía de ideas.”(Halperín Donghi. 1982:201)

En 1962, siendo decano de la Facultad de Filosofía y Letras, su reconocido prestigio entre docentes y estudiantes hizo posible anteponer el respeto por encima de las tensiones políticas más intensas. Después, el golpe militar de 1966 y el consecuente proyecto de la “Revolución Argentina” bajo el mando del General Onganía, provocarán su definitivo alejamiento.

Por lo expuesto y por la relevancia señalada, el trabajo sobre el discurso histórico de José Luis Romero, es el primero de la serie de capítulos que se dedican al proceso de deconstrucción de las obras históricas argentinas en el marco de las propuestas de Hayden White.

En un trabajo sobre las interpretaciones del peronismo hacia 1955, el análisis y el esfuerzo metodológico de **Gino Germani** no pueden estar ausentes. Todo el debate construido entre los intelectuales acerca de los orígenes del peronismo estuvo - y así continúa siéndolo -, sostenido sobre sus primeras hipótesis.

Del mismo modo que Romero, Germani será desplazado de la Universidad en 1946 - a la que había ingresado a través de la Facultad de Filosofía y Letras en 1938 -, y retornará a ella en 1955 con el cargo de jefe del Departamento de Sociología creado en ese momento.

Pero no sólo por su actuación como académico, de irrefutable relevancia en esos años, se considera el análisis de su producción historiográfica y sociológica, sino también porque su obra se funde con su carácter de “padre fundador” del análisis sociológico de la sociedad Argentina en las décadas de 1930 y 1940. Federico Neiburg, ha señalado que “cualquier referencia a la disciplina y a su historia en el país parece exigir la mención de su actividad al frente del Departamento de Sociología fundado en 1956 en la UBA.”(Neiburg, F. 1995:253)

Durante los años peronistas y en relación con los interrogantes que su ascenso a partir del 17 de Octubre produjo entre los intelectuales, Germani se destacará por su combate en favor de la oportunidad histórica para una nueva y racional forma de pensar la sociedad. Singularmente, el peronismo como fenómeno nuevo y la sociología como original campo analítico y de observación directa de la realidad social convergen en su obra. Los escritos de esos años revelan una preocupación que se expresa tanto en la necesidad de revertir las formas teñidas de exceso de antipositivismo²⁶ intuicionista con las que se analizaba la sociedad argentina desde la mirada de las ciencias sociales, como las maneras simplificadoras que identificaban

²⁶ Se refiere tanto a las interpretaciones que exaltaban las posibilidades de desarrollo del país de la mano del líder peronista como a las que lo denostaban por la misma razón. Indudablemente hay una polémica instalada con los intelectuales nacionalistas católicos nucleados en la facultad de Ciencias Económicas en torno a A. Bunge y, también con los intelectuales nacionales y populares, dispuestos a legitimar al peronismo como A. Jauretche. Pero su combate fue más allá de ella centrándose, fundamentalmente en la tarea de hacer de las explicaciones e interpretaciones de la realidad argentina, verdaderos trabajos científicos. Y, en ello, según Neiburg (1995:257), se distanció también de sus aliados académicos y políticos.

al peronismo en su totalidad con el régimen fascista italiano o alemán²⁷ Su combate es entonces, por la superación de “la tendencia predominantemente filosófica de las ciencias sociales” y junto a ello, por la separación entre campo político y campo académico.

La observación directa de la realidad a la que también dota de dimensión histórica lo remite al pasado para explicar cómo formas culturales tradicionales enraizadas en los migrantes internos del campo a una ciudad transformada rápidamente por el proceso de industrialización por sustitución de importaciones, da origen a la formación de una nueva clase obrera. Esa clase que se integra económica y socialmente, no alcanza a hacerlo en la esfera política y tampoco en el propio sistema simbólico y cultural de la nueva sociedad; desorientada y sin rumbo estará “disponible” para el sostenimiento de la emergencia de un líder carismático-autoritario.

Por más de treinta años la Sociología Científica será acuñada por este italiano de origen que había migrado a la Argentina con una formación más bien centrada en las Ciencias de la Administración y en estudios de estadística y de morfología. Pero cuando en 1966, el Onganiato vuelva a desdibujar el campo académico conformado en los años anteriores y cuando después de la recordada “noche de los bastones largos”, miles de profesores se alejen de sus aulas, Gino Germani, entonces en Harvard, decidirá no regresar más al país del se que había propuesto explicar sociológicamente los dilemas nacionales.(Neiburg, 1997)

²⁷ *"El peronismo es un fascismo basado en el proletariado y con una oposición democrática basada en las clases medias a diferencia del modelo italiano que ha sido una ideología de la clase media."* (Germani, Gino. 1962, en Fayt, Carlos, 1967:162.)

El campo académico de esos años se asienta sobre una inclusión marginal de la aplicación del modelo socialista a la interpretación de la realidad argentina. Dentro de este complejo, es *La Realidad Argentina* de Silvio Frondizi una de las interpretaciones de largo período más sutilmente enraizadas en la tradición ideológica de la izquierda nacional.

Durante los años previos al advenimiento del peronismo, Silvio Frondizi²⁸ desarrolló su carrera académica en la Universidad de Tucumán y emprendió allí hacia 1943 la tarea de organización de la facultad de Filosofía y Letras. Años antes, entre 1935 y 1938, había colaborado como abogado adscrito al Seminario de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires. Pero en ese año llegó a Tucumán y trabajó en principio bajo la colaboración del filósofo García Morente. Desde este centro de estudios convocó a científicos europeos dentro de los que se destacó Rodolfo Mondolfo quien, perseguido por el fascismo y desplazado de la Universidad de Bolonia, introdujo en Tucumán una lectura historicista y humanista del marxismo. De esas fuentes se nutrió Frondizi en el momento en el que su vida estaba abocada a la escritura de la *Introducción al pensamiento de John Locke*, de ahí que su preocupación por la distinción de los conceptos de “liberalismo y democracia” y por el contenido económico- social de esta última, dieran paso al discurso analítico construido sobre categorías tales como clase, intelectuales, partidos.

²⁸ Los datos biográficos han sido extraídos de fuentes proporcionadas por el CEDINCI (Centro de documentación de la izquierda nacional) de Buenos Aires. Y del libro de Horacio Tarcus. También he podido consultar allí, folletos, volantes y declaraciones del MIR, así como los primeros escritos de Frondizi entre 1946 y 1956, compilados luego en “*La realidad argentina.*”

En 1943, la revolución del GOU interviene la Universidad de Tucumán, y Frondizi, desplazado de la misma inicia su etapa de “intelectual comprometido” con el análisis de la historia argentina contemporánea. Advierte en ese momento tanto sobre los riesgos del ascenso del peronismo como sobre los de la acción de su opositor, la Unión Democrática y en este sentido cuestiona la estrategia coyuntural y aliancista de los partidos de izquierda tradicionales. (Tarcus, H. 1996).

Sus advertencias a la izquierda sobre el peligro que la oposición a la “dictadura” encerraba, lo distingue de las interpretaciones antiperonistas de su entorno y pone de manifiesto su visión anticipada sobre la paradoja histórica que traía consigo esta táctica política de corto plazo : el distanciamiento de las masas populares.

El peronismo fue, para Frondizi la oportunidad perdida de la izquierda en la Argentina. Empujada por la estrategia de la oligarquía a la acción política diseñada por la conjunción de derechas que agrupaba a los partidos de la oposición a Perón, distorsionaba por sus propios medios el alcance de ideales históricamente construidos.

El Instituto Latinoamericano de Ciencias Políticas, con su editorial Praxis, fue el centro de investigación y docencia en el que el “intelectual revolucionario” desarrolló la acción política entre 1955 y 1960. La Universidad Nacional de La Plata, el espacio académico - que gana por concurso en la cátedra de Derecho Político en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales en 1958 -, desde el que formó generaciones. Ejerció a través de la docencia una enorme influencia sobre los intelectuales comprometidos tanto con la acción política como con el esclarecimiento de la singular conjunción que “conformaban el marxismo y la identidad argentina”; conjunción en la que la reflexión en torno de la adhesión obrera al peronismo ocupó un lugar indiscutible.

Luego de su viaje a Cuba en 1960, obtuvo los cargos de profesor asociado en la Facultad de Ciencias Económicas y en la de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. En 1966, cuando la Universidad fue intervenida y estudiantes y profesores de Ciencias Exactas heridos por la policía – “la noche de los bastones largos” - , 8.600 docentes renunciaron a sus cátedras y por supuesto, también lo hizo Silvio Frondizi.

Finalmente, en 1970 obtuvo el cargo por concurso de Profesor Titular en la cátedra de Derechos Humanos de la Escuela Superior de Periodismo en la Universidad Nacional de La Plata - hoy Facultad de Periodismo y Comunicación Social. Allí se desempeñó hasta que, como tantos otros que compartieron los años de la más dramática Argentina, en septiembre de 1974 fue secuestrado y asesinado por la Alianza Anticomunista Argentina.

El diario Clarín²⁹ de Buenos Aires informaba que el día sábado 28 de septiembre de ese año, fue hallado su cuerpo en Ezeiza. Junto con Praxis había contribuido a crear el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionario), y se había dedicado también en esos años a la defensa de presos políticos. En 1956 en las primeras páginas de la segunda edición de *La Realidad Argentina* anticipaba algunas razones para un compromiso profundo:

"Suelo decir que en mi vida hay un demonio - como el socrático - que dirige mis acciones; sabemos lo que es: se trata de la propia conciencia

²⁹ Clarín, Buenos Aires. Sábado 28 de setiembre de 1974. Facilitado por el CEDINCI, centro de documentación y de estudios de la izquierda de Buenos Aires que ha compilado recortes periodísticos sobre el asesinato de Silvio Frondizi.

social que, directa o indirectamente a través de una tensión - que llega a ser neurótica - ajusta nuestra acción a sus propios dictados. Elijo un ejemplo entre muchos: estaba en la Universidad de Tucumán en condición de full-time, con una posición intelectual y económica absolutamente cómoda. Por esta época 1942-1943 había prácticamente concluido el volumen *El Estado Moderno*, su génesis. Debía comenzar la segunda parte sobre *La Crisis del Estado Moderno*; no podía sentirla a fondo viviendo como vivía. El pretexto de un conflicto me llevó al medio de la calle a vivir personalmente la crisis. Durante varios años viví, después de haber sido profesor titular y publicado numerosas obras, con un ingreso muy modesto." (1956:III).

Y en 1964, en un Manifiesto por la reconstrucción nacional que llevaba el título “ Un país en pié, un pueblo en marcha”, decía también:

“Debemos emprender todos juntos la tarea de reconstrucción. A esta tarea me entrego. La vida no se me ha dado en forma fácil y liviana y estoy acostumbrado a la lucha. Ocupo mi lugar en la empresa común de impedir el caos y reconstruir el país. A ellos dedicaré el resto de mi vida, junto con los equipos a cuya formación destiné muchos años de labor.”

Otro grupo de intelectuales que desempeñó una labor importante en la Universidad de los años 50 fue *Contorno*. Nucleados por la edición de la Revista de la Facultad de

Filosofía y Letras - de la que sólo constan 7 ejemplares aparecidos entre 1953 y 1959 -, y por iniciativa de David e Ismael Viñas,³⁰ se identificó como una nueva generación que buscó mantenerse equidistante frente a las interpretaciones de un peronismo estigmatizado a partir de sus rasgos autoritarios.

El grupo empezó a formarse alrededor de *Imago Mundi*, Revista de Historia de la Cultura que dirigía José Luis Romero y que tenía una publicación trimestral. Casi todos sus miembros, pertenecían a orientaciones de izquierda. Cuando en 1955 José Luis Romero es designado con el cargo de decano-interventor en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, el ámbito de trabajo de todo el grupo se extendió hacia la misma; “a la Universidad se la hizo científica con Romero a la cabeza. Fue un proceso interesante hasta que apareció Onganía...”³¹

Por lo general se los ha identificado políticamente con parte de la intelectualidad de apoyo a Frondizi y, en ese sentido, formó parte del consenso que en el campo de las Ciencias Sociales se había logrado para un desarrollo complejo y sostenido que, acompañado por una defensa de las Instituciones democráticas así como de los recursos del país, había constituido una de las principales promesas del desarrollismo. Cuando Frondizi a partir de 1958 abandone definitivamente su

³⁰ El Comité de dirección estaba integrado por Ismael Viñas, David Viñas, Noé Jitrik, Adelaida Gigli y Ramón Alcalde y escribieron en la revista otros integrantes del grupo *Contorno* como León Rozitchner, Osiris Troiani, Tulio Halperin Dongui, Rodolfo M. Pandolfi, Adolfo Prieto, Oscar Massotta, J.J. Sebrelli y Marta Molinari.

anterior bandera de oposición a Perón que, expresada en *Petróleo y Política* (1954), advertía acerca de la amenaza imperialista sobre los recursos del subsuelo, y cuando su ministro Rogelio Frigerio intentó persuadir a la opinión pública sobre las ventajas del capital, Contorno “levantará un frente de contestación al gobierno” y renunciará a sus posiciones de poder en 1959 después del acceso de Álvaro Alsogaray al Ministerio de Economía.

En ese momento, Tulio Halperín Donghi ironizaba contra “el capital que ayer se llamaba imperialista y hoy no hay razón para llamarlo de otro modo”. (Sigal.1991:170) Y a partir de entonces, el sentimiento de traición se volverá sobre la necesidad de una “redefinición sustancial del significado mismo de lo político”.(Sigal.1991:169)

Contorno marcó entonces, una frontera en el pensamiento crítico. Enjuició las líneas del pensamiento de figuras emblemáticas dentro del campo de la literatura y de la filosofía política. Susana Cella (1999:39) recuerda cómo Emir Rodríguez Monegal se refiere a esta generación como a los “parricidas”. La misma autora señala la forma con la que un grupo no del todo homogéneo, tal como lo caracterizara el propio Ismael Viñas, alcanzaba su unidad en un propósito que suponía “descongelar el pasado, escrutarlo, reformularlo destruyendo en él la imposición de reglas de valoración establecidas”. En palabras de Ismael Viñas:

³¹ El peronismo, *Ayer y hoy*. PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores). México, Ediciones Diógenes, 1974. Fuente proporcionada por el CEDINCI. Entrevista de Edgardo Krawiecki a Ismael Viñas.

“Contorno aparece por iniciativa de David y mía. Resultó algo importante que hizo que mucha gente nos rodeara y nos enlazó con el frondizismo aunque teníamos poco que ver con él. Había afirmaciones muy diferentes; algunos eran peronistas, otros simplemente antiimperialistas, nos peleábamos pero coincidíamos en que destronábamos a todos los maestros del pensamiento argentino. Rescatábamos a Marechal, Arlt -...” “Con Frondizi aparecen las discrepancias por su giro a la derecha una vez presidente...” (Viñas, I. 1974).

La aparición de *Primera Plana* como semanario político en 1962, se ha revelado como un hito dentro del movimiento de renovación cultural de los años sesenta. Como medio de comunicación de masas había creado un estilo nuevo que supo transmitir la noticia política a una clase media educada en la corriente modernizadora y bajo el impacto de la Revolución Cubana.

Esa clase media argentina comienza a experimentar una de las épocas de mayor producción cultural, desde el campo editorial, desde el campo de lectura y desde el de la investigación. El teatro, el cine y el psicoanálisis contribuyen con una formación bien particular del hombre común de Buenos Aires en los sesenta que aún puede reconocerse en las persistentes librerías de la calle Corrientes.

La Universidad se convierte en una fuente de ingresos, aumentan las dedicaciones exclusivas y las becas de investigación. En las carreras tradicionales (Medicina, Abogacía), la docencia universitaria seguirá siendo más bien un lugar de prestigio, pero en Ciencias Exactas y en Filosofía y Letras, el porcentaje de dedicaciones exclusivas para la investigación crecen en un 64% y un 24% respectivamente. La

población estudiantil aumenta y también el número de psicólogos y sociólogos que egresan de la misma.

Los Centros de estudio e investigación que habían surgido en los años peronistas como el Instituto de Medicina Experimental o el Colegio Libre disminuyen su actividad con el regreso de sus promotores – verdaderos “organizadores culturales” que de algún modo unificaban el quehacer universitario con el social aún en sus épocas de exilio - a la Universidad Reformista. Pero una serie de centros privados impulsa el movimiento cultural ligado a las vanguardias estéticas y sociales occidentales. El Instituto Di Tella, atrae a investigadores, docentes de universidades nacionales y católicas, y ya entonces recibía financiación externa que aplicaba al desarrollo cultural con el propósito de evitar toda discriminación ideológica. Muchas de las investigaciones iniciadas antes por Gino Germani fueron recogidas por este centro después de 1966 así como otras que, dedicadas a historia económica fueron retomadas por El Instituto de Desarrollo Económico y Social. Bajo la decisión de Aldo Ferrer y Oscar Cornblit, entre otros que vendrán algo más tarde como Ezequiel Gallo, reanimaron la edición de la revista de Desarrollo Económico con la esperanza de “contribuir a desatar el nudo cultural que traba nuestro desarrollo.” (Sigal. 1991: 114)

Como hemos señalado en páginas anteriores, si 1955 marcó el nacimiento de una Universidad convencida de que era el cientificismo el camino de un destino progresistamente próspero, el final de esta década mostrará tanto la parcialidad de la observación del propio campo de los intelectuales reformistas como el nacimiento de una nueva intelectualidad crítica. A esa intelectualidad “de la sospecha” (Sigal.1991: 126), ya se ha dicho, perteneció *Contorno*, pero además y en gran parte por ella, una generación nueva de estudiantes de clase media comenzará sus embates contra un

cientificismo que, si antes había sido visto como instrumento de equidad, ahora aparecía teñido de un escéptico distanciamiento social.

Si los años sesenta marcaron una pretendida distinción entre el campo cultural y el político, muchas veces sin éxito, en los setenta el único quehacer posible de ser reconocido como útil será el político. Toda cultura ajena - por definición de nuevos "idóneos" -, al campo popular, o al del compromiso, carecerá de valor y será puesta también en el terreno de la sospecha. Ya Jauretche había ironizado frente a esta nueva clase media culta y el Partido Comunista había censurado el individualismo de esta nueva sociedad psicoanalizada.

Marxismo y nacionalismo comenzarán a ser ahora los paradigmas desde donde será necesario volver a pensar la *Nación*. ¿Qué marxismo?, ¿Qué nacionalismo?, ¿Qué nación?, serán ahora las preguntas que vuelvan a separar aguas entre los intelectuales. Como decíamos antes, muchos querrán hacerse un lugar dentro del Pueblo peronista, se alejarán entonces de los partidos tradicionales y continuarán guiados por las interpretaciones de Jorge Abelardo Ramos y de Rodolfo Puigrós; la izquierda nacional.

Nuevamente la urgencia por la definición de una Nación volverá a revisar los emblemas de un pasado que permita descubrir quiénes son los idóneos a la hora de identificar las nociones de Pueblo, Patria, Clase.

Así, un nacionalismo que ya había tenido su trayectoria en los tiempos peronistas, situado por fuera y por dentro de la leyenda negra, se hará un lugar en las aulas. **Juan José Hernández Arregui**, hablará del *Ser Nacional* en 1961 bajo los auspicios del Movimiento de Estudiantes Reformistas de la Universidad Nacional del Nordeste. La Facultad de Ciencias Económicas de Tucumán será también escenario de esta conferencia así como años después lo será la Facultad de Derecho de la Universidad

Nacional del Litoral. Una agrupación de estudiantes peronistas pertenecientes a la Confederación General Universitaria había sido encargada de esta convocatoria y ahora el público dentro de la Universidad se había vuelto más heterogéneo componiéndose tanto de obreros como de estudiantes de variadas ideologías.

La actuación académica de Hernández Arregui, bien diferenciada de aquellas de los nacionalistas católicos que mencionáramos al principio, se desarrolló durante los años del primer peronismo y, en 1955 la universidad reformista lo separará de sus cargos. Después de 1962, la creciente influencia de sus obras dentro de la clase media universitaria y del movimiento sindical, le permitirán retornar a ella desde sus cátedras en la Universidad Nacional de La Plata en 1966.

Cuenta Federico Neiburg que Hernández Arregui continuó afiliado al Partido Radical aún durante algunos años del gobierno de Perón y que en 1947 comenzó su actividad militante dentro del Partido Peronista, representando al peronismo de izquierda o al marxismo peronista.

De origen humilde, debió abandonar la ciudad de Buenos Aires y sus estudios de derecho. Un cargo en la Biblioteca Bernardino Rivadavia de la ciudad de Villa María en la provincia de Córdoba lo convertiría ya en un intelectual conocido. Más tarde con la gobernación de Amadeo Sabatini accederá a la capital y allí retomará sus estudios universitarios en Filosofía doctorándose con una investigación “Sobre las Bases Sociológicas de la Cultura Griega”. Después, con el peronismo obtendrá cargos en la administración de la provincia de Buenos Aires y accederá a la cátedra de Historia como profesor adjunto en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.

Durante los años conflictivos con el peronismo católico disconforme con los sectores nacionalistas populares, su formación izquierdista le presentará inconvenientes pero

aunque debió abandonar sus cargos burocráticos de la provincia, conservó su cátedra en la Universidad de La Plata.

Fue un intelectual situado entre la burocracia estatal peronista y la actividad universitaria. Su vida permaneció ceñida a la dependencia que mantenía con el partido aún en los momentos de mayor conflicto con los sectores conservadores. Por eso, algunas de estas razones explican la forma con la que en sus escritos fustigó a los intelectuales que se comprometieron con la Revolución Libertadora. (Neiburg, F. 1997:56-63)

En comparación con la figura de intelectual del pueblo, como se representaba a Jaurétche, Neiburg señala que el estilo de Arregui, “era acentuadamente profesoral y que tenía aspiraciones filosóficas, aunque estuviese lleno de un tono combativo influido por la retórica marxista de barricada.”(Neiburg, F. 1997:62)

Académico para los escritores nacionalistas populares, demasiado próximo al subjetivismo filosófico para académicos legitimados, cercano a intelectuales críticos de la *intelligencia* dentro del campo de la izquierda nacional -popular, su obra entrará de modo irrevocable en el movimiento sindical y en la clase media hacia 1962. Los estudiantes de clase media aún de ideologías radicales y libertarias adherirán a formas de pensar la Historia a partir de las categorías de Nación y Patria en pugna por la síntesis con la de clase. El antiimperialismo y la Revolución Cubana serán las condiciones necesarias para esta amalgama.

A lo largo de sus obras Arregui polemiza con lo que hoy podemos denominar campo académico, como así también con el campo político. La ironía y la pasión se descubren en un discurso empeñado, a la vez, en hacer hablar a la filosofía romántica y al marxismo crítico para construir un campo de saber sobre otras bases: “El ser nacional.”

Capítulo 4. Reflexiones sobre la “personalidad colectiva argentina”. El peronismo en la obra de José Luis Romero.

Dentro de la historiografía argentina contemporánea es sin duda José Luis Romero uno de los historiadores más fecundos. La frondosidad de su obra dedicada en principio a la historia del Occidente antiguo y medieval, abarca también un relato de largo período con el que construye, de manera original para la época, una historia de la Argentina desde la colonia hasta el año 1976.

Nunca dejó de escribir sobre historia medieval. Esa fue su especialidad y en ella desplegó la amplitud de su erudición sólo interrumpida por algunos períodos en los que se abocó al estudio de la Argentina y de Latinoamérica. De este modo escribió *Las Ideas Políticas de la Argentina* cuya primera edición es de 1946, año de ascenso del peronismo al poder, “época difícil para la tarea del historiador”, según sus palabras expresadas en 1975 con motivo de la presentación de su quinta edición.

Después de este libro volvió a la historia medieval, obra máxima de investigador, siempre vencido por la tentación de ese “llamado o deber ciudadano” y militante que lo impulsó a volver una y otra vez sobre *Las Ideas Políticas*, para continuar con la escritura de sus reflexiones sobre las formas de ser con las que iba esbozándose la identidad política de su país. En el mismo año 1975 se refiere con satisfacción a su llamado o deber ciudadano,

" Todavía estoy en duda si de los que estoy más orgulloso es de las más severas, más rigurosas, más eruditas obras que he escrito en el campo de los estudios medievales, o si de este libro que a lo mejor no es tan severo pero es el libro de un ciudadano que se siente hombre de su tiempo, de su país y de su

mundo, y que no está dispuesto a ningún precio a renunciar a lo que cree es la condición fundamental de un hombre, de un ser humano". (Romero, José L.1983: 10)

Por varias razones es posible calificar a la obra de Romero como original. En primer lugar, trazó diferentes límites temporales con los que construyó una periodización distinta. Así, la era colonial se halló sucedida por la criolla y ésta por la aluvial dentro de la cual, la sociedad argentina, transformada por la afluencia inmigratoria europea, consolidaba las endebles bases de su modernización.

Desde los orígenes una tensión preocupa y atraviesa este relato novedoso frente a la historiografía tradicional detenida en la crónica minuciosa y plena de elementos variados que, expuestos simultáneamente sobre períodos muy breves y acontecimientos relevantes, predominaba entonces en la historia académica. Esa tensión remite de manera constante, desde la época colonial hasta las últimas décadas del siglo XX, a dos ideas políticas que representan dos modos opuestos de ver el mundo en el que se sitúan, contraponiéndose y presentando dramáticas dificultades para dar respuesta a aquello que para Romero constituye el problema central: la falta de coherencia entre el desarrollo social y económico y las instituciones políticas inadecuadas a los cambios que ocurren en estas estructuras.

La oposición de estos dos mundos trasunta el sentido de su obra, su hermenéutica y, en esa búsqueda encuentra los rasgos que le permiten aproximarse a esa “singularidad colectiva argentina”, también centro de su preocupación e interés:

"En la era colonial se estudia el proceso de elaboración de dos principios políticos destinados a tener larga vida: el principio autoritario y el principio

liberal, y al mismo tiempo, se señala el comienzo del proceso de superposición de cierta estructura institucional sobre una realidad que apenas soporta. Ese duelo entre dos principios y ese otro entre la realidad y la estructura institucional se perpetúa y constituye el nudo del drama político argentino; la cambiante fisonomía de ese drama aparece descrita a lo largo de los períodos siguientes."(Romero, José L.1959: 10)

La inquietud que Romero muestra por la reconstrucción de las mentalidades y de las formas de representación pasadas y presentes lo ubica dentro de los primeros académicos argentinos que intentaron ir más allá de los estudios tradicionales de la disciplina. Nunca abandonó su empeño en explotar las potencialidades que la historia, como actividad humana, ofrecía para la reflexión sobre el sentido de la vida. Una pasión de historiador. Precisamente por el reconocimiento de los aportes de la subjetividad al campo del conocimiento histórico, como bien señala José Omar Acha, "sorprende muy poco que un historiador que desde temprano se especializó en historia antigua y medieval, con una alta dosis de uso imaginativo de los documentos, mal se llevara con aquellos que decidían la validez de los estudios dedicados al pasado." (Acha, Omar. 2001)

Es necesario destacar aquí, luego de esbozar el mapa abarcativo de su investigación, que en este capítulo se analizarán las obras tomando por objeto lo que hay en ellas de su interpretación sobre el peronismo y cómo ésta es proyectada desde un largo antes y hacia un después. Pero fundamentalmente lo relevante a los efectos del trabajo que se pretende realizar es que en ese largo antes, Romero es un historiador que da cuenta a través de su narración de ese pasado que no está sino en ella misma y, que en ese después se convierte en un historiador que narra la experiencia humana del

tiempo vivido por un mundo- su país- que lo excede pero que es a la vez su propio tiempo vital.

Narra entonces lo que ve. Y ahí, su pretensión de verdad.³² Hacia el final, dice:

"he escrito varias cosas, he militado en política y he dicho siempre lo que me parecía que tenía que decir: lo justo, lo correcto, lo que era una opinión; sin excesos de espíritu faccioso pero sí con pasión. (Romero, José L. 1959:10)

Las obras seleccionadas para su análisis³³ dan cuenta de un peronismo identificado con las características del nazifascismo europeo, con una identificación lograda tanto en el plano ideológico como en el fáctico, en el sentido de la acción demagógica y represiva al tiempo. Sin embargo esta identificación no lo ciega para ver la especificidad del movimiento socio-político en la historia argentina, a pesar de haber compartido con otros analistas de la época la afirmación de que el peronismo es, "simplemente Perón". (Fayt, Carlos. 1967: 15) Sostuvo esta última afirmación desde el primero al último de sus obras escrito en 1976 con el título de "El caso argentino".

³² Esta pretensión de verdad puesta en el contar lo que es visto no empalidece el fundamental avance que, en las formas de hacer historiografía, significó su reacción frente a los estudios positivistas de la historia académica de mediados de la década del 50.

³³ Romero, José Luis. *Las ideas políticas en la Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1959.

_____ "La crisis Argentina: realidad social y actitudes políticas (1959)", "Democracias y Dictaduras en Latinoamérica, (1960)", "La hora del socialismo, (1957)", en, *Argentina, Imágenes y perspectivas*, Buenos Aires, Raigal, 1956 y en, *El drama de la Democracia Argentina*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.

En Romero, la importancia de las ideas por sobre las estructuras, la contradicción entre el soñado mundo socialista y una superioridad no cuestionada desde la cual piensa la acción y la composición de las masas populares, lo convierten en un pensador utópico. La utopía es aquí entendida, con Emilio Lamo de Espinosa (2001), como imagen de consumación de un deseo que ha sido negado, pero que se constituye con ciertas insinuaciones de la realidad, y también con la conciencia de esta negación. Según este análisis centrado en dos componentes teóricos de peso para explicar la dinámica social, el trabajo y la comunicación, la conciencia de la realidad como mero reflejo es posterior a la conciencia de la imagen utópica. Así, la primera modifica, y racionaliza a la segunda, pero en este proceso cambiante, el deseo utópico guía la acción hacia su realización. Y deja de ser un sueño, sólo cuando se comparte.

El escritor argentino es consciente de que los discursos siempre vienen de otros y sabe también por quiénes será leído: "... el autor no sabe ya qué es lo que puede haber de original en su obra y prefiere suponer que no se trata sino de una síntesis del esfuerzo ajeno y dejar constancia de los autores cuyos datos y opiniones ha consultado".(Romero. 1959: 10)

La utopía de Romero es, en este sentido, la de la democracia social que sólo llegará a ser real de la mano de los partidos políticos democráticos y específicamente, en este caso, del Partido Socialista. En el proceso de adecuación de la conciencia a la realidad primero utópica, luego mero reflejo, el discurso de Romero se muestra optimista en 1955 cuando cree que ha llegado "la hora del socialismo", y cauteloso después, ante la evidencia de la reiteración de los golpes militares, de la persistencia radicalizada del movimiento peronista y de la acción coercitiva del antiperonismo.

De este modo, en el expresivo epílogo de la primera edición de Las Ideas Política de 1946, se declara como:

"Hombre de partido, el autor quiere expresar sus propias conclusiones, asentadas en un examen del que cree inferir que sólo la democracia socialista puede ofrecer una positiva solución a la disyuntiva entre demagogia y autocracia; esta disyuntiva parece ser el triste sino de nuestra inequívoca vocación democrática, traicionada cada vez que parecía al borde de su logro."(Romero, José L.1959: 259)

Y en la misma página nos deja una confesión noble para la pretensión de una mirada académicamente aséptica": El historiador tiene una deuda con la vida presente que sólo puede pagar con la moneda de su verdad, moneda en la que, a veces, funde un poco de su pasión; pero la historia sólo apasiona a quien apasiona la vida..."(Romero, José L. 1959:259)

Toda su obra, tramada con un discurso que puede ser romántico a la vez que trágico en algunos aspectos, se estructura de modo diacrónico para explicar la relación entre continuidad y cambio. Amplia y culturalmente abarcadora, pertenece al modo indagatorio y reflexivo cercano a una Filosofía de la Historia que trata de desvelar la "personalidad colectiva argentina" y que para ello se nutre de fuentes con las que busca unir la tradición marxista y el idealismo alemán. Indaga a partir de allí, en las obras de Weber, Marx, Simmel y Mannheim, las claves que le permitirán resolver las contradicciones que la realidad argentina impone a su pensamiento. Desde este lugar combate formas académicas tradicionales de pensar la sociedad así como formas rígidas de construir historia, pero también se aleja del campo popular - donde parece

acercarse a medida que crece en su formación teórica - al identificar la adhesión a Perón con sectores cercanos al “lumpemproletariado” y no con una clase trabajadora que en última instancia compartía condiciones de propiedad o de materialidad con un amplio sector de la clase media a la cual él mismo, así como muchos de sus discípulos, pertenecía.

Por ello, una intención explícitamente ética aparece reiteradamente en su obra. El deber atribuido a la palabra legitimada sólo por ese ser ciudadano- historiador, posición desde la que nos dice: “El historiador que, es quizá, quien más reparos tiene para esta labor porque es quien mejor conoce sus limitaciones y los peligros de las generalizaciones prematuras. Pero el historiador es ciudadano también y no puede negarse a contribuir con su esfuerzo a esta labor- hoy urgente- de aclarar la conciencia política nacional y de aclarar su imagen para quienes nos contemplan más allá de nuestras fronteras.”(Romero José L. 1983: 13-14)

En las páginas de la Introducción han sido brevemente anunciados los núcleos de interés de este capítulo. El primero de ellos consiste en el significado de la historia en trama romántica con la que Romero representa su visión de la Argentina del siglo XX. En este sentido, es confuso su modo de plantear las claves capaces de guiar la acción social y política que, según su mirada, permitirán a la Argentina la realización de esa imagen utópica gobernada por la idea de un país democrático en su totalidad, y conducida por el perfeccionamiento y la adecuación a la realidad social de los partidos democráticos. La confusión se encuentra al intentar separar ésta de sus interpretaciones acerca del peronismo. Pero lo que sí está claro es que si el primero se presenta a través de un relato romántico, idealista y organicista, el segundo, el peronismo como fascismo, el autoritarismo como fuerza exterior que se impone

siempre y distorsiona la buena senda democrática, es el telón de fondo de todo este relato.

El siguiente núcleo de interés, en consecuencia, se refiere a la manera en la que ha sido procesado narrativamente el peronismo y en este sentido a la forma con la que Romero contribuye con su constitución como “hecho histórico”.

El tercero, la idea que atraviesa el conjunto de su obra, que es a la vez su sentido último, la búsqueda de esa singularidad o “personalidad colectiva” cuyo desvelamiento final a través de recursos poéticos trágicos, permitirá hacer comprensibles las razones de la debilidad de la democracia así como de la crisis de valores a la que asiste la sociedad argentina.

El drama de la democracia argentina en la metáfora de un discurso romántico

El relato romántico es construido desde la posición del historiador que tiene la misión y el deber de pensar, conocer e intentar la idea de síntesis de lo caótico. Lo caótico está representado como el desorden de ideas que vienen de experiencias variadas, de tiempos, de clase, de etnia, de origen, pero sobre todo concebidas maniqueamente como dos opuestos que pugnan por emerger y conducir a la sociedad hacia el autoritarismo o hacia el liberalismo. Lo constante como “esa fiereza peculiar de nuestra historia política”, resultado a la vez de la misma lucha. En palabras de White: “El caos del ser debe ser enfrentado por el historiador. La historia como proceso representa una lucha interminable de la turba contra el hombre excepcional, el héroe...Y la vida humana está dotada de mayor valor precisamente en el grado en que el individuo asume la tarea de imponer forma a ese caos, de dar a la historia la

marca de la propia aspiración del hombre a ser algo más que ese mero caos".
(Romero.1998:151)

Romero no está relatando la historia de un héroe que es capaz de vencer todas las fuerzas que se oponen a la virtud. Pero sí está narrando proféticamente la historia del triunfo de las ideas "puramente democráticas, pulcras y perfectas, claras y distintas". Todo su análisis de la historia argentina es un llamado constante y urgente a quienes desde el socialismo tienen el deber de purificar la yuxtaposición de ideas que conduce a la confusión:

"Acaso se pueda objetar que el autor se exceda en el uso de la palabra idea; pero está convencido de que en el campo de la historia de la cultura no es posible aislar en ese concepto las formas pulcras y perfectas de las formas elementales y bastardas. Firme en esta opinión, el autor ha procurado siempre **descender** desde el plano de las ideas claras y distintas hasta el fondo oscuro de los impulsos elementales y las ideas bastardas, seguro de llegar, de este modo, a la fuente viva de donde surge la savia nutricia que presta a las convicciones esa fiereza tan peculiar de nuestra historia política." (Romero, José L. 1983:9-10)

Las resonancias de la vieja dicotomía civilización - barbarie, la de la generación del 37 y el rosismo, son claramente elocuentes. Reaparecen ahora bajo la oposición de ideas pulcras frente a impulsos elementales e ideas bastardas y, recreándose en una nueva antinomia, dan origen a la oposición peronismo-antiperonismo. Así el peronismo será medio de expresión de estos impulsos que, en latencia después de

Caseros, emergerán de modo insospechado en la madurez de la Argentina aluvial por efecto de la fusión de culturas del campo y de la ciudad.

Se ubica en la posición de un historiador consciente de los alcances siempre insuficientes de un punto de vista, pero también convencido de una misión empeñada en la formación de conciencias hacia el sentido trazado por la conquista de "las ideas claras y distintas." Metáfora romántica que, como tropo lingüístico representativo de la idea de democracia, disuelve sus partes y se torna vaga e imprecisa. Aspiración posible sólo en la imagen poética.

"Acaso sólo sea original cierto enfoque de la totalidad del problema - pocas veces intentado antes - y cierta acerada visión del curso de la historia argentina, cuya proyección hacia el futuro ha querido vislumbrar el autor muchas veces, unas con angustia, otras con orgullo, siempre con la ansiedad de quien se juega la vida confundido en una multitud cuyos pasos no sabe quién dirige"(Romero José L. 1959:10)

No tiene la intención explícita de ubicarse en el lugar del profeta que bajo un único relato explica los desafíos que la compleja identidad argentina imponen a una conceptualización acabada, pero lo hace. Y en su intento, cuestionable desde este presente esquivo a las interpretaciones totales, nos entrega claves de una singular claridad para pensar nuestra realidad pasada y presente:

"Durante quince años, la voluntad de la mayoría democrática ha sido sistemáticamente ignorada y el manejo del Estado ha sido privilegio de una estrecha oligarquía, orgullosa de ser reaccionaria y fraudulenta. En ese mismo

tiempo, muchos problemas sociales que hasta hacía poco eran de escasa trascendencia han alcanzado considerable gravedad y las circunstancias de la guerra mundial han contribuido a que se hicieran patentes a los ojos de muchos. El hecho que ha causado más honda sorpresa ha sido la aparición de una masa sensible a los halagos de la demagogia y dispuesta a seguir a un caudillo. Este fenómeno – amargo y peligroso – no es de ninguna manera inexplicable. Medio siglo es poco tiempo para la evolución social y política de un conglomerado heterogéneo, y no debe sorprender que aún quede en el fondo- conserve cierto justificado escepticismo frente a las instituciones de la democracia que no supieron afrontar a tiempo sus problemas y dejaron flotar sus indecisas pero innegables aspiraciones." (Romero José L. 1959 :28)

En ensayos posteriores volverá sobre este tema, pero siguiendo el propósito inicial puesto en la búsqueda de las grandes ideas explicativas, atribuye a la debilidad de las instituciones democráticas la emergencia del peronismo - que comienza a insinuarse en su relato - como fenómeno amargo y peligroso.

La vida política es mirada desde arriba, y desde ese lugar, el peronismo es en su totalidad un fenómeno amargo, resultado de la conjunción de la acción demagógica y la masa vulnerable. Pero Romero cree en las posibilidades de una explicación: la inadecuación de las instituciones democráticas a las necesidades de la masa.

No habla de clases populares, ni de movimiento obrero, ni de Pueblo. Habla de masa con aspiraciones indecisas. Masa, cual sustantivo femenino en el sentido moderno de la interpretación filosófica, es carencia de identidad autónoma o identidad sujeta al lugar del otro construido desde una posición hegemónica.(Bourdieu. 2000)

Numerosos trabajos académicos a partir del *Estudio sobre los orígenes del peronismo* de Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero (1971), han demostrado que la adhesión obrera al peronismo no fue realizada por una masa amorfa, sino por un movimiento obrero organizado que ya tenía trayectoria de conquistas junto a nuevos trabajadores que migraron del campo a la ciudad durante el proceso de industrialización sustitutiva en el período de entreguerras.

Consideremos que Romero está escribiendo estas palabras en 1946 de modo que escribe lo que ve y como lo ve. Y en 1945 todos los partidos democráticos aliados en la Unión Democrática constituyeron la principal fuerza de oposición a Perón cuyo resultado fue la derrota en las elecciones de 1946. Sin embargo, despojándonos de nuestro análisis presente constituido sin duda en gran parte gracias a los esfuerzos de historiadores de la modernidad como Romero, podemos destacar que su relato romántico está teñido permanentemente de resonancias éticas al considerar la responsabilidad de la inadecuación democrática a quienes poseen las “ideas claras y distintas”. De ahí su deber ciudadano, su compromiso con la acción política y su creencia en las posibilidades de esta acción aún “con la ansiedad de quien se halla confundido dentro de una multitud cuyos pasos no se sabe quien dirige”. (Romero. 1959: 10)

El historiador y el militante, la historiografía y el Partido Socialista constituyen pues, el sujeto, el héroe que con su acción es capaz de restar ambigüedad y de resolver todas las tensiones en conflicto.

Volviendo a las palabras de Romero:

"Políticamente, esta masa es inexperta y simplista; como en el fondo es igualitaria y democrática, acoge con calor la propaganda demagógica que

parece responder a sus anhelos, sin descubrir los peligros que entraña. Por ser radicalmente democrática, la aparición de esta masa en el primer plano de la política nacional no constituye un peligro duradero: sólo seguirá siéndolo mientras los partidos políticos populares de programa orgánico no aclaren su conciencia y no afronten la solución de sus problema.”(Romero, José I. 1983:31)

Romero afirma sin dudar que la esencia de nuestra sociedad es profundamente democrática, que la adhesión a Perón ha sido una equivocación, un error de inexperiencia y de indolencia a la vez. Hay aquí dos presupuestos difíciles de comprobar, uno es la esencia democrática de las masas como algo “naturalmente dado” y no como algo a conseguir desde la experiencia concreta en el proceso de formación de la conciencia individual y colectiva de las sociedades y, el otro en consecuencia, el peronismo en su totalidad como antidemocrático o autoritario, el peronismo entendido sólo por y a través de la imagen de un líder demagógico que lo construye de acuerdo con sus fines claros y precisos.

Fines y principios claros y precisos que también tienen en su versión opuesta, los partidos orgánicos capaces de formar la conciencia de los verdaderos intereses de la “masa” y de dar así respuesta a sus necesidades y problemas:

”Afortunadamente, esos partidos existen y parecen comprender la misión que les está reservada. La captación de esta masa de ideales flotantes e imprecisos constituye su más inmediata preocupación; es necesario formular con claridad cuales son los ideales políticos que están indisolublemente unidos a las grandes conquistas sociales... sólo así se podrá vencer el escepticismo que

anida todavía en el espíritu de esa masa amorfa que perdura todavía como resto no revolucionario de ese complejo social; sólo así podrá establecerse, entre la realidad social y los esquemas institucionales, el nuevo equilibrio que requiere la Argentina aluvial, de cuya democracia virtual no podemos dudar.”
(Romero José L. 1983:31)

En este historiador, maestro de algunos representantes del grupo *Contorno*, el problema no es la hostilidad clase media- proletariado, sino la incapacidad de la dirigencia burguesa para canalizar la “identidad democrática de una masa aún amorfa”. La adhesión de esta a aquella y no lo contrario. El autor se pregunta por qué no han podido estos partidos lograr la adhesión de las masas. Piensa entonces, en la adhesión popular al peronismo como incoherencia. Se pregunta más bien no por las razones de la adhesión obrera a Perón sino acerca de cuáles son los móviles que han impedido que esta adhesión fuera orientada por los partidos políticos.

La distancia de dos lenguajes se le aparece como la primera aproximación a una respuesta. Por ello insiste en la necesidad de hacer explícito, “con las palabras del pueblo”, que sus ideales políticos son idénticos a las grandes conquistas sociales anheladas por ese mismo pueblo. En consecuencia, sólo cambiando palabras será posible la comunicación interferida. Su señalamiento será una y mil veces invocado por la izquierda intelectual para dar explicación al divorcio élite-masas.

Ahora bien, la autculpabilización, el ensimismamiento en la búsqueda de razones explicativas, simplifica la complejidad del conflicto en cuestión: si Perón pudo lograr el apoyo popular fue por la utilización eficaz de una retórica convincente y si los partidos democráticos no pudieron hacerlo deben de ahora en más, esterilizados naturalmente del peligro demagógico, modificar su estrategia discursiva.

Por todo ello Romero atribuye el carácter amorfo de la masa a la debilidad de la democracia argentina, y a las instituciones la responsabilidad de corregir “ese vestigio no revolucionario que queda en la sociedad.”

En “La lección de la hora” (1946), escrita inmediatamente después del triunfo electoral del peronismo frente a la coalición democrática, alienta con fuerza la responsabilidad de la acción de ese sujeto transformador al que confiere capacidades extraordinarias y heroicas para dirigir el sentido de la síntesis democrática como expresión de una salvación:

“La hora es, sin duda, de acción, pero no lo es menos de reflexión y de análisis. Ante nuestros ojos se desenvuelve un trascendental fenómeno social que, aunque no nos parece inexplicable, nos obliga a meditar sobre su contenido y su significación. Ciertamente, la derrota sufrida por los partidos políticos populares en los comicios del 24 de febrero de 1946 constituye un grave contraste; pero debemos reafirmar nuestra fe inquebrantable en la democracia y reconocer que hemos errado y que han sido otros- con otros objetivos y otros medios de acción- los que ha logrado conmover a la mayoría del pueblo soberano.

A pesar de ello afirmamos que la masa es pueblo argentino, que no puede ser ni reaccionario ni fascista; y es deber de los ciudadanos democráticos contribuir a esclarecer su conciencia, para impedir que pueda ser arrastrada más y más hacia el precipicio.” (Romero, José L. 1983: 78)

Oscilación entre la exaltación y el escepticismo. Forzamiento de una identidad que le es por sí misma negada y que renuente a la explicación, grita otras verdades:

"Los socialistas estamos lo suficientemente cerca del pueblo para afrontar esta labor con éxito. Conocemos su carácter impulsivo, entusiasta y sentimental, y no nos deprime este transitorio apartamiento de nuestros ideales, que sabemos que son, en el fondo, los suyos. Si una vez, nos fue dado volver a tomar contacto con la masa ciudadana, nos faltó tiempo para medir los estragos de la demagogia y hallar las consignas eficaces para contrarrestarla, nos sobra el entusiasmo y la fe en nuestras convicciones para afrontar de nuevo la labor de esclarecimiento político que ha sido puntual de nuestra acción." (Romero, José L. 1983:81)

La contraposición de dos mundos, uno en su totalidad impulsivo y sentimental y, otro racional y esclarecido.

"Con todo, desalienta comprobar cómo es posible que no haya existido la más mínima capacidad discriminativa en esa masa votante que lleva a los puestos de mayor responsabilidad en los gobiernos y en los cuerpos representativos a muchos hombres que no significan garantía alguna para una política de progreso, puesto que pertenecen a los grupos más reaccionarios del país, cuando no son ejemplo de la más negada ignorancia. Los han preferido frente a figuras esclarecidas de la ciudadanía a quienes les debemos buena parte de nuestro progreso social y político". (Romero, José L.1983: 81)

El peronismo como fascismo

Tres textos que expresan claramente las ideas de Romero sobre el peronismo son tomados aquí para avanzar en las formas con las que el mismo ha sido narrado: *Las ideas Políticas Argentinas* (1959), “La crisis argentina: Realidad Social y Actitudes Políticas” (1959) y “El carisma de Perón” (1973) Tres núcleos problemáticos aparecen al intentar descubrir el trasfondo de “Las ideas”: el peronismo como práctica de ideas fascistas, el peronismo como mero discurso, el peronismo como amenaza popular, consecuencia no querida por los propios factores de poder que consolidaron el régimen estatal.

El peronismo es fascismo. La afirmación es categórica y el relato deja por un momento su matiz romántico sin abandonar la explicación a través de las grandes ideas que guían su argumentación organicista. Un propósito inicial, expresado en la advertencia a la primera edición, nos muestra, tal vez ahora, a un “marxista que se ignora” (Halperín Donghi. 1982:208): “El autor ha tenido muy en cuenta, para dar sólido apoyo a su análisis, las características y la evolución de la estructura económica y social en que hunde sus raíces el mero fenómeno político.” (Romero. 1959:10)

Pero en esta primera obra fascismo y peronismo son una continuidad consolidada a través de la práctica evolutiva de ideas preestablecidas. De este modo al explicar “la línea del fascismo” (Romero. 1959: 227), hace un análisis político desechando las explicaciones sociológicas o económicas. El fascismo es el resultado de la concreción desde el Estado de las ideas impuras. Lo central es el autoritarismo, la prohibición de las libertades, la censura, la opresión del individuo, el estatismo.

Así, la revolución militar de 1943, "echó las bases de un régimen totalitario"(...) "Las medidas fueron inequívocas: se trabó la actividad de los partidos políticos, de los gremios, de las universidades, y simultáneamente se estableció la obligatoriedad de la enseñanza religiosa". Y además... "Acaso para apoyar la debilitada causa del gobierno se pensó en el menguado apoyo de los grupos de obreros amarillos que estaban en relación con la policía; y en un intento más vasto de comprometer las conciencias libres de los trabajadores, el subsecretario de guerra, Perón, fue designado director del Departamento del Trabajo. El fascismo proseguía su avance y entraba en plena tarea de organización"... a medida que se desarrollaba, comenzó a insinuarse cierta peculiaridad que le prestaba la personalidad de su principal propulsor. Perón constituía, sin duda, el más activo de los elementos pronazis del gobierno revolucionario..." (Romero, José L. 1959:243-245)

El autoritarismo ha triunfado sobre el liberalismo y ha logrado su consolidación a través del discurso demagógico arrastrando a sectores identificados con el lumpenproletariado.

El peronismo se convierte así, en discurso político: "Perón descubrió un instrumento de acción inestimable: su capacidad de orador capaz de usar el tono, el vocabulario, y las ideas más apropiadas para convencer a las masas argentinas, y especialmente a las masas suburbanas. Este elemento, cuyo valor acrecentaba la radiotelefonía, había de constituir en lo futuro un imponderable de la política argentina".

Al quedar ausente del relato la historia del movimiento obrero heterogéneo y pleno de discrepancias de ideología y de prácticas (socialistas, comunistas, peronistas), el peronismo aparece como el resultado de la astucia de un líder dotado de condiciones individuales especiales. Y asimismo, esta posición compartida con otros académicos de la época impide hacerlo inteligible como entramado que se construye también con

la potencialidad de la acción creada en ambas direcciones a través de un discurso que no sólo es producido desde el poder sino que nace del saber y del sentir popular.

Al mismo tiempo esta concepción del peronismo representa una concepción de la historia que Romero acierta a identificar y a defender con modo enfático, - nadie puede dudar al leerlo de las posibilidades que, para la comprensión del pasado ofrece su modo de trabajar la disciplina -, pero esas posibilidades están reservadas a quienes ocupan ciertas posiciones de poder, el estado, las instituciones, la historiografía, los intelectuales, en síntesis, “los decididores de ideas.”

Romero cita fragmentos de discursos de Perón declamados dos años antes de su triunfo electoral en 1946. En su interpretación, “con esa plataforma - defendida mediante los instrumentos del poder, Perón logró poco a poco imponer sus consignas fascistas en las conciencias de la masa insuficientemente politizada”: (Romero, José L. 1959:246)

"Todo había sido falseado: la libertad, la ciudadanía, la función directriz, la justicia y la moral. Como consecuencia de ello, nuestro pueblo estaba al borde de perder las fuerzas más ponderables: la esperanza y la fe. (...) La más oscura y venal de las oligarquías en poder del Estado había montado una máquina electoral que dio al Pueblo el derecho de votar, pero jamás el de elegir sus gobernantes.”

La lucha por la ampliación de la ciudadanía también había sido una bandera del discurso de la oposición “democrática”, y también antes de 1943 ésta había llenado de contenido social al concepto. Por lo tanto el discurso demagógico no alcanza a dar respuesta al tantas veces convocado por qué del peronismo. Pero además, si bien en

parte fue discurso, el discurso peronista que por lo demás contenía expresiones tan rotundas como “jamás”, “nunca”, “para siempre”, “nueva era” e “intervención del pueblo en soluciones fundamentales”, desde la acción de Perón del Departamento de Trabajo, tenía su correlato en reformas sociales concretas, apelaba al apoyo - protagonismo popular, y constituía realidades.

Con esa plataforma, discurso de la oposición del cual Perón se apropió, según Romero, introdujo subliminalmente sus ideas fascistas en la masa “inexperta”:
““Buscamos suprimir las luchas de clases suplantándolas por un acuerdo justo entre obreros y patrones - esto es del pueblo- al amparo de la justicia que emana del estado””, decía Perón el 1 de mayo de 1944.” “No dividimos al pueblo en clase para lanzarlas en lucha, unas contra otras; tratamos de organizarlas, para que colaboren con el engrandecimiento de la Patria”” “Esta prédica- revolucionaria y reaccionaria a un tiempo como todo fascismo- fue adquiriendo vigor y terminó por arraigar en la conciencia de ciertos grupos sociales, pertenecientes a la categoría que ha sido calificada técnicamente como lumpenproletariat.”(Romero, José L. 1959:247, 248)

Así, el peronismo está visto como discurso distorsionador del proceso de formación de la conciencia democrática en la totalidad de la sociedad argentina. Pero no es claro por qué Romero cita especialmente estos fragmentos de los discursos de Perón que, vertidos en la Bolsa de Comercio, expresan claramente su intención de garantizar la alianza de clases y diluir sus conflictos bajo “el bien de la patria”, cuando en realidad no está construyendo un relato en términos de clase. Los cita evidentemente para mostrar el contenido fascista de un discurso que perfila un proceso de estatización y de anulación de autonomías en función del “bienestar general”. Pero, atendiendo a la explicación sociológica del concepto o a una explicación marxista surgidas en la misma época, se ve que en la primera con

Germani el peronismo no es estrictamente fascismo debido a que se propone integrar a las clases populares y no a los sectores medios y en la segunda, con Silvio Frondizi, se lo identifica con un tipo de régimen bonapartista y no fascista. De modo que su relato continúa guiado por “las ideas” aunque se introduzca por momentos en explicaciones más analíticas o más cercanas a una interpretación estructuralista.

Finalmente, dentro del proceso de ascenso del peronismo y dando cuenta de su interpretación del 17 de octubre de 1945, Romero sugiere, deja caer de modo casi inconsciente, pero guardando en latencia lo que será mucho después un núcleo de debate en la historiografía argentina, la visión del peronismo como amenaza popular, consecuencia no querida por los propios factores de poder que consolidaron el régimen estatal.

En este sentido, sobre el final de “Las Ideas Políticas” afirma que:

“La doctrina implícita y explícita alarmó a ciertos grupos de las clases medias y de los sectores capitalistas, que se obstinaron en rechazar el hecho social que se imponía ante sus ojos como si no existiera, tal como lo venían haciendo desde 1930. Y además "... Poco a poco, la revolución impopular comenzó a hacerse popular, sin que los políticos ni las clases medias lo advirtieran"... "El orador por antonomasia, el monopolizador de la radio, comenzó a aglutinar a su alrededor a dirigentes gremiales más o menos resentidos y a agrupaciones gremiales justamente desencantadas por la política conservadora que predominaba desde 1930"(Romero. 1959: 247, 248.)

Si en 1943 los militares argentinos tomaron el poder y pretendieron llenar su vacío ideológico con el conjunto de ideas fascistas agotadas en sus países de origen pero con la firme decisión de constituir las en práctica a través del coronel Perón. En 1945 la posibilidad del desvío hacia la “revolución popular” llenó de temor ese vacío inicial.

La referencia a una interpretación contemporánea sobre 17 de octubre de 1945 permite comprender la visión que del acontecimiento fundacional del peronismo se presenta en la narración de Romero.

Siguiendo a Juan Carlos Torre (1995), en la década de 1930, el proceso de industrialización, hace que “las cuestiones de trabajo ganen más relevancia en la agenda pública” y que esta situación como efecto de la postguerra, presente varias alternativas políticas. Una de ellas hubiera podido ser la ampliación de la representatividad y de la transparencia política, “pero con la revolución de 1943, la oferta de alternativas se incrementa y ahora es desde el poder desde donde se intenta influir sobre el perfil histórico de la Argentina.” Esta es la tarea reservada a Perón quien, con una intención más preventiva que innovadora frente al peligro que representaba “el potencial de un ascenso de las corrientes de izquierda”, introduce una política social de inclusión y apertura hacia los trabajadores organizados. Luego, intenta la negociación con el sector empresario a quien compromete bajo la persuasión de que la disminución de su poder patronal se verá compensado por la dilución del conflicto de clases.

Ahora bien, ¿qué fue lo inesperado? ¿Cuál fue el temor? Ese mismo que la coetaneidad de Romero le impide ver: Los militares de 1943 habían puesto en Perón sus expectativas de conducción de un estado corporativo capaz de ganar más peso frente al avance de uno de formación comunista, tal como había ocurrido en los

países centrales europeos. Sin embargo ésta no era la intención de Perón, quien ya había advertido junto a otros sectores del ejército que con el final de la Gran Guerra llegaba también el final de los regímenes no democráticos. Por eso, señala Torre, Perón “se prepara para la hora de las urnas”. En esa disposición llena su discurso de contenido democrático, recrea la idea de ciudadanía social, crea la consigna de igualdad de acceso, consigue el apoyo de los dirigentes sindicales, busca la alianza con las clases patronales e intenta un acercamiento con dirigentes y cuadros partidarios. Algo fracasa en la realización de sus planes. Las clases patronales no temen una revolución social urgente. Le temen a Perón.

En su argumentación sociológica Ricardo Sidicaro señala que aún considerando los cambios introducidos en la acción del estado como consecuencia de la crisis de legitimidad iniciada en el 30 y a su vez, que éstos se produjeron de la mano de un régimen militar - fuerza de interpretación que atrapa y suspende al peronismo en su estigma demagógico - no es posible desentrañar los enigmas que la adhesión obrera a Perón introdujo en el escenario político e intelectual sin hacer intervenir las transformaciones dentro del estado y la politización de los conflictos sociales: "En un efectivo proceso de feed-back, los promotores fueron obrerizando contenidos y formas de su discurso en adecuación con la realidad de su base social" Y luego, "si rechazamos la reducción de las razones del apoyo al peronismo por parte de la clase obrera al mero efecto de ciertos beneficios materiales obtenidos durante el gobierno militar, no por ello dejamos de encontrar relación entre estas medidas y dicha adhesión política. Sin embargo el nexo no debe buscarse en la importancia económica de las consecuencias de la aplicación de esas disposiciones sino en los intensos conflictos sociales que se desarrollaron en torno de las mismas." (Sidicaro, 1998:155,156) La reacción opositora de sectores de las clases propietarias movilizó

la defensa de una clase obrera que se construía de esa manera a través de una unidad en parte nueva, al asumir esas medidas como conquistas propias.

En palabras de Torre: "En todo caso, la fuente de las preocupaciones de los empresarios estaba, más bien, en la propia gestión de Perón, que en nombre de la concordia alentaba la movilización de las masas obreras y exasperaba las tensiones sociales: no era necesaria demasiada sagacidad para advertir en ella la tentativa de convertirse en árbitro de la paz social y de forzarlos a delegar en él todo el poder político."(Torre. 1995:12)

En este contexto se genera el movimiento del 17 de octubre que ratifica el poder de Perón de un modo distinto al contenido en sus planes. Los trabajadores organizados lejos de ocupar un lugar complementario serán uno de los principales factores de poder en el momento de ascenso del peronismo.

Siguiendo la crónica de Torre que señala lo dominante junto con otras interpretaciones, es posible afirmar que durante los días anteriores a la movilización, la oposición política en ofensiva había exigido su rendición incondicional y el entonces vicepresidente del general Farrell había llamado estratégicamente a los sindicatos y a los trabajadores para que acudiesen en defensa de su gestión. En otro apartado del escenario político, el ejército dividido entre camaradas y anticamaradas de Perón, asistirá por primera vez al triunfo de estos últimos en la puja por la conveniencia de ceder o no frente la ofensiva política y Perón, separado de sus cargos el día 9 de octubre será entonces puesto en prisión.

Los relatos sobre el 17 de octubre, movimiento en favor de la liberación de Perón y oficializado años más tarde por el Partido Peronista como "el día de la lealtad", son innumerables en sus variaciones y matices. Desde la expresión popular hasta la aprehensión de la ciencia social y el discurso figurativo de los cuentos literarios, van

desde la visión de una Plaza de Mayo colmada por la espontaneidad popular, a la mera y renovada estrategia de organización militar y sindical que tomó a la primera como base de espectáculo para llenar un anquilosado escenario. Resentimiento y reivindicación, fiesta que iguala (James, 1995), danza orgiástica y nueva cultura de irreverencia política (Halperin Donghi, 1956), ritual de conversión(Plotkin, 1995), momento fundacional (Neiburg, 1995), Casa Tomada (Julio Cortázar, 1949), etc. Todavía hoy la ciencia social se empeña en ponerle un nombre. Pero por encima y con todos ellos lo que predomina en el discurso historiográfico es “que la iniciativa del 17 de octubre partió desde abajo y fue impulsada por la labor de agitación y propaganda de los cuadros sindicales.”(Torre, 1995:17)

Daniel James (1995), aporta su análisis sobre testimonios y fuentes relevados en su trabajo con los obreros de la industria de la carne de Berisso, distrito del Gran La Plata. Trata de presentar, con ese punto de partida una interpretación alternativa al debate dicotómico que se descubre a la hora de entender qué fue lo que ocurrió en el trasfondo del 17 de octubre. Tomando a Torre rebate el discurso del antiperonismo en todos sus ámbitos al tirar por tierra la hipótesis del quiebre entre vieja y nueva clase obrera a partir del momento de inflexión que para el movimiento en su conjunto significaron los sucesos de octubre. Como se ha mostrado en párrafos anteriores, la movilización no fue promovida por un espontaneismo irracional y sin formas, esencial en las tesis que asocian la adhesión a Perón con los nuevos trabajadores. Pero también, intentando encontrar verdades en las fuentes orales descubre que es muy difícil abstraerlas del discurso oficial del peronismo, señalando que en el trabajo con ese tipo de fuentes debe basarse en una reconstrucción que considere qué es lo que se dice en lo que se expresa llanamente y cómo en ello tienen que ver los mitos, amnesias y tabúes, esto es, qué queda retenido en la memoria y por

qué ésta lo hace de esa forma. Así descubre que cuando intenta indagar en actos de violencia tropieza con el silencio de los testimoniantes que sólo dan cuenta del triunfo y de la satisfacción sentida en ese día en que por su fuerza y valor la Plaza de Mayo en pleno consiguió la liberación de su líder. Parafraseando a Eclea Bossi, dice que “la memoria no es nunca, pues, una evocación pura y espontánea de los hechos o experiencias del pasado, tal como realmente sucedieron o como originalmente se los vivenció”. (James, 1995:104) Y que por ello en expresiones como los chistes o los silencios es donde debe hallarse ese pasado implícito. De allí infiere que esa amnesia o renuencia a contestar se debe a la necesidad de mantener el carácter simbólico que para el sostenimiento del peronismo como conquista popular, adquirieron posteriormente esos días de octubre de 1945.³⁴

Habiendo llegado hasta este punto, ¿cuál es el aporte que presenta Romero a través de su narración confiriéndole, junto a otras, estatuto de hecho histórico?

“Un conato de revolución militar obligó a Perón a retirarse transitoriamente del poder y permitió la cuidadosa organización de su retorno a la vida pública en condiciones excepcionales que demostraban el trasfondo de su política y de sus planes. Con la colaboración desembozada de fuertes grupos militares y de la policía, se organizó el 17 de octubre de 1945 una marcha convergente desde los suburbios y los barrios obreros sobre Buenos Aires para exigir su

³⁴ Al respecto, ese carácter simbólico ha sido conceptualizado por M. Plotkin como un ritual del refuerzo al que apelaba Perón cada vez que sus cambios en la política económica y sus concesiones a las grandes corporaciones económicas hacían tambalear la incondicionalidad del apoyo obrero. Sin embargo el comportamiento de la clase obrera durante el peronismo, lejos de presentar pasividad se

“libertad”. El movimiento tenía –en gran escala- la misma estructura interna de otros que anteriormente había organizado la policía para otorgar un poco de calor popular a los actos de gobierno de la revolución de 1943”. (Romero. 1959: 247)

El desenlace del acontecimiento popular es, en su interpretación, coherente con una de las partes en lucha en el interior del combate discursivo que venía desarrollándose desde 1946. Pero en el mismo párrafo aunque de modo poco explícito, esboza por primera vez casi conteniendo en las dos caras de la dicotomía, las claves embrionarias de la compleja naturaleza del peronismo:

"...era inequívoco que ahora existía también un movimiento espontáneo de masas populares para las cuales el nombre de Perón se había transformado en bandera de un movimiento social". (Romero.1959: 247)

Movimiento social cuyo obstinado e imprevisible sustrato sentimental era, para Romero, el “resentimiento popular” que en 1943 había encontrado una ocasión para abandonar su “escepticismo político”. (Romero. 1983: 37)

Sobre el final, hacia 1973 un nuevo triunfo del peronismo, mediado ahora por la larga lucha de su hegemonía dentro de una protesta de izquierda generalizada, por su

mostró reiteradamente conflictivo con la especial peculiaridad de dejar en claro que las protestas no eran contra Perón sino contra sus patrones.

radicalización ideológica desde la fábrica a la universidad, y por el dilema de una clase media peronizada, Romero escribe “El carisma de Perón” (1973).³⁵

"Ganó Perón: éste es el análisis de las elecciones. Ni el Frente ni el Justicialismo, ni el candidato presidencial, ni los gobernadores ni los diputados. Pura y simplemente Perón."

Se pregunta, “¿Qué es Perón?” Deja explícito que saber quién es Perón constituye sólo un dato anecdótico. Cree encontrar la respuesta en el Perón que es a la vez anécdota y significado, parece decir que es una mezcla de contingencia histórica e identidad colectiva persistente a los cambios:

"Allí está la punta del hilo. Para muchos, el carisma es algo privativo del individuo, una particularidad o, acaso, un don otorgado por una potestad divina: tal es el arrastre que esta noción sociológica trae de la teología, de donde la extrajo Max Weber. Pero en términos de la historia social la personalidad individual de quien se dice que tiene carisma no es sino el núcleo de su personalidad social. Quien tiene carisma en cierto grado puede carecer de trascendencia social si la sociedad no lo transforma en el soporte de algo que ella proyecta sobre él. En ese caso el carisma cambia de escala y el que lo detenta adquiere una influencia social multiplicada."(Romero. 1983: 105)

³⁵ Entre 1973 y 1976 Romero escribió varios artículos periodísticos que fueron incluidos en *El drama de la democracia argentina*.

El carisma está en el origen del peronismo como idea romántica del genio y su fuerza creadora junto al conjunto de valores sociales por los cuales adquiere sentido.

Como ha expresado Javier Rodríguez: (1995: 57)

“Sin duda el carisma constituye una categoría de lo histórico. Ocupa el lugar teórico que en los primeros textos de Weber asignaba a la emergencia de valores en la historia. Y, como puede constatare leyendo cronológicamente sus textos, el carisma avanza desde una consideración reducida al ámbito religioso a ser entendido como una potencia de cambio histórico. Pero no es la sociedad la que cambia sino un grupo humano, ordenado y jerarquizado en torno a un nuevo contenido, dotado de virtualidad normativa, que se va imponiendo y generalizando. Sólo por medio de la entrega afectiva de los seguidores, especialmente cuando esto significa la superación de los límites del yo culturalmente definidos en ese momento histórico preciso, puede explicarse el paso de lo individual-subjetivo, en principio extraño, inaudito y marginal a lo general - colectivo como base de una sociedad.”

Pero Romero, incluso buscando en Weber las claves de explicación, queda atrapado en su idea originaria que ubica a Perón, ahora idealizado y engrandecido tras su exilio, como el artífice absolutista de una obra: "En ese caso el carisma cambia de escala y **el que lo detenta** adquiere una influencia social multiplicada."(Romero. 1983: 105)

En Weber no hay tal lógica porque su tesis está asociada a la heteronomía, a la contingencia que fragmenta una evolución necesaria, y en todo caso en sus

explicaciones sobre las afinidades electivas que responden a valores que casi nunca coinciden con los resultados alcanzados (la burocratización del carisma en este caso), habría que encontrar significado.

De algún modo lo que Weber había pronosticado era muerte del sujeto individual, la rutinización del carisma como efecto de la racionalización instrumental y su contradicción respecto de las formas de organización solidarias.

De ahí que la concepción del carisma en Romero sea romántica en el sentido del genio que emprende misiones sobrehumanas que, en el caso de esta interpretación, han sido emprendidas por un demagogo, pero que también pudo ser lo contrario. En ambos casos es la heroicidad la que impulsa la acción social.

¿Por qué Perón? Aún despejando todas las posibilidades analíticas, su discurso, sus vocablos, su evocación por la cultura popular, sus intenciones, sus posibilidades exteriores para la concreción de una política de reforma social profunda, sólo queda esa afinidad señalada por Weber para el desarrollo de la acción social. Cósmica o irracional, teológica, mítica como un desafío a la racionalidad.

"Parece evidente que, para rastrear el significado profundo de la decisión de la mitad del electorado a favor de Perón, lo más importante es establecer el contenido de aquella proyección. Esto es establecer la significación del Perón simbólico. La respuesta no parece difícil. Perón simboliza una rebelión primaria y sentimental contra el privilegio. Y Eva Perón más que él" (...)

“Pero ahora es sólo él purificado y hecho espíritu por la lejanía. Esta es la fuerza de su nombre. Y esto es lo que tiene de grande la decisión de quienes han preferido seguir manteniendo tal opción, porque más allá de sus

implicaciones socioeconómicas, y más allá de las esperanzas concretas de cambio, supone una condenación del privilegio.” (Romero.1983: 107)

Aquí, su primera referencia a Eva Perón y con ella al contenido emocional de la experiencia histórica y concreta de dignificación que tras siglos de marginación, el peronismo materializó desde el Estado. Interpelación que construyó históricamente la estructura del sentimiento. “Rebelión primaria y sentimental contra el privilegio”, impulso emocional, imposibilidad de superación y a la vez de olvido.

Una visión de la personalidad colectiva argentina tras los “ciclos de ilusión y desencanto”

Desde sus escritos sobre la Argentina Aluvial, Romero pregunta con insistencia al pasado tratando de reconstruir el carácter de una personalidad argentina. Dos opuestos culturales alcanzan su síntesis entre 1860-1880 y vuelven a desintegrarse hacia 1880 a través de la masividad de la afluencia inmigratoria.

Sobre sus preguntas al pasado construye un relato de la marginación que tiene un principio, la colonización española y un fin, la protesta encarnada en la adhesión a Perón.

“Como atrás de Yrigoyen, ahora irrumpen detrás de Perón para gritar una protesta. Una protesta, nada más. No para exigir el sistema de cambios que podrá poner fin al primado del privilegio.”(Romero. 1983: 109)

Sin duda la historia avanza interpelada por gritos de protesta, pero no es igual el de los aborígenes, criollos y mestizos frente al pacto colonial, ni el de los trabajadores inmigrantes y nativos frente a la indiferencia del orden conservador, ni el del movimiento obrero de apoyo a Perón. No puede haber una historia de los marginados sustraída de otros grupos que no lo son en el orden del privilegio. De lo contrario sólo la erradicación del privilegio consolidaría un mundo de cohesión social armónica.

Así, las sucesivas crisis argentinas resultan de ese modo incomprensibles:

“Argentina está en crisis. Es un país de abundantes riquezas naturales, con una población escasa si se considera la vasta extensión de su suelo, sin grandes problemas raciales y sin una atormentada historia que perpetúe rencores legendarios. Su paisaje es extremadamente variado; hay en él cordilleras de imponente altura y de adusta grandeza, cataratas enormes, ríos inmensos, pero dentro de un tono homogéneo y mesurado. No es un país de pasiones ni de ambiciones desatadas y parecería que la modernización es su ley. La riqueza es relativamente accesible y aun a aquellos a quienes les está vedado llegar a tenerla, le es permitido disfrutar de la esperanza de conquistarla. Es, sin duda, un país un poco retórico y formalista. Más que sensible, parecería sentimental. Por tradición, ha buscado siempre las soluciones intermedias, no sin cierta finura para la elaboración de las fórmulas. A los argentinos les ha parecido siempre que era un país destinado a alcanzar cierto tipo de equilibrio, que muchos consideraban que se confundía con la felicidad.”(Romero. 1983: 40)

Dotada de tantos recursos naturales la Argentina de su descripción parece contener la felicidad en el camino de su destino. Como si el signo de las crisis fuese el paso del tiempo que malogra la belleza exterior de una Argentina que, nacida para ser virtuosa, por obra extraña a la acción humana terminara desintegrándose. Idealización de un pasado cuya potencialidad encarnada en el tiempo presente desilusiona.

“Y sin embargo. Hace alrededor de tres decenios que Argentina está en crisis, y la tradicional imagen que los argentinos tenían de su país cuyo rasgo predominante era la modernización y la placidez- comienza a desvanecerse para dar paso a otra de perfil más preciso. De trazos angulosos y violentos, y con un gesto de acritud apenas disimulado en su fisonomía. Con eso, la crisis empieza a ser considerada aún más grave de lo que es en realidad, porque asoman los signos de la desilusión, que es, por sí misma, un factor desencadenante de crisis. A la placidez ha seguido el desasosiego. Y en esas circunstancias se hallan sumidos los argentinos, unánimes nada más que en su desconcierto.”(Romero. 1983: 41))

Todo su relato refiere de modo constante a esa estabilidad de la Argentina previa a 1880. Estabilidad y prosperidad. La imagen del granero del mundo. Pero su tono no es melancólico, incluso la era aluvial es descrita a través de las cifras, con su cara próspera y su contracara riesgosa, mostrando el endeudamiento y descubriendo su ficción, el fraude y la indiferencia social. La función del historiador para Romero es alertar, mostrar lo que los demás no podemos ver y por eso anticipa que el problema ha sido la democratización acelerada de las masas, inadecuada al ritmo lento de las

instituciones que es tan necesario como posible reparar. Aún así la Argentina de su imagen es semejante a un romance que finaliza con el tono sombrío de la tragedia.

Antes de este desenlace, Romero, vuelve a buscar la explicación en los actores, en este caso, en el orden político. Recorre las diferentes formas que éste ha adquirido desde poco antes de 1930. Así, los intentos de ampliación de la representación democrática frustrados por la elitización de las instituciones - la separación de lo político - y, sobre todo por el peso de las dictaduras militares, se han alternado pendularmente, impidiendo la posibilidad de canalización de “esa esencia profundamente democrática de las masas argentinas.”

“Todo ha fracasado. Esta comprobación estimula en algunos el desaliento y en otros despierta cierto optimismo, porque si bien implica que se han frustrado ciertas posibilidades de normalidad o regularidad institucional, es evidente que no han logrado consolidarse-como en España, por ejemplo-situaciones anómalas disfrazadas de normalidad.”(Romero. 1983:42)

En el centro mismo del sistema político argentino fundado en la doble mediación - corporaciones y partidos políticos - entre la Sociedad y el Estado (Ansaldi. 1993), se hallan las causas de su crisis. Por ello Romero dice:

“Lo que se ha perdido es la comunicación, la posibilidad de coincidir. El signo visible es la crisis de los partidos políticos. En breve tiempo, todos se han dividido y muchos de ellos por razones difícilmente comprensibles, pues no se advierte la oposición fundamental que separa los distintos sectores. A la

pérdida de fe en los partidos políticos acompaña una pérdida de fe en los hombres.”(1983:43)

La idea de un proletariado nuevo, portador de una aspiración individual de ascenso, lo ubica junto al conjunto de las interpretaciones sociológicas de la época:

“No hubo, en modo alguno modificaciones en la estructura, pero, sin duda, el nuevo proletariado realizó una experiencia profunda que le dejó saldos favorables y desfavorables. Sin duda profundizó su conciencia de clase, rompió innumerables prejuicios que aseguraban su dependencia, conquistó una posición de paridad en sus enfrentamientos con los órganos empresarios y adquirió cierta noción de su dignificación política. Pero en el proceso de la politización del movimiento obrero, el nuevo proletariado retardó la definición de su línea autónoma de orientación política.”(Romero 1983:55)

Pero lo relevante es que ese nuevo proletariado conforma, en su relato, una nueva personalidad cuyo carácter se expresa como imagen identificatoria de la Argentina en su totalidad. Su modo de explicación organicista se consolida en la medida en que una parte mayor, la personalidad argentina, aglutina a las otras. Pero esa personalidad no es la manifestación de su “esencia democrática”, sino la extrema confianza en la eternización de una prosperidad que le es dada, así como la adhesión sentimental a un liderazgo autoritario. La idea o la meta que rige su relato, cuya trama adquiere un tono trágico, es, sin embargo, la posibilidad de hallar en la larga experiencia del pasado, las potencialidades de un futuro de cambio. El historiador es fatalista y optimista a la vez porque en el primer caso, “los procesos históricos tienen una lógica

propia que difícilmente pueda cambiarse”, y en el segundo, “porque es preciso reconocer que la historia de la humanidad ha mejorado en todo sentido”. (Romero en Félix Luna. 1976: 164)

Sobre el final de su relato, “la tensión” entre el trasfondo trágico y la resolución romántica nos deja ver un drama que tanto en 1955 como en 1974 cae junto con las dos caídas de Perón. Así, en 1955, la caída de Perón es la oportunidad para el romance de la libertad: “el aprendiz de brujo, el artista modelador de un pueblo que se ofrece, el dictador que planea y ejecuta sobre la base de un poderoso aparato de fuerza, el demagogo que apela a su voz viril y a la voz gutural de Eva Perón y que llega así a la zona de los instintos, un día cayó sin gloria. Nada quedó en poco tiempo de las estructuras corporativas que el dictador creara...” (Romero. 1959: 254)

Y hacia 1973 “con el último peronismo”, las dos fuerzas de un conflicto cuya manifestación definitiva esta vez Perón no tuvo, con pocas palabras en una síntesis de enorme significado, Romero expresa todas las aspiraciones que el retorno del “héroe” representaba para una mayoría a la cual no pertenecía.

“El Verano caliente entre 1972 y 1973 presencié manifestaciones exaltadas y oí discusiones vehementes en las que adquirieron un significado irrevocable y mesiánico los llamados a la revolución, a la liberación, a la reconstrucción nacional. El verano caliente oí hablar a unos de Argentina potencia y a otros de socialismo nacional. Oí hablar de prodigiosas inversiones de capitales extranjeros y de implacables nacionalizaciones. Oí hablar de comandos tecnológicos y de comandos de organización. Oí hablar con respeto a viejos franquistas de los regímenes de Chile y de Cuba. Se oí comparar al conductor con Mao y al largo exilio con la larga marcha. Se oí decir que

nada importaban las contradicciones porque el conductor las resolvería a todas, unas veces con alardes de ingenio y otras mediante actos de poder"..."
"el viejo no supo..." (Romero. 1983:124)

Sin embargo, antes del final sombrío de un relato que nos recuerda la acción de un héroe que, excediéndose en sus posibilidades, desata otras fuerzas mucho más implacables, retoma el hilo perdido de una trama en romance.

"En Argentina no ha habido sólo un aprendiz de brujo capaz de desatar procesos sin saber luego cómo encauzarlos. En términos de responsabilidades históricas todos lo somos un poco. Argentina es un país rico y fuerte, pero el mito de su riqueza y su fortaleza sobrepasa la realidad. Los argentinos creen que todo puede hacerse pero está probado que hay límites...La primera revolución que hay que hacer es una revolución mental que nos ponga en claro acerca de nuestras posibilidades como conjunto social y despierte en nosotros el sentido de la responsabilidad. No hay política que pueda alimentarse sólo de reacciones sentimentales."(Romero. 1983: 125)

Ni el Partido Socialista, ni el triunfo de las ideas perfectas como síntesis de la democracia ni, en su opuesto, Perón con su carisma, logran constituirse en el sujeto transformador metaforizado por Romero. Pero como antes en Carlyle y Michelet, el héroe no se queda a un lado contemplando la desgracia, sino que recupera el sentido de su meta bajo la imagen heroica del historiador militante, que sugiere la forma con la que un pueblo nostálgico, puede alcanzar, en un futuro, la democracia ideal.

Su trama romántica, su argumentación organicista y su utopía liberal, nos permite distinguir un relato que así disuelve las tensiones que su particular prefiguración exige, bajo la coherencia formal de la metáfora como tropo dominante en un discurso esencial para la construcción de la conciencia histórica de la Argentina del siglo XX.

“La vida histórica no se alimenta de retornos sino de creaciones. Hay que crear ideas, soluciones, proyectos. Crear algo que se arraigue en la experiencia de hoy y que se proyecte hacia el futuro. Crear una política liberada de los fantasmas, de las reivindicaciones, de las nostalgias; apegada a situaciones reales y desplegada en una proyección prudente y audaz. La solución de las crisis sociales son siempre decisiones políticas.”

(Romero.1983: 125)

Capítulo 5. Gino Germani. “Una lectura más sobre el problema de la “Integración””.

Dos obras son centrales en las formulaciones de Gino Germani sobre el peronismo: el libro *Política y Sociedad en una época en transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas* (1962 - 1971), y el artículo, “Hacia una sociedad de masas” (1965)³⁶. En este último, en un apartado dedicado a “las paradojas argentinas”, Germani reproduce gran parte de las interpretaciones reunidas en *Política y Sociedad*. Es en este libro donde incluye “El autoritarismo y las clases populares”, una publicación aparecida en las actas del IV Congreso Latinoamericano de Sociología en Santiago de Chile en 1957, y de donde se desprende toda la polémica historiográfica posterior. Asimismo su hipótesis sobre “la integración política de las masas y el totalitarismo” había aparecido antes de *Argentina Sociedad de masas*, en un folleto (1956) y, en la revista venezolana *Política* en 1961.

En este capítulo, dedicado al análisis de estas obras, ampliaremos las referencias acerca de su proyecto como investigador de la realidad social argentina y gestor del campo disciplinario que dio origen a la Sociología en el país. Estas referencias iniciales permiten comprender la elección de las estructuras narrativas con las que Germani prefiguró el campo histórico circunscrito a la Argentina de la primera mitad del siglo XX, y distinguir, a través de ellas, su modo de explicar dos problemas fundamentales con los que organizó su relato y, por ende, su interpretación sobre el peronismo: integración y desviación. Estos conceptos engarzados bajo una

argumentación formal mecanicista, se muestran, en su historia, como resultados atípicos en el transcurso necesario de sucesivas etapas que, como leyes histórico - sociales, se cumplen en la mayoría de las sociedades. De esa lógica formal, “sancionada” por un tropo metonímico que confiere coherencia a su discurso, se deriva su trama en tragedia, y de ésta, transgrediendo la tipología whiteana pero acorde con sus variaciones, su posición ideológica liberal.

Como se ha visto, Gino Germani dedica su esfuerzo a la tarea de “disciplinarización” de la Sociología Argentina cuando los debates acerca de la identidad de la Sociología Histórica aún no han alcanzado un lugar de preeminencia dentro del mundo académico.

El acercamiento entre ambas disciplinas consiste, entre otras cosas, en esa tarea de disciplinarización que Germani se propuso realizar partiendo de la dimensión histórica de los “dilemas nacionales” que hasta el momento, según su punto de vista, no habían tenido respuestas satisfactorias de los científicos sociales.

Desde fines del siglo XIX y principios del siglo XX, la Sociología que se realizaba en la Argentina era un subcampo de la filosofía o de la economía. El mismo Germani historiaba la evolución de la disciplina y señalaba en 1968 cómo, hasta 1930, las corrientes de pensamiento dominantes eran las correspondientes al positivismo de Comte a Durkheim Pocos años después, Simmel se hacía un lugar y el intuicionismo filosófico se arraigaba como método propio del pensamiento sociológico. Esta “ciencia del espíritu” se diferenciaba así de otra más empírica que, identificada con la sociografía, se dedicaba a una actividad de orientación más bien cuantitativa.

³⁶ Torcuato S. Di Tella, Gino Germani, Jorge Graciarena y colaboradores. *Argentina, sociedad de masas*. Buenos Aires. Paidós, 1965.

La economía incorporaba algunas técnicas y enfoques de la disciplina sociológica que se impartía en la Facultad de Ciencias Económicas, y realizaba algunos análisis estadísticos que bajo la dirección de Alejandro Bunge, aparecían en las ediciones de la *Revista de Economía Argentina*. Esta orientación económica que congregaba a grupos tradicionalistas, católicos y conservadores, se verá después, hacia los años 40, limitada por la actividad del Instituto de Sociología donde, dentro de la Facultad de Filosofía y Letras, comenzó Gino Germani sus trabajos de morfología social.(Neiburg: 1997: 162-165).

La relación entre la reflexión teórica, la observación de los datos sobre la morfología social argentina, y sus fuentes hasta entonces desconocidas en el país: Durkheim, Aron, Fromm, Mannheim³⁷, ejercerán gran influencia en las investigaciones posteriores dedicadas al estudio de la realidad argentina. Y al mismo tiempo distanciarán a Germani de un tipo de análisis social al que consideraba como “un exceso de reacción contra el positivismo.”(en Neiburg. 1995:260). Así, desde los años 50 combatirá contra los intelectuales, por su tradición espiritualista del análisis social. Como señala Federico Neiburg, “su principal enemigo no era la tradición diltheyana en abstracto, sino sus consecuencias prácticas en América Latina”; en palabras de Germani, “el intuicionismo, la confusión entre ciencia y conciencia, que, permite incurrir en el error de asumir como dado lo que es construcción y de substituir por meras ilustraciones lo que debe ser verificado.”(en Neiburg.1997:177)

³⁷ Federico Neiburg, en nota, da cuenta de la atracción que Germani sintió hacia la Psicología Social y la amplitud de las obras de las que escribiera su prólogo y se ocupara de su edición en la Argentina durante los años peronistas: *El Miedo a la libertad*, de Fromm; *Estudios de Psicología Primitiva* de Malinowski; *Psicoanálisis y sociología*, de Hollischer; *El carácter femenino*, de Klein y *Espiritu, persona y sociedad* de G.H. Mead.

La combinación de comprensión y verificación había sido su propuesta metodológica para la sociología científica. Por eso se empeñaba en separar lo que era ensayo del estudio sociológico y aún filosófico, cuestionaba duramente el “irracionalismo” de Francisco Romero, y consideraba un paso intermedio entre la erudición y el ensayo los escritos sobre historia argentina de José Luis Romero. En ese combate metodológico que era también un combate político en un momento (1952- 1955) en el que los intelectuales tomaban posición respecto del peronismo, lo que más le interesaba a Germani era la construcción de un campo académico formado a partir de esa nueva forma de construir el análisis social, desde la Historia Social, la Sociología o la Filosofía, y no tanto la disputa política. (Neiburg. 1997:179).

Ya hemos señalado cómo el surgimiento del peronismo ejerció sobre el investigador un doble impacto de rechazo ideológico y acercamiento científico³⁸. Germani insistió ante sus contemporáneos acerca de la necesidad de abordar como una novedad social e histórica al fenómeno peronista y sobre la urgencia de dar tratamiento sociológico a los cambios sociales que se proyectaban sobre la historia

³⁸ “Anomia y desintegración social” es un artículo que Germani publicó en 1945 donde muestra un gran esfuerzo teórico. En él, en diálogo con Durkheim, Aron, Fromm y Mannheim, desliza la angustia con la que vivía los tiempos de cambios, y la percepción de la historia como una sucesión de catástrofes y de desintegración en su tránsito a la modernización occidental. La anomia era la consecuencia de la modernización y ésta la causa posible o el peligro de la inelasticidad de las actitudes sociales que podrían originar desorientación y dispersión, en los individuos, “una situación de viajeros en sentido cultural”. (en Neiburg. 1997: 170)

argentina del momento.³⁹ Por eso, *Política y sociedad*, es el resultado de un proceso de búsqueda histórica a través de la que pudo encontrar algunas explicaciones a las situaciones de cambio que se presentaban en la Argentina durante los años de ascenso del peronismo al poder. Así, la advertencia a la 4ª edición comienza con esta consideración: “el propósito de estudiar algunos aspectos del proceso de cambio que estamos viviendo.” (Germani.1971:12).

Estructura social de la Argentina es el libro que, publicado en 1955, muestra el esfuerzo de Germani en la búsqueda de rigor metodológico. La obra está de algún modo dedicada a aquella sociología científica en la que él pensaba para la Argentina. Ya ha sido analizado, (Camarero,H. 2000:31-32) cómo Germani prioriza dentro de la estructura social los aspectos materiales de los grupos, es decir, sus rasgos demográficos y económicos. Y también cómo el sociólogo veía la ocupación en tanto rasgo dominante para la percepción de una clase que adquiriría una forma o estilo de vida común. Juicios de valor y modos de existencia eran tratados por Germani como fenómenos estructurales a partir de los cuales era posible separar y categorizar las diferentes capas sociales. Pero ahora, dejando de lado estos aspectos de su obra, analizaremos qué sociología y qué historia intentó acercar Germani, valorándolo dentro del contexto de su época.

En la década del 50 Germani descubre, junto con José Luis Romero, la relevancia de la Historia Social. En esa Historia diferente a la que le había mostrado Ricardo

³⁹ Emilio de Ipola en su trabajo sobre “Ruptura y continuidad. Claves parciales para un balance de las interpretaciones del peronismo.” Buenos Aires. Desarrollo Económico, v. 29, N° 115, (octubre-diciembre 1989), clasifica la interpretación de Germani dentro de la variable de continuidad teórica respecto de las interpretaciones del pasado, y de ruptura histórica respecto del énfasis puesto en el origen de una nueva clase obrera junto al surgimiento del peronismo.

Levene y a la que Romero identificaba con las mentalidades, encontró Germani puntos de cercanía con la Sociología. Esa Historia Social que había nacido cuando Lucien Febvre exclamaba hacia 1940, “la historia no es económica y social, ella es sin más, social”, no era propiamente Sociología Histórica, sino un intento de jerarquizar el estudio de los comportamientos sociales en proceso y de abandonar la preeminencia de la historia decimonónica centrada en los individuos y en los acontecimientos políticos. Pero era el inicio del proceso de identificación que van a lograr después ambas disciplinas.

El problema de la integración, la tesis de la “disponibilidad” y de la “desviación” bajo una imagen metonímica.

En su argumentación, Germani parte de una matriz de la que desprende lógicamente la explicación causal de los hechos: el problema de la integración. Así fija sucesivas fases por las que transcurre la historia de Argentina, y a través de ese problema resuelve la explicación de la crisis de la expansión de la economía primaria agroexportadora, y de la estabilidad de “la democracia limitada” en 1930. Como sostiene Federico Neiburg, “Germani mostraba un mundo pleno de fragmentos, asincronías y dualidades: sistemas de valores desajustados en relación con las realidades, poblaciones presentes en la sociedad y en la economía pero ausentes de la política.” (1997:97)

La asincronía, como verdadero problema, había sido ocasionada por el proceso de cambio de la estructura social agraria, y por la consecuente migración interna de los trabajadores rurales, atraídos a las ciudades por la rápida industrialización del período de entreguerras. Esa población - clases populares en su vocabulario - había sido integrada social y económicamente como operaria en los márgenes fabriles, pero

no dentro del sistema político, y por esa razón había quedado en estado de “disponibilidad” para la emergencia de un liderazgo de tipo carismático autoritario.

En la observación del campo histórico así ordenado, Germani trataba de encontrar las razones causales de esta “disponibilidad”. Su explicación, semejante al que de ella hacían los historiadores de la época, - José Luis Romero -, seguía una línea evolutiva representada por el tránsito de las sociedades tradicionales a las sociedades modernas. Y esa evolución había sido necesariamente el camino de todas las sociedades que, con sus particularidades históricas, habían atravesado para el logro de su modernización. En este tránsito, la asincronía de la Argentina presentaba una paradoja, y ésta un problema a resolver:

“La evolución política de la Argentina puede describirse en base de una serie de etapas o fases, de acuerdo con un esquema que en términos generales resulta también aplicable a los demás países latinoamericanos (...) este proceso es parte de un cambio más general, a saber, la transición desde algún tipo de estructura tradicional hacia algún modelo de sociedad industrial. En este sentido, el proceso de modificación de la estructura política tiene puntos de contacto con los procesos análogos ocurridos en Occidente en los países de industrialización temprana. Sin embargo se aleja de ellos en mayor o menor medida, dependiendo de la peculiaridad del cambio a la vez de las circunstancias históricas de cada país, del momento en que se inició la transición (y del clima ideológico y social reinante al nivel internacional en ese momento), de la rapidez de la transición misma y de otros factores. En el caso de la Argentina, la transición se acerca, por cierto, a la de los países de industrialización temprana, es decir, al llamado modelo occidental, y esta

analogía es aplicable con mucha mayor aproximación que con respecto a todos los demás países de América Latina (con excepción de Uruguay y de Chile). Sin embargo, es precisamente la Argentina quien presenta “desviaciones” en cierto sentido paradójales.” (Germani.1965:206)

Sus conclusiones para la Argentina son el resultado de un trabajo comparativo que aparece dentro de *Política y Sociedad*, y esa comparación es la que le permite postular la “paradoja argentina”: país avanzado dentro de los subdesarrollados y a la vez situado en una posición intermedia en relación con los países europeos de industrialización temprana. La crisis y la inestabilidad política convierten, según Germani, a la Argentina en un caso en “extremo raro”, y su rareza se debe a razones de tipo particular. Sin descartar otros fenómenos, Germani señala con precisión la presencia distinguible de cuatro factores determinantes de esa particularidad. En primer lugar, la rapidez del crecimiento de la sociedad en su conjunto que, en un período relativamente corto, habría producido un cambio de una magnitud sin paralelo entre los países en los cuales la transición se dio espontáneamente de acuerdo con el tipo occidental⁴⁰(Germani. 1965:297-208). En segundo lugar, la modernización de la estructura social que también fue extraordinariamente rápida, pasando de un patrón dual de estratificación a uno multiclase hacia 1900. En esta nueva estratificación compleja, Germani visualizaba a una clase media numerosa, y por lo tanto constituida como fuerza económica y política, concentrada en las áreas

⁴⁰ Las fuentes que presenta muestran que la población del país aumentó 10 veces en 90 años, entre 1870 y 1960.

de mayor peso, como el litoral. También observaba en esta época a “un proletariado urbano de tipo moderno”, y a una población casi totalmente urbanizada⁴¹. El tercer factor, lo constituye sin duda la abrumadora y sostenida afluencia de inmigración extranjera a lo largo de ciclos diferenciados que, de acuerdo con las coyunturas internacionales, y junto con Australia, hizo de la Argentina uno de los pocos países en el mundo con una población en su mayoría extranjera. Si bien la proporción para todo el país no superaba hacia 1914 el 50 % de la población total, en las áreas del litoral, “más significativa para la vida de la nación”, la población de varones adultos extranjeros fue mucho mayor que la de los argentinos, “había cuatro extranjeros por argentino en Buenos Aires.”(Germani.1965: 209). El cuarto factor fue el crecimiento económico, la contracción de la inmigración ultramarina y la drástica reducción de la natalidad hacia 1920-1930.

La detección de estos hechos y su comparación con otros países latinoamericanos, lo llevó a denominar las etapas de su relato histórico de acuerdo con sus rasgos políticos dominantes: así una “Sociedad Tradicional” fue sucedida por una “Democracia representativa con participación limitada”(1880-1916), ésta por una “Democracia representativa de participación ampliada” (1916-1930), y una última de “Transición hacia un régimen con participación total” que, según sus análisis comprendía una etapa de “regresión “artificial” a la democracia con participación limitada (gobiernos conservadores: 1930-1943), luego, “intentos totalitarios y establecimiento de un régimen nacional popular”: (peronismo 1943-1955).

⁴¹ Las revisiones posteriores sobre el concepto de clase han relativizado la existencia para esa fecha de una clase media constituida de ese modo, como también de un proletariado urbano conformado

En lo que respecta a la etapa que nos interesa, “Transición a un régimen con participación total”, el escepticismo al que condujo el retorno del fraude y la exclusión política durante la restauración conservadora (1930-1943), es, en su explicación, una causa importante que ocasiona la derrota de los partidos políticos tradicionales por el peronismo en 1946. Pero su argumento enfatiza el proceso de las migraciones internas del campo a las ciudades, destacando su intensidad pico entre 1935 y 1947. En comparación con el período de inmigración extranjera (1880-1930), indica que si bien fue semejante, el primer proceso se caracterizó por ser mucho más lento y porque sus masas migratorias no provocaron cambios políticos sino después, a través de la presión política que sus hijos ejercieran hasta alcanzar la universalización del sufragio⁴². El segundo proceso, y aquí se halla el núcleo de todo el debate historiográfico, movilizó rápidamente y “transformó súbitamente a peones rurales, artesanos o personal de fatiga, en obreros industriales que adquirieron significación política sin que al mismo tiempo hallaran los canales institucionales necesarios para integrarse al funcionamiento normal de la democracia”. (Germani. 1965:225).

Lo interesante es ver a qué razones atribuía Germani esa disponibilidad que de ningún modo, a nuestro parecer, ubica a estos sectores en una posición de pasividad respecto de los cambios que más tarde se producirían dentro del sistema político estatal:

como tal, no obstante podemos hablar de clase media para 1930 y también de clase obrera para el mismo momento.

⁴² Es esta una manera de definir el cambio que en sistema político se operó hacia 1912. Germani pone el énfasis en el movimiento que, desde el interior de la sociedad, a través de la Unión Cívica, resquebrajó el ya debilitado régimen conservador. (1980-1916)

“La política represiva de los gobiernos desde fines del siglo pasado hasta comienzos del presente, la ambivalencia y relativo fracaso de los gobiernos de la clase media entre 1916 y 1930, las severas limitaciones al funcionamiento de la democracia después de esa fecha y el general descreimiento y escepticismo creados por toda esta experiencia, unidos a la ausencia de partidos políticos capaces de proporcionar una expresión adecuada a sus sentimientos y necesidades, dejaban a estas masa en disponibilidad, hacían de ellas elemento dispuesto a ser aprovechado para cualquier aventura que les ofreciera alguna forma de participación.” Germani. 1965:226)

La carga connotativa de los términos - que también han sido tomados para ironizar sobre su científicismo - autoritarismo, totalitarismo, aventura, se afilia con las interpretaciones de la época y tiene resonancias de discurso comprometido con el antiperonismo de los académicos del 55, pero creemos que Germani está poniendo el peso de su explicación en una crítica al funcionamiento de las instituciones más que a las características de las “clases populares”. No hay un análisis del comportamiento del movimiento obrero y de la organización sindical en esos años, ni de su capacidad de interpelación. Pero esta es una interpretación posterior, que en los años 70, en un contexto socio - político diferente, condujo a nuevas hipótesis sobre su teoría a las que, como se verá más adelante, Germani contesta en 1973.

La interpretación de Federico Neiburg contribuye a reforzar esta posición cuando extrae de Germani las consecuencias de esa integración como resultado perverso de las intenciones de las élites dirigentes:

“el peronismo había dado una pseudo- solución totalitaria para el problema de la integración porque la realidad no lo solucionaba. Fuera apenas una tentativa condenable desde el punto de vista moral y político, una integración perversa, cuyo único mérito había sido el de revelar la gravedad de la crisis. Y la causa de la perversidad, esclarecía Germani, no debería ser atribuida a irracionalidad de las masas, mas, al contrario, a escasez de alternativa proporcionada por los dirigentes.”(Neiburg. 1997:98)

No es posible pasar por alto la construcción de un relato en el que resulta significativa la conexión del modo irónico (o el peronismo como “aventura” capaz de conducir a esas masas en disponibilidad), con la descripción inmediatamente posterior, o “mientras tanto”, de la expansión del nazismo europeo: “mientras tanto, una nueva intervención militar en 1943, esta vez de abiertos propósitos totalitarios, interrumpió la experiencia conservadora de democracia limitada por medio del fraude.”(Germani. 1965:226)

Pero Germani, apartándose del relato lineal del peronismo como fascismo, hacia otro basado en el análisis de las clases sociales y su adhesión política, señala que “el tipo de masas “disponibles” para su utilización como la base humana de un movimiento totalitario, estaba muy lejos de prestarse a un experimento fascista de tipo clásico.”(Germani. 1965: 226).

Lo que a Germani le interesa es analizar las contradicciones que, de acuerdo con sus argumentos, presenta el peronismo como fenómeno paradójal. En este sentido, se pregunta por qué la mayoría excluida pudo, por primera vez después del golpe militar de 1930, acceder libremente a la expresión del voto popular bajo un régimen

de tipo autoritario: “ un movimiento de tipo fascista desembocó en un régimen de indudable carácter totalitario, pero dotado de rasgos muy distintos de su modelo europeo, un tipo de autoritarismo basado sobre el consentimiento de apoyo de la mayoría, que por primera vez en 16 años pudo expresar su voto e elecciones regulares”.(Germani. 1965: 226)

Ahora bien, la tesis de la “desviación” se encuentra más explícitamente desarrollada en *Política y sociedad en una época en transición*. Allí su esquema de análisis de la “realidad socio-cultural”, consiste en la directa correlación entre posiciones dentro de la estructura social (ocupación, status social, status económico u otro determinante análogo) y tipo de ideología predominante en cada uno esos sectores. La fuerza del análisis enfatiza esta correlación o “adecuación social”, aunque también considera la posibilidad de variaciones entre estas sincronías o su imperfección.

Conducido siempre por el problema de la integración, estudia las actitudes autoritarias de sus “ portadores humanos”, y para ello toma a la ideología como problema dentro del que distingue dos planos: “ uno estructural en el que se estudian las ideologías, como hechos socioculturales objetivados, y un plano psicosocial: las ideologías en cuanto efectivamente sustentadas por los sujetos humanos.” (Germani. 1971: 171)

A partir del análisis sobre resultados electorales y encuestas de opinión llega a la conclusión de que “mientras las clases populares tienden a orientarse hacia los partidos y las ideologías consideradas de izquierda, las clases medias y altas se orientan hacia las consideradas de derecha.”(Germani. 1971:175) Se observan entonces, como “desviaciones” los comportamientos de las clases que escapan a esta tendencia, como los sectores populares que se orientan hacia ideologías de derecha o

movimientos populares de izquierda que incorporan fuertes elementos de clase media y alta.

Dentro de este esquema de razonamiento “causal – funcional” (Germani. 1971: 178), estas desviaciones se perciben implícita o explícitamente como “anormales”. Pero, dice Germani, “las explicaciones en términos de “ falta de educación”, “ engaño” o bien según un diferente enfoque teórico, de “ irracionalidad” o “ falsa conciencia”, responden en realidad a un planteo de esa naturaleza”(...)“No discutiremos aquí la legitimidad de tales formulaciones – que por el contrario nos parece que pueden resultar extraordinariamente fecundas dentro de ciertos límites...” “Sin embargo, es necesario advertir que – aún cuando empleemos diferentes categorías – el carácter del problema que se estudia se halla evidentemente vinculado con la misma perspectiva que origina aquéllas: aunque **se elimina toda connotación que podría ser valorativa (normalidad - anormalidad, racionalidad -irracionalidad), con todo percibimos una norma definida estadísticamente como actitud modal y una desviación**”. (Germani. 1971:178-179).

Es evidente que Germani contesta de ese modo a las críticas que atribuyeron una connotación valorativa (autoengaño, falsa conciencia, moral heterónoma, etc) a su explicación causal acerca del fenómeno de la desviación, y que se detuvieron en esta parte de su argumentación.

Pero Germani continúa con el desarrollo de su hipótesis. Así explica que a principios del siglo XX, a consecuencia de la primera gran crisis del liberalismo, la correlación entre ideología y estructura social se hace más compleja debido a que algunas ideologías de izquierda incorporan contenidos de derecha, y viceversa. Por esta

razón, en las sociedades que alcanzaron su industrialización en el siglo XIX⁴³, las clases populares adhirieron a partidos de izquierda, pero en los casos en los que existió una diferenciación entre un “izquierdismo democrático y uno autoritario, los grupos situados en posiciones inferiores aún dentro de las clases populares” adoptaron inclinaciones más tradicionales dentro de la izquierda denominada autoritaria o conservadora. A pesar de ello, en general en los países de desarrollo industrial antiguo y clásico, la integración política de las clases sociales se realizó, de acuerdo con el proceso gradual hacia “democratización fundamental de las clases” (Mannheim en Germani.1971:186) que, en algunos casos lo hizo con una enorme resistencia de las clases altas y en otros, con la táctica de las concesiones utilizada por los sectores del poder. (Germani. 1971:182)

En los países de industrialización tardía en los que las masas populares están adquiriendo su formación política, Germani observa o bien una acentuación autoritaria y nacionalista de las formaciones de izquierda o el surgimiento de movimientos nacionalistas autoritarios de derecha que operan desde el Estado con ciertas políticas socialistas o colectivistas en lo económico y social. Por eso, en algunos países de Europa, Asia y Latinoamérica, han surgido movimientos que unen rasgos de diferentes ideologías tales como nacionalismo, autoritarismo, colectivismo, estatalismo en la economía, así como posiciones antiburguesas, anticapitalistas y antiimperialistas con significados variados. Los componentes autoritarios de esos rasgos y, por ende, la adhesión de esos movimientos a élites de derecha, se deben “al dominio de la tradición que está todavía vinculado a las formas de vida de la

⁴³ Germani toma aquí los datos procesados por S. M. Lipset para los casos de Francia, Finlandia, Italia y Alemania.

sociedad preindustrial. El tránsito a un tipo industrial urbano, particularmente si ocurre de manera brusca, o con graves conflictos, no origina de ningún modo modificaciones en las actitudes adecuadas al nuevo modo de vida; las antiguas pautas culturales de tipo autoritario, vigentes en la sociedad tradicional, subsisten en la nueva situación, pero ya sin posibilidad de aplicarse a objetos adecuados, por haber variado el contorno. Es aquí donde pueden combinarse las tendencias autoritarias que surgen de la situación en una sociedad de masas, las actitudes y motivaciones de las élites, y la predisposición, de origen tradicional, existente en las clases populares hacia formas autoritarias. El autoritarismo que podríamos llamar tradicional se fusiona aquí con el autoritarismo ideológico; y si el primero se halla en estado pasivo o latente - debido a los cambios sociales - el segundo puede reactivarlo y fundar sobre ese terreno movimientos que tiendan a implantar formas no democráticas". (Germani. 1971: 188)

A través del desarrollo de esta argumentación entendemos lo que Germani quiso decir cuando comenzó por explicar el comportamiento de las clases populares en los orígenes del peronismo, efectivamente, como una desviación a una norma general. Pero el desenlace de su argumento llega a la conclusión de que la elección política de los sectores populares en los países con una transición atípica hacia la industrialización, responde a una tendencia general y por lo tanto, la desviación queda integrada por una nueva norma que Germani descubre con su estudio histórico de las sociedades. El peronismo como fenómeno consecuente de la paradoja argentina, como país que desarrolla un proceso de industrialización intermedio entre los de tipo temprano y tardío - aunque socialmente rápido y traumático -, corresponde, a través de este argumento, a un régimen que no es un autoritarismo

clásico sino, en la denominación de Germani, un movimiento “nacional popular”.
(Germani. 1973: 196)

La conclusión a la que llega entonces es, textualmente, la siguiente: “Las clases populares de un país - o ciertos subgrupos de las mismas dentro de un mismo país - estarán tanto más expuestas a apoyar movimientos de orientación autoritaria (de izquierda o derecha), cuanto más tardía haya sido su integración política y cuanto más traumático haya sido el resultado del tránsito de la sociedad preindustrial a la industrial y el proceso de democratización fundamental”. (Germani. 1971: 191)

Lo relevante, dentro del propósito de este capítulo, es mostrar cómo a través de una argumentación mecanicista,⁴⁴ Germani engarza, tanto el problema de la “desviación”, como el drama de la inadecuación o de una integración conflictiva, en un relato construido sobre la relación metonímica entendida como “parte a parte”, “causa - efecto”, y más precisamente “agente- acto”⁴⁵, como se verá después, en la relación entre la “nueva clase” obrera y Perón. La forma, propia de la época, de expresar esta relación bajo los conceptos de totalitarismo, demagogia, racionalidad e irracionalidad, dará origen a un profundo debate historiográfico que se analiza a continuación.

⁴⁴ Se entiende que seguimos aquí los modos arquetípicos del modelo de explicación por argumentación formal de White, y que bajo esta lógica es posible asociar el método causal- funcional con un tipo de razonamiento mecanicista aunque Germani, como otros, considere también para la comprensión de la “desviación”, la importancia de las “intenciones”, “motivaciones” y “actitudes” que no obstante no puede mostrar con los datos empíricos que utiliza.

⁴⁵ Me refiero a la forma con la que Germani interpreta a la mayoría de los cambios cualitativamente significativos del peronismo, como una construcción de la acción de la nueva clase obrera. Por ejemplo, en varias oportunidades reitera expresiones como la siguiente: “Pero el apoyo decisivo en la elección vino de los obreros manuales, cuyo gran aumento y desplazamiento hizo posible la existencia misma del movimiento” nacional y popular. (Germani. 1985:196)

Totalitarismo. Irracionalidad/ racionalidad. Fragmentos de un debate.

En sus *Notas sobre la transición en América Latina, (1956)*, Germani distingue el régimen peronista de otros movimientos totalitarios. En la retórica peronista están presentes la identificación de la masa con el líder, la exaltación del sentimiento nacional, de prestigio social, etc. Pero el lema fascista de Orden, Disciplina y Jerarquía, es sustituido por el de justicia social para una clase obrera cuya formación política y sindical se produce al ritmo de la lucha contra la oligarquía exportadora. Mientras el fascismo apela a la colaboración de las clases, el peronismo se nutre de las tensiones entre las clases, “aún evitando cuidadosamente toda medida que alterara de manera efectiva la estructura social del país”. (Germani. 1971: 341) Mientras el fascismo integra una clase media proletarizada, el peronismo lo hace con las clases trabajadoras rural y urbana, en un proceso rápido en el que los partidos obreros tradicionales no han conseguido aún su adhesión. La clase media en la Argentina ha surgido como consecuencia de las aspiraciones de ascenso social de la inmigración masiva, de modo que, hacia la década del treinta, el principal problema no es semejante al de Europa donde la disponibilidad para la emergencia de los regímenes totalitarios ha sido generada por el proceso de proletarianización de una clase media que necesita ser reintegrada. En el proceso argentino, las dificultades de integración se agravan por la concentración creciente de trabajadores fabriles en el gran Buenos Aires.

La estrategia demagógica como una característica propia de los regímenes totalitarios, es también revisada por Germani en 1957, para el caso del peronismo:

“la interpretación corriente que nos dice que el dictador dio a los trabajadores una pocas ventajas materiales a cambio de la libertad, creemos que debe ser rechazada. El dictador hizo demagogia, es verdad, mas la parte efectiva de esa demagogia no fueron las ventajas materiales, sino el haber dado al pueblo, la experiencia(ficticia o real) de que había logrado ciertos derechos y que los estaba ejerciendo. Los trabajadores que apoyaban la dictadura, lejos de sentirse despojados de la libertad, estaban convencidos de que la habían conquistado. Y luego en todo caso, esa libertad perdida era una libertad que nunca habían tenido antes. La libertad de participar en la política lejana, abstracta, la alta política. La libertad que creían haber ganado era la libertad concreta, inmediata, de afirmar sus derechos frente a capataces y patronos, elegir delegados, ganar pleitos en tribunales laborales, sentirse dueños de sí mismos.”(Germani. 1971: 344.)

La tesis original de Germani centrada en la desviación y en la irracionalidad de los nuevos trabajadores como consecuencia de su apego a formas políticas paternalistas ha sido revisada por Miguel Murmis y Juan C. Portantiero (1971). Según estos autores, el análisis de Germani incurriría en el error de omitir la relación entre el viejo sindicalismo y los nuevos trabajadores. Omisión que lo llevaría a desestimar la activa participación del primero en el período de emergencia del peronismo. Sobre todo, los autores destacan el hecho de que el proceso de industrialización de explotación descarnada del período anterior habría contribuido de modo determinante en la conformación de un movimiento obrero, aunque sin triunfos, muy combativo. La situación era experimentada del mismo modo por viejos y nuevos trabajadores, y justamente había sido el motivo que llevó al viejo sindicalismo a

apoyar las medidas económico - sociales del peronismo en su etapa de ascenso. De este modo, rebaten la argumentación de Germani de la que se infiere una “ruptura histórica” entre una vieja clase obrera desmovilizada, y una nueva carente de experiencia sindical, conducida por impulsos emocionales y por una tradición paternalista, con aspiraciones de ascenso individual y sin conciencia de clase. (Murmis y Portantiero. 1971: 61) Además, señalan que al tratarse de la participación de los obreros en la construcción de un movimiento “nacional – popular”, es difícil determinar la ausencia de moral autónoma por el tipo de vínculo que a través de una alianza racional se estableció entre el movimiento obrero y el estado peronista.

La comprobación de que en esos años no hubo un aumento en la sindicalización de los trabajadores confirmaría la hipótesis de que Perón debió recibir el apoyo de una estructura sindical organizada previamente, la vieja guardia de orientación comunista y socialista. Esta hipótesis es ratificada por el trabajo que los autores realizaron sobre los datos que para el año 1941 presenta el censo de Asociaciones profesionales. En comparación con el año 1945 el crecimiento de trabajadores sindicalizados no habría presentado variaciones. A pesar del gran desarrollo de organizaciones en esos años, el salto en el número de afiliados se produjo en 1947 cuando el estado peronista estaba ya consolidado. (Murmis y Portantiero. 1971: 79)

Por otra parte, el peronismo para estos autores no es resultado de una relación vertical entre líder y masa disponible, sino una nueva alianza, garantizada por el estado, entre un sector de las clases propietarias y la clase obrera. La satisfacción de las demandas acumuladas durante la primera etapa del crecimiento industrial por sustitución, coincidía con el desarrollo de un sector industrial propietario, no vinculado al gran capital monopólico y ligados a la expansión del mercado interno. (de Ipola. 1989 :344)

Juan Carlos Torre en su tesis doctoral, y en su artículo *Interpretando una vez más los orígenes del peronismo* (1989), reconstruyó el proceso que llevó al peronismo al poder a partir de las relaciones entre la Vieja Guardia Sindical y el liderazgo de Perón. El análisis comparativo de la experiencia de Getulio Vargas en Brasil y del peronismo, le permitió diferenciar el comportamiento que cada uno estableció con el movimiento obrero, contribuyendo a esclarecer la discusión acerca de la autonomía o heteronomía del movimiento obrero de apoyo a Perón.

Recordemos que esa Vieja Guardia Sindical había sido conformada por el comunismo que hacia 1935 ocupaba la dirigencia de una CGT amordazada por el estado represivo de la década de los años treinta. La tesis de que con el ascenso del peronismo ésta había sido desplazada en su totalidad y que la estrategia de Perón había operado sobre una nueva clase obrera débil queda de este modo rebatida por el autor: “Entre una masa obrera débilmente organizada, que mantiene relaciones difusas y directas con un liderazgo de tipo paternalista, y un movimiento popular igualmente ligado a una dirección política externa pero basado en los sindicatos, hay diferencias...” (Torre. 1989: 525) Por eso su tesis central se ocupa del análisis del grado de participación del viejo sindicalismo en la organización y liderazgo de las bases populares del peronismo.

Torre retoma la idea de Murmis y Portantiero al señalar cómo los dirigentes del movimiento obrero formado durante los 15 años previos al 43 (ferroviarios, del comercio, bancarios, del transporte, etc.) participaron en la operación política que encumbró a la élite dirigente después del golpe en 1943. Perón se dirigió, pues, primeramente, a la vieja guardia para ganar su apoyo y poner sus recursos al servicio de la conquista del poder.

Cierra su análisis de la línea interpretativa de Murmis y Portantiero destacando el acierto de haber desdibujado la división infranqueable entre viejos y nuevos trabajadores, y además destaca la contribución de estos autores al haber reintroducido en el debate a un sector antes descuidado, pero amplía y corrige sus hipótesis. Según el autor, Murmis y Portantiero, “en su esfuerzo por exorcizar la hipótesis del irracionalismo obrero, desplazan el foco de análisis del campo de la política, donde se plantea la cuestión del tipo de vínculo entre las masas y Perón, y dirigen su mirada al campo de la lucha social, en el que se articula el interés de clase.” (Torre. 1989: 528) Para Torre habría existido un interés de clase como medio de la movilización pero, fundamentalmente ese interés no había sido excluyente de una conciencia política heterónoma. Por eso, en su análisis, la idea de racionalidad social es superada por un sentido más amplio que incluye a la racionalidad política. En este sentido, sin duda la movilización estaba destinada a optimizar los beneficios que el Estado reportaría por su adhesión. Pero aún considerando esa intención o interés económico- social como único, éste sólo existió en una primera etapa de acercamiento que pronto finalizó “en una identificación política directa.” Así, el proceso de movilización y de adhesión a Perón habría reforzado la cohesión y la solidaridad de las masas obreras al punto de constituir “a la acción política en una acción en sí misma, en un fin en sí mismo”, en una identidad. Por eso Torre concluye esta reflexión cambiando la dirección de una pregunta que antes ofrecía respuestas dictómicas: “¿Cuáles son los mecanismos a través de los cuales opera esta lógica de la representación heterónoma? (...) Allí donde había necesidades materiales insatisfechas también había exclusión política. Hay que ver también el gesto de reconocimiento que hace de los trabajadores miembros de pleno derecho de la comunidad política nacional.” (Torre. 1989: 528)

Ahora bien, la tesis de Germani acerca de la forma vertiginosa de irrupción de las masas en un sistema cuyas instituciones permanecían atrasadas en relación al cambio en la estructura social, fue relativizada también por Torre, quien señaló que la relación existente entre mutaciones sociales y diferenciaciones institucionales es discutible. Utilizar la rapidez y la magnitud de un cambio para explicar sus características es necesario, pero según este autor la rigidez del esquema de Germani lo había llevado a concluir, bajo una ecuación casi exacta, que “a un mayor ritmo en la escala de los cambios sociales y una mayor brevedad en la duración, menor será la capacidad de integración de las instituciones políticas preexistentes.” Torre insiste entonces en la introducción de la variable del poder en el esquema que aporta a la explicación del proceso, es decir, en el comportamiento de una clase dominante que habría intervenido para perpetuar un orden establecido provocando “la inercia institucional” y condicionando “la lenta y trabajosa penetración de la institución sindical.” (Torre. 1989: 537)

También Tulio Halperin Donghi en “*Algunas observaciones sobre Germani, el surgimiento del peronismo y los migrantes internos*” (en Torre. 1989: 537), en 1980 observaba la relatividad de la existencia de una clase obrera nueva y de un choque entre culturas políticas diferentes. Señalaba entonces que, el núcleo obrero original - los viejos – era mucho menos cosmopolita y extranjero de lo que se supone y las

regiones de origen de los nuevos migrantes no habrían estado tan aisladas como para conservar una “cultura criolla” intacta.⁴⁶

Un debate que dio lugar a tantas interpretaciones no puede omitir el análisis de Torcuato Di Tella. Como discípulo de Gino Germani, retomó la tesis de la disponibilidad en 1965 y sostuvo hasta el presente la discontinuidad histórica (de Ipola. 1989 : 340) creada por la emergencia de una nueva clase obrera. Definió al peronismo como un tipo particular de populismo dentro de los latinoamericanos, en el que las élites habían integrado a las masas disponibles en razón de una “incongruencia de estatus.”

Sin desestimar la presencia del líder carismático para explicar el triunfo político que significó el peronismo, sostuvo que había que buscar la razón de ese éxito en el entorno de Perón creado por las “fracturas y desorientaciones políticas” que aquejaban al ejército y a los industriales. Esa situación había impuesto la necesidad de restringir sus aspiraciones de clase para centrarse en la satisfacción de empleo de las masas en disponibilidad. Por eso el peronismo resultaba de una relación basada en una “incongruencia de estatus” entre las clases populares y las élites dirigentes que habían modificado sus aspiraciones bajo una “estructura relativa de amenazas”. Con todo, “el peronismo modificó de manera sustancial las modalidades de acción y conducción, amplió masivamente con medidas básicas de justicia social y de equidad jurídica el derecho a la ciudadanía política, cambió incluso las costumbres y el

⁴⁶ En el Capítulo dedicado al grupo *Contorno* veremos cómo Halperín Donghi en los años del origen del debate, (1956) escribía *Argentina en el callejón* y, hablaba de un nuevo pueblo, una nueva clase trabajadora con una conciencia sustancialmente conservadora. Con lo cual dejamos caer aquí la hipótesis de la artificialidad de un debate cuya construcción en proceso, ha permitido por efecto,

lenguaje. Pero en lo fundamental, no enfrentó los valores básicos del orden establecido...” (de Ipola. 1989 : 344)

Hugo del Campo en *Sindicalismo y peronismo* (1983) trabajó con los datos estadísticos del censo de Asociaciones Profesionales y observó el crecimiento tanto de las organizaciones obreras como del número de afiliados durante 1936, 1941 y 1946. Para este autor, el crecimiento del número de las organizaciones, a pesar de las dificultades que presentaba el período, no cesó nunca en esos años. El número de afiliados por rubro se había incrementado hacia 1936, declinado hacia 1939 para volver a aumentar hacia 1941 y 1945. De algún modo corrige la hipótesis de Murmis y Portantiero, y se acerca a la de Gino Germani, cuando destaca una afiliación considerable en los años del ascenso peronista. Y de algún modo apoya también la tesis de la formación de una nueva clase obrera al señalar que “esa clase obrera semi-organizada, con tantas aspiraciones insatisfechas y que había conocido tantas frustraciones; ese movimiento sindical permanentemente dividido, más tolerado que reconocido por los gobiernos, iba a atravesar, entre 1943 y 1946 una experiencia inédita que los transformaría profundamente.” (...) “Por primera vez alguien desde el poder apelaba a ellos... Por primera vez las mejoras concretas venían antes y no después de haber logrado su apoyo... Por primera vez un gobernante que decía estar identificado con los trabajadores parecía confirmar esta identificación al ser objeto de los más enconados y violentos ataques de las organizaciones patronales...” (Del Campo, H. 1983: 119)

profundizar en el conocimiento de una historia que fue cambiando a medida que cambiaba su curso político.

Del Campo no entró en el debate sobre la racionalidad o la disponibilidad, sino que a través de un análisis histórico, intentó comprobar la transformación del movimiento obrero a la sombra de un Estado que creaba el espacio para su participación, y que fundamentalmente, convocaba a la afiliación de los trabajadores.

Del sentimiento de desconfianza había dependido su racionalidad. ¿Cómo creer en un conductor que, siendo externo a su clase llamaba a su adhesión, invocando una justicia social largamente esperada?, ¿Cómo creer en ese representante de la élite que, además, siendo militar, contravenía uno de sus principales principios? ¿Qué pasaría si las motivaciones que impulsaban la acción de Perón se agotaban en la conquista de su propio poder? ¿Qué pasaría con ellos si éste finalmente resultaba vencido en la contienda con los sectores de oposición?

Según Hugo del Campo, estas eran las preguntas que movilizaban la reflexión de los trabajadores durante los tres años de ascenso del peronismo y en ello podemos leer su efectiva racionalidad.

La idea de racionalidad aparece unida a la existencia de nuevos obreros cuya identificación masiva con Perón disolvió las barreras que los separaban internamente y por primera vez hizo posible su inclusión dentro del Estado como uno de los más imprescindibles factores de poder. La decisión de estos nuevos obreros habría sido entonces una decisión racional: “Todo esto lo logró al precio de abandonar sus viejas tradiciones ideológicas – pronto sustituidas por otras más difusas – y, sobre todo, de ir perdiendo paulatinamente su autonomía en manos de un líder cada vez más autoritario y personalista.”(Del Campo, H. 1983: 120)

Finalizamos el debate con las conclusiones a las que llega Daniel James cuando en su historia social del peronismo salta de la discusión viejos - nuevos, impidiendo ubicar

su posición en una u otra tesis, pero también, introduciendo una variable nueva: la reciprocidad en la construcción dialéctica de un vínculo singular:

“La clase trabajadora no llegó y plenamente formada al peronismo. En un sentido importante, la clase trabajadora misma fue constituida por Perón, su propia identificación como fuerza social y política dentro de la sociedad nacional fue, al menos en parte, construida por el discurso político peronista, que ofreció a los trabajadores soluciones viables para sus problemas. La construcción de la clase trabajadora no implicó necesariamente la manipulación y la pasividad asociadas a la poderosa imagen de las masas disponibles. Había en juego un proceso de interacción en dos direcciones y si bien la clase trabajadora fue constituida en parte por el peronismo, éste fue a su vez, en parte creación de la clase trabajadora.”(James, D. 1990: 56)

En relación con cada una de las partes de su teoría que habían dado origen al debate historiográfico, reproducimos aquí algunas de las ideas más relevantes de Germani que implícitamente, desde un punto de vista teórico, ubican su relato en continuidad con el discurso académico antiperonista de los años cincuenta (De Ipola.1989: 338) Pero al mismo tiempo enfatizamos que los fragmentos que citamos a continuación, aunque reafirman la irrupción de una clase obrera nueva que rompe patológicamente con el pasado, sugieren una ruptura temprana con el discurso tradicional, sobre todo en lo que respecta al comportamiento social y político irracional de las clases populares.

Respecto de la racionalidad social o interés de clase:

“La aparición de la masa popular en la escena política y su reconocimiento por la sociedad argentina pudieron haberse realizado por el camino de la educación democrática y a través de los medios de expresión que ésta pueda dar. Desde este punto de vista no hay duda de que el camino emprendido por la clase obrera debe considerarse irracional; lo racional habría sido el método democrático. Mas llegados aquí es menester preguntarnos: ¿era posible dicho mecanismo en las condiciones en las que se hallaba el país, tras la revolución de 1930?”(Germani.1971: 351)

Incluso citando *La condición obrera* de Simone de Weil (Germani. 1971: 342), considera al sistema previo de explotación descarnada, como un factor importante para comprender el impacto que las reformas peronistas ejercieron sobre el interés de las clases populares que adhirieron a Perón.

También, aludiendo a las dificultades de acceso a una educación que ofreciera igualdad de oportunidades y a las condiciones objetivas que se oponían a la participación política, Germani volvería una vez más a relativizar la *ciega irracionalidad*.

Respecto de la racionalidad política:

El estado peronista “nada hizo en el orden de las reformas estructurales” ambicionadas por las clases populares. “Por el contrario, no sólo provocó un empeoramiento de la situación preexistente, sino que con sus errores, puso en serio peligro la estabilidad económica del país. Desde este punto de vista, pues, la adhesión popular al dictador produjo consecuencias contrarias a los intereses populares.” Pero “no cabe duda de que las masas populares lograron

con el peronismo una conciencia de su propio significado como categoría de gran importancia dentro de la vida nacional, capaz de ejercer cierto poderío. Y esto ocurrió sobre todo porque las clases populares sentían que la conquista de poder por el régimen y su permanencia en él dependía de su adhesión y de su activa participación”. (Germani. 1971: 348)

En 1973, en un artículo de *Desarrollo Económico*, reafirmaba del siguiente modo sus ideas a modo de cierre de un debate, no obstante aún abierto acerca “*del rol de sindicalismo y la nueva clase obrera*”:

“ la actitud del sindicalismo, su orientación, su acción política concreta y el peso de su rol en el surgimiento del peronismo, sólo puede entenderse en el contexto de las siguientes condiciones: a) cambios en la composición de la clase trabajadora y sus características predominantes en el período 1943 - 1945; b) la situación previa, altamente conflictiva, de las organizaciones gremiales, tanto en su aspecto interno como frente a los gobiernos conservadores represivos de los años treinta; c) la política de fuerte represión y supresión emprendida por el régimen militar, así como su utilización, combinada con la atracción por parte de Perón después del golpe de 1943.; d) el contraste de la cultura política predominante en gran parte del movimiento obrero, donde existía una orientación “hacia el exterior” identificada con las ideologías marxistas, socialistas y comunistas (...) contraste muy marcado con la “ cultura política del nuevo proletariado”. (Germani. 1985: 206).

Pero es en su relato sobre los sucesos de octubre, tanto en *Política y Sociedad* (1962-1971), como en *“El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos”* (1973), donde podemos ver la derivación hacia una trama trágica, en la que la historia se encuentra signada por la angustia del temor a la catástrofe o a la desintegración. Sin embargo, Germani, pensaba en un futuro, a largo plazo, en el que esa integración inadecuada alcanzaría finalmente un destino más democrático.

El surgimiento del peronismo en una trama trágica.

En el relato sobre el 17 de octubre, Germani entrama al modo trágico los elementos del campo histórico que, de manera recurrente, había organizado a través de una argumentación mecanicista. Pero ahora, a los conceptos de “clase obrera nueva”, “relación líder-masa”, “ausencia de moral autónoma” e “integración”, se agrega el concepto de espontaneidad popular:

“Más allá de la retórica peronista y de la difamación antiperonista, el 17 de octubre de 1945 marca una verdadera “encrucijada “en la historia argentina. No sólo creó un mito popular y una mística hondamente sentida, arraigada en la conciencia colectiva del pueblo, sino que fue decisiva en la victoria del peronismo.” (Germani. 1985:209) “Es llamativo el contraste entre la cauta declaración de la CGT y lo que estaba sucediendo en las calles. Las declaraciones evitaban cuidadosamente mencionar el nombre de Perón. Hablaban tan sólo de la defensa de los derechos obreros y la necesidad de

defender las nuevas conquistas, la legislación social, el salario. Para los obreros, la huelga general apuntaba a otra meta: la libertad de Perón. La gente de la calle lanzaba un solo grito: exigía su libertad y su presencia”.
(Germani.1985: 209)

El peronismo como organización política, la participación de la vieja guardia sindical, y la identificación en un vínculo singular entre masas y líder carismático, se infiere de otros fragmentos de su relato:

“Para acceder al poder, un movimiento social no sólo necesita de un líder sino también una élite y una organización política. Es aquí donde una serie de viejos dirigentes sindicales jugaron un rol necesario: el de proporcionar una parte de los cuadros del canal de organización política para las masas movilizadas y su caudillo. No fueron los únicos dirigentes sindicales; hubo muchos otros nuevos, que provenían de muy diferentes contextos ideológicos y sociales. Si bien la creación de un partido político basado en los sindicatos era una idea antigua y las nuevas leyes que lo regulaban expresamente lo permitían, su creación y triunfo sólo fue posible gracias a la existencia de un movimiento social de masas. No es casual que el partido se fundara como consecuencia inmediata del 17 de octubre. Se trataba de una situación totalmente nueva, cristalizada por la rebelión popular, que al final convenció a muchos delegados indecisos a seguir a aquellos dirigentes que habían decidido organizar el Partido Laborista. Su ingenuidad se hizo evidente unos meses después de las elecciones cuando se disolvió el Partido. Este hecho es la contraparte exacta del 17 de octubre. Con él se demuestra que en ese

período el apoyo de las masas era para el líder, no para la organización.”
(Germani. 1985: 210).

El tono trágico se revela en su relato sobre el fracaso de una organización sindical autónoma, así como en la posibilidad de un partido político independiente:

“La nueva clase obrera tenía un vínculo directo, inmediato con el líder carismático. Es paradójico observar que este proceso empezó justo cuando los sindicatos se sometían más y más al Estado. También tiene importancia reconocer que la pérdida de autonomía se produjo en los niveles más altos de la organización y mucho menos al nivel de la planta.” (Germani: 1985: 211)

Sin embargo, se percibe también, en su relato, un tono de esperanza:

“La base continuó ejerciendo presión cuando lo necesitaba y siempre que fuera posible iban a la huelga, independientemente de los deseos del sindicato o del Estado.” (Germani. 1985: 211)

Si duda el peronismo en su totalidad es, en la representación de Germani, una tragedia que había contenido en sí misma los recursos de su salvación. De ningún modo inevitable. No había sido el resultado de una acción “a tuestas”, obra del destino o de la fortuna, como fuerzas de un mundo que excede al de los hombres, sino por el contrario:

“El régimen peronista, típico movimiento “nacional- popular”, por su origen, por el carácter de sus líderes, por las circunstancias de su surgimiento, estaba llamado a representar solamente un ersatz de participación política para las clases populares. Su caída, aunque fue el resultado de una conjunción de fuerzas muy distintas, sólo fue posible por sus limitaciones intrínsecas. Y la principal de éstas era que, para defenderse, el peronismo debía transformar esa participación ilusoria en una intervención real, debía, en otras palabras, cambiar de naturaleza, volverse realmente una expresión de las clases populares.” (Germani. 1965: 226-227)

El peronismo como tragedia se proyecta una vez más hacia el sentido de la historia política de la Argentina del siglo XX en su totalidad:

“La tragedia política argentina residió en el hecho de que la integración política de las masas populares se inició bajo el totalitarismo, que logró proporcionar, a su manera, cierta experiencia de participación política y social en los aspectos inmediatos y personales de la vida del trabajador, anulando al mismo tiempo la organización política y los derechos básicos que constituyen los pilares insustituibles de toda democracia genuina.” (Germani. 1971: 353)

Germani vivía las crisis sociales como crisis personales, la angustia que lo perseguía lo llevaba a visualizar un futuro de catástrofe orientado hacia el autoritarismo más extremo o hacia la desintegración social. Un futuro de migrantes errantes y dispersos, “ una situación de viajeros sin sentido cultural”. (en Neiburg.1997:170) La anomia social de su primera obra (1945) sería para él la consecuencia perversa de la

modernidad. Pero el sentido profundo de su relato, - de su vida -, adquiriría un tono optimista con el que encontraba, en todas las crisis como específicamente la de los años treinta, los momentos para una oportunidad de cambio histórico: “La inmensa tarea a realizar consiste en lograr esa misma experiencia, pero vinculándola de manera indisoluble a la teoría y a la práctica de la democracia y la libertad.” (Germani. 1985: 353)

Capítulo 6. *La Realidad Argentina* en un modo trágico. Silvio Frondizi.

Gran parte de los argumentos desarrollados por Silvio Frondizi en los dos volúmenes que componen *La Realidad Argentina* había sido formulados y editados en 1946 por el Centro de Estudios Políticos, con el título de “La evolución capitalista y el principio de soberanía”. Pero es en este libro donde logra sistematizar su pensamiento en una obra de largo alcance. El primer tomo, editado por *Praxis* en 1954, es un ensayo de interpretación sociológica en el que Frondizi desarrolla su interpretación del sistema capitalista mundial y la del nacional. El segundo (1956), son sus reflexiones sobre el sistema socialista y sobre la sociedad socialista ideal.

La Realidad Argentina, cuyo campo histórico presentaba una dimensión de pasado que Frondizi remitía hacia 1880, y que según su aprehensión, se hallaba formado por los procesos de formación de las clases sociales, los sistemas productivos y las instituciones, en su interpretación, no podía separarse de otros campos históricos contiguos: los grandes sistemas económicos mundiales.

La obra, gobernada por la prefiguración metonímica de una “interpretación materialista dialéctica de nuestra época” (Frondizi. 1960: 3) perseguía un noble y ambicioso propósito: “trabajar para poner al día la praxis histórica”. (Frondizi. 1960: 6) El compromiso que la alentaba nacía de algunas “incongruencias” o “desajustes” que Frondizi observaba entre el pensamiento marxista y la situación del mundo tal cual aparecía ante su crítica mirada.

Frondizi consideraba que los fundadores del marxismo habían realizado un “titánico” trabajo. Pero ese enorme trabajo había sido construido “dentro de las posibilidades humanas” que impedían “realizarlo todo”, incluso en lo que correspondía a los problemas de su época. Según Frondizi, “la pareja inmortal - Marx y Engels - realizó

todo lo que humanamente pudo realizar”, un incomparable impulso inicial, pero un impulso condicionado por el “ fundamento social” del que no pudo escapar. Por eso, los fundadores del marxismo, “dedicados como estaban a la lucha contra el sistema dominante, prestaron poca atención al estudio teórico de la nueva sociedad, la socialista.” (Frondizi. 1960: 4-6)

Es su propósito, entonces, el que nos permite identificar a Silvio Frondizi como “un intelectual revolucionario que quería hacer política como tal, sin renunciar a pensar y que, a la vez, quería pensar sin renunciar a la acción”. (Tarcus, H. 1996: 29)

Para su reflexión sobre la realidad argentina, tomó de Marx el método materialista dialéctico entendido como aquél que concibe el mundo de la naturaleza, de la historia y del espíritu como un proceso; un mundo sujeto a constante cambio, en el que la conexión íntima entre las transformaciones y su desarrollo constante preside todo el proceso histórico, abierto siempre, y reflexivamente, al progreso. (Frondizi. 1960: 6 - 7)

Guiado por esa concepción del cambio, matriz de su pensamiento, la argumentación mecanicista - en la terminología de White - sería formalizada recurriendo al propio Marx: “ Contemplada desde este punto de partida, la historia de la humanidad no aparecía ya como un caos árido de violencias absurdas, igualmente condenables todas ante el foro de la razón filosófica madura y buenas para ser olvidadas cuanto antes, sino como el proceso de desarrollo de la propia humanidad, que al pensamiento incumbía ahora seguir en sus etapas graduales y a través de todos los extravíos, hasta descubrir las leyes internas por que se regía todo aquello que a primera vista pudiera creerse obra del ciego azar”. (Frondizi. 1960: 6) En esas leyes internas como relación mecánica existente entre la base y la superestructura, Marx

había encontrado la base conceptual de una ciencia dinámica de la historia y el instrumento para predecir su desenlace. O, como interpreta y explicita White:

“ Marx tramaba el proceso histórico en dos niveles. En el nivel de la base no hay nada más que una sucesión de medios de producción distintos y los modos de sus relaciones, sucesión que es gobernada por leyes causales estrictas similares a las que rigen en la naturaleza. En el nivel de la superestructura, sin embargo, hay un auténtico progreso, una evolución de modalidades de relacionar a los hombres entre sí. En el nivel de la base, donde toman forma los modos de producción, desde luego hay progreso: el de la comprensión cada vez más certera y el control cada vez mayor del mundo físico y sus procesos. En el nivel superestructural, en cambio, el progreso consiste en una profundización de la percepción por la conciencia humana de la alienación del hombre de sí mismo y de sus iguales, los otros hombres, y un desarrollo correspondiente de las condiciones sociales en las que es posible trascender esa relación”. (White. 1998: 280)

El discurso de *La Realidad Argentina*, incorpora este tipo de argumentación mecanicista para explicar el sentido de lo histórico contenido en un modo metonímico, pero también como en el análisis de White sobre Marx, por derivación de esta estructuración formal, su trama adquiere la forma de una tragedia. El discurso de *La Realidad Argentina*, es el de un trágico, su tiempo vital coincide con un tiempo de tragedia histórica, y Frondizi es conciente de ello. Pero aún así, su fuerza consiste en alentar la posibilidad de la acción humana para el logro de un cambio en el largo plazo.

Tarcus (1996: 29), refiriéndose a Frondizi y a Milcíades Peña, ha señalado con razón que "las antítesis no se resuelven dogmáticamente en síntesis, sino que la negatividad histórica brota de su permanente tensión. No es que hayan devenido escépticos, para quienes todo intento de resolver las contradicciones sería una quimera. Creen simplemente que las burguesías han concluido el período histórico en que revolucionan en sentido progresista el orden social, mientras que la clase trabajadora no ha logrado aún constituirse en el sujeto que lleve a cabo el relevo histórico. Por eso su tiempo es de tragedia. Ellos sabían que vivían tiempos de tragedia. No se solazaban con ella. Muy por el contrario la vivían con dramatismo en su propia existencia. Pensaban la realidad social desde el centro mismo de la tensión. Se instalaban para entenderla en el propio lugar del malestar de la cultura de izquierda." Pero también desde el centro mismo de la tensión, Frondizi confiaba, como Hegel y Marx, (White: 1998: 280), en una resolución final cómica, en la que las mismas leyes que había originado la prisión del hombre y de la sociedad, arrastrarían a ambos a un desenlace final en el que los viejos elementos del campo histórico, - clases, sistemas productivos e instituciones -, serían transformados e "integrados en

una totalidad”⁴⁷ o auténtica comunidad, como “afirmación de los derechos de la vida sobre la muerte.” (White. 1998: 275); una historia cuyo desarrollo es trágico pero que se abre, al final, a la dulce reconciliación que dramatiza la comedia.

En este sentido, y a modo de declaración, sus primeras frases prefiguran toda la escritura de su obra:

“Consideramos como nihilista y reaccionaria la posición derrotista. El hecho de que no se pueda luchar dentro de un sistema caduco, no implica que no se pueda luchar desde ningún punto de vista. Creemos en la jerarquía de lucha del ser humano y en su capacidad de progreso.” (Frondizi, S. 1956: 90)

De este modo Frondizi se distancia de quienes como intelectuales formaron la Izquierda Nacional, que creyó en el peronismo como una etapa que, superada, devendría en el socialismo nacional. Lo hizo, al anunciar la imposibilidad de la tentativa de revolución burguesa con que significó al peronismo y se distanció también, por otro lado, de la izquierda tradicional al comprometerse desde el

⁴⁷ En el capítulo de *Metahistoria* que White dedica al análisis de la filosofía de la historia de Marx, explica cómo su discurso se estructura en dos niveles que en conjunto, expresan “la defensa de la historia en el modo metonímico”. El funcionamiento mecánico regido por las leyes que establecen la relación base-superestructura, o forma que adquiere el curso del devenir histórico, presenta por derivación un desenlace trágico, sobre todo en el nivel de la base donde se halla presente la alienación y las causas que originan el “cisma o la desintegración”. Pero el modo de resolver el drama, como integración en una totalidad más amplia que, y diferente de la suma de sus partes es el de una comedia. Por lo tanto, el tropo metonímico dominante como prefiguración de la relación parte a parte, da paso a la sinécdoque integrativa respecto de la relación entre parte y todo. Del mismo modo y sólo en este sentido, la argumentación mecanicista del discurso, adquiere la forma característica del organicismo. (White. 1998: 279)

marxismo crítico, con el análisis de la historia argentina. Por ello, en el prólogo de la segunda edición del volumen II de su obra dice: "... el país me dio todos los elementos necesarios para estudiar la crisis: el tremendo y maravilloso período que va desde 1943 hasta hoy". (Frondizi, S. 1956: 3- 4)

Las posibilidades revolucionarias de la burguesía local fueron cuestionadas de manera absoluta en tiempos de esperanzadora creencia en esa alianza necesariamente efímera, entre ella, el Estado y la clase obrera. La misma no podía constituirse como tal, como sujeto fuerte, homogéneo, capaz de conseguir y de sostener su deseo hasta la revolución, porque aún no estaban dadas las condiciones para que ello ocurriera. Saber y decir esto no significó de ningún modo, en Silvio Frondizi, el abandono para siempre de la certeza de la posibilidad de un mundo socialista. Nos habló así "de lo necesario pero tampoco imposible": lo necesario como ley racional, lo no imposible como la existencia en potencia de una historia con un final diferente. Anunció en un momento de optimismo que la esperanza en la destrucción natural del sistema capitalista era una contraevidencia, y que por lo tanto, en las posibilidades autocríticas de la acción hacia el socialismo se hallaba una de sus principales claves de construcción.

Tarcus (1996) considera que Frondizi fue olvidado por su forma de ser trágico, por su forma de anunciar la imposibilidad. Porque era preciso olvidar aquello que advertía acerca del trabajoso esfuerzo que faltaba todavía para construir siquiera una etapa superable en el complejo camino hacia la libertad: "La tarea es pesada, lo reconozco, pero el premio es grande y hermoso: contribuir a que la Argentina, y en su caso Latinoamérica, dé un paso hacia adelante". (Frondizi. 1956: IV)

La Tragedia puede tener dos lecturas: una que nos habla del destino de lo inexorable, esa lectura conservadora que lleva a la aceptación de la imposibilidad de

toda acción humana frente a la coerción de una sociedad que, exteriorizada, se nos impone y no se puede resistir; y otra que es revolucionaria, y que nos dice que, a pesar del final trágico hay algo que los hombres pueden hacer, y es ése el sentido que le confiere Frondizi que, anunciando un tiempo de tragedia, nos habla de la transformación social que empieza por la transformación de uno mismo. Precisamente, ese sentido revolucionario de su tragedia fue la causa del olvido de un intelectual, cuya propia vida, finaliza como una Tragedia. Así nos recuerda Hegel que, generalmente, las vidas que se viven movidas por la fuerza de una gran pasión histórica tienen un desenlace trágico.

Significativamente, en su narración, encontramos acoplados diferentes niveles de análisis del discurso cuya combinación exige, como ha señalado White, una “tensión dialéctica” en todo historiador. Aquí la acertada flexibilidad en la combinación de niveles interpretativos del discurso, se ve superada por la coherencia interna de un relato. El modelo arquetípico de White, modo de tramar trágico, forma argumental mecanicista, implicación ideológica radical y tropo metonímico, se cumple en la totalidad de este discurso.

El peronismo dentro de las leyes que lo constituyen bajo un modo trágico

En la segunda parte del Tomo I, *El sistema Capitalista*, dedicada al capitalismo nacional con el significativo título de *La tentativa peronista de revolución burguesa*, Frondizi expone de esta manera su punto de partida: "Estudiaremos la llamada revolución peronista, su ascenso y su crisis, desde un punto de vista objetivo,

partiendo de nuestro precedente análisis del desarrollo capitalista mundial". Asimismo, cuando comienza a describir los orígenes de la crisis que centra en 1943 como una consumación de la crisis del 30, explica cómo el desenlace del proceso argentino se ha encaminado hacia el capitalismo de estado y lo hace así.

"Al reducirse de modo constante e inexorable el ámbito vital disponible para las burguesías nacionales de los países retrasados, se aguza hasta el paroxismo la lucha de éstas entre sí para defender su esfera interior y para aventajarse a la competencia exterior" (Frondizi, S. 1956: 117)

En esta frase se contempla una dinámica social regida por leyes independientes de la voluntad, intención y conciencia de los hombres, pero a la vez condicionantes de esa conciencia y de esa intención. Pero, ¿qué sentido expresa el énfasis poético en ese "modo constante e inexorable", sino una tendencia inevitablemente trágica de las sociedades enajenadas por su dependencia? ¿Quién las enajena sino el imperialismo que como ley ineludible perpetúa, reproduce, complejiza y amplía sus crisis internas?

Es indudable que el peso de la explicación está puesto en el condicionamiento externo, en la acción de los imperialismos, de la que el peronismo no puede o no quiere escapar, convirtiéndose, en su interpretación, en su *principal personero*. La explicación de Lenin acerca de cómo los países desarrollados "descargan" sus contradicciones sobre los subdesarrollados, sobre todo cuando éstos inician su camino revolucionario, subyace en el discurso de Frondizi. (1960:7) Pero propone que la emergencia de una especie de interregno en el cual el imperialismo inglés disminuyó su control sobre Argentina, sin que todavía se haya impuesto

definitivamente el norteamericano, posibilitó cierto bonapartismo, - el peronismo - que a partir de los beneficios consecuentes de las primeras nacionalizaciones creó en diversos sectores políticos, “grandes ilusiones” de independencia económica.

"Dentro del cuadro de euforia ya bosquejado, hemos indicado de paso, algunos nubarrones que se cernían, sobre el horizonte como preanuncio de lo por venir. Veamos ahora, cómo se desencadena la tempestad. Para comprender acabadamente la situación actual y el futuro del país dentro del sistema en que vivimos, es necesario realizar un estudio particularizado del factor crítico fundamental de todo país semi colonial: el imperialismo".
(Frondizi, S. 1955: 134)

La confianza en las posibilidades de la conquista de una independencia inmediata estaba cimentada, para Frondizi, en ilusiones irreales. Para él, como para Marx (White. 1998:276), la superación de la “revolución burguesa” por la “revolución social” de la izquierda peronista constituía, en ese momento, una verdadera ilusión. De este modo, el estímulo a la producción y al desarrollo del mercado interno, los recursos aduaneros y cambiarios capaces de controlar el comercio exterior, son definidos sólo como tareas que el estado nacional, en tanto empresario, prestamista de la empresa privada industrial, para beneficio de la burguesía. Y, sobre todo, es la apelación a una política defensiva frente a la coyuntura de la crisis capitalista mundial expresada como "una amenaza a las débiles bases del capitalismo nacional". De la misma manera y dentro de igual lógica es interpretada la implementación de las políticas sociales estatales, "... se propone el Estado, finalmente, mantener a

cualquier precio la “paz social” en beneficio de las clases explotadoras nativas."(Frondizi. 1955: 134)

Frondizi destaca el aumento del crédito industrial, - no obstante favorable a las grandes empresas -, y los datos de crecimiento ascendente de la ocupación de la mano de obra en 1948 tanto en la requerida por el aumento vegetativo de la población como en el migratorio, así como las mejoras en las condiciones de vida de las clases populares (que también incluyen el mayor acceso a la educación primaria y secundaria), consecuencia del aumento salarial y del crecimiento industrial capaz de superar la presión inflacionista inicial.⁴⁸

Pero es este presente ilusorio el que sustentó las tesis esperanzadoras respecto de los efectos emancipadores del peronismo. Por ello, Frondizi no deja cabos sueltos al exponer con claridad su interpretación sobre la experiencia del primer peronismo:

"La estructura tradicional de la economía argentina no sufrió cambios esenciales; las raíces de su dependencia y de su deformación no fueron destruidas. Al agro no llegó la revolución, ni siquiera una tibia reforma.

⁴⁸ Siguiendo esta línea interpretativa es relatada la implementación del Primer Plan Quinquenal, relato al que no le falta abundancia de datos que denotan una singular erudición. Expone aquí la historia de la nacionalización de los ferrocarriles y sus eficaces consecuencias sobre la red ferroviaria, la ocupación, los salarios y el sistema tarifario, la forma en la que fueron expropiadas las empresas extranjeras de producción y distribución de energía eléctrica, las condiciones en las que se llevaron a cabo la repatriación de la deuda pública externa y la nacionalización del Banco Central; también el funcionamiento del IAPI así como el impulso estatal rudimentario a la industria pesada, Fabricaciones Militares y la DINIE, etc. Y tantas otras historias bien conocidas hoy pero indudablemente construidas con los aportes de esta enorme investigación realizada ya en 1956.

Fueron respetados los intereses imperialistas, a los cuales incluso se llamó a colaborar, a través de las empresas mixtas.” (Frondizi. 1955: 124)

La crisis interna de 1951 es explicada como el resultado/balance de la tentativa de revolución burguesa. El peronismo favoreció, entonces, la profundización de la concentración económica y consolidó al campesinado como un sector débil frente al gran propietario. No obstante, lejos de lograr una sociedad igualada por "ricos menos ricos y pobres menos pobres", refundó el ancestral antagonismo entre campesinos y peones rurales cuando los primeros responsabilizaron a los segundos de la disminución que observaban en sus ganancias. La tierra, ese "bien individual de función social", ese "bien de trabajo y no de especulación" declamado por el Segundo Plan Quinquenal, elevó su precio por la inflación posterior a 1951, y el gran terrateniente desalojó de ella a un considerable número de arrendatarios. El Estado, que promovía el acceso de "la tierra a quien la trabaja", para cumplir así con su reglada función social, manifestó las contradicciones propias de una revolución burguesa.

Sus conclusiones respecto de las políticas industrial y agraria aplicadas, destacan que no sólo la clase media resultó perjudicada, sino el proletariado que soportó la caída del salario real y la restricción del mercado interno: "... estos sectores sufren y sufrirán las consecuencias del fracaso de la última gran experiencia nacional burguesa de Argentina, encarnada en el peronismo". (Frondizi. 1955: 196)

El peronismo en un modelo básico de análisis

El esfuerzo por interpretar causalmente al peronismo es constante, y el relato se desplaza hacia la explicación de los conceptos con los que construye su discurso: clases sociales, partidos políticos, bonapartismo.

Su punto de partida, expuesto ya en *El Estado Moderno* al definir la crisis, se sustenta en el modo metonímico: "La crisis social es el nexa que une la crisis económica con la crisis política y espiritual en una estrecha relación de dependencia."(Frondizi. 1955: 197)

Por esta idea se introduce en el concepto de clase social. Para Frondizi, necesariamente, la clase se determina por la función que desempeña en el proceso de producción capitalista (Frondizi. 1955: 216)⁴⁹ Pero lo central en su análisis del comportamiento de las clases para comprender las contradicciones del peronismo son sus consideraciones sobre la clase media. Distingue en ella dos sectores que evidencian una conciencia diferenciada. Uno, con mirada progresista que pugna por su autonomía, y otro que desarrolla su comunidad de intereses en estrecha dependencia del capitalismo. De ahí que en el proceso de desarrollo del capitalismo dependiente, el primero se pauperice, y el segundo se enajene. Esta distinción es clave para entender la confusión - de la que Frondizi escapa -, que llevó a la mayoría

⁴⁹ Sostiene un debate metodológico y político con los sociólogos a los que denomina *burgueses*, de quienes cuestiona su modo de fundamentar teóricamente el resurgimiento o la transformación de la clase media. Para ellos, la clase se caracteriza por la unidad de funciones, su esencia es la idea de conciencia de clase y, ella es un factor puramente espiritual, esencialmente un *estado de espíritu*.

de los intelectuales de la época a asociar la adhesión social al peronismo con el lumpenproletariado, y a desconocer, - como consecuencia de su concepto de clase -, las condiciones materiales que incluían a ese sector de la clase media dentro las clases populares. (Frondizi. 1955: 215)

En "La crisis argentina contemporánea", (1970), Frondizi desarrolla su teoría sobre la pequeña burguesía, sólo esbozada en *La Realidad*: "su situación es inestable, se está produciendo un proceso de desintegración. Un sector, al perder su independencia económica, se ha transformado en parasitaria, burocrática, dependiente; es la carne de cañón de la alta burguesía y del imperialismo para luchar contra la clase obrera. Pero hay otro sector de la clase media, especialmente el estudiantado, que se vuelve decididamente hacia las masas populares, constituyendo un poderoso aliado de la clase obrera". (Frondizi. 1970)

Además, la pequeña burguesía, arrastrada por las fuerzas centrífugas de la gran burguesía, adhiere a los partidos políticos que son en su totalidad burgueses, o representantes de esa fuerza social con la que "nacem, se desarrollan y mueren".(Frondizi: 1955: 215) Frondizi caracteriza al Partido Socialista, al Radical, al Comunista e incluso al Peronista como instituciones burguesas que confunden y distraen el proceso de formación política de ciertos sectores populares, aunque coyunturalmente cuestionen al monopolio capitalista y al imperialismo.

Finalmente y en relación con el desequilibrio de clases que produce la experiencia peronista:

"Esta es precisamente la diferencia entre la pequeña burguesía y el proletariado, con relación al desarrollo capitalista; mientras aquélla en una posición utópica y retrógrada, pone su esperanza en el desarrollo capitalista

que la arrolla, el proletariado pone su esperanza en la más amplia evolución del capitalismo, para superarlo..." "Junto a esta tendencia de las fuerzas centristas, debe colocarse al grueso de los intelectuales, miembros casi todos de la pequeña burguesía"(Frondizi. 1955: 216)

Pero también, frente a quienes anuncian el caos como la contracara de la destrucción del capitalismo, manifiesta su posición, claramente optimista, de intelectual comprometido. La denuncia de los teóricos del caos dice así: "Su tarea es francamente derrotista. Ello se explica por la posición del intelectual, que siente en plena decadencia la misión que ha estado cumpliendo. De aquí su carácter desesperado, pesimista, y destructivo...quitan en esta forma capacidad de lucha al pueblo. O de lo contrario, predicán el pesimismo y la inutilidad de toda lucha, enseñando que hay que dejar que la vida se deslice por sí misma." (Frondizi. 1955: 217) Frente a esto, Frondizi reafirma su optimismo histórico, su confianza en la conciencia, la acción, un futuro de socialismo.

Otro de los núcleos significativos de su modelo original de análisis es el tratamiento que da a la figura del líder carismático. En principio el líder, que representa Perón en la Revolución de 1943 es contingente y sustituible. Así, "el golpe militar tiene lugar en un momento peculiar en la historia argentina. La oligarquía se halla escindida por conflictos internos. Lo mismo sucede con la nueva burguesía surgida y fortalecida por el proceso industrial acelerado desde 1935. Este sector de la burguesía se siente postergado y aspira a remodelar el Estado para que sirva a sus intereses y le proporcione mano de obra abundante, paz social, créditos a bajo precio y mercados dentro y fuera del país. Tal es así, que creemos que cualquiera que hubiera sido el

partido que tomara el poder, después de Castillo, se hubiera visto en la necesidad de tener en cuenta su poderoso impulso.” (Frondizi. 1955: 223)

Pero ese líder contingente, se convierte en un actor intencional capaz de realizar sus planes. Perón está ahora, en el “centro de las cosas” (Plotkin, 1995). En el relato de Frondizi:

“Debemos agregar la presión de las masas populares que se venía ejerciendo sobre los gobiernos oligárquicos y que estalló al producirse el movimiento del 4 de junio. Será precisamente esta presión, la que nos dé la pauta de los acontecimientos futuros”... “Después de algunos titubeos y fracasos, tomó el control de la situación el grupo encabezado por el entonces Coronel Juan Perón, quien con clara visión captó rápidamente el doble aspecto de la situación; el peligro y las posibilidades de éxito político que la presión proletaria implicaba en la vida nacional. El rasgo fundamental de la política peronista, inaugurada al poco tiempo de producida la revolución, está dada por su aspiración a desarrollar y canalizar simultáneamente la creciente presión del proletariado en beneficio del grupo dirigente primero y de las clases explotadoras luego. Esta es precisamente toda su historia.” (Frondizi. 1955: 224)

El movimiento obrero argentino tiene escasa presencia en esta obra. Su fuerza es apenas sugerida al referirse a las luchas clasistas que presionaron cara a la desintegración del poder oligárquico, pero no avanza hasta considerarlo un componente esencial del fenómeno peronista. No se detiene en discutir si es o no real la distinción entre viejos y nuevos trabajadores, racionales o irracionales, autónomos

o heterónomos. Las reformas laborales no fueron una conquista del movimiento obrero sino necesariamente un recurso de la acción demagógica. Incluso, en algún pasaje, al referirse a la demagogia implícita en el bonapartismo peronista, se refiere a la incultura de las masas. Pero, a la vez, se distancia de sus contemporáneos al confiar, siempre en futuro, en la capacidad creadora de las mismas.

Las contradicciones del movimiento no son analizadas destacando la ideología y la práctica del viejo sindicalismo, sino considerando heterogeneidad ideológica y cultural, no sólo de los miembros de la organización política que conducía Perón, sino también, en un sentido más amplio, de quienes se reconocían como “auténticos peronistas”:

“Dentro de esta heterogeneidad se destaca una, la primera gran contradicción del peronismo, grave porque pone en peligro el empuje que pretende tener el movimiento; nos referimos a la base cultural que parece tener, y a su carácter activo. En otras palabras, el retardatario, nacionalista y clerical, y el que pretende ser progresista y enfrentar los problemas que plantea la realidad contemporánea.” (Frondizi. 1955: 224)

Pero centralmente, el peronismo es bonapartismo, de ahí su contradicción principal y a la vez la forma con la que Frondizi se distingue de los analistas contemporáneos que identificaron al peronismo con el modelo fascista.

Ciñéndose al 18 Brumario, “o a la historia como farsa en Marx” (White. 1998: 313), considera al Estado como un instrumento de dominio activo en la lucha de clases; dominio que se realiza en forma violenta o no, pero siempre en función de la tensión social entre ellas. En el proceso de ascenso de la burguesía, cuando todavía el

proletariado no está constituido como tal, sólo un “mínimun de estado”, de dominio, es necesario para arbitrar entre las dos clases en oposición. Cuando la tensión aumenta, y antes recurrir a la pura violencia, surge el bonapartismo como fórmula intermedia de conciliación parcial, esto es, en beneficio de la burguesía.

Asume a continuación las propuestas de Lenin para explicar los efectos de la acción demagógica bonapartista:

“Se da el nombre de bonapartismo al gobierno que, esforzándose por aparentar imparcialidad, se aprovecha de la lucha aguda y extrema planteada entre los partidos de los capitalistas y de los obreros. Sirviendo en realidad a los capitalistas, ese gobierno engaña más que ningún otro a los obreros, a fuerza de promesas y pequeñas limosnas”. (en Frondizi. 1955: 228)

La acción demagógica canaliza de ese modo la presión popular a través de la contención de sus demandas sociales:

“La posibilidad de su realización está dada por la falta de cultura general, particularmente política, de las masas y por el exceso de individualismo que caracteriza a la sociedad moderna. Individualismo sin base de sustentación cultural significa desorientación, desesperación y, finalmente, entrega incondicional a un amo.”(Frondizi. 1955: 228)

Pero la satisfacción de estas demandas pone de nuevo en tensión la armonía resultante de la conciliación inicial porque la estructura económica no cambia del mismo modo que la sociedad, y el Estado se introduce necesariamente, en una

encrucijada: o pierde autoridad, radicalizando su posición y destruyéndose a sí mismo, o pierde su fachada democrática recurriendo a la violencia.

Así, “el capitalismo, frente a la irrupción de las masas populares en la vida política, y sin necesidad inmediata de barrera con la parodia democrática que lo sustenta, trata de canalizar esas fuerzas populares. Para ello necesita favorecer, por lo menos al comienzo, a la clase obrera con medidas sociales.”(...) “Pero como esas medidas son tomadas en un período de tensión económica, el gran capital no está en condiciones de soportar el peso de su propia política. Lógico es, entonces, que lo haga incidir sobre la clase media...” Y además, “la política de ayuda obrera se realiza, en realidad, en muy pequeña escala, si es que alguna vez se realiza, dándosele apariencia gigantesca por medio de supuestas medidas financieras de todo orden”. (Fronzizi. 1955: 229)

En el proceso peronista, de acuerdo con esta interpretación, la tensión entre las clases privilegiadas se dirime a expensas de los terratenientes. Y la tensión entre privilegiados y no privilegiados, a expensas de estos últimos.

Pero volviendo al movimiento obrero, luego de identificar al proceso demagógico como un recurso político necesario en esta etapa del capitalismo, Frondizi señala como rasgo positivo el hecho de que, aún con el mínimo de satisfacción de las demandas populares, la acción demagógica ejercida sobre los trabajadores "les desarrolla la conciencia de clase y les da la suficiente personalidad como para sentirse amo del Estado. Se produce en esta forma una maduración acelerada de la clase obrera, que hubiera necesitado muchos años de luchas sociales para llegar al mismo resultado" (Fronzizi. 1955: 230) Precisamente por eso, “la acentuación de las contradicciones sociales producidas por el proceso demagógico, enfrenta al capitalismo con dos salidas”: su destrucción o el uso de la fuerza. El Estado burgués

se ve entonces, obligado a abandonar el sistema parlamentario y a inclinarse cada vez más hacia el fascismo.

En consecuencia, “la experiencia peronista pudo realizarse, entre otras cosas, por una coyuntura propicia en la acción de los imperialismos: frente a la decadencia del imperialismo inglés, que perdía potencia y prestigio, aún no había comenzado a actuar, a causa de la guerra, el imperialismo norteamericano. Esta situación produjo una especie de interregno, en el cual cedió la presión del imperialismo, haciendo creer al General Perón en la posibilidad de una resonante victoria: la revolución nacional democrático-burguesa sería realizada por primera vez y “para ejemplo de las generaciones venideras.” (Frondizi. 1955: 236)

En definitiva, a su entender, el régimen peronista es bonaparista y no fascista. Sólo indicando que las clases integradas no son la media y la pequeña burguesía que, como se ha explicado, se resienten ante el impacto de las medidas de gobierno, sino las clases extremas, gran capital y proletariado, el peronismo queda sin más, diferenciado de la experiencia fascista europea: "Como mil veces en la historia, el régimen peronista pretende elevarse por encima de las clases sociales y erigirse en árbitro del sistema" (Frondizi. 1955: 236) Para demostrarlo, el autor va a la doctrina peronista que, expresada a través de los discursos de Perón, muestra cómo este último justifica, frente a la posibilidad de una nueva guerra, la necesidad de organizar un movimiento nacional. Para ello requiere de una organización interna que elimine o suavice la lucha de clases, y para conseguirla es necesario corregir los abusos del capitalismo. Cita entonces al propio Perón:

“Se trata de corregirlo y si es necesario de defenderlo, pero no de superarlo ni menos abatirlo”. “Buscamos suprimir la luchas de clases, suplantándola por

un acuerdo justo entre patrones y obreros, al amparo de la justicia que emane del Estado” (Perón en Frondizi. 1955: 237)

Los discursos de Perón de los años 1951, 1952 y 1953⁵⁰, y los fragmentos de la Doctrina Peronista que se citan a continuación, le permiten inferir a la acción demagógica como estrategia central dentro de la ideología peronista:

“...Para evitar que las masas que han recibido la justicia social necesaria y lógica vayan en sus pretensiones más allá, el primer remedio es la organización de esas masas para que formen organismos responsables, organismos lógicos y racionales, bien dirigidos, que no vayan tras la injusticia, porque el sentido común de las masas orgánicas termina por imponerse a las pretensiones exageradas de algunos de esos hombres. Ese sería el seguro: la organización de las masas. Ya el estado organizará el reaseguro, que es la autoridad necesaria para que lo que esté en su lugar nadie pueda sacarlo de él, porque el organismo estatal tiene el instrumento que, si es necesario por la fuerza, ponga las cosas en su juicio y no permita que salgan de su cause” (...) “ la masa es para nosotros el instrumento de acción dentro de la política. Para conducirla tenemos que empezar por conocerla, prepararla, organizarla.” (...) “La masa reacciona intuitivamente, pero hoy es

⁵⁰ *Política y Estrategia* (recopilación de artículos publicados semanalmente en el diario *Democracia*, de Buenos Aires, con el seudónimo de Descartes, desde el 24 de enero de 1952 hasta el 11 de septiembre de 1952, y con un artículo final publicado en julio de 1953) (Frondizi. 1955: 338)

posible hacer reaccionar a la masa en la forma y en la dirección que uno quiere, si esa masa está preparada". (Perón en Frondizi. 1955: 338)

En el discurso de Frondizi, el movimiento obrero, tiene escasa posibilidad de acción. Incluso, "el movimiento obrero fue estatizado y burocratizado desde el primer momento en que surgió el régimen peronista". Además, "aún estatizado y burocratizado es temido por la clase dominante; de aquí la tendencia del gobierno a ir creando organizaciones paralelas a la Confederación general de Trabajadores, que tienen como única finalidad desmembrarla y limitar su acción..." (Frondizi. 1955: 345)

Por otra parte, como hemos señalado, cuando Frondizi confirma el efecto positivo del peronismo sobre el movimiento obrero, alegando que "le desarrolla" la conciencia de clase y produce así una "aceleración de su maduración", está negando, de algún modo, la existencia de una conciencia previa al estado peronista. La expresión "le desarrolla" la conciencia, ubica nuevamente a Perón desde "el centro de las cosas" como el gran hacedor de los "descamisados."

Al referirse a los aspectos positivos del peronismo, Frondizi destaca significativamente, en 1955, el cambio cualitativo que, para la liberación psicológica de la masa, representó la incorporación de la masa a la vida política activa. Esta es la clave para entender la acción de la oposición antiperonista descalificadora en un

principio⁵¹ y temerosa después, y su interpretación del golpe militar de 1955 como una reacción meramente política e ideológica.

"Alrededor de 1948, la oposición comenzó a comprender el significado real del cambio cualitativo que significaba el demagogismo del régimen peronista, y entró en la preocupación y el pánico. Esta última posición explica el encono que suscitó Eva Perón. Entonces, la oposición se hizo enconada y bajo la dirección de los EEUU, se reunió toda la reacción, oligarquía, burguesía industrial, clase media incluso el aparato burocrático del peronismo, políticos, ejército, etc. El problema era contener la tentativa de Eva Perón y el nuevo impulso que quería darle a la CGT" (Frondizi.1955: 241)

La utopía de Frondizi

Señalábamos al principio que el propósito de Frondizi, como intelectual comprometido con el acto de escribir y con la acción política, había sido una reflexión sobre el proceso histórico de las sociedades en la conquista del verdadero cambio social para llegar a imaginar esa nueva sociedad. Se proponía explicar cómo sería la sociedad ideal, y sobre todo, cómo debía pensar y actuar la humanidad, no sólo para conseguirla, sino también, una vez hallada, para vivir en ella. Para ello,

⁵¹ Frondizi (1955: 241) cita las expresiones de un dirigente de la Unión Cívica Radical: "*una buena lluvia, una buena cosecha y no quedará ni el recuerdo de Perón*".

revisó la idea del proletariado como sujeto plenamente consciente, homogéneo, transformador, describió la forma con la que la burguesía envilece sus intereses de clase, redefinió este concepto y el de conciencia como construcciones dinámicas, dicho de otro modo, “buscó comprender a las masas trabajadoras en múltiples dimensiones”(…) “entendía, como Gramsci, que para transformar revolucionariamente la sociedad era necesario integrar el conjunto de los oprimidos según una concepción amplia y superadora”. (Tarcus. 1996:336) Explicó de este modo cómo la conciencia es algo a alcanzar siempre y cómo siempre es alcanzable la liberación integral:

"el hombre de pueblo es ante todo y sobre todo un hombre total; es decir, un hombre que produce, tiene afectos y pasiones, se instruye, se divierte y desea la solución de estos problemas, no sólo por medio de una solución doctrinaria, sino también a través de los grandes y pequeños episodios de la vida cotidiana".(Frondizi. 1960: XXIII- XXIV)

El pensamiento de Frondizi se inscribió en la tradición de intelectuales de izquierda independiente que, como señala Tarcus, habiendo roto con los partidos tradicionales, enfrentaron las tesis objetivistas del marxismo stalinista comprometiéndose en el conocimiento y la acción con el marxismo humanista y, en este sentido, crítico.

Retomando el segundo volumen de *La realidad Argentina, La revolución socialista*, editado por *Praxis* como segunda edición en 1956, y la conferencia expuesta en 1959

con el título de "*Interpretación materialista dialéctica de nuestra época*",⁵² podemos dar cuenta de los supuestos de sus claves teóricas para la superación de la paradoja en la que aún se halla empantanada la realidad argentina.

En este sentido el conocimiento como praxis, esto es como acción crítica que interpela la exterioridad objetivada, a través de la cual el sujeto se modifica, se transforma al tiempo de modificar la naturaleza y la alteridad, de modo continuo y dinámico, se opone al mero reflejo que, sin mediaciones, sólo se expresa de modo real como la alternancia sin fin de construcciones de poder semejantes.

“La idea de Marx es, pues, la siguiente: así como a nuestras representaciones corresponden objetos reales fuera de nosotros, lo mismo corresponde a nuestra actividad de las cosas; en este sentido la humanidad no participa solamente en lo absoluto por el conocimiento teórico, sino también por la actividad práctica, y toda la actitud humana adquiere así una dignidad, una nobleza, que le permite ir a la par de la teoría: la actividad revolucionaria tiene, para lo sucesivo, un alcance metafísico”(…) “El conocimiento humano no sólo refleja el mundo objetivo, sino que también lo crea”. (Frondizi. 1960: XIV-XV).

En relación con este problema, Frondizi se remite también a la idea de que la “verdad reside en el proceso de la praxis”, pero, a partir de Georg Lukas, “de la praxis como expresión de la totalidad”. (en Frondizi: XVI)

⁵² Ambas fuentes trabajadas analítica y sistemáticamente por Horacio Tarcus (1996)

“No es el predominio de los motivos económicos en la explicación de la historia, lo que distingue de una manera decisiva al marxismo de la ciencia burguesa, sino que es el punto de vista de la totalidad.” (Fronzizi. 1960 :XVI)

El problema que más preocupaba a Frondizi, - como se ha señalado en la Introducción, siguiendo a White -, y donde creía encontrar el camino de la superación del hombre y de la sociedad, consistía en que la sociedad era, para él, a la vez “el instrumento de la liberación del hombre de la naturaleza y la causa de la separación de los hombres entre sí”.(White. 1998: 276) Por eso, uno de sus teóricos preferidos, también por muchos de los intelectuales de su generación, fue Henri Lefebvre:

“El hombre activo, por medio de su propia actividad creadora, sujetando a su dominio una porción cada vez más grande de la naturaleza, fuera y dentro de sí, se produce a sí mismo, produce y reproduce su propia vida. Crece. Sin embargo, su poderío cada vez mayor se vuelve contra él, toma la forma de exterioridad y convertido en determinismo social, lo somete a penosas pruebas. El hombre no es, por cierto, ese determinismo, pero tampoco es nada separado de él.”(..) “ El hombre no solo depende de la naturaleza, sino también de la sociedad.” (...)” Hay, por ende, un íntimo desgarramiento en el hombre y su esencia se forma en el desgarramiento. Al principio es solamente contradicción con la naturaleza. Pero las actividades que superan las formas naturales del antagonismo – la praxis, el pensamiento, el espíritu en cuanto implica una cierta unidad no hacen más que agravar y profundizar esos desgarramientos y esas luchas”. (Lefebvre en Frondizi. 19860: XVII)

El problema de la alienación y el fetichismo de Marx, son retomados por Frondizi siguiendo la idea presente en la *Ideología Alemana* según la cual “el hombre no puede producir ni auto producirse sin que su poderío se vuelva contra él, asuma la forma de exterioridad y lo domine como una fuerza extraña.”(en Frondizi. 1960: XVIII) Según Marx el poder social nace por obra de una cooperación involuntaria de los individuos, como un poder ajeno en su nacimiento y en el curso de su desarrollo. Sin embargo en la interpretación de Frondizi, la predicción de Marx apelaba a la contradicción del sistema, a su conflicto y posterior transformación y, en este sentido a la autotranscendencia de la razón, de la conciencia del sujeto hacia la emancipación, “hacia la manera de un llegar a ser que nunca es” (Beriain, 1990: 22), pero que en su transcurso, como un telos, guía a la propia acción. (Lamo de Espinosa. 2001) La certeza es que realmente los hombres hacen la Historia en un proceso en el que la autoconciencia es alcanzable siempre. Y en este sentido considera al proletariado “... como la clase universal capaz de subyugar la contingencia de la praxis histórica” (Frondizi en Tarcus. 1996: 335)

Si pensamos como H. White en la implicación ideológica radical que ofrece el modo de tramar trágico como una salida posible al mundo dividido por la caída o el final, el discurso de Frondizi es el de un trágico por la exposición de un drama que, despojado de ilusión, exhorta a la acción constante, bajo la certeza de que desde el momento en el que ella comienza a desarrollarse, se está ya en la experiencia de la sociedad nueva:

“no debemos esperar que caiga la sociedad burguesa para iniciar la organización de la sociedad socialista. No, debemos comenzar a construirla desde este momento, y para ello nada mejor que comenzar por transformarnos a nosotros mismos” (Frondizi. 1960: 270).

En ello consiste el sentido trágico de su obra. Lo trágico, diferente de otros conceptos afines como lo triste o el concepto genérico de lucha, es tanto situación como proceso, situación que engendra y es engendrada por un proceso. Situación que se caracteriza por la contraposición entre dos o más fuerzas, y “hace referencia a una forma recurrente de lo real- humano: la lucha.”(...) “Pero no todo lo que se acoge a la forma de lucha es en sí trágico, sino sólo cuando lo que lucha y se enfrenta se engendran mutuamente” (Ramos Torre.1999: 213)

Podríamos introducirnos, en las reflexiones acerca de la conformación del inconsciente del alma trágica (Ramos Torre. 2000) Sobre todo en un autor que buscó en el psicoanálisis la comprensión de los fenómenos humanos que hacían que el hombre por más transformaciones que produjera, seguiría “enraizado” en la naturaleza. La comprensión del significado de esa íntima mezcla entre “agresividad y simpatía”, “tumulto y calma”, “furor y alegría”. (Frondizi. 1960: XXI). Sobre todo en un pensador que buscó en el alma humana, a través del psicoanálisis y de Henri Lefebvre, las claves para contradecir las leyes de Marx. Porque la evidencia mostraba que ni la destrucción del capitalismo, ni la evolución del socialismo, habían producido el nacimiento de la ansiada sociedad nueva. Sobre todo, en un hombre que, perseguido por la angustia , “el demonio”, o la conciencia de la prisión de las dos fuerzas, el hombre a la vez “ángel y bestia”, y la sociedad, contribuyó a desatar,

a tientas, pero seguro de su compromiso, el dominio brutal - dolorosamente injusto - de una sobre la otra, y la destrucción física de sí mismo.

Su propósito expresado está 1959 y es sostenido con firmeza desde entonces:

“Es necesario comprender que la época actual nos da la posibilidad de trabajar para una sociedad futura que podremos ver”(…) “ Si actuamos en consecuencia, habremos cumplido con nuestra conciencia y con el progreso histórico”. (Frondizi. 1960: XXXII)

Capítulo 7. El peronismo en *Contorno*. Tulio Halperín Donghi: la ironía como relato.

Como se ha anunciado en la Introducción, corresponde al grupo *Contorno* el haber manifestado en un momento conmocionante para la historiografía una posición y una intención decididas acerca de la revisión del pasado contenido en las explicaciones organicistas sobre el peronismo. *Contorno* rompe con el discurso de largo período en el que las clases, la cultura, los factores de poder, como partículas menores de un proceso, se integran entidad abarcativa: el estado fascista.

Esta intelectualidad “de la sospecha”, generación “parricida”, se preguntará más de una vez qué es lo que separa la posición político - ideológica de los intelectuales comprometidos con el cambio histórico social de la que pertenece al movimiento popular de adhesión a Perón. Pero sobre todo, *Contorno* invierte el sentido de las preguntas del relato del pasado, y busca su significado, ya no en la cultura tradicional de las masas, sino en las causas históricas que determinan de modo casi inexorable las diferencias entre ambas clases. Este reconocimiento, matriz de un proceso hacia una mayor madurez interpretativa escapa de la distancia insuperable entre “lo uno” “y lo otro”, a través de la mortificación o autculpabilización (Ismael Viñas), la melancolía (David Viñas), la filosofía política, (León Rozitchner) y la ironía escéptica, signo de una “verdad melancólica”, (Tulio Halperín Donghi)

En este capítulo, introduciré las interpretaciones del peronismo que, como resoluciones poéticas diferentes, corresponden a cada uno de estos escritores. Pero es *Argentina en el Callejón*, de Tulio Halperín Donghi, el discurso narrativo que, sancionado por la ironía de la sátira trágica - como podemos llamar a un topo entramado dentro de formas ambiguas -, y encarnado en un proceso histórico de largo período, nos permite desplegar los niveles específicos del relato histórico.

Entre los testimonios de quienes conocieron la actividad de los miembros de *Contorno* en los años cincuenta, percibimos la preocupación que invadió a esta generación mientras se producía la emergencia del peronismo y en el curso de su desarrollo. Pero, este sentimiento significaba también un desafío:

“El peronismo era un fenómeno que costaba analizar porque fue una época muy teñida de emocionalidad. Para la gente de izquierda el hecho de que tanta gente saliera a la calle para apoyar a Perón fue algo muy difícil de admitir racionalmente. Fue un golpe muy duro al modo con el que creíamos, debían interpretarse las cosas racionalmente. Teníamos tanta desconfianza en lo que significaba, en ese entonces y para nosotros, el populismo...” “Por eso, el número de *Contorno* sobre el peronismo, fue un gran puñetazo a toda la clase intelectual, obligó a pensar las cosas de otra manera.”(Celia Pozzi. 2001)

En ese número de *Contorno* correspondiente a Julio de 1956,⁵³ el grupo hace público su manifiesto político bajo la consigna de descomponer un pasado que, visto desde un presente confuso, exigía esquemas de interpretación menos rígidos

⁵³ El Comité de dirección estaba integrado por Ismael Viñas, David Viñas, Noé Jitrik, Adelaida Gigli y Ramón Alcalde y escriben en la publicación otros integrantes del grupo como León Rozitchner, Osiris Troiani, Ismael Viñas, Tulio Halperin Dongui, Rodolfo M. Pandolfi, Adolfo Prieto, David Viñas, Oscar Massotta, J.J. Sebrelli, Marta Molinari y Ramón Alcalde.

En el primer artículo de la revista con la firma de Contorno, y con el título de “Peronismo ... ¿y lo otro?” el grupo expresaba:

“Poco tiempo antes de la revolución de septiembre enviamos a la imprenta los originales del número de Contorno dedicado a la novela argentina. Producido aquello, sentimos que quizá era necesaria una aclaración: Nos sentimos tentados de establecer que durante todos los años del peronismo no nos habíamos entregado. Y por no habernos entregado entendíamos no solamente no habernos entregado al peronismo, sino tampoco al antiperonismo; que habíamos luchado para distinguir la verdad sobre lo que estaba ocurriendo en el país.” (Contorno. 1956: 1)

Había pasado casi un año del golpe militar de 1955 y una nueva antinomia, construida sobre lo emocional, tradicional y profano opuesto a lo aséptico, moderno y desarrollado, diferenciaba los modos con los que debían interpretarse la vieja y la nueva argentina. Peronismo y antiperonismo. Ninguno de los componentes que a ambos discursos sostenía estaba limpio de implicaciones subjetivas, y a la vez estos discursos se constituían sobre la apropiación de un pasado reciente al que creían único. Contorno quiso mantenerse equidistante y en esa pretensión desenfundó sus críticas hacia una intelectualidad que protegía sus certezas bajo el estigma del autoritarismo. Sobre todo, puso al desnudo - como después de un examen de conciencia - cómo la simplificación conceptual de un fenómeno, que sin embargo la realidad mostraba complejo y ambiguo, evidenciaba no sólo las dificultades aprehensivas de los intelectuales, sino las de su propia función como agentes en la construcción de una conciencia histórica.

“...caímos en la cuenta de que nuestro lenguaje durante el peronismo más crudo debía seguir siendo idéntico a sí mismo...” “Aquello que a los intelectuales les fue vedado por la dictadura nunca tuvo un carácter fatalmente problemático: Era, por cierto riesgoso escribir sobre política o actuar en política. Pero jamás faltó la suficiente libertad de autoengañarnos y declarar paladinamente que se nos impedía tocar la realidad más urgente y atractiva. Los intelectuales argentinos en su casi totalidad preferimos disfrazar nuestra ineficacia con resignadas y lamentosas interpretaciones a un sistema que no nos respetaba ni nos admitía. La ineficacia y la falta de carnalidad eran más bien impotencia que el peronismo excusaba cómodamente”.(Contorno. 1956: 1)

El descubrimiento de una “realidad fluida”, mediada por “transformaciones de signos diversos”, aparecía en *Contorno* a medida que el peronismo iba desarrollándose, y a medida que con su desarrollo, invalidaba el esquema admitido para aprehender esa misma realidad:

“ El grupo que hace Contorno nació a la vida activa cuando las cosas eran aparentemente fáciles: un nacionalista era, generalmente biznieto de inmigrantes, partidario de los gobiernos fuertes y en abierta oposición a todos los movimientos e ideas populares. Desde esa derecha hasta la izquierda comunista se graduaban infinitas tendencias, agrupaciones y núcleos de intereses. Ese cielo clásico se repetía en todos los órdenes, como algo lógico y admitido, en literatura desde Boedo a Marechal. Debajo de ese esquema

político se movía una realidad social mucho más compleja. Sobre ambos irrumpía el peronismo en momentos en que todavía nosotros no habíamos superado el esquema”(Contorno. 1956: 1)

Así, *Contorno* se aparta de un modelo aún cuando el pasado al que se remite es reciente y actuante de modo directo sobre su propio presente. La ambigüedad de la que se dicen presos es reflejo de la paradoja que el peronismo en sí mismo contenía y se imponía ahora como un problema para el análisis social:

“El grupo Contorno, como la mayor parte de los hombres que tienen ahora entre 25 y 35 años de edad, se frustró en cuanto padeció, porque no le era dado actuar, un momento ambiguo tironeado por fuerzas ambiguas y apetencias que sólo en la acción podían clarificarse y precisarse, la ambigüedad fue mayor para nosotros que para los que poseían esquemas claros, porque lo que quisimos escribir tenía y tiene una inversión específica y dolorosa en esa realidad que no termina por adquirir una forma de fácil captación. Nuestro primer paso fue ganar, por lo menos, una conciencia activa de esto último.”(Contorno. 1956: 1)

Nos preguntamos por qué *Contorno* asumió este punto de partida y la pregunta va más allá de un contexto que hacía cada vez más perceptibles las distorsiones que hacia 1956 se introducían en las esperanzas reformistas. La misma tiene que ver más con el proceso de “conversión” que los intelectuales estaban viviendo internamente que con la forma en que debían tomar posición frente a las tendencias políticas que se perfilaban entonces.

“Quisimos entonces ver qué cosa era ese fenómeno complejo y discutible por el que atravesaba el país, y lo fuimos haciendo por el examen de las manifestaciones que de algún modo lo comprendían o lo ubicaban. Y quisimos igualmente ponernos a razonar sobre lo que había pasado, pero desde adentro, como individuos que escriben mojados después de la lluvia.”(Contorno.1956: 1)

Tal vez, la frase que mejor exprese a estas declaraciones como un *puñetazo* al distanciamiento de la intelectualidad, y a la apropiación de la idea y la práctica de la libertad como valor de un solo lado en la composición del esquema de opuestos⁵⁴, sea la siguiente:

“...Tal vez no haya descubrimientos, deslumbramientos en nuestra actitud. Pero algo sí hemos descubierto, seguramente para nosotros, aunque quizá también para otros, y es que no tenemos derecho a **recogernos en la sospechosa penumbra de una libertad que por ahora es solamente el argumento de los satisfechos y el contra argumento de los hambrientos.**”

(*Contorno*. 1956: 1)

⁵⁴ Recuerdo el testimonio de un dirigente textil al que hace referencia Daniel James en su reconstrucción del 17 de octubre: “ la gente en 1945 ya estaba cansada. Durante años le habían engañado su hambre atrasada con canciones sobre la libertad”. Y más adelante citando los testimonios recogidos por Julio Mafud: “ la libertad de expresión es cosa de ustedes. Nosotros nunca la hemos tenido”. (James. 1990:31)

En el descubrimiento y la “ inversión” de este problema, central en la formación de la tradición ideológica de la izquierda intelectual y académica, se observa que si bien el núcleo conflictivo entre intelectuales de izquierda y el peronismo consistía en el divorcio entre la pequeña burguesía y el proletariado, desde 1946 comienza a manifestarse una generación de intelectuales que se descubre a través de escritos signados por la “mortificación”. Esa mortificación es interpretada por *Contorno* como la culpa del pensador burgués que intenta comprender al proletariado peronista desde una posición privilegiada. Su propia experiencia histórica lo enfrenta con su incapacidad a la hora de entender al movimiento social. De ahí, las palabras de Ismael Viñas escritas en 1959,

"Solamente cuando seamos capaces de reconocer (no sólo racionalmente sino también vívida, vitalmente) el hecho de que pertenecemos a la clase media, y que eso nos separa del proletariado, estaremos en condiciones de superar esa separación..." "No basta militar en determinado partido, no basta leer a Marx ni, por supuesto, citarlo, es imprescindible darnos vuelta como un guante, y esa es una operación profunda y penosa". (Viñas, Ismael. 1959: 22)

Tanto los Contornistas como los creadores de la Izquierda nacional y popular, J. A. Ramos y J. J. Hernández Arregui, denuncian la hostilidad que el ascenso de los *cabecitas negras* provocó en la pequeña burguesía, pero de ambos grupos se desprende una esperanza de salvación puesta en la inclusión de estos dos sectores. Con ese objetivo, Ismael Viñas en “Orden y Progreso”, (*Contorno*.1959), analiza el comportamiento de la izquierda liberal,

“Producido el movimiento militar de 1955, el socialismo ingresa, como todos los demás partidos no peronistas salvo el comunista, a una especie de oficialismo. Pero ante la política del gobierno militar se fueron diferenciando más o menos tímidamente dos posiciones prácticas, sobre todo en relación con la actitud a adoptarse con el proletariado (...) Como organización política, el Socialismo no supo comprender el significado de lucha- y de avance- de clases que había, primero en el yirigoyenismo, después en el peronismo. Como expresión de un grupo social esa incomprensión nace de una doble frustración. Sintiendo – como grupos de avanzada de su clase – que estaba llamado a gobernar, fluctúa constantemente entre convertirse en vanguardia de su clase, y tratar por lo tanto de romper en los hechos con las clases dominantes, o transar con esas clases para pasar a formar parte de la élite dominante. (Viñas. 1959: 21)

Y respecto del Partido Socialista,

“Una parte del socialismo asimiló de otro modo la experiencia del Peronismo y del gobierno militar. No todo el grupo es homogéneo: casi toda su gran línea de primeras figuras no logra trascender la imagen de un peronismo mussoliniano. Pero en una parte de la juventud, por lo menos, se descubre vitalmente que algo - por poco que sea - de su antiperonismo no es justa indignación contra los fraudes evidentes, sino secreta complicidad con alguna de las estructuras que se sentían amenazadas por eso que el peronismo convocaba aunque no lo fuera: la sublevación real y concreta - de un proletariado concreto.” (Viñas, Ismael. 1956: 21)

La tarea penosa advertida por Viñas y el sentimiento de culpabilidad comenzaba, entonces, con un descubrimiento: “descubierta esa trampa, se está en disposición de comprender el camino hacia la modificación de las estructuras actuales, se está en la izquierda” (1959: 22)

Por eso, Juan Carlos Portantiero recordaba citando a Gramsci, “ la tendencia que tenemos los hijos de las clases medias a abdicar del privilegio económico, pero sólo a condición de intentar reemplazarlo por el acatamiento que presten las clases proletarias a nuestro liderazgo”. (Viñas, Ismael. 1959: 23)

En las imágenes de un cuento literario de David Viñas encontramos representado el sentimiento de mortificación intelectual que la movilización peronista suscitaba en algunos integrantes de *Contorno*, y cómo esas manifestaciones populares, despertaban en ellos emociones de un modo que los fascinaba y al mismo tiempo los angustiaba. Así, con el triunfo del peronismo en 1946, cae por primera vez su mundo de certezas:

“Todo el aprendizaje había sido inútil. Un nombre repetido hasta el agotamiento era lo único que conglomeraba y movía, y hacía saltar y llorar...”

(...) Y ya también empezaba a fascinarnos. Habíamos llenado la calle pero los otros siempre eran más; habíamos gritado pero los de enfrente habían tapado nuestro ruido. Era tremendo: la realidad que suponíamos dominar nos rebasaba. Siempre ellos más: más fuertes, más numerosos, y brotaban y seguían brotando por todas partes y eran más eficaces y más diestros.”(...)

“Las cifras: 304 mil, 450 mil, 133 mil.”(...) “Hay que esperar, nos decían. A

nosotros, adelgazados por la angustia”.(...) “ Entre nosotros estaba el origen de nuestra culpa”. (Viñas, David. *Centro*.1955: 53)

Con una admiración persistente a la desilusión, se refería también a sus certezas, al mundo de sus maestros:

“ Al comenzar 1946 los más agresivos habían sido liquidados; los viejos que no quisieron que los ultrajaran, se fueron: habían intentado vejarlos, el tono destemplado los aturdió, ellos se iniciaron en un mundo que los había acatado de una u otra forma. Incluso habían caído en la emboscada del éxito paseándose entre sus propias estatuas. Y eran buenos, y poseían la ternura de un mundo ordenado y suponían haber sufrido, porque alguna vez les escamotearon algún premio, cierta inasible condenación. Los habíamos escuchado, aprendimos lo que quisieron enseñarnos... y se fueron de a dos, de a tres, alguno a solas farfullando sus principios.” (...) “Oscilaban entre creer que el mundo había concluido o que todo se desbarataría dentro de poco. Nos decían: “ustedes, los jóvenes, nos tienen que criticar”. (Viñas, David. 1955: 64)

“Experiencia proletaria y experiencia burguesa”de León Rozitchner (*Contorno*. 1956) es un esfuerzo metódico y sistematizado para despejar y despojarse de la trampa que señalara Ismael Viñas, y en él nos deja sus claves de interpretación:

“ Nuestro mirador era un mirador refugiado en el reino de Dios o en el de la Democracia perfecta. Pero confesémoslo, ese mirador no basta. No basta

porque permanecemos encerrados en la restringida subjetividad que delimita la clase, que torna comprensible sólo lo que nos es afín y ajeno lo que nos es extraño.”(Rozitchner. 1956: 6)

El desvelamiento de esa trampa consiste en buscar una posición distinta del lugar que corresponde a los intelectuales. Si para José Luis Romero, también preso de la misma mortificación, ese lugar era incuestionable y consistía en el del sujeto que con la fuerza y homogeneidad de las ideas democráticas, debe interpelar a las masas inconscientes pero esencialmente democráticas, para Rozitchner esa posición es la que debe ser revisada. Y es a través del pensamiento en tanto acción como debe ser desnaturalizado el distanciamiento de la burguesía respecto de su objeto, el proletariado, y no lo contrario: “Los intelectuales tienen las mayores oportunidades de comprenderlo todo, pero las menores para creer en lo que comprenden”. “La cultura se hace en nosotros, cada vez más, naturaleza, y perdemos de vista el dinamismo que la conforma.”(...)”¿Será en realidad, nuestra burguesía esencialmente revolucionaria?” (Rozitchner. 1956: 7)

La experiencia de la libertad no es esencial sino histórica, y como tal, en la interpretación de Rozitchner, “se vive” en situación de clase (Thompson.1978) Este sentido de lo histórico, permite comprender el comportamiento de la clase en relación con Perón,

“La burguesía, pudiendo ser libre frente a lo natural, se hace natural y aniquila su libertad, el proletariado, siendo natural, determinado, pretende hacer libre, y libre concretamente en su primer paso. Y su concreción

significa: ser libre ante la burguesía. ¿ Qué importa entonces plegarse a Perón, o a quien se fuese, si mediante esa entrega se cumple la liberación? El proletariado, como primer movimiento, se realiza en el libre sometimiento a un proyecto común con el hombre en quien cree. No le pidamos clara conciencia: sólo la burguesía intelectual pretende motivarse con razones.” (Rozitchner. 1956: 8) “Perón, digámoslo fue el primero que le propuso concretamente los fines inmediatos que se acomodaban a sus intereses. No le habló de libertad, porque la libertad la necesita la burguesía para seguir ejerciendo su tiranía; le habló simplemente, de lo que inmediatamente entendían. Esa satisfacción concreta, que es el punto de partida de todo movimiento revolucionario, lo es también de la demagogia. Es la diferencia que va entre verdad y mentira: ambas trabajan una misma evidencia”. (Rozitchner. 1956: 8)

Para Rozitchner sólo la alienación de sí mismo hubiera producido en el proletariado la adhesión a una salida democrática, esto es, sólo la alienación hace posible su introducción en valores y representaciones burguesas. Por eso, el camino propuesto por los partidos burgueses lo hubieran conducido necesariamente a otro engaño semejante al que lo condujo Perón.

“Para el proletariado fue una liberación la que le prometió Perón: conseguir oponérsele al patrón en el taller y que éste le temiera. Por eso la liberación del proletariado sigue otro camino _ ¡ Y cuán distinto! _ del que pregonamos los intelectuales burgueses, válido tal vez para nuestra situación concreta _ abstracta respecto de la comunidad total _ pero absolutamente incomprensible

para ellos. Entre el proletariado y nosotros hay un abismo, abismo tan apasionante y tan profundo como aquel del cual hablaba Pascal. ...”
(Rizitchner. 1956: 8)

Todo el discurso está tramado sobre la tensión teórica que supone la relación entre el sí mismo y el otro y en la imposibilidad irrevocable que ambos padecen a la hora de intentar “ver el mundo” desde el lugar de ese otro. Este es el principal acierto del trabajo, clave para esclarecer un poco más la gran paradoja del peronismo.

“No le podemos pedir al proletariado que sea responsable ante nuestros valores sino en la medida en que su misma dignidad humana, la disposición a la alienación de sí mismo lo hacía partícipe de los valores cuya cuenta le pedimos. ¿ Pero si está alienado, si lo continúa estando, si su búsqueda es a tientas para descubrir lo que nadie le enseñó hasta ahora, si de nuestros valores sólo participa de su anverso, es decir, de la opresión que nuestro goce le deja? (...) Todo está, entonces, trastocado, nuestra aparente racionalidad en la discriminación de la culpa, y el pensamiento que quiera comprender el fenómeno del peronismo de las masas debe entonces comenzar por su situación formal, la perspectiva “humanista”, y ver el mundo como ellos lo ven. Y eso no es posible, a no ser que dudemos un momento de la seriedad de lo absoluto del nuestro.” (Rozitchner. 1956: 9)

La separación entre la experiencia histórica del proletariado y la acción política de Perón es clara. El análisis de la formación del proletariado en la Argentina está ausente pero es evidente que en su interpretación parte del convencimiento de que la

irrupción del peronismo como fenómeno inesperado es consecuencia de la explotación y de la industrialización sin distribución anterior. De ahí su adhesión a Perón como la posibilidad concreta de experimentar algunas condiciones de la libertad burguesa:

“ El peronismo no es un fenómeno originario de las masas sino que se origina en la consciente miseria a que la burguesía reduce a una parte del país, hacia la que solo siente desprecio.” (Rozitchner. 1956: 8)

Aunque en 1956 separar analíticamente a Perón del pueblo peronista significaba un cambio importante en el discurso, su visión del proletariado no escapa aún de la imagen de “pueblo bueno” - que en la misma época y mucho más enfáticamente creara Halperín Donghi - , víctima de un engaño, sometido por una creencia:

“Al fin de cuentas el proletariado, víctima de la loca pero necesaria aventura, fue el único que se conformó con ilusiones, el único que no lucró con el peronismo, el único que se satisfizo con la adoración y el afecto sin solicitar por ello el aumento paralelo en la cuenta del banco, el único que mostró su fidelidad y su idealismo, el único que fue engañado sin remisión (...) Fue el único que se conformó con la transformación de las relaciones humanas en su medio de vida, en el atisbo de una independencia concreta.” (Rozitchner. 1956: 9)

Vuelve a la carga contra el distanciamiento de la burguesía izquierdista: “¿ Puede nuestra clase mostrar el mismo desprendimiento? (...) ¿Se ve entonces lo inútil de la

simple prédica ideológica de la burguesía izquierdista cuando los pretende libres, cuando apela a una libertad que sólo los burgueses conocen, y que el proletariado ignora? (Rozitchner. 1956: 9)

Rozitchner no duda acerca de la racionalidad o interés de clase del proletariado y tampoco de su disponibilidad. Pero esta disponibilidad no es consecuencia de una crisis coyuntural, como en el análisis de Gino Germani, sino una situación de clase inherente al sistema productivo. Sin embargo, su argumentación mecancista no concibe al proletariado como sujeto transformador, sino a una pequeña burguesía (los partidos burgueses) que, ciega, oculta la disponibilidad de la clase trabajadora y la condena por su adhesión a Perón:

“La masa proletaria que se hizo peronista tenía - y tiene un sentido. Era la disponibilidad misma de una fuerza que en cierto modo lo señalaba, estaba allí, pronta al llamado, y nadie quería saberlo porque todos vivían de su engaño (...) no en vano la llegada de Perón hizo cundir el pánico: era como si alguien falseara el juego, como si se atreviera a descubrir lo que tácticamente se convenía en no mostrar; la política consistió en hacer como se esa disponibilidad no existiera con el sentido que le era propio.”(Rozitchner. 1956: 9)

Sólo Perón es el artífice de la gran comedia que no representa “el paso de una sociedad a otra”, en el sentido que le dan Frye y White. No significa, en este caso, una resolución del conflicto a través de una reconciliación festiva entre fuerzas opuestas, - la conquista comunitaria de la libertad -, esa resolución está en las manos de un hombre que crea consciente y hábilmente un “espejismo” casi perfecto. Como

un perverso que, consciente, se presenta a sí mismo ante los otros como el único capaz de hacer reales sus deseos más profundos:

“Perón les dio el espejismo de su propio poder, les confeccionó un poder desde la nada, conseguido sin esfuerzo. Lo que constituye un laborioso aprendizaje en la lucha, la superación de los obstáculos, la discriminación del enemigo, el discernimiento de la realidad, que no se lee en los libros y que el obrero aprende en su historia, en cada una de las coyunturas que la rebeldía enseña a organizarse, todo esto se evitó. El peronismo les creó el espejismo de ir hasta el fin de los bienes burgueses, de poseerlos como ellos lo poseen; de gozarlos como ellos lo gozan, de ser de cualquier modo los usufructuarios de ese mundo que ayudan a construir; les creó la ilusión de una apertura inmediata que tenían esos mismos bienes como fin (...) Solo un hombre como Perón pudo hacerlo, porque siendo militar, habituado al poder, conocía los hilos que manejan esas fuerzas sobre las cuales se asentó para dominar al proletariado, fuerzas siempre prontas a la seducción, a la dádiva y a sus propios intereses.” (Rozitchner. 1956: 9)

Para que una nueva sociedad, como utopía consumada, sea posible, la burguesía debe “quebrarse”- “darse vuelta como un guante”- y el proletariado experimentar su propia libertad fuera del influjo burgués:

“Los intelectuales siguen susurrándoles la existencia del mundo de lo bello, de la verdad, del amor y del bien: como si estuviese todo hecho, como si estuviese al alcance de la mano. El proletariado debe querer más allá de lo

que la burguesía quiere. Tiene que negar lo que de valioso tiene la burguesía para hacerlo nacer todo en el descubrimiento de una cultura propia.”(Rozitchner. 1956: 9)

“Miedos, complejos y malentendidos”, es un artículo que en 1956 escribe Ismael Viñas. En él introduce una nueva variable de diferenciación en el mapa del campo político que se puede trazar hacia 1955. Pero también, dentro de ese campo y en su autoanálisis, introduce esa posición desdoblada, casi “neurótica”, que caracteriza a esta nueva generación.

Viñas divide a las personas en satisfechas e insatisfechas frente al curso político del 55. Los primeros bajo la protección ante el supuesto embate que, para “sus intereses materiales”, había significado el avance del peronismo. Los segundos, las clases populares, “la parte sincera del peronismo, quienes hoy son los que más sufren realmente con el cambio político habido”. Pero en su equidistancia:

“En el otro extremo están todos los elementos progresistas, particularmente las generaciones jóvenes que se opusieron al peronismo viendo en él direcciones sociales y políticas fundamentalmente antidemocráticas, la frustración de una posibilidad revolucionaria, tanto como un modo especial de dictadura contraria a la libertad del individuo.” (Viñas, I. 1956: 11)

Esa neurosis a la que Viñas hace permanente referencia es parte de un lenguaje nuevo que bajo la síntesis del marxismo crítico, el compromiso existencialista y el psicoanálisis, trasunta todo el discurso de *Contorno*. Como ha señalado Noé Jitrik, hacia 1960 un significativo número de escritores argentinos a los que perteneció

Contorno había ido un poco más allá del psicoanálisis para encontrar un modo de pensarse en él como escritores, “una justificación del ser escritores”: “La literatura, de todos modos, queriéndolo o no, mostraba los alcances de un sufrimiento, inherente al hecho mismo de escribir; se lo podía ver y admitir, incluso, casi como lugar común o imagen trivializada del escritor que se pone en el imaginario, frente a una sociedad que lo determina y que por eso encarna el máximo pensable de la incomodidad: ésa es la situación que describe Jean Paul Sartre a propósito de Jean Genet, eso es lo que lee en Roberto Arlt el Oscar Massotta crítico literario...” (Jitrik, Noé.1999: 20)

Así, el psicoanálisis fue penetrando y haciéndose un lugar con la teoría del sujeto, en la producción literaria, en la historia política, en la filosofía política. Durante las décadas anteriores, la literatura - el sujeto - se halla interpelada por categorías tales “como el acto inconsciente”, “el recuerdo revelador”, “la confesión interminable”. Y las interpretaciones lacanianas a partir de Massotta, cuya intervención en *Contorno* corresponde a los primeros números dedicados a la literatura (1953-1955), permiten un giro crítico de ese campo y un enlace con la historia política.

Pero lo relevante en Jitrik sobre Massotta es esa tensión que remite una vez más a la mortificación de la que hoy habla Carlos Altamirano (2000), y que es precisamente la encrucijada en la que se encuentra el intelectual. Dicho de otro modo, un lugar de cierto privilegio en la sociedad interpela su práctica ideológica del compromiso, y un destino lleva a que unos puedan modificar ese lugar y otros no. De ahí el desdoblamiento neurótico en el que sólo por obra del destino caen presos algunos intelectuales. Pero en palabras de Jitrik, “esa incoherencia del individuo entre la ideología aprendida y lo que se le exige, convocan a una dimensión nueva que la imagen de la locura puede satisfacer” (Jitrik, N. 1999: 24)

La mayoría de los integrantes del grupo *Contorno*⁵⁵ buscó las razones de ese destino como fuerza que condiciona la práctica del intelectual comprometido, en el psicoanálisis.

Volviendo a Viñas y al peronismo:

“Los argentinos - todos los argentinos - hemos vivido estos años cada uno convencido de que tenía razón, y asombrado, o irritado de que otros - los otros - no compartieran sus creencias. Los peronistas hablaban de contreras, de vendidos al oro foráneo, de repartir leña, sogas, tiros. Los antiperonistas no podíamos creer que éramos minoría. Algunos hablaban de fraude. Otros del peso irresistible de la propaganda. Las izquierdas y los populistas se sentían defraudados por las masas. Las derechas hablaban de la ignorancia del populacho o del pueblo. A pocos se le ocurre que las razones de los otros pueden ser tan válidas para ellos como las nuestras para nosotros (...) Los intelectuales y los ideólogos burgueses están muy seguros de sí mismos. El tan mentado número 237 de Sur es una enciclopedia de suficiencia. Todos seguros de la verdad, de su verdad, de mi verdad.” (Viñas, I. 1956: 13)

Con matices más políticos que poéticos Ismael Viñas interpela la imagen de Argentina construida a través de Martínez Estrada, Borges, Victoria Ocampo y, en esta interpelación descubre sus interpretaciones sobre el peronismo

⁵⁵ Ramón Alcalde, principal mentor de la revista, había traducido a Freud.

“El peronismo tuvo una virtud: supo captar el sentido revolucionario activo que tenía lo que de por sí era síntoma de una revolución. Como el sansculotismo en la Revolución Francesa, el sinsaquismo tuvo sentido entre nosotros. Y Perón tuvo la inspiración suficiente como para explotarlo.”(Viñas, I. 1956: 15)

Para Viñas, el sinsaquismo - o los descamisados - como emblema del El 17 de octubre en el escenario político constituyó un hecho inédito en la historia social del país. Pero ese mismo emblema, fue fraguado en su significado cuando “al teatralizarse y transformarse de síntoma en símbolo, perdió eficacia, se convirtió en mera descarga emocional, en gesto de rebeldía (...) El mito llevado a objetivo en sí mismo se desvió de otros objetivos. Perón encauzó una eventual revolución y la transformó en una gran pieza teatral, casi farsa, casi tragedia dionisiaca”. (Viñas: 1956: 15)

En la farsa, la gran ironía de un engaño innecesario. En la tragedia, un drama que entrampaba al propio Perón en su propio mito.

En 1959 y en respuesta a la encuesta realizada por Carlos Strasser – “Las izquierdas en el proceso político argentino” -, Viñas pone al desnudo la trampa irónica, y desvela la ineficacia del engaño,

“:... el peronismo no fue un fenómeno estático, que se dio de un solo golpe armado y completo y que se mantuvo luego igual a sí mismo: cambió con el tiempo y esos cambios fueron contradictorios y no pocas veces provocaron violentas tensiones dentro del mismo. Así, el peronismo nació como la concreción del sueño nacionalista (...) Pero a medida que el tiempo pasaba, en

el peronismo se reflejaban dos hechos demasiado poderosos para ser detenidos por las ideologías y los sueños: **Por una parte, el proletariado comenzaba a utilizar su peso para dejar de ser “una masa obediente y dócil” e intentar intervenir real y directamente en el proceso político.** Eso radicalizaba al peronismo y, simultáneamente, asustaba a los dirigentes de clase media que formaba el cuerpo político del peronismo y a los militares: se comenzó a hablar de infiltración comunista en la propia casa de gobierno.” (Viñas, I. 1959: 261)

Su explicación de la crisis del peronismo clásico remite a una radicalización que coincide con un margen de estrategias políticas cada vez menor. Con la madurez de su pueblo, la caída del coloso. Así, la situación de crisis encerró en dos las posibilidades, una mayor participación para las clases proletarias o un retorno a la política conservadora y a la dependencia británica o al afianzamiento de la norteamericana,

“Perón osciló constantemente entre todas las posibilidades, sin decidirse nunca abiertamente por ninguna: intentó apoyarse en la supuesta burguesía nacional, trató de conciliarla con el proletariado, recurrió a los yanquis intentando iniciar concesiones petroleras, apeló a la fuerza obrera en su famoso discurso de “ cinco por uno”, aumentó el carácter policial de su gobierno. Pero no se decidió a ser un gobierno totalmente patronal ni hizo participar del poder al proletariado, ni impulsó, con la necesaria decisión las tratativas con el imperialismo, ni instauró total y cerradamente la dictadura.” (Viñas, I. 1959:262-263)

La realidad exige definiciones “al aprendiz de brujo”, su innegable habilidad para gobernar dentro de una multiplicidad de fuegos enfrentados, o contradicciones internas como decía Germani, - los maestros persisten -, finaliza cuando su exilio resuelve la victoria de una fuerza, - el imperialismo norteamericano -, sobre la otra, - la posibilidad, siempre de su mano, de la radicalización de las posiciones socialistas y del movimiento obrero.

Concluyendo con esta primera caracterización de Contorno, la inclinación hacia un lado de la ambivalencia le permite a Viñas quitar rótulos, romper la explicación del proceso a partir de grandes relatos, y por lo tanto, desestimar toda posibilidad de encerrar al peronismo en categorías precisas como fascismo o bonapartismo. Categorías “necesarias y respetables” pero presas de “un exceso de academicismo”. (Viñas, 1959: 272)

Como en Silvio Frondizi, una esperanza en el cambio, aparece sobre el final de su relato:

“... el peronismo modificó ciertos aspectos de la estructura económica y de las formas jurídicas y culturales, y en el sentido de la liberación objetiva de la comunidad y del mayor número”. “Perón aceleró en el proletariado la conciencia de su existencia como clase y el autoconocimiento de su fuerza, aunque al mismo tiempo haya estimulado la enajenación en él mismo como mito: no es seguro que sin su acción aquel proceso se hubiera producido tan tempranamente y que no hubiese habido otros mitos en lugar del mito de Perón.” (Viñas, I. 1959: 272)

Tulio Halperín Donghi. La ironía como relato.

Así como la ironía es el recurso que domina su relato y que atraviesa los textos de Halperín Donghi entre 1955 y 1964, la tragedia es el modo que se insinúa, en tono de drama, hacia 1961 y sobre el que se construye su trama a partir de 1994 y 1997. Por eso, señalaba en la Introducción las dificultades que el relato de Halperín Donghi presenta cuando se intenta aprehenderlo dentro de las categorías precisas del discurso histórico.

El historiador, autor de numerosas obras, fue profesor en la Universidad del Litoral, en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de Montevideo, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y actualmente lo es en el Departamento de Historia de la Universidad de Berkeley. Compartió con *Contorno* “esos años difíciles para la tarea del historiador”, como en una ocasión señalara su maestro, José Luis Romero.

En *Contorno* publicó “Del fascismo al peronismo” (1956), y “El espejo de la historia” (1959), y en *Sur* en 1960, los dos artículos como *Crónica del período, Argentina 1930 – 1960*. Estos escritos fueron incluidos en *Argentina en el callejón* (1995), bajo los títulos, “Del fascismo al peronismo”, “ El frondizismo en el espejo de la historia”, y “ 1930-1960. Crónica de treinta años”. Este último, también como *Argentina en el callejón*, había sido publicado en 1964 por Arca, en Montevideo.

Quizá la sátira trágica sea el modo que mejor se adecue a esta ambivalente forma de construir una trama, cuya argumentación se escapa también de los modos arquetípicos. Aún con estas observaciones intentaremos mostrar que el modo de argumentación formal con el que Halperín Donghi enfrenta el campo histórico, la Argentina de los siglos XIX y XX, no es el contextualista correspondiente a la sátira, - aunque consideramos que de alguna manera contextualistas son todos los relatos

históricos -, sino organicista porque a pesar de que su ironía intente disolver de modo ambiguo la identificación entre peronismo y fascismo, el fascismo o lo político como unidad integrativa, está presente en el trasfondo de todo su relato. Pero también, su modo de concebir la idea de revolución social - que, sin embargo, varía entre 1956 y 1993 - nos lleva a una categorización mecanicista propia del tono trágico que adquieren los finales de este relato construido satíricamente.

La sátira de Halperín Donghi consigue frustrar las expectativas acerca de las resoluciones que nos ofrecen los otros modos de discurso. (White. 1998: 19) Así, podemos inferir, en principio, que su relato, en esos años, se encuentra en un momento de significativa tensión entre dos grandes formas interpretativas: la de José Luis Romero, y la de los pares de su misma generación. Por eso la ironía es el tropo que mejor da cuenta de esta ambivalencia y tal vez, decíamos antes, en esa ambigüedad se encuentre la gran ironía de su profunda obra histórica: “la duda en la capacidad de aprehensión del mundo del lenguaje mismo” (White.1998: 230), como íntima expresión de una conciencia melancólicamente pesimista respecto de los intelectuales, de la clase política y del destino histórico de la Argentina.

En 1956 el peronismo era, para Halperín, pasado. No se preguntaba qué es sino qué fue. “... yo hablaba, como tantos entonces, de lo que no conocía (...) Esa ignorancia habría de corregirse apenas comenzáramos a conocer peronistas que mantenían intacta la fe pese al fin del régimen.”(Halperín Donghi. 1995: 11)

Bajo esa concepción del peronismo como acontecimiento pasado fue posible concebirlo también como una forma de fascismo, y por los tanto, como régimen que había finalizado con la caída de su líder. Así, en el primero de los artículos mencionados, respecto de la relación fascismo- peronismo dice Halperín:

“... la comparación se ha hecho una y otra vez, y no es difícil hallar semejanzas exteriores entre dos movimientos que, en una era de masas, condujeron a la instalación de dictaduras. Pero apenas se intenta llevar la comparación a planos menos superficiales no se alcanzan ya resultados tan satisfactorios...” “Sin embargo, la cuestión no es tan sencilla: el peronismo no fue, sin duda una forma de fascismo; fue más bien el resultado - o más bien el residuo, inesperado para todos y también para su creador y beneficiario - de una tentativa de reforma fascista de la vida política argentina”.(Halperín Donghi. 1995: 29)

Resultado, residuo inesperado de una experiencia ya agotada en sus países de origen: “En efecto, mientras la Argentina parecía madura para el fascismo, el mundo se revelaba demasiado maduro para él”. (Halperín Donghi. 1995 : 35) Pero, residuo como resultado inesperado, significa partes de algo no contenido en los planes de sus actores; lo contingente, aquello “no necesario pero tampoco imposible”. Aquello que permanece como vestigio del cuerpo de ideas de las que Perón dispuso para llenar su vacío ideológico inicial. De ahí “la culpa original del peronismo.”(Halperín Donghi. 1995: 53)

La ambigüedad domina toda la frase: “no fue una forma de fascismo” y al mismo tiempo fue algo que quedó de “una tentativa de reforma fascista de la vida política argentina”. Del mismo modo, “fue un resultado inesperado también para su creador, y al mismo tiempo y en la misma página”: “el fascismo siguió hasta el fin siendo el modelo que el jefe del peronismo se había fijado, que intentaba con cautelosa imaginación llevar a los hechos.” (Halperín Donghi. 1995 : 29)

La duda contenida en esta ironía del lenguaje consiste en dejar abiertas las dos posibilidades: Perón es un actor más, entre otros perdido dentro de las fuerzas que dominan el desenlace de los hechos, y a la vez un líder carismático autoritario que pretende llevar hasta el final el cumplimiento racional de sus intenciones. Pero si el peronismo no es fascismo, sino la pretensión de su principal actor de serlo de una vez y para siempre, si el fascismo es la intención de su creador, y el peronismo el resultado de su obra, desaparecido del escenario el primero con su intención creadora, desaparece también la segunda, y el peronismo, se convierte así en acontecimiento de un pasado absoluto. Como fascismo, experiencia fracasada y agotada, igual que en sus países de origen.

Destaca la afirmación de de Ipola cuando dice que “la obra de Halperin plantea preguntas, problemas, interrogantes, cuestionamientos a quienes intentamos reflexionar sobre determinados aspectos teóricos de las Ciencias Sociales”.”Y la misma es más bien frugal en lo que a explicitación de supuestos teóricos se refiere.”(De Ipola. 1997: 32-34)

Pero en su relato Halperín continúa: “Orígenes, naturaleza, ímpetu revolucionario del peronismo; todos estos problemas sin duda demasiado vastos es preciso evocar para entender la ambigua relación entre peronismo y fascismo”. (Halperín Donghi. 1995 : 30)

Existe en su trama un elemento recurrente que no termina de expresar pero que persiste en su discurso y que lo impulsa hacia algún modo de esperanza:

“si el ejemplo del fascismo no pudo dar orientación concreta al movimiento peronista contribuyó en cambio muy eficazmente a desorientarlo, a fijarle métodos y objetivos a la vez imposibles y contrarios a la índole misma del

movimiento argentino. Nace de allí una interna tensión que acompañó al peronismo en todo su curso, anticipo de la crisis final prevista por observadores sagaces, **en la cual las energías revolucionarias largamente constreñidas fuera de cauce natural arrasarían con las estructuras políticas que pretendían representarlas y de hecho las traicionaban**” (Halperín Donghi. 1995: 30)

Lo inesperado aparece, entonces, como la existencia velada de un movimiento social que adquiere sentido más allá de la acción de Perón. Y así, el actor racional, plenamente conciente, se vuelve - de nuevo - más humano, y el peronismo se convierte en otra cosa bien diferente del fascismo.

Todas las posibilidades de interpretación están contenidas en la ambigüedad, pero es igualmente significativo que lo “no dicho” sea precisamente que el peronismo es el conjunto de todas ellas, de ahí su polisemia, de ahí su heterogeneidad.

Sin embargo, como motivo de obsesión, la duda reaparece una vez más:

“...el peronismo pudo dominar durante diez años, pudo ser derrocado sin que esa crisis se produjese, sin que pareciese siquiera cerca. ¿Es que esa fuerza revolucionaria que anidaba al movimiento no era al cabo tan considerable? ¿Se frustró en él una revolución o acaso no hubo en su origen revolución alguna que pudiera frustrarse?” (Halperín Donghi. 1995: 30)

Paradójica es su manera de plantear las características de la naturaleza del peronismo y por ende su relación con el fascismo. Pero creemos que para Halperín Donghi, el verdadero resultado fascista del peronismo consistió en su triunfo sobre

las posibilidades revolucionarias que anidaba el movimiento de la clase trabajadora. En este sentido, la “tentativa de reforma fascista” consistió en el éxito de la aplicación desde el Estado de medidas tendientes a apaciguar los conflictos entre las clases (clase obrera y burguesía industrial) equilibrando en ellas, a la vez, beneficios y pérdidas.

“ Cuando el que luego sería el jefe del movimiento toma a su cargo la política social del gobierno de junio comienza por aplicar también en este campo un esquema sustancialmente fascista: para poner fin a la lucha de clases declarada estéril y contraria a la cohesión nacional, el fascismo había proporcionado a la clase obrera ciertas ventajas en campos muy limitados que venían a testimoniar a esa clase la concreta solidaridad de la Nación con sus aspiraciones a la vez que intentaban alejarla de todo retorno a la tradición revolucionaria”. (Halperín Donghi: 1995: 42)

Por eso para él “...la conciencia de clase de los trabajadores, en los hechos, si quería sobrevivir, debía ser otra cosa”. (Halperín Donghi. 1995: 42) “Esa otra cosa” por medio de la cual sobrevivió fue entonces, una “conciencia sustancialmente conservadora peronista.”(Halperín Donghi. 1995: 42) Los viejos, racionales y revolucionarios trabajadores, tildados luego como reformistas, debieron actuar junto a aquellos más “débiles”, y asimilar, al mismo tiempo, las nuevas formas de práctica política y social que irrumpían junto con los nuevos migrantes del campo a la ciudad. Esta nueva conciencia, consecuencia de una forma de liberación de la opresión atemporal, se construyó sobre la confianza en una estable prosperidad, que las reformas peronistas intentaron institucionalizar.

“El sentimiento de clase que está detrás del peronismo no es entonces el de un grupo que se siente víctima de la sociedad, sino el de un grupo que ve colmadas sus aspiraciones, que se ve instalado en lo que en su infinita inocencia juzga la prosperidad y quiere permanecer ya para siempre en ella.”(Halperín Donghi. 1995: 45)

En estas formas de organizar su trama es posible leer la ironía transformada en benevolencia, distancia en tanto superioridad, que adquiere respecto de su objeto. De esta manera su narración genera efecto de realidad. Irracionalidad, inocencia, inconsciencia fueron palabras, recurrentemente, convalidadas por el discurso académico de esos años.

La ambigüedad alcanza también a la posición que toma Halperín Donghi, respecto de la división entre nuevos y viejos trabajadores, y en consecuencia respecto de la creación de una nueva clase obrera con el peronismo. Las diferencias en sus tradiciones culturales y en sus niveles de organización están bien sugeridas, pero éstas no se sostienen en el momento en que Perón anuncia las primeras reformas sociales. Para Halperín, la nueva conciencia obrera abraza y diluye a la anterior, consolidándose así una nueva y peculiar clase obrera, cuya conciencia es sustancialmente, conservadora:

“El sector más antiguo y mejor organizado resistió sólo débilmente a las tentaciones de la nueva aventura política; y de ello se ha echado la culpa al reformismo sin horizontes ni perspectivas a que había venido a reducirse la conciencia sindical argentina en el período inmediatamente anterior. Pero el

influjo de este sector organizado fue al cabo secundario y tan solo negativo; se vio arrastrado por la impetuosa adhesión de otras capas de formación más reciente, que iban a dar al movimiento obrero de la era peronista su tono peculiar:” (Halperín Donghi: 1994: 44)

Retomando el problema anterior, lo inesperado no fue, entonces para Halperin, el cúmulo heterogéneo de aspiraciones que el movimiento de base contenía y por medio del cual tensionaba el equilibrio de fuerzas toda vez que la situación se tornase desfavorable; ni el origen de lo que hizo posible la resistencia posterior. “Si esa conciencia de clase no es socialmente revolucionaria, si en este campo es sustancialmente conservadora, puede ser en cambio revolucionaria en lo político”. (Halperín. 1995 : 45) Lo inesperado fue la formación de “una nueva cultura política, de un opuesto ideal cultural”, en ello consistió la revolución peronista. Y así Perón, vuelve otra vez, al “centro de las cosas”:

"El secretario de Trabajo advirtió muy bien hasta que punto esa clase era ajena a las preocupaciones de decoro gubernativo y corrección constitucional que animaban la resistencia, quiso transformar ese desapego en cerrada hostilidad, hacer madurar súbitamente una conciencia de clase que se daba como conciencia, no principalmente de un antagonismo económico o social, sino de un opuesto ideal cultural.”(Halperín, Donghi. 1995 : 45)

La nueva cultura política es, entonces “... esa deliberada ruptura con todo un pasado, en que la respetabilidad impuesta desde arriba parecía identificarse con la miseria también impuesta desde arriba”.(Halperín Donghi. 1995 : 46)

Describe a esta nueva cultura política como la irrupción de escenas de cólera, danzas orgiásticas, gritos obscenos y tono de carnaval, desafiando de esta manera las formas establecidas como etiquetas de distinción de la clase dominante. Estas formas emotivas de representación significaban, según Halperín, el contenido de una identidad pacífica, la opresión “de un pueblo bueno”, cuya incitación es silenciada por la satisfacción de necesidades primarias. La mirada escéptica, desapasionada y distante, se posa sobre la “creencia y el candor” de ese “pueblo bueno” que, con “inmadura conciencia”, supone ya la revolución social. (Halperín Donghi. 1995:48)

Sobre el final de este trabajo escrito en 1956, resuelve la interpretación de esta primera experiencia a través de la expresión alberdiana de “fascismo posible, la máxima forma de fascismo que la argentina de postguerra podía soportar”.(Halperín Donghi.1995: 51) Y, es en este final en el que es posible volver sobre su contradicción inicial, el residuo, el resultado no esperado pero materializado al fin.

Un significado para su tono sombrío

La aporía en la que queda atrapado el peronismo en el discurso de Halperín Donghi está justamente en la capacidad revolucionaria del movimiento obrero que, bajo sus juegos de lenguaje, no termina de emerger. Si así lo hiciera, una argumentación mecanicista lo llevaría a desestimar la idea de peronismo como fascismo. Por el contrario, la idea de una clase obrera irracional o “masa amorfa”, “disponible” para la “aventura” de un líder carismático, lo llevaría a afirmar a través del modo organicista, y sin rodeos que el peronismo es fascismo. Por eso señalamos que se trata de un discurso construido con modos diversos, y que esto se debe a la tensión

que hacia 1955, introducen las nuevas interpretaciones dentro de las más tradicionales formas de argumentación.

Así también, “en la inasible trama satírica” queda atrapada la utopía de Halperín Donghi que no terminamos de descubrir. No nos deja ver si existe alguna posibilidad de cambio histórico y tampoco, en los momentos en los que lo sugiere, cómo es ese cambio. Emilio de Ipola (1997: 35) afirma que Halperín parece no conformarse con las interpretaciones de Hobsbwaunn respecto del fracaso y del éxito de las revoluciones en relación con el cambio social. Aquello que queda como sustrato de cambio, a pesar de una derrota temporal, en el devenir complejo y dinámico, parece ser, para él, el consuelo de una mirada complaciente.

En 1956, como hemos visto, se refiere al peronismo como revolución política o como a una nueva cultura política. Pero no nos dice cuál es su idea de revolución, o cómo tiene que ser esa sociedad en la que los argentinos experimenten la mayor libertad humanamente posible. En 1993, en un trabajo de síntesis que, como un homenaje a treinta años de *Argentina en el callejón*, publica la revista *Punto de Vista*, Halperín dice:

“ Trataré de analizar la larguísima agonía de la sociedad que se creó en la Argentina bajo el signo de peronismo que fue efectivamente una revolución social. Lamento decirlo porque eso ofende a mucha gente y hace años era una especie de blasfemia, cuando se creía que revolución social había una sola, y esa, desde luego, no podía ser la revolución peronista. Sin embargo, la experiencia de cualquiera que vivió el peronismo es la de un cambio vertiginoso y dramático, aceptado por la mayoría de la sociedad argentina porque en el fondo era muy agradable para la mayoría. Aunque, al mismo

tiempo, se fundara sobre una base material (para usar un lenguaje que ha pasado de moda) que no tenía ninguna posibilidad de perdurar: se trataba de crear una sociedad para los decenios y no para los siglos sobre la base de una coyuntura que duró exactamente tres años. **Lo que siguió fue un esfuerzo desesperado por mantener vivo algo que no podía seguir viviendo.** Hoy creo que vemos eso, pero vemos también la tendencia más profunda que hacía más compleja y más difícil la crisis: una lenta agonía atravesaba ciclos cada uno de los cuales empezaba un poco más abajo que el anterior” (Halperín Donghi. 1993: 4-5)

El modo dramático en la trama de Halperin se construye sobre un trasfondo melancólico que atraviesa los textos abordados en esta primera etapa. De este modo, el fracaso del peronismo será, para él en 1994, el fracaso mismo de la clase política argentina. La recurrente historia de una oportunidad perdida, el extrañamiento de la acción social. Esa es la moraleja de su relato y la enseñanza del tono de su narración como drama.

“ el peronismo fue sin duda fruto de muchas cosas, pero si fue un fruto tan amargo y estéril ello se debió acaso ante todo a cierta no siempre involuntaria falta de lucidez con que los que dirigieron la Argentina antes del peronismo y durante el peronismo se enfrentaron con su país.”(Halperín Donghi. 1995: 54)

Fruto estéril y amargo, reducción en tanto sinécdoque que expresa la melancolía de algo que no fue y que no es, pero que al mismo tiempo cree que pudo ser: “así, la

historia del peronismo no necesita ser la historia de una desvanecida oportunidad revolucionaria para ser en efecto la de una oportunidad perdida.”(Halperín Donghi. 1995: 53)

En “El espejo de la historia”, el frondizismo visto desde la mirada sobre la generación del 37, es un intento por rastrear, en el pasado, el origen y el desenlace, como “abandono demasiado rápido”, de una “vocación revolucionaria.” Una vocación revolucionaria de cuya existencia descreo a priori, “tanto en los protagonistas políticos de ambas etapas sometidas a comparación, como en el país que en ambas, iba a asistir sin indignación, y se diría casi que sin sorpresa a su apostasía.” (Halperín Donghi. 1995 : 12)

Del mismo modo, *Crónica de treinta años* es la narración de la incapacidad tanto del peronismo como de la experiencia de Arturo Frondizi para planear y dar curso a políticas que pudieran alcanzar el éxito del programa liberal - conservador de fines del S. XIX, “esa Argentina, sin duda, no ha de volver”.(Halperín.1994:263) Es el relato de la perdurabilidad de la crisis que no sólo no puede modificar la persistencia de una estructura económica perversa sino que tampoco puede dar lugar a un cuerpo ideológico adecuado.

Pero lo relevante es que la mayoría de los relatos que por momentos se construyen sobre una argumentación mecanicista, - como muestran estas últimas citas -, traman *Argentina en el callejón* con finales o resoluciones dramáticas. Así, en *Crónica de treinta años*, la experiencia frondizista finaliza con palabras, que en tono de duda irónica, aluden a la humillación, entrega dolorosa, servidumbre económica:

“El puerto que se busca será, entonces previsiblemente tan tormentoso como la navegación que a él nos conduce: la zozobra, el sobresalto de una lucha que

nos es totalmente nuestra seguirá siendo rasgo propio de la vida argentina, aún si una nueva ola de prosperidad logra cerrar las heridas de treinta años de pacífico desgarramiento interior; fundar un equilibrio político menos amenazado de súbitas rupturas”. (Halperín Donghi: 1994: 218)

En *La larga agonía de la Argentina peronista* (1994), a treinta años *de Argentina en el callejón*, refiriéndose a esta obra Halperín dice:

“Lo que en 1964 aseguró un paradójico éxito (hecho de silencios públicos y discretos pero inesperadamente amplios consensos privados) para una obra cuya visión de la historia argentina más reciente se rehusaba a identificarse con ninguna de las interpretaciones que, ruidosamente, se combatían en esos tiempos de implacables divisiones ideológicas y fieros rencores políticos, **era que ella ofrecía la historia inconclusa de una crisis que avanzaba inexorablemente hacia un desenlace de tormenta en el que corrían riesgo gravísimo de naufragar los destinos personales del autor y sus lectores.** Era, sin duda, la coincidencia en ese presentimiento sombrío, nunca explicitado en el texto de aquél, e implícitamente recusado por las consignas triunfalistas que movilizaban a tantos de éstos, la que subtendía el clandestino acuerdo entre unos y otros.” “ La distancia entre ese momento y el de hoy se mide en algo más que en años: los separa precisamente la tormenta entonces tan temida”. (Halperín Donghi. 1994: 8)

Así, los ciclos cada vez más profundos como imagen de la caída, nos recuerdan el temor “a un drama de desgarramiento” en el que, de modo inexorable, la Argentina,

después de la tormenta y después de soltar los nudos para evadirse del “callejón”, “prisionera del mundo antes que su ama”, (White:178), “se resigna a vivir en la más dura intemperie”. (Halperín Donghi. 1994: 142)

Quizá la trama de Halperín signifique la sátira “de la impotencia absoluta del soñador” (Frye. 1991:300) Porque sueña demasiado no puede siquiera decir realmente cómo es esa sociedad ideal con la que sueña. El sentido de lo histórico de Hobsbwaunn es excesivamente incompleto para cubrir su exigencia. El mundo envejece para siempre, “ la virtud resulta siempre traicionada y el talento pervertido”. (White. 1998: 231)

Capítulo 8. Desde los márgenes. Hernández Arregui en la formación de la conciencia nacional.

Juan José Hernández Arregui constituye una de las vertientes de ideas más arraigada en la izquierda nacional. Reconocido como intelectual pero poco reconocido como académico por sus propios pares, escribió *Imperialismo y Cultura* en 1957, *La Formación de la Conciencia Nacional* en 1960, *¿Qué es el ser nacional ?* en 1963, y *Peronismo y Socialismo* en 1972.

A lo largo de estas obras, Arregui se implica en los sucesos de 1955 y construye un relato en el que patria y antipatria separan ideologías y acciones, oponen discursos y narraciones, recuerdos y olvidos en un contexto en el que imperialismo y antiimperialismo son los ejes sobre los que se disponen las interpretaciones. Se está - se es - de un lado o de otro.

Sin duda la Universidad es sólo una parte del complejo que asiste activamente a la construcción de esta tradición ideológica. En el campo político, dentro de la resistencia peronista y desde el exilio es fecunda la obra de John W. Cooke a través de la célebre correspondencia con Perón entre 1956 y 1973 y, en el campo intelectual lo es, como “esfuerzo más sistemático en la construcción de un linaje nacional-populista”, (Tarcus. 1996:23) la de Hernández Arregui.

En la construcción de este linaje los conceptos de nación, patria, pueblo, clase, cultura, son prefigurados bajo una “retórica de combate”(Neiburg.1997: 25) que se construye sobre la exaltación de la defensa de la cultura iberoamericana como síntesis integrativa del sentimiento nacional, popular, patriótico. A la vez, la valoración de esa cultura coincide con la exaltación del sentido de la acción política de “héroes” del pasado oscurecido por los discursos representativos de la cultura de

élites. Así, "la lucha historiográfica generaba un pasado que, aunque cercano, poseía, precisamente porque había sido ocultado, virtudes análogas a las de un origen mítico." (Sigal.1991: 212)

El origen mítico del pasado nacional es desentrañado por Hernández Arregui en un discurso construido sobre la imagen de una Argentina cuya herencia indígena y su "trasfondo vital reasimilado por la cultura europea como rasgo de originalidad", había sido históricamente colonizado y aprisionado por los imperialismos. Por eso Arregui enfatiza el término Hispanoamérica, y no el de Latinoamérica correspondiente a " los colonizadores europeos posteriores a los siglos XIX y XX."(Arregui.1963-1973: 5)

Pero su obra, con una narración de procesos amplios, está estructurada sobre la búsqueda del "ser nacional" a través de una larga interlocución que, en clave de empatía o de irónica polémica, sostiene con intelectuales pasados y presentes. Cree en esa búsqueda como en el único modo - fin último o meta - capaz de consolidar la conciencia de nación sobre la que, en su interpretación, comienza a asentarse el peronismo.

La argumentación organicista con la que Arregui resuelve la integración de conceptos antagónicos, y a la vez confusos, como la clase, el pueblo, la nación, la cultura, "el ser nacional", y la construcción del linaje nacional-popular, son los núcleos centrales de este capítulo.

El triunfo de una clase y de una imagen de nación a través de la lucha lo lleva por derivación a una explicación mecanicista, representada por un tropo metonímico que, en este caso, se resuelve con la síntesis ideal. Así, el peronismo revolucionario o la izquierda peronista, - como ideología particular de la Argentina - , escapa esta vez no sólo de la combinación arquetípica de White, sino de las cuatro grandes ideologías

que él distingue para la obra clásica del siglo XIX. Por ende, las resonancias de un discurso romántico, en el que el triunfo del “peronismo revolucionario”, o la lucha por la revolución social desde el peronismo, no sólo en el 17 de octubre sino aún después de 1973 con el regreso de Perón, es la metáfora que domina la trama de ambos procesos.

La búsqueda del Ser nacional

¿Qué es el ser nacional? es la obra a la que Arregui llega después de escribir *Imperialismo y Cultura* y *La formación de la Conciencia Nacional*. Guiado por Henri Lefebvre, el principio de “la política como nervio de la historia”(Arregui. 1957: 46), conduce el sentido de estas obras, y sobre su reflexión abstrae y precisa los conceptos con los que prefigura su relato.

Su más clara concepción de la historia, - a la vez arte y ciencia -, del quehacer y de la implicación ideológica del historiador con un presente desde el cual inquiere al pasado, es el punto de partida para la construcción de *La formación de la Conciencia Nacional*:

“Cada época congela una vida espiritual ya desaparecida que no se puede reanimar desde los valores del presente, aunque todo interés por el pasado se alimente en las exigencias de ese presente vivo que es la realidad que nos demarca. Es necesario por eso, colocarse en el espíritu de las épocas estudiadas. Tratándose de un período casi contemporáneo, la tarea no es inabordable, pero exige una actitud peculiar.”(...)“No basta para ello la prueba documental. Es necesario penetrar en la total textura psíquica de las

manifestaciones de la época - económicas, políticas, ideológicas - para de ellas derivar la interpretación coordinada de la realidad propia de toda visión integral de la historia que, en su primera etapa, podrá alimentarse en el documento pero no más. Pues la historia primero es vida y después documento.”(Arregui. 1973: 20)

Pleno de imágenes “el ser nacional”, es la síntesis de una filosofía de la historia que indaga en la historiografía para encontrar el “espíritu común” o conciencia histórica de la Argentina del siglo XX. Pero esa búsqueda de la conciencia histórica no halla el “espíritu común” en una única forma de ser y de pensar la Argentina, sino en la lucha o en la contraposición de dos mundos o dos imágenes de la que, después de la batalla, emerge “el ser nacional”.

El compromiso de Arregui con la filosofía de la historia, y el paso decidido con el que atraviesa la frontera entre Historia y Política, quizá pretende ocultarse frente al impulso cientificista de la época”, y por eso, *¿Qué es el ser nacional?*, es un esfuerzo sistemático por despejar analíticamente los componentes de esa idea, de cuyos matices románticos - “no solamente como estética sino como saber del mundo”(Gusdorf. 1985: 16) - , no puede escapar.

"Cuando un concepto es manejado por corrientes ideológicas contrapuestas, el mismo es una metáfora o uno de esos recursos abusivos del lenguaje, que más que una descripción rigurosa del objeto mentado, tiende a expresar un sentimiento confuso de la realidad”. “Cuando oímos hablar de ser nacional nos asalta la sospecha de que tal concepto aloja un núcleo irracional, no desintegrado en sus partes constitutivas. La creencia en una especie de ente

metafísico flotando más allá del individuo y la sociedad. Espiritualismo dudoso que consiente toda clase de desviaciones..." (Arregui 1963-73: 15)

Su propósito es desintegrar el concepto en sus elementos constitutivos, racionalizarlo, despojarlo de su "brumosa irracionalidad". Así, la patria es el primer concepto que aparece cuando Arregui intenta seccionar la idea del "ser nacional". Y la patria se hace tangible entonces, como "una categoría histórico-temporal experimentada como la posesión en común de una herencia de recuerdos." (Arregui. 1963-1973: 17) No es sólo un sentimiento primario y genérico. "Es un concepto poliédrico. Una categoría histórica". Por ende, en el mundo de lo histórico, de la acción que interpela al tiempo, "el ser nacional empieza a desplegarse ante nosotros, no como un tropo literario, sino como actividad social viviente y desgarrada, a la vez, "experiencia individual y conciencia colectiva de un destino". (Arregui. 1963-73: 17)

Sin embargo, es esencialmente una metáfora la que Arregui elige para aprehender un campo histórico que, a través de ese tropo, se despliega desgarrado por la lucha entre dos Argentinas, por dos "herencias distintas de recuerdos". Así, "lo imaginario introduce a la verdad del conocimiento de lo real" (Gusdorf, G. 1982: 180) Y Arregui a través de la metáfora romántica, se empeña en la misión de ordenar, - batiendo a los intelectuales uno a uno -, ese campo que así dividido aparece en la historiografía. Pero Arregui continúa por el camino deductivo que ha elegido para argumentar sobre la construcción "poliédrica" del ser nacional. La comunidad, como unidad de cohesión colectiva más pequeña, es el concepto con el que trata de hacer inteligible la ambigüedad del de ese ser. La lengua aparece, entonces, como "nexo de la

interacción humana” y principal factor de desintegración y de cohesión nacional a la vez. Por eso, la lengua, define y diferencia las identidades: “se piensa, se existe, se quiere en términos de lenguaje”(Arregui. 1973:86) Así, el lunfardo como condensación de otros lenguajes, (italiano, español y criollo) síntesis de la cultura “criollista” del suburbio porteño, del desarraigo nostálgico del inmigrante que no pudo volver, y del migrante del interior hacia el arrabal fabril, es para Arregui, el lenguaje o la identidad más próxima a la esencia del “ser nacional”.

Así, el concepto de comunidad con todos sus elementos formativos se subsume en uno más comprensivo: la Nación, “ realidad jurídica circunscripta en el espacio y en el tiempo, con una estructura política propia, no es un ente fuera de la experiencia histórica. La nación es un dato definible, pues sin territorio no hay nación, e institucional, pues sin normas sociales aceptadas por el grupo no hay vida social, y un hecho histórico, con su génesis y desarrollo, pues expresa el origen y permanencia en el tiempo del grupo institucionalizado.” (Arregui. 1963-1973: 17-18)

Pero la argumentación organicista con la que describe la integración de partes que se subsumen en una mayor, la nación, choca con un concepto que se le opone o se le resiste: el de clase social. El concepto de nación o de pueblo o de comunidad nacional, integra a las clases en una unidad, pero la interpretación marxista que Arregui pretende seguir, le impide integrar fácilmente así a la clase. La pretensión de unificar las ideas de clase, de lucha y de conflicto de Marx, y la de nación o de pueblo, deriva en la ideología del peronismo de izquierdas, que necesariamente se apoya en esta tensión y que también, necesariamente conduce a una separación entre la izquierda peronista y la izquierda más radicalizada o no peronista en los años setenta.

Por eso es el organicismo el modo con el que Arregui argumenta que el todo como “ser nacional múltiple” emerge de la lucha y a la vez contiene la tensión entre las clases,

“El ser nacional es el proceso de la interacción humana, surgido de un suelo y de un devenir histórico, es el que pugna por cimentarse sobre las oposiciones de las clases sociales que luchan por el poder político. No es uno sino múltiple. En la base, pues, del ser nacional se encuentran las clases sociales, y dado que la actividad del hombre en comunidad es un proceso que se anuda en las tempestades de la vida colectiva, el ser nacional manifiesta su diversidad, en la lucha política de una nación, ya que la política es la actividad práctica del hombre histórico, de hombre vivo, a través de las clases sociales contrapuestas entre sí.”(Arregui. 1963-1973: 19)

Pero también, Arregui piensa en sentido de la historia a través del mecanicismo, como una lucha, cuya contradicción se resuelve a través de la conquista “del ser nacional”,

“En las crisis de una nación cada clase concebirá la realidad nacional desde perspectivas diferentes. El concepto mental invertebrado, huérfano de contenido comienza a impregnarse de vida histórica. El ser nacional emerge ahora, **como comunidad escindida, en desarrollo y en discordia, como proceso en movimiento. No como paz sino como guerra.**”(Arregui. 1963-1973: 19)

Otra categoría se agrega y define esa imagen de la Argentina en la que Arregui cree encontrar el ser nacional: el imperialismo

“De acuerdo a la categoría a la que se pertenezca, el ser nacional, la patria, la comunidad nacional, la cultura nacional, a través de las clases sociales en tensión, tiende a refractarse de modo distinto en un país dominante que en un país dominado. Así, el rasgo contradictorio principal del ser nacional, en los países uncidos en la órbita de las grandes potencias mundiales, es en determinadas clases, como proyección mental del imperialismo sobre las colonias, el sojuzgamiento acatado del ser nacional a la voluntad extranjera, y **en otras clases, una disposición contraria de no entrega del destino nacional, de la patria, de la heredad cultural, a los poderes extraños.**”

(Arregui. 1963-1973: 20)

Para Arregui hay un principio separador de aspiraciones de clase, el imperialismo. La acción del imperialismo separa a las clases en la defensa de un destino común opuesto, y en esa separación profunda, se halla el ser nacional desgarrado. Por eso, en la conciencia de la dominación se encuentra también el origen de la libertad así como del desgarro.

El ser nacional es entonces,

“Una comunidad establecida en un ámbito geográfico y económico, jurídicamente organizada en nación, unida por una misma lengua, un pasado común, instituciones históricas, creencias y tradiciones también comunes conservadas en la memoria del pueblo, y amuralladas, tales representaciones

colectivas, en sus clases no ligadas al imperialismo, en una actitud de defensa ante embates externos, que en tanto disposición revolucionaria de las masas oprimidas se manifiesta como conciencia antiimperialista, como voluntad nacional de un destino.” (Arregui. 1963-1973: 22)

Se halla aquí, el triunfo romántico de la conciencia antimperialista de las masas oprimidas sobre las clases unidas al imperialismo opresor. El triunfo de “la herencia común de recuerdos” como imagen de una sola España y de una sola América. La España en lucha contra el dominio de la razón y la técnica, en rebeldía heroica contra la industrialización expansiva se opone en su interpretación, a una historia de una pasividad desgraciada. (Arregui.1963-1973: 33)

“Hay pues que retroceder a España, y al hecho de la conquista, calar en las culturas indígenas y en el período hispánico, vadear el más cercano de la caída del Imperio Español en ascenso del dominio anglosajón, de allí pasar a la época actual descifrando la influencia del imperialismo con su tendencia a la disgregación de lo autóctono y, finalmente, como resultado de ese retorno a los orígenes, que es el único método que explica el estado actual de una realidad histórica...”(Arregui.1963-1973: 22) “Descubrir a Europa como deudora “del esplendor universal español” que se vuelca sobre América.”(Arregui. 1963-1973: 33)

Así, la cultura hispanoamericana concebida como lo original o autóctono -“ligazón germinal con la tierra”⁵⁶ - es la que identifica al ser nacional, y está en las masas rurales, y en el suburbio fabril que persiste frente la ciudad colonizada: “ Ahora se escuchan - y el hombre de la urbe las silba solitario en el cosmos de acero y hormigón de las noches sin estrellas de Buenos Aires - sus músicas como un llamado secreto de la tierra”(Arregui. 1973: 149)

“La cultura nacional está en las masas. El pueblo acumula un pasado y tradiciones más fuertes que los esqueletos mentales de la cultura adquirida. La firmeza entrañable u coactiva de este mundo emblemático de los atributos colectivos está en que se imanta con la niñez del individuo y su tallo se hunde en la emoción y el recuerdo. El poder compulsor de las tradiciones es tan fuerte que nos configura a todos. Aún a aquellos que lo niegan.”(Arregui. 1963-1973: 200, 201)

En esa cultura nacional que resiste a un pasado arrasado por la cara perversa del progreso moderno, se asienta el origen del “peronismo como época triunfal de la

⁵⁶ Arregui concibe a “la cultura como un hecho objetivo externo al individuo. Pero también la cultura es subjetiva, pues el individuo, aunque extrae sus creencias y normas de conducta del mundo de los valores colectivos, los devuelve avalados por su espíritu”. (Arregui. 1973: 197) “El individuo recibe al nacer la cultura que más tarde cree nacida de su esfuerzo. Empero, aunque en determinados períodos, pueden predominar los valores circunstanciales de una generación o clase educadora, por la misma naturaleza de la cultura, los vetustos valores siempre renacen pues son colectivos. Aún en las revoluciones, junto a los nuevos, resucitan los antiguos como trazos tradicionales que conforman la personalidad colectiva de los pueblos...” (Arregui. 1973: 198)

conciencia histórica”, entendida como la emergencia del ser nacional.(Arregui. 1973: 217)

Hacia una definición del peronismo. Imágenes en lucha. La Argentina de Arregui.

Con acierto señala Federico Neiburg que” la razón del interés en el pasado de los intelectuales que después de la Revolución Libertadora, se identificaron como peronistas era legitimar su propuesta, mostrando las posibilidades de un futuro mejor. Su concepción de la historia les permitía decir que se hallan en un tiempo de derrota y que el sentido de la historia estaba del lado de los débiles”.(Neiburg. 1997: 101)

Ese es el sentido de la historia contenido en la narrativa de Arregui. Así, *Imperialismo y Cultura* es una obra compuesta por ensayos que, con tono polémico, Arregui escribe en 1957. El nexo que une a esta serie de ensayos es una imagen representativa de la Argentina que resiste a las otras y que, como en una batalla, resuelve su lucha a través “de la epopeya del peronismo.”

En la generación de 1912 formada por escritores como Lugones, Ingenieros y Gálvez, junto al surgimiento de tendencias nacionalistas de una burguesía nacional, identifica el origen de “ un sentimiento nacional latente”. (Arregui. 1957: 79) Frente al nacionalismo católico, atado al pretérito hispánico y a una visión del inmigrante como portador de extranjerismo antinacional y, también, frente al europeísmo de la élite, presentará Arregui a este linaje creador de una literatura embrionaria.

Así, *Florida* y *Boedo* son imágenes de antagonismos sociales que dividen a la gran urbe. La primera, efecto de la nostalgia de una oligarquía que hacia los años treinta ve languidecer su preponderancia junto con el predominio del campo y, en consecuencia asiste a un escenario de poder que se modifica. La segunda, Boedo, es

la imagen que extrae sus tipos de las “bajas capas sociales”, y por su procedencia socialista hace confluír a anarquistas, sindicalistas, luego a trozkistas y comunistas.

Citando a Elías Castelnuovo, uno de los fundadores del grupo, se refiere Arregui a la polémica ideológica cubierta por la discusión artística: “ Como nosotros hablábamos de revolución y los de Florida también hablaban de revolución, en una oportunidad se le preguntó a Borges a qué revolución se referían ellos. Y él contestó seriamente que se referían a la revolución de las imágenes. A la revolución de la gramática”. (Arregui. 1957: 92)

Arregui reduce la reflexión estética de Borges, y lo condena a la categoría de artista colonizado. Pero también revela cómo el desdén de Boedo por la forma estética le cierra, a éstos últimos, el paso a la verdadera literatura.

Florida se convierte en los 30 en literatura oficial y su producción emblemática es la revista *Sur* dirigida por Victoria Ocampo. La herencia del modernismo aristocrático que se aleja de una España “ encerrada en la muralla de su tradición, aislada en su propio carácter, sin que penetre hasta ella la oleada de la evolución mental”(Arregui.1957: 83)⁵⁷ es recibida por *Sur* y, en la reconstrucción de Arregui, tendrá en Borges a su mayor representante.

La crisis del 30 representada en la metáfora de Roberto Arlt, - “Yo era una esperanza. Y una esperanza sin proporciones es siempre superior a una realidad mensurable. Espoloneado por mi amor propio, juré ver muy lejos, sin cavilar que mi ver muy lejos pertenecía al pasado”-habla del intelectual alienado, pero también del fracaso de un destino tan glorioso como eterno para una Argentina que sólo entonces puede comenzar a verse a sí misma:

“Esta estructura del Universo que aprisiona al espíritu, es en realidad Buenos Aires, con sus desocupados, sus feriantes italianos y sus habitantes inominables, perdidos en la ciudad sin espíritu donde todo ha sido colonizado. La angustia de Arlt refleja la pérdida del camino colectivo del país, percibida por todos irracionalmente y sufrida por múltiples conciencias individuales atomizadas en la ciudad cartaginesa.”(Arregui. 1957: 113)

Arlt crea personajes de ficción que muestran a un pequeño- burgués desdoblado, el intelectual de clase media que hacia 1955 es la preocupación recurrente del grupo *Contorno* y como escritor es a la vez desenterrado por aquellos *parricidas*, los hermanos Viñas. Entre la indiferencia de la intelectualidad, el rechazo de las élites y la desconfianza del proletariado, este intelectual, no encontrará su lugar y caerá en el aislamiento individualista, incluso en el suicidio.

Dice Arregui: “El pequeño burgués ve su situación desde un ángulo falso. En las épocas prósperas su relativa independencia económica le impide concebirse como miembro de una clase. Pero en los momentos de intranquilidad se siente repentinamente desgarrado. Y es que en los períodos de crisis la pequeña burguesía está efectivamente desgarrada. Por eso, los personajes de Arlt, pese a su condición de fronterizos son psicológicamente veraces:” (Arregui. 1957: 116)

Para Arregui esta literatura tiene el valor de descubrir psicológicamente a una clase. No es progresista, como la calificara Raúl Scalabrini Ortiz, ni conservadora, “es el corte transversal de un sector social de Buenos Aires fotografiado en medio del

⁵⁷ La cita de Arregui pertenece a Rubén Darío.

desordenamiento económico y político del país que anuncia cambios revolucionarios.” (Arregui. 1957: 117) Aquí adelanta su verdadera interpretación del peronismo.

La tristeza del argentino y la soledad del porteño son los temas que expresa la literatura del inmigrante de raíces extranjeras pero de arraigo porteño: “ ya no es Europa el contenido de esta soledad, se trata de una soledad que mira hacia adentro.” Se busca a sí misma y en “la espera”⁵⁸, en medio de la crisis de 1929, construye una conciencia casi nacional, histórica, y prepara su “fe en la Argentina”, en el peronismo.(Arregui.1957: 124) El tango, lamento agónico de una Argentina vencida por la civilización europea es, como expresión de esa conciencia, “sexo y protesta difusa de la vida solitaria en un medio degradado por la pobreza y la inseguridad social.” (Arregui. 1957: 130)

Por otro lado, Arregui nos presenta a una literatura de élite como representación de la cultura oligárquica y del imperialismo. La separación es rotunda, “mientras un Borges declama a Browning por las calles porteñas, Raúl Scalabrini Ortiz descubre en esas mismas calles el dolor nacional.” (Arregui. 1957: 137)

Sur es, para el autor, la máxima expresión de una “sociedad que asiste a la decadencia del sentimiento nacional.” Evasiva y vacilante, esta literatura percibe a

⁵⁸ Arregui interpreta a Sacalabrini Ortiz en *El hombre que está solo y espera*: Al hombre de Corrientes y Esmeralda es raro encontrarlo en las altas esferas...puede ser uno cualquiera del montón, un estudiante, un mozo de café, un empleado. (Arregui. 1957:126)

esta realidad pero no alcanza a descubrir sus verdaderas causas⁵⁹, sus personajes están gobernados por fuerzas desconocidas y extrañas, “ la artificialidad es la que define a la literatura de esa generación de 1930. A la economía del monocultivo corresponde una literatura equívoca de introspección, donde los personajes desorientados se analizan a sí mismos en medio de una vaga sensación de inseguridad ”.(Arregui. 1957: 136)

Arregui polemiza con Borges. Ironiza sobre la forma con la que, después de 1930, éste intenta separar el arte popular o la literatura del compromiso, del “arte puro”, y le reclama la falta de encarnadura histórica de problemas como “el mal, el destino y la desventura”.

Cuando Borges toma de Lugones la idea del *Martín Fierro* como creación inconsciente, habla del acto de creación. Sin duda, ambos hablan de cosas diferentes pero Arregui ve allí a una indefinición capciosa. Uno se adelanta a los problemas epistemológicos del tiempo y de la experiencia vivida a través de la escritura y, el otro no podrá liberarse en este punto, de una pasión distinta, acaso de responsabilidad política.

⁵⁹ Para Arregui y para la historiografía dominante en esos años una periodización rígida ubica en 1930 la restauración del poder oligárquico, sobre todo con el triunfo de la Sociedad Rural sobre una clase dirigente que sella el famoso pacto Roca- Runciman. Con él, una renegociación del viejo pacto colonial consolida la dependencia y la continuidad del predominio de la explotación agraria en un momento en el que la crisis del modelo y, el derrumbe de la creencia en el progreso interrumpido es ya una evidencia y que, como señalara Tulio Halperin Donghi en “Canción de Otoño en Primavera” (1984), numerosos analistas políticos del Estado, venían anunciando con anterioridad a 1900. El problema del agotamiento está en la unidad latifundista de explotación, el problema está en una clase parasitaria que no arriesga a convertirse en empresaria, el problema está en la extranjerización, el problema está en la apropiación extranjera de los circuitos de comercialización, en fin, la magnitud de su análisis es muy amplia.

Lo inconsciente del acto creador, en la interpretación de Arregui, se expresa a través de formas que pertenecen a la cultura y no al individuo⁶⁰. Tanto la escritura *irracional* del romanticismo como aquella sometida a las normas estéticas del realismo son ambos procesos creadores sujetos a elaboración y plan racionales: “Aún señalando como quiere Proust, que la metáfora es la que otorga eternidad al estilo, debe señalarse que la metáfora no funciona solitaria y que además, envejece pues surge de la vida histórica”. (Arregui. 1957: 188) Su propia escritura metafórica refutará más tarde esta afirmación primera. Sus metáforas así como las de Borges, aún no han envejecido.

Toda la reflexión del autor que se apoya en Freud, André Bretón, Paul Eluard, J. Joyce, incluso en Shakespeare y Goethe, es un fundamentado empeño en definir *lo nacional*. No puede hacerlo sin separarlo de su definición de *lo antinacional*. El *Martín Fierro* es un poema de protesta y toda interpretación que así no lo considere pertenece a este último campo. Es el gaucho del siglo XIX, el habitante de la ciudad

⁶⁰ “ Cuando la literatura sitúa los problemas del mundo, como en el caso del *Martín Fierro*, en lugar de ver ahí el elemento universal de la poesía, los eleva a categorías abstractas, eternas, de la moral ...”
“ No en vano el Arte es ante todo imaginación, dirá este intelectual puro y calla, otra vez, que la imaginación no opera aislada sino en conexión funcional con experiencias conscientes e inconscientes precedentes dentro de la totalidad de la vida psíquica condicionada por la realidad objetiva.” (Arregui. 1957:171)

en los 30 y el pueblo peronista en los 40. Tres núcleos de resistencia contra un proceso civilizatorio de desarrollo occidental.⁶¹

Así, lo nacional es un solo discurso, una sola imagen, en lucha con otras, pero en una lucha que finaliza con el triunfo heroico de una sola.

Sur declina en 1945, según Arregui con “la rotura del eslabón imperialista y el violento ascenso de las masas al escenario de la historia nacional,” pero retorna con la caída del peronismo en 1955. Recién entonces, en el mes de diciembre de 1955, después de 25 años de “literatura pura” la revista *Sur* publica un número especial dedicado a la reconstrucción nacional. Y Hernández Arregui con el título de *La Revista Sur y la libertad* cierra un ciclo de imágenes argentinas, y “la política como nervio de la historia”, vuelca su ironía sobre *Sur*.

Nacionalismo y peronismo

El peronismo se nutrió de la confluencia de todas las vertientes nacionalistas pero no es tema de este capítulo el análisis del nacionalismo peronista, sino cómo este es narrado por el autor con el objetivo de deconstruir la unidad pueblo- clase que pretende construir a partir de una síntesis entre su argumentación marxista y nacionalista (organicista), a la vez.

⁶¹ En la edición de 1957, en Fe de Errata Arregui no deja lugar a dudas: “La intención de Borges al usar la palabra “inconsciente” sin precisar su sentido, es hacer conciencia en el lector de que el máximo poema argentino fue un producto de azar, un accidente de la Naturaleza desvinculado del mundo real que inspiró el inconsciente de Hernández, la narración de la aniquilación consciente de gaucho como clase social bajo la arremetida brutal de la oligarquía terrateniente en ascenso.” (Arregui. 1957: 333)

Las dos imágenes de la Argentina que, como partículas constitutivas, Arregui encuentra en el campo de la literatura política, se confunden cuando se introduce en los matices de las corrientes nacionalistas que, en su relato, derivan de la emergencia del ser nacional.

La emergencia del ser nacional, consecuencia del triunfo de una de las imágenes sobre la otra, es el significado de una trama en romance que, en este discurso complejo, coincide, en parte, con una argumentación formista por su intención abarcativa de todas las interpretaciones que a lo largo de la historiografía nutren las imágenes en lucha. Pero el discurso del ser nacional como “categoría histórica” que se construye “en lucha y no en concordia”, es guiado también por una metonimia mecanicista.

A pesar de la dispersión que nos presenta el discurso de Arregui, permite que despleguemos sus niveles en una trama romántica, en dos formas de argumentación dominantes - organicismo y mecanicismo -, y en una implicación ideológica que deriva de la combinación de estos modos, en el nacionalismo de izquierda. Su nacionalismo no es el conservador propio de Ranke que a través de una trama cómica, y de una argumentación organicista, concebía a la Nación como un todo en el que las crisis se superaban armónicamente, aunque esta armonía se lograra bajo la custodia de la Iglesia y el Estado. Arregui piensa en el ser nacional como una lucha entre formas diferentes con las que éste es concebido. Pero la resolución no es una reconciliación feliz. La resolución es la de un triunfo heroico después de una obstinada lucha por la emergencia del “ser nacional”. Así, todas las variantes del nacionalismo o formas de interpretación de lo nacional convergen en el proceso de gestación y desarrollo del peronismo.

El nacionalismo, como tendencia ideológica múltiple, concierne tanto a la derecha de la oligarquía como a sectores más progresistas del conservadurismo representativo de esta clase. Pero también a los sectores populares, e incluso a algunos sectores medios, de los que surgen algunas tendencias que influyen en el peronismo. Por otro lado, la izquierda tradicional, que nace de la pequeña burguesía, rechaza hasta los años cincuenta todo tipo de nacionalismo, y el discurso de Arregui combate constantemente contra el sentido de lo histórico contenido en su historiografía. Porque lo que busca Arregui es una argumentación para la izquierda nacional o “peronista”, y en ese sentido pretende precisar cuál es esa izquierda que se compromete con lo “nacional”, y qué nacionalismo es el que puede asimilarse a este modo de pensar las sociedades. Recorre, entonces, en primer lugar, las distintas corrientes nacionalistas que han convergido “dramáticamente” en el movimiento peronista.

Distingue a un nacionalismo hispanista - católico, antiliberal y partidario de los regímenes de fuerza, cuya unidad ideológica tuvo su núcleo en el anticomunismo. A este nacionalismo de derecha lo sitúa en la oposición a Perón, una vez que las características populares del movimiento se definieran en los hechos. No dice cuándo se estableció la oposición y si ésta se sostuvo al ritmo de los cambios en las políticas estatales. Tampoco hace un análisis pormenorizado de los sectores del ejército de apoyo a Perón, incluso de aquellos que ya en los 40 están impulsando un tipo de estado interventor en materia industrial, y no se detiene en las relaciones entre éste y la Iglesia.

Pero sus más profundas interpretaciones sobre el nacionalismo aparecen en sus escritos sobre Leopoldo Lugones. Claramente en su texto, el origen del nacionalismo es una reacción antidemocrática contra el crecimiento de la sindicalización de los

trabajadores después de la primera guerra mundial. Arregui rechaza ese nacionalismo, y elige la literatura de Lugones para distinguir qué nacionalismo o qué idea de nación es la que puede asimilarse al sentido mecanicista con el que piensa la historia de los pueblos.

Lugones es un intelectual importante como inspirador de la reacción antidemocrática que, además, estimula el diseño de una política de desarrollo industrial capaz de hacer de la Argentina una férrea potencia, dirigida por un gobierno conservador garante de la permanencia del poder oligárquico. Pero no es esto lo que Arregui rescata del poeta sino su transmisión de “lo popular” ligado al recuerdo de una infancia sencilla, expresado en sus versos. Así, la esencia de la nacionalidad se hace presente en la búsqueda poética de un proyecto de país. El Lugones de Arregui es el poeta que ha traspasado los límites del arte puro del modernismo para introducirse en el campo de lo social.

Apoyando la intervención militar del golpe de 1930 con su emblemática “hora de la espada”, Lugones convierte en epopeya griega el destino argentino, y también lo hace Borges desde un camino inverso: “ en el viento hay banderas, tal vez mañana a fuerza de matanzas nos entrometeremos a civilizadores del continente. Seremos una fuerte Nación. Por virtud de esa proceridad militar, nuestros grandes varones serán claros ante los ojos del mundo”. (Borges, en Díaz Hernán. 1999: 86-91)

No es azaroso que Arregui omita este cruce de senderos y que desluzca en Borges lo que hace relucir en Lugones. Como ha señalado Hernán Díaz, ambos fueron expansionistas del lenguaje y es en este expansionismo donde se lee la confluencia de literatura y política. “ Lo grandioso, dirá Borges es amillonar el lenguaje, es instigar una política del idioma.” En síntesis, aún desde senderos cruzados, la

preocupación filológica de ambos poetas iba en la línea de la recuperación de una especificidad argentina.(Díaz Hernán: 1999: 89)

Una historia de vida, la de Lugones, le permite a Arregui entender por qué el antiimperialismo de un liberal será condenado por liberales, el fascismo de un socialista por los izquierdistas, y el ateísmo de un nacionalista por los nacionalistas católicos. La dependencia de un intelectual preso de circunstancias precarias hicieron de éste al representante de una clase en decadencia y así lo expresa:

“Lugones es el exponente alterado y oscuro de un cambio de la *intelligentzia* argentina, una revuelta a mitad de camino contra el poder político y cultural de la clase dirigente. Es la suya una obra desesperada. Impedido como escritor de traspasar los límites que la propia situación personal le imponía, convirtió esa lucha divorciada del pueblo, en un duelo dramático que terminó en su propio sacrificio. Pero Lugones es algo más. Es el crepúsculo de la oligarquía tanto como el ascenso de las masas a una historia nacional que Lugones cifró en la espada sin atinar al pueblo.”(Arregui. 1973: 333)

El crepúsculo de la oligarquía y el ascenso de las masas. Una oligarquía unilateralmente desplazada por las masas declinaría hacia 1945 pero pudo haberlo hecho en 1930. Es cierto, “la hora de la espada” creó la palabra que el ejército conservador necesitaba para reafirmar el gran pacto de colonias. Sin embargo, Arregui piensa que Lugones se equivocó. Creyó que el general Justo (1932-1938) haría realidad el futuro grandioso que esperaba a una Argentina, destino que para Arregui no estaba en el ejército sino en el Pueblo.

Según Arregui, el proyecto de Lugones, experiencia concreta con la llegada de Perón, consistía en un país integrado por un mercado interno, desarrollado en base a la protección de la industrialización, al control estatal de la producción agraria e industrial, a la conquista de nuevos mercados, a una política nacional de transportes, a un control de cambios y una fiscalización de la banca extranjera. Por eso:

Lugones “no lo sabía, pero al minar las bases del liberalismo de la oligarquía, al incitar al ejército a retomar la defensa del país, preparaba una nueva época en la que las masas, aliadas al Ejército, habrían de encontrar en Perón la síntesis de una etapa hacia la emancipación nacional de la Argentina”.(Arregui.1973: 334)

Así, un nacionalismo nutre la ideología y la praxis del peronismo que, en la interpretación de Arregui, coincide con un momento de liberación final o metáfora romántica del cumplimiento de un sueño.

Pero otro es el nacionalismo que se hace cargo de la interpretación oficial del peronismo. La concepción de la nación como entidad mayor que diluye en su interior a la lucha de clases, aparece dentro del revisionismo histórico, y con la reconstrucción del linaje San Martín, Rosas, Yrigoyen y Perón, Adolfo Saldías, Ernesto Quesada, pero sobre todo, José María Rosas, renuevan la imagen de un pasado nacional.

También en Forja encuentra Arregui la expresión activa de otro nacionalismo de sesgo anticolonial que aunque vacilante, adhirió al peronismo. Destaca entonces, la actividad de agitación activa y callejera de un grupo que denuncia la tragedia de la entrega argentina de los años treinta.

“...estaban en clave ideológica de la historia nacional. Quisieron llegar al pueblo. No lo lograron por vía directa. Pero rajaron esquemas históricos inertes, grandes mentiras consagradas, próceres de mármol. Las esquinas escucharon esa voz de la patria angustiada.”(Arregui.1973: 308)

Forja vaciló frente al ascenso de Perón. El nacionalismo de derechas y el grupo militar de junio de 1943 lo mantuvieron expectante y finalmente, “la polarización del programa social de Perón, política que quebró todos los esquemas vigentes en medio del desconcierto general”, decidieron su adhesión. (Arregui. 1973: 382)

El peronismo como epopeya de la revolución nacional

La descripción de Arregui de los sucesos de octubre es su epopeya del peronismo y nos recuerda la forma con la que Michelet trama la salvación de Francia junto a la toma de la Bastilla. En ambos el destino se resuelve en un solo día como límite final de siglos de un padecimiento sólo soportado por la fuerza de la lucha. Metáfora romántica de un proletariado como sujeto homogéneo y plenamente conciente de su situación y su meta. Aparece así la otra cara de la dicotomía discursiva sobre el peronismo que no había aparecido hasta ahora en esta tesis. La semejanza de las citas es elocuente:

“Aquellos deheredados de la tierra estaban ahí, con la vieja Argentina, llenando la historia de un día famoso” (...) “Desde todos los puntos y desde todos los suburbios, aquella multitud avanzaba pesada, incontenible e

inmensa, gigante y silenciosa como una gran amenaza. La Argentina profunda se paralizaba en una huelga general y conseguía la libertad de Perón.”(Arregui. 1973: 385)

“ Francia avanza valerosamente a través de aquel oscuro invierno (1789-1790) hacia la anhelada primavera que promete al mundo una nueva luz. ¿Qué es esa luz? Ya no es la del vago amor a la libertad, sino más bien la de la unidad de la tierra natal”. El pueblo, como niños extraviados...ha encontrado por fin una madre”. (Michelet en White. 1998: 154)

El peronismo es, en el discurso arreguiano, una consecuencia no intencional de la conjunción Ejército, Iglesia y oligarquía, pero también, y esto es lo central, una intención clara que, tanto del movimiento obrero como de Perón, se cumple. El origen anticomunista del golpe del 43 finaliza cuando Perón descubre la situación real de los sectores populares y las demandas contenidas en su discurso. Nace así un ejército anticomunista pero también antioligárquico y como tal, en el decir de Arregui, dispuesto a superar la sumisión agroganadera y el malestar social con la mano defensiva y reparadora de la industrialización. A partir de entonces, Perón es, en el relato de Arregui, un nuevo artífice que condensa las tensiones ideológicas y conduce al movimiento obrero, ahora identificado con el ser nacional, en su lucha hacia la revolución social.

“Perón comprendió la transformación que se había operado en el país. Mientras las fuerzas políticas de la vieja Argentina se polarizaban alrededor de la democracia formal incumplida, Perón desafió el potencial económico

coaligado de los intereses imperialistas, de los grandes diarios, de la burguesía mercantil de Buenos Aires, de la mayoría de la intelectualidad y apeló a los sectores populares decepcionados del radicalismo, a los estratos más castigados de la clase media... pero sobre todo, su campo de operaciones inmediato, fue el proletariado industrial de las ciudades sin conexiones con los partidos de izquierda carentes de prestigio en las masas.”(Arregui.1973: 394)

Como se puede ver, en lo que respecta a la antinomia viejos - nuevos trabajadores, Arregui permanece dentro de la historiografía tradicional. No hay ruptura epistemológica aunque sí ruptura histórica; la discontinuidad dada por la emergencia de nuevos trabajadores, permite descubrir allí un corte histórico - temporal. Pero en esta interpretación, la capacidad revolucionaria está puesta en los nuevos trabajadores como representantes de valores nacionales auténticos, “ de la tierra natal”, y no en los viejos cuyos valores son transferidos por ideologías de izquierda extranjeras.

“Perón logró rápidamente el sostén de un sector social hasta entonces, excluido, la clase obrera de origen provinciano sin ligazones con el débil, anárquico y extranjerizante movimiento sindical de la ciudad puerto.”
(Arregui.1973: 395)

Las cifras que presenta nos muestran el salto que para la sindicalización de los trabajadores se consigue en los orígenes del Estado peronista. Por ende el movimiento sindical es obra tanto de estos nuevos trabajadores como de Perón. La

nueva clase obrera organizada, por obra de su conciencia revolucionaria, nace con Perón:

“En 1941, el número de obreros industriales ascendía a 927 000 y en 1945 a 1.238 000. En 1943 la CGT contaba con sólo 200 000 afiliados. La gran mayoría de los trabajadores se mantenía indiferente o marginal a la organización sindical que habría de llegar, durante el régimen de Perón, a los 6 000 000 de afiliados. (Arregui. 1973: 395)

El relato de Arregui consigue mostrar así que el peronismo se presenta como un acontecimiento detonante de un corte histórico que es, en su totalidad, la expresión nítida de la emergencia revolucionaria del ser nacional.

En *Imperialismo y Cultura*, unos años antes, había señalado que:

“El 17 de octubre no sólo fue una lección histórica para las fuerzas del antiguo orden sino la gigantesca voluntad política de la clase trabajadora. Su adhesión a un jefe no se fundó en artes demagógicas sino en las condiciones históricas maduras que rompían con las antiguas relaciones económicas del régimen de la producción agropecuaria y superaban los programas de los partidos pequeño burgueses de centro izquierda. La revolución política exigía la reforma social.” (Arregui. 1957: 218)

Y además:

“Si tal política se personificó en un hombre fue porque ella coincidía con la realidad de la clase trabajadora Argentina en una fase de su desarrollo histórico que era, al mismo tiempo, el de la industria nacional. Esa masa hasta entonces dispersa, en breve tiempo, dio un salto histórico formidable hacia su unidad de clase”(Arregui. 1973: 395)

Estos fragmentos del relato confirman su concepción del peronismo como conquista de un proletariado que alcanza su madurez cuando las condiciones históricas llevan al límite las relaciones de producción de un sistema en decadencia. La concepción del cambio social bajo la argumentación mecanicista, es clara en esta parte de su discurso en la que la figura del líder, es contingente.

Este tipo de argumentación basada en el cumplimiento de la ley, incluso se mantiene en lo que respecta a la interpretación del peronismo como alianza de clases:

“Ambas fuerzas - burguesía industrial y proletariado - integraron un frente nacional defensorista fluido en torno al eje del Ejército. Tal tipo de alianza es inevitable en un país semicolonial y condiciona la posición antimperialista del Ejército mismo, obligado no siempre con clara conciencia de parte de sus cuadros, al acuerdo con las masas.”(Arregui. 1973: 405)

Así, el cambio se presenta a través de la conquista de un nuevo Estado:

“Durante el primer gobierno de Perón, con ensayos y errores, con las improvisaciones excusables de una gran experiencia, se dirigieron los controles de la economía con la intervención del Estado.”(Arregui. 1973: 407)

Explica, entonces, que el primer objetivo de Perón fue el desarrollo de la industria nacional, y señala cómo desde el Estado se estimuló la instalación de establecimientos industriales y mineros así como la plena ocupación de trabajadores fabriles a través de la recuperación de la deuda externa. La repatriación de estos fondos permitió superar la crisis del campo provocada por la sequía bienal de 1951, sin recurrir al crédito extranjero.

Cierra la reiterada discusión del destino de los saldos acumulados durante la guerra bajo la simbólica expresión “de la compra de soberanía”, y pone énfasis en las mejoras sociales: salarios que sobrepasan la inflación, mendigos que desaparecen, sectores que con la superación de la pobreza comienzan a habituarse al ahorro, obreros que se jubilan, contratos que se cumplen, accidentes laborales que se protegen, problemas sanitarios y habitacionales que se resuelven, estudiantes de clase media y obreros que acceden a una Universidad gratuita. En síntesis, “la vida de los argentinos se modificó” y esto es sin más el peronismo para Arregui. No nos convoca a ubicarnos en el espejo del otro para comprender las causas de la adhesión obrera,

nos dice que esto es el peronismo y que sus rasgos autoritarios se desvanecen al mismo tiempo que se consolidan sus reformas.⁶²

“Cualesquiera sea el juicio sobre el régimen de Perón, los hechos están allí. Durante el primer gobierno se sentaron las bases reales de la independencia nacional.”(Arregui. 1973: 409)

El mantenimiento estructura tradicional de la propiedad de la tierra fue la principal crítica del Partido Comunista, y Arregui reconoce la persistencia del dominio económico terrateniente, y afirma que el área sembrada, por esa razón, disminuyó, pero también destaca la diversificación de la producción, así como las mejoras en las condiciones de acceso a la tierra para los arrendatarios. En este sentido sostiene que

⁶² El relato de Arregui es elocuente también en los datos: “Entre 1947 y 1949 se beneficiaron cerca de 3 millones de trabajadores mediante convenios de trabajo supervisados por el Estado. Se sancionaron los derechos del trabajador, de los periodistas, el estatuto de los peones rurales. En 1949 se beneficiaron 900 000 empleados de comercio con el régimen jubilatorio.” “En 1948, se construyeron 21 hospitales policlínicos, y hogares de ancianos. En todo el territorio argentino se construyeron escuelas fábricas, industriales, comerciales, de adaptación regional, de orientación profesional, universidades obreras. En el año 1943 la Universidad tenía una población estudiantil de 63 319 alumnos; en 1949 de 201 437. El presupuesto pasó de 41 398 628 a 201 241 437. Estas cifras se incrementaron en los años posteriores. En la Argentina, tal cual los postulaba la reforma de 1918, los estudiantes eran ahora absolutamente gratuitos. El pueblo podía estudiar. Ese mismo año de 1949 se invirtieron 1 840 000 000 en viviendas populares. El presupuesto de salud pública, de 11 070 412 en 1943, pasó a 340 800 000. El paludismo, enfermedad endémica en ciertas zonas del país, fue totalmente vencido en una campaña sanitaria que asombró al mundo por su valor científico y sus resultados prácticos. Un médico de alto valor científico, Ramón Carrillo, bajo cuyo ministerio se realizó esta campaña de sanidad, murió olvidado y pobre en Brasil, perseguido por el odio antiperonista.”(Arregui. 1973:407)

se facilitaron las posibilidades⁶³ de compra de tierras confiscadas, para los pequeños propietarios y medieros, y se introdujo el sistema de comercialización y precios dentro del área de un instituto estatal, el IAPI.

Los datos acerca de los intentos estatales para modificar el sistema de explotación agraria no le alcanzan para argumentar a favor del cambio radical que, en su interpretación, significó el peronismo. Por eso agrega que:

“La cuestión agraria no es simple. Es la más ardua de todas sobre todo en un país semicolonial. Lenin se habría burlado de la creencia en una desaparición súbita de la clase terrateniente. Ni siquiera la confiscación basta. Para ello es necesaria la transformación total de la economía y de su aparato jurídico. Sólo un país industrializado, con el desplazamiento y sustitución de la antigua clase propietaria, puede en un momento dado, apoyándose en el predominio de la industria sobre el monocultivo, implantar la reforma agraria. No es el latifundio, explotado en escala capitalista y con alta tecnificación lo antiprogresista, es el régimen jurídico del latifundio, la propiedad territorial en pocas manos, que además frena la industrialización, el mal que hay que extirpar.”(Arregui. 1973: 415)

Pero es el problema de la propiedad el que, no obstante, le impide confirmar la existencia de un Estado totalmente nuevo o revolucionario, aunque señale con acierto

⁶³ Se implementó un sistema de créditos oficiales que otorgaba prácticamente el 100 por ciento del valor de la tierra adquirida. (Arregui. 1973: 422)

que: “El mal reside en el sistema que dirige la producción - atacado por Perón - es decir la dependencia conjunta al mercado industrial exterior.”(Arregui. 1973: 425)

Su interpretación del peronismo como revolución social se enfrenta con este problema, y Arregui lo resuelve concluyendo que el peronismo es, entonces, una etapa en el proceso revolucionario que coincide con la revolución nacional burguesa, y desde ella es posible preparar el camino para la verdadera revolución social como meta al alcanzar por el “peronismo verdadero”:

“En un país semicolonial, la revolución burguesa que rompe los antiguos moldes de la economía fundada en la exclusiva explotación de la tierra, es progresista en relación a la economía nacional, por el retroceso que impone a la clase terrateniente y el impulso que da al movimiento obrero.”(Arregui. 1973: 422)

En síntesis, como Michelet, Arregui niega su romanticismo, aunque a diferencia del primero elija también a las explicaciones mecanicistas. Los dos historiadores luchan “por una fusión simbólica de las diferentes entidades que ocupan el campo histórico”(White.1998:153) Y en ambos, “el mero hecho de esa lucha sugiere que esa unidad es una meta a alcanzar”.

Para Arregui esa meta sólo se alcanza a través de la lucha de opuestos, y para Michelet a través del intercambio ocasional entre valores contrarios y excluyentes: tiranía y justicia, odio y amor,etc. Ambos se acercan cuando piensan en la conquista de la unidad final, y así coinciden en su resolución de lo macrohistórico, “el pueblo alcanza la libertad y la unidad perfectas, mediante la disolución de todas las fuerzas inhibitorias dispuestas contra él”.(White. 1998: 149)

Pero, como señala White, necesariamente el tono de la narración de Michelet estaba destinado a volverse más melancólico o incluso trágico a medida del retroceso de los ideales revolucionarios. La ironía se va adueñando de un discurso que ve a la revolución pasada, desde el retorno de la tiranía, el eterno retorno del mal. También Arregui cambia de tono y se vuelve más crítico al explicar la caída del primer peronismo, y así lo hace explícito en su “Balance de una experiencia”:

“Durante una década el gobierno de Perón debió enfrentar el fuego concentrado de las derechas y las izquierdas. La base de masas del régimen soportó con éxito la ofensiva. Pero también el movimiento se había gastado. Años de prosperidad, luego del ascenso y participación en el poder del movimiento sindical, habían traído - más que por la llamada burocracia sindical peronista que efectivamente existió - el relajamiento gradual, típico de las épocas de bonanza, de la combatividad revolucionaria de las masas y sus dirigentes. Hecho en el que, sin duda contribuyó la propia y dominante personalidad de Perón. A esto debe agregarse el afloramiento de una de las contradicciones radicales contenida en la composición pluriclasista originaria del movimiento, a saber, la incompreensión de la clase media, aun dentro del mismo partido gobernante, ante esa política obrerista que hería sus prejuicios.”(Arregui. 1973: 330)

Pero su melancolía se oculta tras la trama romántica que sostiene hasta el final y que, como en el francés del siglo XIX, regresa a la historia de triunfos y derrotas:

“La revolución que derrocó a Perón tuvo por objeto retrotraer el país a su antigua situación agropecuaria, transferir la riqueza nacional al sector ganadero y agrario y detener la industrialización por imposición de las grandes potencias exportadoras, disminuir el consumo interno, bajar el precio de la mano de obra al servicio del capital colonizador, aplastar al movimiento sindical organizado, entregar a los monopolios extranjeros el control de la economía nacional que se había liberado de tutelas y fiscalizar por medios indirectos o directos la producción industrial de acuerdo a esos intereses extranjeros.”(Arregui. 1973: 332)

Finalmente la esperanza vuelve a juntarlos. El retorno del mal es una situación transitoria. En Michelet,

“Nada se olvida, ni hombre ni cosa. Lo que ha sido no puede ser aniquilado así. Los muros mismos no olvidan, el pavimento se volverá cómplice y transmitirá signos y sonidos; el aire no olvidará.”(Michelet en White.1973: 159)

Para Arregui, en el contexto de la derrota, la esperanza en la Revolución social, como metáfora de un futuro más libre, avanza convencida de que el sentido de la historia está del lado de los débiles.(Neiburg. 1997:101)

Socialismo y peronismo. Los 70 en un discurso.

En diciembre de 1969, cuando aún faltaban cuatro años para el regreso de Perón y la historia del país entraba en su tiempo más urgente, Juan José Hernández Arregui escribía *Peronismo y Socialismo*. Ese mismo año, en carta desde Madrid⁶⁴, Perón le agradecía su dedicatoria y le decía que tanto *La formación de la conciencia nacional*⁶⁵, como *Peronismo y socialismo*, serían dos fuentes de inspiración doctrinaria de la juventud latinoamericana.

El propósito del libro era advertir acerca de un desenlace conflictivo, como un testigo que ha visto y oído los hechos, con la esperanza de poder detener un curso, acaso destino preso de un camino inevitable.

La urgencia del tiempo tenía que ver con el año 1969, cuando la protesta social generalizada alcanzaba uno de sus más agudos momentos. El Cordobazo, conjunción activa de la izquierda radicalizada, el movimiento obrero con sus diferentes vertientes clasista y la Confederación de los Trabajadores de los Argentinos, la Universidad y los intelectuales, bajo la consigna “luche y vuelve”, trastocaron la seguridad del orden político militar establecido desde 1966 con la dictadura de Onganía.

Esa conjunción, movimiento social nuevo, se había construido no sin tensiones internas, como una nueva cultura de izquierdas que trascendía la acción política y se introducía como práctica en el interior de la sociedad, en la escuela, en la Universidad, en el barrio y en la fábrica.

⁶⁴ Arregui publica esa carta en un anexo a la segunda edición de “La formación de la conciencia nacional.”

Enraizados como emblemas el Che Guevara y Jesucristo, la nueva sociedad se empeñaba, disciplinada, en la conquista “del hombre nuevo”. Una ética casi mística daba amparo a la tarea, por momentos penosa, de estar siempre en la necesidad del otro, fuera de uno mismo, en los otros.

Una ideología confundida entre el socialismo nacional de Cuba, el maximalismo de los intelectuales, fragmentos de un discurso con arraigo en los cambios alcanzados durante el primer peronismo, y una renovada valoración del trabajo colectivo, guiaban la acción hacia un modo de ser social que se creía muy próximo a su consumación. Un peronismo “verdadero” dividido por matices entre los que se orientaban hacia el guevarismo, (Pozzi, Pablo. 2000: 167), y los que no terminaban de entender al Che Guevara contradictorio y crítico de Perón, y un clasismo más decidido en la conquista de la revolución socialista pero también confuso a la hora de definir de qué se trataba realmente, construían con partes - contra el capital, por una sociedad sin clases, contra el imperialismo, por una sociedad obrera, latinoamericana, socialista -, un discurso que, entrecortado, se constituiría en práctica y alcanzaría fluidez con el retorno de Perón.

La magnitud del silencio de una ciudad y, de otras, paralizadas por la huelga general fue la más acabada demostración de que este nuevo actor social podía constituirse cabalmente como actor político.

Así, el Cordobazo se fijó en una representación, “había sido el esbozo, sin dirección revolucionaria, de la insurrección”, (Altamirano.2000: 118) Lo mítico domina el recuerdo del suceso tal cual fue vivido, y sin embargo, “¿no hay un momento, un tiempo, en que la significación del cordobazo, se mantiene flotante y libre, en que la brecha que había producido en el continuo histórico siguió abierta?”(Altamirano. 2000: 118)

Entre 1970 y 1973 es posible despejar lo legendario de lo que realmente ocurrió en una Córdoba que, contagiada de clasismo, impregnaba con un nuevo lenguaje al “campo popular”. “Teníamos nuestro Mayo que se comunicaba con aquel otro del 68, el mayo francés, pero el nuestro, que no había hecho proliferar graffitti tan imaginativos, había sido más proletario, más plebeyo, más duro.”(Altamirano.2000: 119)

En aquella carta Perón le había dicho a Hernández Arregui que en Córdoba, Rosario y Tucumán, con un año de diferencia, “había ocurrido lo mismo que en las grandes ciudades francesas y que se trataba del comienzo de la verdadera revolución”y que, sostenida por los trabajadores y los jóvenes, estaba dirigida “contra el futuro incierto al que arroja la sociedad industrial contemporánea.”(en Arregui: 1972: 225) Sus ideas sobre la humanización del capital habían dado paso a otras convencidas de que ese tiempo de convulsión era preanuncio de una revolución mundial. Pero Perón también había dicho en la misma carta que, “en nuestro país, la juventud argentina ha sabido salvar el honor de su bandera y cuando una juventud sabe morir por sus ideales es que ha aprendido todo lo que debe saber una juventud.” (en Arregui. 1972: 243-244)

El dilema entre lo mítico y lo real, más bien sobre qué es lo que tiene mayor peso en el curso de la historia, lleva necesariamente a pensar sobre la posibilidad o imposibilidad de la existencia de ese *peronismo* que en un momento histórico se autodenominó *verdadero*.

Para Arregui el peronismo es ideológicamente heterogéneo. Su ideología - “interés de una clase o de un grupo que se presenta como el interés de toda la sociedad”(Arregui. 1972: 212) - ,que es contradictoria, no se anula por ello aunque sí se ve trabada en sus objetivos revolucionarios. Su composición múltiple y en algunos

casos antagónica - dirigentes de origen no obrero, nacionalistas católicos, radicales opositores, parte del socialismo sindical - fue capaz de construir, con el decisivo condicionamiento de la clase obrera, un programa nacional. Políticamente tensionado por sus contradicciones, este programa no fue socialista pero tuvo rasgos socializantes que el peso del movimiento obrero definió durante el régimen de Perón. La clase obrera, poco esclarecida en los orígenes del peronismo ocupa un lugar protagónico en la inclinación hacia el socialismo. Por eso el peronismo es una etapa en la que el movimiento obrero acelera su organización masiva y se unifica como clase desde el Estado.

Perón es quien unifica al proletariado como clase cuya conciencia, “rudimentaria”, se vio sitiada por el Ejército a partir de 1955 pero justamente en la resistencia encuentra “esa potencia, aún inorgánica del proletariado argentino en su inicial y grandiosa experiencia histórica.”(Arregui. 1972: 217)

Así, el “peronismo verdadero” es el socialismo nacional o el peronismo socialista que hacia 1970 asume la defensa de las tres banderas caídas - justicia social, independencia económica y soberanía política - y, avanza de este modo sobre la inmovilidad de los cuadros tradicionales. Una y otra vez, Arregui insiste: “ El peronismo es nacional y por ello mismo es un fenómeno específicamente argentino”(…) “el peronismo obrero se nutre de sus propias luchas como clase nacional, de sus tradiciones colectivas, de su propia historia y de su afirmación revolucionaria en la Argentina.”” La gravidez del movimiento obrero peronista es tal que todas las clases están circunstanciadas, en pro o en contra por su presión”(Arregui. 1972: 220)

La definición del “peronismo verdadero” es el núcleo de *Peronismo y Socialismo* y en ese libro Hernández Arregui sintetiza a modo de advertencia, el tiempo político de esos años:

“La Argentina vive horas críticas. Esta situación puede resumirse así: 1) El ejército, instaurado en partido político, se ha demostrado incompetente para resolver el problema nacional. 2) Las clases sociales asisten a tensiones ideológicas críticas. 3) Una desafiante conciencia nacional se enfrenta a una reacción colonialista no menos cerrada de las clases sociales y grupos económicos dependientes del imperialismo. 4) El desacomodamiento social lanza a los obreros a la lucha y divide a la clase media con la incorporación de vastos sectores populares a la liberación nacional. 5) La gravedad de la situación desata desde arriba intentos de conciliación con el peronismo, que bajo el nombre de Gran Acuerdo Nacional, pretende amortiguar la resistencia del pueblo patentizada a través de huelgas y operaciones ilegales, o como los llama Perón “formaciones especiales.”(Arregui.1972: 211)

Esa era su advertencia. Las investigaciones⁶⁵ más recientes reflexionan sobre el significado del Gran Acuerdo Nacional al que Perón es convocado por el general Lanusse con el objetivo de conciliar la oposición de las fuerzas políticas a través de un llamado a elecciones. En algunas interpretaciones el regreso de Perón fue una

⁶⁵ Torti, María Cristina. “Protesta social y Nueva Izquierda en la Argentina del Gran Acuerdo nacional.” En: *Taller, Revista de Sociedad, Cultura y Política*. Vol. 3 N° 6- Abril 1988:14
Halperin Donghi, Tulio. *La larga agonía de la Argentina peronista*, Buenos Aires, Ariel, 1994:96.

conquista del movimiento social de protesta iniciado en el Cordobazo. Pero en otros el Gran Acuerdo fue un pacto, que el mismo Perón aceptó, con el objetivo de desmovilizar o desactivar la acción revolucionaria del mismo movimiento. La recuperación del orden perdido a través de esta conciliación significa, en algunas interpretaciones, el inicio del “desvío” o del ocaso de aquella ilusión compartida, tensionada ahora internamente por la decisión de encausar el movimiento hacia la salida política, o la de continuar con la lucha armada. En esa tensión, las características de vínculo con Perón y la confianza en que, una vez en la Argentina, cumpliría con las promesas expresadas en aquella carta, - y en tantas otras -, eran decisivas.

En ello consistía la advertencia de Arregui expresada en 1972. Para él, la política del Gran Acuerdo no fue un engaño para nadie. Su discurso de trama romántica cambia de sujeto heroico y ahora es Perón quien tiene en sus manos la estrategia política que, con delicado equilibrio, sabrá contener su desenlace hasta la llegada de la revolución social o liberación nacional.

“Perón debe maniobrar, como gran político, con extrema flexibilidad táctica y una sola estrategia: la liberación nacional. La salida electoral es deseada dentro del propio partido por sus capas centristas, e impugnada por grupos revolucionarios. Perón se ve obligado a moverse en una diagonal de fuerzas compleja. Más Perón no aprobará una salida electoral si el Ejército no crea las condiciones para una política de rescate nacional. Perón sabe que la liberación nacional está próxima y que el Ejército está dividido.”(Arregui. 1972: 246)

Para Hernández Arregui la aceptación del Gran Acuerdo no había sido consecuencia de una claudicación sino de confianza política en la mediación de Perón entre las fuerzas contrapuestas. Perón sabría evitar el enfrentamiento, desactivar el ala conservadora de su propio partido, atraer a uno de los sectores del ejército, y conducir al nuevo movimiento social, síntesis de un peronismo radicalizado y una izquierda nacionalizada, hacia la liberación nacional:

“Lo que interesa es la radicalización ideológica del peronismo y la nacionalización de las izquierdas no ligadas a partidos internacionales. En estado de transición, las contradicciones del peronismo, como se ha expresado, anuncian su superación y conciliación en una síntesis más alta.” (Arregui. 1972: 248)

Superación, conciliación, síntesis más alta como hecho consumado de la conciencia socialista, reveladores significantes de un discurso idealista y romántico, cuyo influjo vencía todos los obstáculos y cuya fuerza arrastraba irresistiblemente a la acción. Ese discurso legitimaba al mismo tiempo la interpenetración entre la actividad legal y la ilegal:

“La conciencia socialista no se alcanza de golpe. Junto al esclarecimiento de las cuestiones teóricas, el partido renovado, tiene que mostrar un doble rostro legal e ilegal. La acción debe desplegarse en dos frentes, pero conciente de que la actividad ilegal es la que realmente corroe al sistema.”(Arregui. 1972: 249)

Pero también,

“La conjunción de la actividad legal e ilegal, necesita de millares de activistas que actuando en el plano local, sepan utilizar ese terreno sin perder de vista el principio que no hay otra solución que la revolución socialista. Acción legal e ilegal, son esferas interpenetradas. Mientras el peronismo no concluya esta depuración interna, no será más que un partido reformista de base obrera destinado a la desintegración histórica.(Arregui. 1972: 249, 250.)

Y también,

“El tránsito al socialismo no puede ser sino violento como es violenta la represión sobre la clase obrera. Pero únicamente el Estado socialista puede asestar el golpe de gracia a los monopolios privados de la tierra, la industria, los bancos.”(Arregui.1972: 258)

La investigación actual - aún en discusión - sobre la resolución de los 70, fluctúa entre la estrategia internacional, - norteamericana -, largamente premeditada que acabaría en la más violenta represión terrorista de estado, de un movimiento social que desgarrado, estallaba violentamente en contradicciones imposibles de sintetizar. Entre el aleccionador castigo, “escarmiento inolvidable” sólo por haber sido

incapaces de racionalizar una ilusión, de eludir una fascinación⁶⁶ (Halperin Donghi. 1994: 99) Entre una posibilidad melancólica de un movimiento más confiado en la democracia política, “menos hechizado por la aventura del partido armado, menos prisionero del espíritu de dominación”(Altamirano.2000) Pero también, una fuerza optimista recupera la encarnadura de los sujetos en las interpretaciones y en los testimonios de quienes nos dicen que sólo una fuerza tan implacable se necesitaba para borrar la huella profunda que dejó, una vez, la certeza de que la sociedad más libre estaba ahí, al alcance de la mano, y que esa certeza coincidía con el momento más feliz de muchas vidas.

Lo cierto es que esa revolución socialista no llegó entonces. Empeñada en ello, una generación entera debió esperar bajo el peso del silencio, la clandestinidad, la vejación y la muerte, por más de veinte años el rescate público de su memoria. Acaso sólo en ello consista la esperanza de su redención.

“No se olvida ni hombre, ni cosa...” “...los muros mismos no olvidan...” “...el aire no olvidará”.

⁶⁶ “ El terror se iba a ofrecer así a la vez como castigo a la deserción de la sociedad entera, y como instrumento de una cruel pedagogía destinada a grabar indeleblemente en la memoria colectiva las consecuencias de ceder a tan atractivos desvaríos”. (Halperin Donghi, Tulio. 1994:99)

Conclusiones

Para analizar las obras históricas de la Argentina de siglo XX que tienen como objeto al peronismo he utilizado una teoría específica que me ha permitido introducirme en ellas considerándolas como discursos narrativos. La teoría de la imaginación histórica de Hayden White ha orientado mi propósito de aproximarme a la comprensión de la estructura narrativa de los relatos de los historiadores argentinos, donde se halla contenida su imaginación histórica, así como a captar el revelador sentido con el que pensaron la historia del país.

Habiendo optado por una teoría que ubica a la actividad histórica dentro de la clase de los relatos, y que considera a la obra histórica como “una estructura verbal”, sin la pretensión de sancionarla como árbitro en la verdad sobre el conocimiento de la realidad histórica, soy consciente de que me ubico en una posición definida respecto del debate epistemológico que ésta reactualiza. Considero entonces que la dimensión narrativa del relato histórico contribuye seriamente a la reconstrucción del conocimiento del pasado, porque hace posible acercar la distancia que las diferentes experiencias temporales graban en la conciencia histórica o “espíritu común de época”.

Concebida de ese modo, la conciencia de los pensadores del siglo XIX que White descubre en sus críticas al escepticismo de los de la Ilustración, me ha llevado también a mí a descubrirla en los cuestionamientos que, respecto del modo dominante de interpretación sobre peronismo, introducen los grandes historiadores de la Argentina a partir de 1955.

En razón de ello es que he trabajado sobre la teoría de dos grandes pensadores que subrayan la importancia de la narración en el proceso de construcción del

conocimiento de la historia a través del tiempo: Paul Ricoeur y Hayden White. De ningún modo he pretendido agotar la fecundidad de sus obras, sino, y sobre todo mucho más del segundo que del primero, he tomado los argumentos y las estrategias pertinentes al sentido de esta tesis: el análisis narrativo de la obra histórica de los historiadores de la Argentina de la segunda mitad del siglo XX.

Así, la teoría sobre la relación indisociable entre tiempo y narración de Paul Ricoeur me ayuda a comprender por qué un relato único, lineal, y argumentalmente coherente, que representa al peronismo como un fascismo clásico, se ramifica entre 1955 y 1966, dando origen a una multiplicidad de relatos que así manifiestan un avance en el orden del sentido del tiempo vivido y también, el momento de mayor madurez interpretativa acerca de un fenómeno complejo.

En principio, he intentado mostrar el desarrollo de la hipótesis de Paul Ricoeur acerca del carácter irrenunciable de la narración como mediación inteligible del sentido confuso de nuestra experiencia temporal. Esa experiencia aporética que Ricoeur indaga en la fenomenología del tiempo, en la historiografía y en la crítica literaria, encuentra su significación en los relatos históricos y en los relatos de ficción. Ambos, con su “referencia cruzada”, se hacen complementarios por las mismas razones que los enfrentan: la puesta en intriga o representación de la acción, la capacidad transformadora de su narración, y la pretensión de verdad acerca del pasado. Pero sobre todo, he tratado de reivindicar la argumentación de Ricoeur respecto de la condición irrenunciable de la narración historiográfica frente a las teorías que pretenden explicar el pasado prescindiendo de la comprensión narrativa del acontecimiento: la Escuela francesa de Annales y la Escuela inglesa de método nomológico - deductivo. El análisis más logrado en lo que respecta a este argumento es el que Ricoeur realiza sobre *El Mediterráneo en tiempos de Felipe II*, relato de los

tiempos escalonados que, como estructuras y coyunturas, pretende ocultar las más brillantes tramas con las que el Mediterráneo se erige en un “cuasi personaje”. (Ricoeur. 2993:254)

Pero es la idea de la poética de la obra histórica, la teoría argumental en la que se apoya esta tesis. Si Ricoeur se compromete con la fenomenología del tiempo, White lo hace con la filosofía de la historia, y desde allí se propone captar la imaginación de la obra histórica como representación de las utopías o deseos ideales de los historiadores y filósofos de la historia del siglo XIX, contenidas en la crítica reflexiva sobre el escepticismo de la generación anterior.

Su consideración de la obra histórica o del relato histórico completo como una “estructura verbal”, así como sus afirmaciones acerca de la actividad precrítica y prefigurativa de historiador, motivan las críticas epistemológicas, estéticas y morales, ya explicitadas, al contenido de su *Metahistoria*. Sin duda, contribuir con estas reflexiones es parte de su propósito, su teoría ubica a la historia en un terreno preconceptual no porque no pueda ser considerada críticamente una ciencia capaz de explicar los sucesos del pasado tal cual ocurrieron en realidad, sino porque aún no existe entre los historiadores un acuerdo relativamente aceptado acerca de cual es la manera más cercana a la verdad para explicarlos. Pero el verdadero propósito de su teoría consiste en que la obra histórica es una estructura narrativa con la pretensión de captar el pasado real, pero con base esencialmente poética. Esa base poética o estructura profunda del relato, responde a un acto de prefiguración en el que el historiador, en “un nivel profundo de conciencia”, precríticamente y a través un lenguaje poético, confiere sentido a su historia. Por eso para White los discursos históricos y los de ficción comparten una misma forma de construcción lingüística. En este sentido lo que permite a White, guiado por el método formalista, homologar

a ambos relatos es el carácter inseparable entre la forma del lenguaje y su contenido. De ese modo los escritores de ambos relatos, en un nivel de conciencia absolutamente lúcida, activa pero aún precrítica, eligen un tropo lingüístico cuya forma representativa da significado al sentido de toda su historia. A diferencia de Ricoeur, las disimetrías ente uno y otro no consisten en la pretensión de verdad, sino en que el historiador debe enfrentarse siempre a un campo histórico caótico donde se supone que halla las huellas del pasado, en una operación anterior a la construcción de su relato, y el escritor de ficción puede estar exento de ello. Por eso, el historiador, para White, hace ciencia y arte a la vez.

A partir de aquí White crea una tipología que permite captar la estructura narrativa del relato completo en diferentes niveles de conceptualización, unos de orden más primitivo, otros más manifiestos acerca del significado de la obra (trama, argumento e ideología), y otros de contenido más profundo, que resulta de la combinación de los anteriores, y que consiste en el estilo historiográfico que se encuentra “dominado” por los tropos lingüísticos. A través de esta tipología arquetípica y flexible con la que el historiador trabaja de un modo más o menos libre, White muestra la poética de los grandes historiadores del siglo XIX. Muestra la trama romántica de Michelet y explica a partir de ella el significado del triunfo del héroe, del sujeto, de las ideas claras, sobre las fuerzas oscuras que oprimen a los hombres. Muestra la Toma de la Bastilla como el avance triunfal y arrasador del pueblo francés sobre las fuerzas opresoras de la aristocracia. Muestra un argumento formista empeñado en una descripción representativa de todos los elementos dispersos en el campo histórico, y se introduce en la metáfora romántica o tropo que domina el sentido de la historia como si fuera el del triunfo del héroe. Muestra también, la trama trágica de Tocqueville para contar la misma historia, ahora sancionada por una metonimia con

la que evita la ironía pesimista para pensar el destino del pueblo francés. También, la trama cómica con la que Ranke representa la conciliación armoniosa de una sociedad feliz, aún siendo integrada por La Iglesia y el Estado, como síntesis de una argumentación organicista que implica a una ideología conservadora. Y también, la sátira pesimista dominada por la ironía de Burckhardt.

Recuerdo que en ese seminario en Buenos Aires al que me refería en la Introducción alguien le preguntó a White si, de acuerdo a sus argumentos, consideraba que la historia no es una ciencia, y White respondió casi textualmente: “no, yo no digo que la historia no es una ciencia, yo digo que la operación histórica corresponde también a un acto poético. Porque lo que a mí me interesa ver es que si alguien considerado un verdadero historiador, piensa el sentido de la historia de modo melancólico, trágico o romántico, lo que verdaderamente está expresando son los deseos del pasado que a simple vista no podemos percibir hoy, como dice F. Jameson, ese pasado que como causa ausente se nos aparece de modo omnipresente”.

En el capítulo tercero he mostrado someramente el contexto político y social en el que tuvieron origen las variaciones sobre las interpretaciones del peronismo, y lo he hecho a través de las principales hipótesis que aún hoy se discuten entre los estudiosos de la historia de la Argentina contemporánea. Pero sobre todo, en ese capítulo he mostrado cómo a partir de 1955 la persistencia de la adhesión obrera a Perón después de su caída, no sólo modifica las interpretaciones de los intelectuales de izquierda que por eso se alejan de los partidos tradicionales, sino también que la necesidad de encontrar un significado más profundo para esta evidencia, construye una nueva conciencia que se expresa en formas nuevas y heterogéneas para pensar un proyecto de país o un sentido para su historia. En el período que he acotado entre 1955 y 1966, debido a los cambios que el sistema político introduce en la

Universidad, he tratado de mostrar cómo va dibujándose un campo académico que contiene a historiadores y sociólogos seriamente comprometidos con la actividad docente, con la investigación, con la producción historiográfica, y también con la actividad política situada por fuera de la Universidad. Por eso he presentado algunos datos biográficos de cada uno de los escritores que, sin desestimar a otros, influyeron, tanto con sus obras como con su actividad docente y política, en la formación de la conciencia de una generación posterior, la generación de los años sesenta y setenta.

Además, y fundamentalmente, he encontrado en cada uno de ellos un verdadero relato histórico completo en los que he tratado de desvelar las estructuras narrativas o niveles de conceptualización que propone White. Descubrir las estructuras narrativas de estos discursos me permite sugerir qué metáforas eligieron sus creadores para pensar el sentido de la historia que nos contaron a través de un tipo tradicional trama, cuáles eligieron para argumentar su intento de aprehender bajo determinados conceptos al peronismo, y en consecuencia cómo se implicaron ideológicamente desde un presente confuso con un tipo de ideología que dio forma a su modo de concebir al cambio social.

La tipología de White funciona como un arquetipo que es transferible a cualquier obra histórica que se considere como relato completo. Pero el estilo historiográfico que resulta de la combinación entre los modos de explicación, puede presentar distintas “afinidades” entre ellos, y está sujeto a un “tensión dialéctica” que cada historiador debe resolver en su relato. De ahí que esa tipología, tal cual White lo anuncia en su *Metahistoria*, no sea rígida. Así, el estilo historiográfico que yo observo en los escritores argentinos, presenta en la mayoría de los casos combinaciones que escapan de la tipología de White.

En primer lugar, la compilación de ensayos con los que José Luis Romero realiza su obra histórica, permite concebir una Argentina entramada en la tensión interna de dos ideas políticas que luchan por imponerse la una sobre la otra. Presentando fragmentos de su relato, he indentificado la trama romántica de un historiador que tiene la misión de ordenar, desde el mundo de las ideas, el desorden que presenta el campo histórico, “el caos del ser” de la Argentina entre el tiempo colonial y el de las últimas décadas del siglo XX. El historiador resuelve la tensión de esta lucha con el triunfo simbólico de las ideas “claras, perfectas y distintas” sobre las “amorfas”, representativas de una vieja imagen de “barbarie”. Así, el héroe romántico o sujeto transformador es el historiador, pero también el Partido Socialista que, con sus ideas claras, y debatiéndose internamente, trata de comprender por qué las ideas de libertad y de igualdad no han podido lograr la adhesión de las masas de ideas impuras pero “esencialmente democráticas”. Y por qué éstas, en su camino, han elegido seguir los dictados de un líder carismático autoritario. Por eso, en un cambio de discurso o, más precisamente, de lenguaje, Romero busca con obstinación las claves del primer fracaso que, en su relato, será superado finalmente con un triunfo cuando el socialismo logre hablar a las masas en ese lenguaje propio que el partido conoce casi perfectamente.

El peronismo, en su argumentación organicista, es el fascismo o el triunfo de las ideas imperfectas Pero ese triunfo, pensado en su concepción de la historia social como transcurso de largo período, no es definitivo. Romero argumenta, de modo organicista, que el peronismo fue el resultado de la actitud demagógica de un líder que logra la adhesión de una masa sin organización a la que identifica con el lumpenproletariado; de ahí la identificación entre peronismo y fascismo. Sostiene esta afirmación hasta el final de su relato.

A pesar del gran desencanto que manifiesta su último ensayo “El caso argentino”(1976), su actitud optimista respecto de la democracia posible lo convierte en un historiador implicado con la ideología más bien reformista, que pone su esperanza en las instituciones capaces de lograr cambios graduales en el largo plazo.

El esquema de White, en el que el tipo de trama y de tropo “dominan” toda la estructura del relato, salvo en algunos discursos en los que la trama está más oculta como el de Tocqueville, se modifica en el ejemplo del relato de Romero. Su trama romántica no está combinada con una argumentación formista, aunque, como he señalado antes, el esfuerzo del formismo está presente en casi todos los historiadores, y por ende, también en Romero, y su posición ideológica no es la del anarquismo.

En segundo lugar, he trabajado sobre la obra de Gino Germani. Considerado el padre fundador de la sociología argentina, observa al peronismo como un fenómeno novedoso a partir del cual es posible explicar “los dilemas nacionales”, y por eso se introduce también el análisis de la historia social Argentina. Según su argumentación mecanicista, la sociedad Argentina, como todas las sociedades, ha atravesado por sucesivas etapas en su camino hacia la modernización. Pero en ese transcurso esta sociedad, en comparación con otras latinoamericanas, presenta una paradoja que la hace particular: avanzada para los países de desarrollo tardío y retrasada para los de desarrollo temprano. Así, el verdadero dilema nacional consiste para Germani en que en la etapa de cambio, en esta sociedad particular, la integración de las clases populares se ha hecho dramática. Este drama es consecuencia de la rapidez del crecimiento, la magnitud de la afluencia masiva de inmigrantes extranjeros, y la paralización del crecimiento con la crisis de 1920 - 1930.

Si bien Germani piensa con optimismo las resoluciones de las crisis, el temor a la desintegración social trasunta todo su relato. Por eso considera que la crisis del

treinta en la Argentina ha sido la consecuencia de una integración inadecuada, de la cual responsabiliza a las instituciones políticas. En el proceso de industrialización rápida y a la vez limitada del período de entreguerras, la sociedad argentina ha integrado económicamente a los sectores populares rurales, pero no social, política y culturalmente. De ahí su “disponibilidad” para una integración política que los desvía de sus verdaderos intereses y hace posible la emergencia de un líder autoritario. La desviación, entonces, es otro de los conceptos que Germani utiliza para explicar el comportamiento de las clases populares de la Argentina en los orígenes del peronismo. El peronismo no es identificado con el fascismo sino, en relación a su hipótesis argumental, como un régimen “nacional y popular”, consecuencia del inadecuado proceso de modernización de esta “sociedad rara” o compleja.

He sintetizado la discusión historiográfica que las principales tesis de Germani han producido en la comunidad académica, porque permiten comprender mejor su interpretación del peronismo, sobre todo en la idea que sostiene hasta el final acerca de una “ruptura histórica” producida por el surgimiento de una nueva clase obrera que desplaza a una vieja, con larga trayectoria política y sindical durante los años de ascenso del peronismo. Por eso he trabajado sobre las principales hipótesis que a partir de Germani surgieron en relación a la división entre viejos y nuevos trabajadores y que generaron un debate que, aún abierto, contribuye a comprender la complejidad política del fenómeno peronista.

La trama del discurso de Germani se deriva de su modo de argumentación. Ya White ha señalado cómo pensar el sentido de una historia bajo la imagen de fuerzas opuestas que se van superponiendo la una sobre la otra hasta lograr un cambio o resolución determinado, (sociedad tradicional, transicional, moderna en este caso) puede derivar en un tipo de trama trágica. En el discurso de Germani, percibimos esa

trama en su modo de interpretar el 17 de octubre, acontecimiento en el que, según su interpretación, la vieja guardia sindical con aspiraciones de un partido político independiente de Perón, se ve no sólo superada por la decisión de las bases, sino por la estrategia de Perón y por su propio carisma. De ahí que la integración política sea dramática para estos sectores que terminan siendo integrados políticamente por un régimen totalitario.

Su trama no representa el drama de un destino inevitable, consecuencia no intencional de la acción a tuestas del héroe trágico. En este sentido, el peronismo pudo transformar “esa participación ilusoria en una intervención real”(…), pero para hacerlo, “debía cambiar de naturaleza, volverse realmente una expresión de las clases populares” (Germani. 1965:227). A pesar de ello, con tono optimista, concibe a la crisis como una oportunidad para vincular esa misma experiencia de las clases populares con un sistema político democrático.

La tragedia de Silvio Frondizi es la más profunda y, tal vez por eso, la más olvidada. Como he mostrado, *La Realidad Argentina* es la obra de un sociólogo histórico que, como señala Theda Skocpol, utiliza grandes modelos conceptuales para explicar una sociedad concreta. Así, el sistema capitalista mundial y el sistema socialista, con la profundidad de un estudio analítico sobre sus principales fuentes, Marx, Henri Lefebvre, Gerges Luckas, son los modelos que conducen a Silvio Frondizi en su interpretación sobre el peronismo entramado en una historia de largo período. Estudioso y crítico de esas fuentes, busca en ellas la síntesis de la sociedad socialista ideal que le permita pensar cómo será la Argentina después de la revolución burguesa con la que identifica la experiencia peronista. Esa utopía guía los pasos de toda su obra, de toda su vida, comprometida con una labor docente que alienta a la sociedad a pensar sobre sí misma, y al individuo a prepararse para poder vivir en ella.

Así, a través de su argumentación mecanicista, el peronismo es un bonapartismo que ha surgido en un momento de interregno entre dos imperialismos. Por eso la política estatal “protectora” de los recursos nacionales que alentó en muchos la esperanza de independencia económica es, para Frondizi, una ilusión que Perón construyó intencionalmente porque la crisis capitalista mundial se lo permitía. El peso de las fuerzas externas que en su relato representan los imperialismos nos lleva a su trama trágica en la que el sujeto termina vencido por fuerzas más poderosas que exceden su posibilidad de acción. Pero, en ese tránsito, en ese interregno, “hubo un mínimun” de autonomía del Estado, que produjo un salto cualitativo en la formación de la conciencia del proletariado. Así, este crecimiento en la formación de la conciencia no debe pensarse como una conquista final sino como algo por alcanzarse todavía.

La imagen metonímica se encuentra presente en la estructura profunda de un discurso que dominado por la trama trágica se resuelve también con un final trágico. Ese final, no conduce ni a la inibición de la acción, ni a la complicidad de la prudencia, sino a una nueva lucha que comienza por uno mismo, no en la reclusión individual, sino actuando en el mundo para poder lograr aquella sociedad ideal que no alcanzaron a explicar Marx y Engels.

Podría pensarse el significado de la trama trágica de Frondizi cuyo final coincide con el final de su vida, y del desenlace del agón trágico al modo de Tocqueville, como el del héroe que a tientas, casi sin saberlo, desata fuerzas mucho más poderosas que las que él cree poseer, y que terminan destruyéndolo. Aunque los cincuenta impactos de bala que tenía su cuerpo hallado en Ezeiza el 28 de setiembre de 1974 como informa el diario *Clarín*, puedan confirmar esta interpretación, no me atrevo a hacerlo, esa misma evidencia me lleva más hacia el “perdón difícil” del que nos habla Ricoeur (2003). Frondizi tenía conciencia de que vivía un tiempo de tragedia y así lo

expresan las citas de su relato que ya he mostrado. Era consciente, tenía “un demonio”, una “conciencia social” que lo impulsaba a la acción más allá del desenlace, que creía contingente. Creía en la proyección de su acción sobre un tiempo que excedía el de su propia vida. Creía firmemente en las posibilidades de acción del hombre en el mundo, no para acomodarse a las míseras posibilidades que nos ofrece, sino para transformarlo.

He trabajado también sobre las interpretaciones sobre el peronismo de los escritores de *Contorno*, David Viñas, Ismael Viñas, León Rozitchner, y especialmente Tulio Halperín Donghi.⁶⁷ Ellos son, como se los calificara una vez, la generación “parricida”, la generación hija del peronismo, la intelectualidad de la sospecha. *Contorno* rompe con las interpretaciones tradicionales del peronismo e introduce otras categorías para analizar el movimiento socio-político, la culpa del intelectual burgués (David e Ismael Viñas), el concepto de experiencia histórica (León Rozitchner), la ironía melancólica (Tulio Halperín Donghi).

El esfuerzo de *Contorno* por salir de las interpretaciones dicotómicas que ubican al peronismo como lo Otro frente a la verdad de la intelectualidad es constante y, por eso *Contorno* intenta separar, por un lado, lo que considera la farsa de Perón y, por

⁶⁷ Aunque me hubiera gustado trabajar también sobre las interpretaciones de Adolfo Prieto, Osiris Troiani, Oscar Massota y Juan José Sebrelli, he preferido tomar con más detenimiento el ensayo de Tulio Halperín Donghi publicado por *Contorno* en 1956, “Del fascismo al peronismo”, porque toda su obra constituye un relato completo de la Argentina, así lo muestran sus principales libros, *El pensamiento de Echeverría*, *Historia de la Historiografía Argentina*, *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, *El Río de La Plata al comenzar el siglo XIX*, *La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires (1810-1852)*, *evolución y guerra. Historia contemporánea de América Latina*, *Una nación para el desierto argentino*, *El espejo de la historia* y *La larga agonía de la Argentina peronista*.

otro, la experiencia y el sentimiento popular. Una vez hecha esa distinción, la preocupación de *Contorno* estará centrada, no en las razones que impidieron a la ideas libertarias lograr la adhesión de la clase obrera, sino en la propia experiencia histórica de los obreros peronistas como vivencia absolutamente diferente de la del intelectual de clase media que, paradójicamente, piensa el sentido de la historia a través de la lucha del proletariado como sujeto capaz de lograr el cambio social. De ahí la culpa del pensador burgués.

La sátira trágica con la que he identificado la trama de Halperín Donghi, entre *Argentina en el callejón* (1995) y *La larga agonía de la Argentina peronista* (1994), es la trama de un discurso que está en tensión entre las interpretaciones clásicas de sus maestros, y la nueva intelectualidad. Por eso es ambigua o presenta la posibilidad de integrar varios tipos de trama, varias formas de argumentación, organicismo-mecanicismo, y por ende, de posiciones ideológicas. La ironía es el tropo que domina todo su relato, en el que el peronismo “no es fascismo pero es, a la vez, una tentativa de reforma fascista”; el pueblo peronista es un “pueblo bueno” que acepta las reformas de Perón porque cree que así serán institucionalizadas su dignificación y su bienestar y, a la vez, es un clase obrera capaz de superar los planes del principal actor; Perón es un líder plenamente racional, reflexivo y conciente, capaz de consolidar el fascismo de una vez y para siempre, y a la vez un aprendiz de brujo que se ve superado por las fuerzas que desata; y por último, el peronismo no fue y, a la vez, fue una revolución social.

La sátira pesimista de Halperín Donghi, densa en ironía, representa la incapacidad de la clase política argentina para salir de la crisis, del callejón, y para poder volver, de otro modo, y con otra política de distribución social, a los tiempos de prosperidad de la Argentina que hacia 1880 fue el granero del mundo. Su tono melancólico dice más

de una vez, “esa Argentina, sin duda, no ha de volver”. Pero su ironía es también la ironía de la imposibilidad de los intelectuales para explicar el significado de los problemas históricos sociales y para darle un sentido a la crisis; por eso Halperín dice melancólicamente que la incapacidad de la clase política y de los intelectuales ha conducido a una Argentina que se “resigna a vivir en la intemperie” (Halperín Donghi.1994: 142).

Por último, la trama romántica del relato de Juan José Hernández Arregui, representa la lucha de dos imágenes de Argentina que, en el transcurso de fines del siglo XIX hasta fines del siglo XX, han sido construidas por dos linajes de intelectuales. Una de esas imágenes, la de Arregui, lucha, con todos los intelectuales de la otra. El triunfo de esta imagen de la Argentina indígena, criolla, que asimila los valores hispánicos, que está en las masas y que tiene arraigo en la tierra natal, que es iberoamericana y no latinoamericana, es el triunfo del “ser nacional”, de la patria “como experiencia común de una herencia de recuerdos”, del gaucho, de los aborígenes, del inmigrante que no pudo volver, del trabajador fabril de los suburbios de Buenos Aires, del pueblo peronista. Esa imagen de Argentina, que triunfa el 17 de octubre de 1945 con el ascenso del peronismo es, al modo del pueblo francés de Michelet en sus relatos sobre la Toma de la Bastilla, la obra de la “conciencia triunfal” del pueblo peronista. El peronismo de 1945 es la Revolución Social que es derrotada en 1955. Como todos los escritores peronistas, Arregui piensa en ese tiempo de derrota como un tiempo que será superado, “porque el destino de la historia está siempre del lado de los débiles”. Así, en ese tiempo de derrota Arregui interpreta la experiencia peronista como una revolución burguesa desde la que es posible construir la verdadera Revolución Social.

El discurso de Arregui presenta acoplados dos modos de argumentación, organicismo y mecanicismo. El Ser nacional, la Nación, el Pueblo son concebidos como unidades más comprensivas dentro de las cuales se subsume la separación entre las clases. Pero al mismo tiempo, para Arregui, esa unidad más comprensiva o Ser nacional sólo puede alcanzarse “en lucha y no en concordia entre las clases”. Esto se explica porque para Arregui el peronismo es la unión ente un nacionalismo que se identifica con la defensa de los recursos nacionales, que es antiimperialista, que también incluye ideas socializantes, distributivas, políticas de pleno empleo, etc, y el socialismo. El peronismo es la confluencia de varios nacionalismos y, por supuesto, también el católico y militar, pero Arregui piensa en el triunfo del “peronismo verdadero”, socialismo nacional o peronismo revolucionario, cuando las fuerzas internas en pugna dentro del propio movimiento, desatadas por otra externa y más fuerte, estallen en el más violento enfrentamiento.

Y finalizo esta tesis con invocación a la esperanza que White hizo concebir: “...el excepticismo y el pesimismo tan característicos del pensamiento histórico moderno tienen su origen en un marco mental irónico” pero “ese marco mental a su vez es sólo una de las posturas que es posible adoptar en el registro histórico...” (White.1998:12)

Bibliografía citada

Acha, José Omar (2001). "José Luis Romero (1909-1977): Bibliografía comentada para una historia intelectual." www.iacd.oas.org.

Altamirano, Carlos. (2000). "La pequeña burguesía en el purgatorio", en *Prismas*, n.º1 Buenos Aires.

Altamirano, Carlos. (2001): *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas.

Ansaldi, Waldo. (1989): "Soñar con Rousseau y despertar con Hobbes", en Ansaldi, W. y Moreno, J. L. (Comps.) *Estado y Sociedad en el pensamiento nacional*. Buenos Aires, Cántaro.

Ansaldi, Waldo. (1994): "¿Un caso de nomenclaturas equivocadas? Los Partidos Políticos después de la ley Sáenz Peña (1916-1930)", en Ansaldi, W., Pucciarelli, A. y Villarruel, J. *Argentina en la paz de dos guerras*. Buenos Aires, Biblos.

Botana, Natalio. (1996): *El orden conservador*. Buenos Aires, Sudamericana.

Bourdieu, P. (2000): *La dominación masculina*. Barcelona, Anagrama.

Braudel, Fernad. (1982): *La historia y las Ciencias Sociales*, Alianza, Madrid.

Caimari, Lila. (1995): *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Buenos Aires, Ariel.

Camarero, Hernán. (2000): "De la estructura a la experiencia. Las ciencias sociales y sus visiones sobre la clase obrera argentina", en Camarero, H., Pozzi, P., Schneider, A., *De la revolución libertadora al menemismo*. Buenos Aires, Imago Mundi: 25-53

Cavarozzi, Marcelo. (1997): *Autoritarismo y democracia (1955-1996). La transición del Estado al mercado en la Argentina*. Buenos Aires, Ariel.

Cella, Susana. (1999): "Panorama de la crítica", en Jitrik, Noé y Cella, Susana, *La irrupción de la crítica. Historia crítica de la literatura argentina*, Buenos Aires, EMECÉ Editores: 33-62.

Chartier, Roger. (1982): "Debat sur l'histoire", *Esprit* n° 7-8 : 258 y ss.

Chartier, Roger. (1992): *El mundo como representación*. "Estudios sobre historia cultural". Gedisa. Barcelona, 1992.

de- Ipola, Emilio. (1989): "Ruptura y continuidad. Claves parciales para un balance de las interpretaciones del peronismo", en *Desarrollo económico*. n° 25. Oct-Dic pp 331-359.

de- Ipola, Emilio. (1997): "Acción y representación en la obra de Tulio Halperin Donghi", en Roy Hora/ Javier Trímboli (comps.), *discutir Halperin*, Bs. As. El cielo por asalto.

- Del Campo, Hugo. (1983): *Sindicalismo y peronismo*. Buenos Aires, Clacso.
- Díaz, Hernán. (1999): “Senderos cruzados”, en *Espacios de crítica y producción*. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. n.º 25: 86-91.
- Doyon, Louise M. (1988): “Conflictos obreros durante el régimen peronista (1946-1955)”, en Torre, Juan carlos (Comp.) *La formación del sindicalismo peronista*. Buenos Aires, Legasa.
- Fayt, Carlos. (1967) *La naturaleza del peronismo*. Buenos Aires, Viracocha.
- Félix Luna. (1976): *Conversaciones con José Luis Romero*. Buenos Aires, Timerman Editores.
- Fodor, Jorge y O’Connel, Arturo (1973): “La Argentina y la economía atlántica en la primera mitad del siglo XX”, en *Desarrollo Económico*, n.º 49, Buenos Aires.
- Fontana, J. (1982): *Historia, análisis del pasado y proyecto social*. Barcelona, Grijalbo.
- Fronzoni, Silvio. (1955) *La realidad Argentina. Ensayo de Interpretación Sociológica*. Buenos Aires, Praxis, Vol. I y II
- Frye, Northrop. (1991): *Anatomía de la crítica*. Caracas, Monte Ávila Editores.
- Gerchunoff, Pablo y Llach, Lucas, (1998): *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*, Buenos Aires, Ariel.
- Germani, Gino. (1971): *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós.
- Germani, Gino. (1985): “El surgimiento del peronismo, el rol de los obreros y los migrantes internos”, en Torcuato S. Di Tella (comp.) *Sociedad y Estado en América Latina*. Buenos Aires, Eudeba.
- Germani, Gino. (1966): “Hacia una democracia de masas”, en Torcuato S. Di Tella, Gino Germani, Jorge Graciarena y colaboradores. *Argentina, Sociedad de masas*. Buenos Aires. Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Gusdorf, Georges. (1982): *Fondements du savoir romantique*. París. Payot.
- Gusdorf, Georges. (1985): *Le saber Romantique de la Nature*. París. Payot.
- Halperin Donghi, Tulio. (1982): “José Luis Romero y su lugar en la historiografía argentina”, en José Luis Romero. *Las ideologías de la cultura nacional y otros ensayos. Capítulo*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Halperin Donghi, Tulio. (1982): *Una nación para el desierto argentino. Capítulo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Halperin Donghi, Tulio. (1984): "Canción de otoño en primavera: previsiones sobre la crisis de la agricultura cerealera argentina (1894-1930)", en *Desarrollo Económico*, vol. 24, n° 95 (octubre-diciembre): 336-383.

Halperin Donghi, Tulio. (1993): "A treinta años de Argentina en el callejón", en *Punto de vista*, n.º 46, Buenos Aires: 4-9.

Halperin Donghi, Tulio. (1994): *La larga agonía de la Argentina peronista*, Buenos Aires, 1994.

Halperin Donghi, Tulio. (1995): *Argentina en el callejón*, Buenos Aires, Ariel.

Halperin Donghi, Tulio. (1995): "La historiografía en la hora de la libertad", en *Argentina en el callejón*, Buenos Aires, Ariel.

Hernández Arregui, Juan José. (1957): *Imperialismo y cultura*. Buenos Aires, Amerindia.

Hernández Arregui, Juan José. (1972): *Peronismo y socialismo*. Buenos Aires, Ediciones Hachea.

Hernández Arregui, Juan José. (1973): *La formación de la conciencia nacional*. Buenos Aires, Plus ultra.

Hernández Arregui, Juan José. (1973): *¿Qué es el ser nacional?.* Buenos Aires, Plus ultra

James, Daniel (1995): "17 y 18 de octubre de 1945. El peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina.", en Torre, J. C. (Comp.) *El 17 de octubre*. Ariel. Buenos Aires, Ariel.

James, Daniel. (1990): *Resistencia e integración: el peronismo y la clase obrera argentina*, Buenos Aires, Sudamericana.

Lamo de Espinosa, Emilio. (2001) "Un esquema de teoría social. parentesco, trabajo y comunicación." IV Encuentro de teoría sociológica. Oviedo, julio de 2001.

Little, Walter. (1988): "Conflictos obreros durante el régimen peronista (1943-1955)", en Torre Juan Carlos (Comp.) *La formación del sindicalismo peronista*, Buenos Aires, Legasa: 267-314

Lozano, Jorge. (1987): *El discurso histórico*. Madrid, Alianza.

Luhmann, N. (1996) "La modernidad contingente", en Beriain, J (comp.) *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Barcelona, Antrhopos.

Murmis, Miguel y Portantiero, Juan Carlos. (1971): *Estudio sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Neiburg, Federico. (1995): “El 17 de octubre de 1945: Un análisis del mito de origen de peronismo”, en Torre, Juan C. (Comp.) *El 17 de octubre de 1945*, Buenos Aires, Ariel.

Neiburg, Federico.(1997): *Os intelectuais e a invenção do peronismo*. Estudos de antropología social e cultural. Brasil, Editora da Universidade de Sao Pablo.

Jitrik, Noé. (1999): “Las marcas del deseo y el modelo psicoanalítico”, en Jitrik, Noé y Cella Susana, *La irrupción de la crítica. Historia crítica de la literatura argentina*, Buenos Aires, EMECÉ Editores: 19-32.

O’Donnel, Guillermo. (1977): “Estado y alianzas en la argentina”, en *Desarrollo Económico*, n.º 64, Buenos Aires, enero-marzo: 522-555.

Plotkin, Mariano. (1995): “Rituales políticos, imágenes y carisma. La celebración de 17 de octubre y el imaginario peronista 1945-1951”, en Torre, Juan C. (Comp.) *El 17 de octubre de 1945*, Buenos Aires, Ariel.

Portantiero, Juan Carlos. (1989): “Economía y Política en la crisis argentina. (1958-1973), en Ansaldi, W. y Moreno, (Comps.) J. L. *Estado y Sociedad en el pensamiento nacional*. Buenos Aires, Cántaro.

Pozzi, Pablo.(2001): “*Por las sendas argentinas...*” *El PRT-ERP. La guerrilla marxista*. Buenos Aires, Eudeba.

Ramos Torre, Ramón. (2000): “Simmel y la tragedia de la cultura”, en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (UCM), Madrid, n.º 89, Enero-Marzo: 37-71.

Ramos Torre, Ramón.(1999): "Homo trágicus." En: *Política y Sociedad*, (UCM), 30, Madrid: 213-240.

Rancière, Jacques. (1993): *Los nombres de la historia. Una poética del saber*. Buenos Aires, Nueva Visión.

Ricoeur, Paul. (1987): “El tiempo contado”, en *Revista de Occidente*, nº 76, Madrid: 41-64.

Ricoeur, Paul. (1995): *Tiempo y narración*. “Configuración del tiempo en el relato histórico”. Vol. I, Madrid, Siglo XXI.

Ricoeur, Paul. (1996): *Tiempo y narración*. “el tiempo narrado”. Vol. III, Madrid, Siglo XXI.

Ricoeur, Paul. (1998): *Tiempo y narración*. “Configuración del tiempo en el relato de ficción”. Vol. II, Madrid Siglo XXI.

Ricoeur, Paul. (2003): *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid, Trotta.

Rodríguez, Javier (1995): “Las categorías de lo histórico en la sociología de Max

Weber”, en *Política y Sociedad*, n.º 18, U.C.M.: 45-67

Romero, José Luis.(1959): *Las ideas políticas en la Argentina*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Romero, José Luis. (1983): “Tendencias de las masas en la Argentina”(1951), en *El drama de la democracia argentina*, Buenos Aires, CEAL:12-29

Romero, José Luis. (1983): “Antes de disgregarnos”(1975), en *El drama de la democracia argentina*, Buenos Aires, CEAL:112-116.

Romero, José Luis. (1983): “El carisma de Perón”(1973), en *El drama de la democracia argentina*, Buenos Aires, CEAL: 105-111

Romero, José Luis. (1983): “El caso argentino”(1976), en *El drama de la democracia argentina*. Buenos Aires, CEAL: 130-141.

Romero, José Luis. (1983): “La crisis argentina: realidad social y actitudes políticas”(1959), en *El drama de la democracia argentina*, Buenos Aires, CEAL: 30-39.

Romero, José Luis. (1983): “La lección de la hora”(1946), en *El drama de la democracia argentina*, Buenos Aires, CEAL: 78-81.

Romero, José Luis. (1983): “La moral ¿Otra crisis?” (1976), en *El drama de la democracia argentina*, Buenos Aires, CEAL: 127-129.

Rozitchner, León. (1956): “Experiencia proletaria y experiencia burguesa”, en *Contorno*, n.º 7-8. Buenos Aires: 3-10.

Sidicaro, Ricardo. (1995): “Conflictos y acuerdos entre los sectores económicos predominantes y el Estado entre 1930 y 1940”, en Pucciarelli, J., Ansaldi, W. Y Villarruel, J. (Comps.) *Representaciones inconclusas*. “Las clases, los actores y los discursos de la memoria”. Buenos Aires, Biblos.

Sidicaro, Ricardo.(1998): “Consideraciones sociológicas sobre las relaciones entre el peronismo y la clase obrera en la Argentina, 1943-1955”, en Mackinnon, María Moira y Petrone, Mario (Comps.), *Populismo y neopopulismo en América Latina*. Buenos Aires, EUDEBA: 136-156.

Sigal, Silvia. (1991): *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires, Puntosur.

Skocpol, Theda. (1991): “Temas emergentes y estrategias recurrentes en sociología histórica”, en *Historia Social*, n.º 10: 101-134.

Skupch, Rodolfo (1972): “Nacionalización, libras bloqueadas y sustitución de importaciones”, en, *Desarrollo Económico*, n.º 47, Buenos Aires: 476-493.

Strasser, Carlos.(1959): *Las izquierdas en el proceso político argentino*. Buenos Aires, Palestra

Tarcus, Horacio. (1996). *El marxismo olvidado en la argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*. Buenos Aires, El cielo por asalto.

Torti, María Cristina. (1999): “Protesta social y nueva izquierda la argentina del Gran Acuerdo Nacional”, en *Taller*, revista de Política, Historia y Sociedad, n.º 7, Buenos Aires.

Torre, Juan Carlos.(1989): “Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo”, en *Desarrollo Económico*, N.º 28, n.º 112, Buenos Aires: 525-548.

Torre, Juan Carlos. (1995): “El 17 de Octubre en perspectiva”, en Juan Carlos Torre (comp.). *El 17 de Octubre de 1945*. Buenos Aires, Ariel.

Viñas, David. (1955): “Solamente los huesos”, en *Centro*, Buenos Aires: 51-71

Viñas, Ismael. (1956): “Miedos, complejos y malentendidos”, en *Contorno*, n.º 7-8, Buenos Aires: 11-15.

Viñas, Ismael. (1959): “Orden y progreso”, en *Contorno*, n.º 9-10, Buenos Aires: 20-30.

Villanueva, Javier (1972): “El origen de la Industrialización Argentina”, en *Desarrollo económico*, vol. XII. n.º 47, Buenos Aires .

White, Hayden. (2003): *El texto histórico como artefacto literario*. Buenos Aires, Paidós.

White, Hyden. (1992): *El contenido de la forma*. Barcelona, Paidós.

White, Hyden. (1998): *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del S.XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Williams, Raymond. (1980): *Marxismo y literatura*. Barcelona, Península.

Revistas y periódicos citados

Fuentes facilitadas por el Cedinci.

Centro. Revista del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras. Buenos Aires, 1955.

Contorno, Vol. 2, n.º 7-8. Julio de 1956.

Contorno, Vol. 2 n.º 9-10, abril de 1959.

Punto de Vista, Revista de cultura. Año XVI. n.º 46, Buenos Aires, agosto de 1993.

Clarín. Sábado 28 de setiembre de 1974.

Declaraciones, folletos y volantes consultados

Fronidzi, Silvio. (1946): “La evolución capitalista y el principio de soberanía, Buenos Aires, Centro de Estudios Políticos.

Fronidzi, Silvio. (1954): “La integración mundial, última etapa del capitalismo”, Praxis, Buenos Aires.

Fronidzi, Silvio. (1956): “La crisis de la democracia”, Praxis, Buenos Aires.

Fronidzi, Silvio. (1962): “Al pueblo de la nación Argentina”, Buenos Aires, s / e, mayo de 1962.

Fronidzi, Silvio. (1963): “La crisis argentina: Caos o Reconstrucción”, Buenos Aires, s / e, julio de 1963.

Fronidzi, Silvio.(1964): “Manifiesto de la reconstrucción nacional”, Buenos Aires, s / e, 1964.

Fronidzi, Silvio.(1970): “La crisis de la Argentina Contemporánea”, Buenos Aires, ICIP, n.º 1.